



ZOZAYA

EL LIBRO
DEL SABER
DOLIENTE

P06647
.08
L5

R. C.



1020028104



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COMO
RICHARDO CONTRERAS



COMO
RICHARDO CONTRERAS

UANL

EL LIBRO DEL SABER DOLIENTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SECRETARÍA DE SALUD
ALTERNATIVA
BIBLIOTECA
B



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Del mismo autor publicada por esta Casa

El huerto de Epicteto (1 tomo).— Una peseta.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ANTONIO ZOZAYA

*El libro
del saber doliente*



101324[®]

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

33990

863

Z

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

Director propietario: **ANTONIO ZOZAYA**

PR 6647
-08
LS

OBRAS PUBLICADAS

Volúms.

- 1 Platón.—Diálogos socráticos.
- 2 Descartes.—Discurso del Método.
- 3 Kant.—Metafísica de las costumbres.
- 4 Schelling.—El principio divino.
- 5 Leibnitz.—La Monadología. Opúsculos.
- 6, 7 y 8 Spinoza.—Tratado teológico político.
- 9 Sanz del Río.—El idealismo absoluto.
- 10 Rousseau.—El contrato social.
- 11 Lamennais.—Obras escogidas.
- 12 y 13 Santo Tomás.—Teodicea.
- 14 Epicteto.—Máximas.
- 15 Richter.—Teorías estéticas.
- 16 Pascal.—Pensamientos.
- 17 Fenelón.—El ente infinito.
- 18 y 19 Platón.—Diálogos polémicos.
- 20 Cicerón.—De la República.
- 21 Marco Aurelio.—Los doce libros.
- 22 Descartes.—Meditaciones metafísicas.
- 23 y 24 Aristóteles.—Política.
- 25 Kempis.—Imitación de Cristo.
- 26 Giner.—Estudios sobre educación.
- 27 Luis Vives.—Int. a la Sabiduría (agotada).
- 28 y 29 Kant.—Crítica de la razón práctica.
- 30, 31 y 32 Comte.—Catecismo positivista.
- 33 Maquiavelo.—El príncipe.
- 34 Condillac.—Lógica (agotada).
- 35 Diderot.—Obras filosóficas (agotada).

Volúms.

- 36, 37 y 38 Fichte.—Doctrina de la ciencia.
- 39 Hartmann.—Religión del porvenir.
- 40 San Jerónimo.—Epístolas.
- 41 G. Serrano.—Crítica y filosofía.
- 42, 43 y 44 Malebranche.—Conversaciones sobre metafísica.
- 45 Spencer.—Clasificación de las ciencias.
- 46 Hæckel.—Psicología celular.
- 47 y 48 Schopenhauer.—Parerga y Paralipomena.
- 49 y 50 Delbœuf.—La materia bruta y la materia viva.
- 51 y 52 B. Constant.—Política.
- 53 St. Mill.—El utilitarismo.
- 54 San Agustín.—Meditaciones.
- 55 Azcarate.—La República Norteamericana.
- 56 Lubbock.—La dicha de vivir.
- 57 Posada.—El parlamentarismo.
- 58 Séneca.—Tres libros filosóficos.
- 59, 60 y 61 Bacon.—Novum Organum.
- 62, 63, 64 y 65 Hegel.—Lógica.
- 66 Voltaire.—Cándido ó el optimismo.
- 67 A. Zozaya.—La contradicción política.
- 68 D'Alembert.—Destrucción de los jesuitas.
- 69 A. Zozaya.—La crisis religiosa.
- 70 y 71 Krause.—Ideal de la Humanidad.
- 72 Hipócrates.—Aforismos y pronósticos.
- 73 Confucio.—Los grandes libros.
- 74 Chamfort.—Caracteres y anécdotas.

A mis colaboradores en amor y en idea; es decir, a Leonor, a Gabriel, a Juan y a Carlitos.

Precio de cada tomo: 75 cénts.—Franco de porte y certificado: 1 peseta

Pedidos al director propietario: Magdalena, 9, Madrid ó a la Administración de LA ÚLTIMA MODA, Velázquez, 42, hotel.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

PREFACIO

Sé que este libro no me procurará el dictado de insigne, ni siquiera el harto prodigado de ilustre. En él no se rinde culto al arte por el arte, es decir, no se habla por hablar. En sus páginas no hay aventuras de detectives, ni de rameras, ni de degenerados. Se habla en él de las cosas de la vida, mansas, serenas, tranquilas, humildes; no se hacen juegos de vocablos, ni, á sabiendas, se disloca ú oscurece el idioma.

No es este el último figurín literario. Responde el actual á todo un criterio ontológico: tras el positivismo crítico, cuyo lema era: Nos es imposible conocer otra cosa que hechos, ha venido el sensualismo decadente á mutilar la frase, dejándola reducida á cuatro palabras: Nos es imposible conocer.

Se pregunta qué es la verdad, qué es la virtud y aun qué es el decoro. Renunciando al patrimonio excelso de la racionalidad, el literato sólo debe procurar sensaciones. No he de empeñarme en semejante tarea, en la cual de seguro habrían de vencerme los cocineros, los manipuladores de duchas y las belle-

zas profesionales. Quien busque en estas páginas otras sensaciones que aquellas que el pensamiento disciplina, hará bien en dejarlas intactas; él y yo vivimos en distinto planeta y aun en diferente nebulosa.

Inspirado en un absoluto desinterés y un amor impersonal á cuanto alienta y vive, este volumen, bueno ó malo, tan sólo puede cautivar á los corazones exquisitos. Los demás repugnarán una labor que, no mostrando á todas las pupilas su íntima unidad, parecerá hecha de retazos. No entenderán lo que con ella hacer me propuse. Ni fuera bien que ellos la entendieran.

ANTONIO ZOZAYA.

Septiembre 1908.

EL LIBRO DEL SABER DOLIENTE

I

—¿Señor?...

—¿Qué ocurre?

—En el salón espera á usted una señora muy rara, que dice... ¡vamos!, una cosa muy graciosa.

—¿Qué dice?

—Que es su tatarabuela de usted.

He saltado sobre la silla. La noticia no era para menos.

—¡Eso es imposible!—he pronunciado después de cinco minutos de perplejidad.

—Eso digo yo, señor, que es imposible.

Imposible ó no que fuera mi tatarabuela, lo seguro es que una señora me esperaba. He arreglado mi corbata frente al espejo, he retorcido las guías de mis bigotes y he salido al salón.

Estaba la habitación en obscura penumbra. Pero no he necesitado sino entrar en ella para reconocer el original de una artística y fiel miniatura, á la señora madre de mi bisabuela, á la ilustre y venerable dama doña María Josefa Virto de Vera, de Vertiz Vereá.

Vestia traje oscuro de seda rameada, recubierto de negros encajes de Chantilly abierto en descote, y sobre él destacábanse los marfileños hombros de mi antecesora. Partido el cabello en

zas profesionales. Quien busque en estas páginas otras sensaciones que aquellas que el pensamiento disciplina, hará bien en dejarlas intactas; él y yo vivimos en distinto planeta y aun en diferente nebulosa.

Inspirado en un absoluto desinterés y un amor impersonal á cuanto alienta y vive, este volumen, bueno ó malo, tan sólo puede cautivar á los corazones exquisitos. Los demás repugnarán una labor que, no mostrando á todas las pupilas su íntima unidad, parecerá hecha de retazos. No entenderán lo que con ella hacer me propuse. Ni fuera bien que ellos la entendieran.

ANTONIO ZOZAYA.

Septiembre 1908.

EL LIBRO DEL SABER DOLIENTE

I

—¿Señor?...

—¿Qué ocurre?

—En el salón espera á usted una señora muy rara, que dice... ¡vamos!, una cosa muy graciosa.

—¿Qué dice?

—Que es su tatarabuela de usted.

He saltado sobre la silla. La noticia no era para menos.

—¡Eso es imposible!—he pronunciado después de cinco minutos de perplejidad.

—Eso digo yo, señor, que es imposible.

Imposible ó no que fuera mi tatarabuela, lo seguro es que una señora me esperaba. He arreglado mi corbata frente al espejo, he retorcido las guías de mis bigotes y he salido al salón.

Estaba la habitación en obscura penumbra. Pero no he necesitado sino entrar en ella para reconocer el original de una artística y fiel miniatura, á la señora madre de mi bisabuela, á la ilustre y venerable dama doña María Josefa Virto de Vera, de Vertiz Vereá.

Vestia traje oscuro de seda rameada, recubierto de negros encajes de Chantilly abierto en descote, y sobre él destacábanse los marfileños hombros de mi antecesora. Partido el cabello en

iguales bandas, caía en bucles sobre las diminutas orejas, ornadas con dos irisados solitarios; por bajo de los calados mitones fulgían dos grandes sortijas de rubíes. No dudé encontrarme ante una progenitora ilustre. Me incliné, y oprimiendo su mano nacarina, una mano del Giotto, acerqué á mis labios la punta de sus dedos.

—Señora—me atreví á balbucir—, excusad mi torpeza y mi asombro. Vuestra aparición, quiero decir, vuestra visita, es algo que sale de lo corriente, y me haréis el honor de creer que estoy por juzgarla inverosímil. ¿Puedo saber por qué arte misterioso os encontráis aquí?

—Querido nieto—me ha contestado la aparición con voz argentina, limpia y jugosa—, suponía yo que desde los tiempos de Verulamio la juventud no preguntaba el por qué de las cosas, sino el cómo. Suponed, pues, que estoy aquí por la voluntad de Quien todo lo puede. ¿Es que vuestra ciencia se explica ya por qué vivimos y nos movemos y dejamos, después de amar y de sufrir, este valle de lágrimas?

—Querida abuelita—he contestado—(y perdona que dé este nombre á vuestra espléndida juventud), la ciencia filosófica ha adelantado poco. Seguimos, ¡ay!, ignorando lo que somos y lo que es cuanto nos rodea. Algunos fenómenos han sido observados, y ellos nos sirven para guiar carruajes sin mulas, encender faroles sin mecha y transmitir palabras sin bocina. Como veis, son bellos juguetes. En cuanto á nuestra existencia y nuestro destino, seguimos ignorantes, ni más ni menos que en los tiempos del lord á que os habéis dignado hacer referencia.

—Pero la Fe...

He lanzado un suspiro, y la mujer discreta no

ha necesitado de más exculpaciones. Una mirada compasiva y una lágrima en sus pupilas han sido para mí sobrado elocuentes.

—Es triste—ha pronunciado—no esperar ni creer; estar convencido de que el mal es irremediable, de que todo se acaba después de la vida animal, y supongo que á quien tal verdad os ha descubierto no le habréis dado albricias. No discutido; pero os compadezco. Todos los tiempos, todas las edades, han endulzado el horrendo pesar de vivir con sueños de ultratumba. Quienes os han pintado ese bálsamo...

—Eran sabios...

—Pero malas personas.

—No lo crea usted, abuelita...

—Por lo menos os han hecho infelices. Digo, á menos que no hayáis conseguido extirpar el mal en la tierra, desterrar el dolor, suprimir el hambre...

—Señora—he dicho con cierto rubor—, el hambre hace ahora más estragos que nunca; la desigualdad social no tiene precedentes. Al lado de potentados que pudieran comprar todos los alcázares de vuestro tiempo, hay millones de seres malditos que no tienen pan que llevarse á la boca. Decuplicado el precio de los manjares y viandas, es para ellos la vida imposible y sucumben en horribles manadas á la enfermedad y á la miseria fisiológica.

—Pero ¿no ha encontrado la Ciencia medios de combatir la enfermedad, superiores á los hipocráticos?

—Ha descubierto que es producida por minúsculos organismos, pero no sabe destruirlos. Padece-mos las mismas enfermedades de siempre, y además, la civilización nos ha obsequiado con otras nuevas, como la neurastenia, la *grippe*, el cólera,

las exantemas, la difteria, la bronconeumonía infecciosa, la apendicitis...

—Dispensadme, por Dios, la enumeración de esos nombres bárbaros—ha interrumpido la señora—. Habladme de vuestros bosques, de vuestros ganados, de las fuentes de vuestra riqueza.

—Mentiría, querida abuelita—la he contestado—si os ocultara que hemos ya talado esos bosques. Ahora mismo arrasamos la huerta de San Juan y nos preparamos á entrar á saco en el Retiro, para edificar en él barracones. De ganadería y agricultura andamos algo peor que medianamente. En cambio, la industria fabrica telas más baratas que el alepín...

—¿Y que duran más?

—No, sino mucho menos. Pero ¿no es un adelanto tejer sin lana, ni seda, ni cáñamo, ni algodón, y fabricar de prisa lo que la moda ha de desterrar á los pocos meses por grosero y ridículo?

Doña María Josefa Virto de Vera se ha encogido de hombros y ha hecho un delicioso mohín. He querido obsequiarla y se ha negado á ello, alegando que había leído que se adulteraban los alimentos, delito, en su sentir, de lesa humanidad, que bastaría por sí solo á hacer odiosa la civilización y los adelantos.

Se ha informado después minuciosamente de la situación de la mujer en las modernas sociedades, y se ha horrorizado al saber que para ellas se va haciendo el matrimonio imposible.

—¿A qué dedicáis á las mujeres que no pueden ser madres de familia?—me ha interrogado.

Le he contestado que teníamos reinas y estancueras y que, además, había mujeres que segaban, bajaban á las minas, arrastraban la sirga y se mostraban desnudas en los cafés cantantes.

—Querido nieto—ha exclamado, poniéndose en pie y arreglando los pliegues sedosos de su falda descomunal—, de todo cuanto me comunicas saco en limpio que coméis y vestís peor que nunca, que habéis arrasado los campos y llenado de miseria y de luto las ciudades, que hacéis la guerra con crueldad infame, que habéis hecho la vida odiosa y perdido la paz del espíritu y la esperanza en el futuro, á cambio de unos cuantos juguetes. En suma, que vuestra civilización es una forma odiosa de la barbarie.

—Pero, mamita...—he gemido en tono suplicante.

—En vista de lo cual, me retiro de una vez para siempre, dejándoos vuestra terapéutica que no cura, vuestra ciencia que nada sabe, vuestra economía que no remedia la miseria, vuestros alimentos que no confortan y vuestro escepticismo que ni consuela ni remedia.

Ha salido con paso seguro, y... me avergüenza casi al decirlo: no he intentado seguirla. He quedado pensativo y triste. La tarde caía y el salón quedaba en las sombras. De pronto, un coro de voces infantiles ha salido del balcón de la escuela frontera.

—¡Dos y dos son cuatro! ¡Cuatro y dos son seis!

He creído sentir un consuelo inefable. Si; dos y dos son cuatro y no pueden ser cinco. En esa lucha por la verdad estaba la grandeza de la moderna civilización. Lucha y vencerá; no sabe lo que es la verdad, pero pone de manifiesto el absurdo; padece como jamás se padeció la injusticia, pero, por primera vez en la Historia, se ha propuesto aniquilarla hasta el fin.

He aquí lo que tiene de grande, de redentora, de sublime. Ha olvidado el ayer, pero piensa y medita en el mañana...

Y lleno de orgullo, de entusiasmo, de esperanza legítima, he sentido indiferente alejarse los pasos menudos, el rumor de sedas, el perfume de nardos de doña María Josefa Virto de Vera, de Vertiz Vereá.

He sido testigo, encubridor, cómplice de un hurto. He visto al criminal adelantarse hacia el objeto codiciado, extender las manos, apoderarse de él, y á ello no he puesto estorbo. Luego he hablado con el culpable, y él ha comprado mi silencio haciéndome partícipe del precioso fruto de su rapiña. Además—y esto es lo más grave—, no he sentido remordimiento, sino cierto placer insensato, una voluptuosidad ignorada, como la que debió sentir el primer rebelde al decirse: «¡He turbado la dicha de un Dios!»

Fuera del dintel del portón, casi hasta el borde de la acera, en orden de combate contra la codicia y la gula, se adelantaban, ventrudos y rebosantes, los barriles y canastos del pescadero. Fornido, apoplético, ventripotente, el industrial pregonaba su mercancía. Y en esto, empujado por la muchedumbre que huía de un automóvil amarillo, horri-sono y pestífero, apareció el delincuente precoz. Descalzo, mal cubiertas las carnes por unos pantalones de pana y una deshilachada camisa, en los ojos el aturdimiento de los trece años primeros de abandono y en los labios la contracción del

frio; ¡quién sabe si del hambre!, tropezó y vino á apoyarse de bruces sobre la banasta de las angulas. No podía moverse; oprimido por todas partes, apoyada la barba sobre el borde de la banasta, los brazos extendidos sobre los pescados finísimos, como hebras argéneas, debió aspirar con inmenso deleite el perfume de los mariscos, recrear un instante las ávidas pupilas en el manjar para él desconocido, tentador como la Flérida ajena, subyugante como el misterio. Ello es que de pronto bajó las manos y las sumergió en aquellas madejas de tierna y jugosa blancura; las revolvió como un avaro los untosos y sonoros centenes, y luego las sacó, oprimiendo con sus dedos nerviosos un centenar de angulas. Rousseau le hubiera dicho que aquel fué el origen de la propiedad. Una vez propietario, se hizo paso entre los transeuntes, contempló otra vez su tesoro y echó á correr.

Pero yo le seguí con la vista. Se había refugiado en un portal cercano, y de él salió una vez cerciorado de que nadie le perseguía. Cruzó varias calles, atravesó la ronda, llegó á unos desmontes y allí se sentó para gustar el sabroso botín. Le detuve entonces y le amenacé con entregarle á los guardias: quiso escapar, rogó, ¿lo creeréis?, amenazó balbuciente y lloroso. Por fin, hicimos un convenio, de cuya odiosidad francamente me acuso. Yo callaría lo que había visto y él me dejaría comer algunas angulas. Trato hecho: me quité los guantes, tomé asiento á su lado y comí angulas á boca llena. ¡Abuelo Caco, qué buenas estaban!

Y ahora escuchad, juriscónsultos, sociólogos, antropólogos, criminalistas, que va de diálogo:

—¿Tú no sabías que esas angulas no eran tuyas?

—Sí señor.

—¿Por qué las cogiste?

—¿Por qué las cogieron del mar?

—Pero el mar es de todos.

—¿Y por qué es de todos?

—Porque... la ley lo manda.

—No señor: es de todos porque los más fuertes todavía no se lo han podido repartir.

—Bien; pero el caso es que las angulas tenían dueño.

—Y yo tenía mucha hambre, señor. ¿Por qué ponen los pescados debajo de las manos de los niños que tienen hambre?

—Porque uno de los derechos que tiene el propietario es el de enseñar á todos lo que es suyo.

—¿Y por qué no soy yo propietario?

—Porque has nacido pobre y aun no sirves para trabajar.

—¿De modo que todos los propietarios trabajan?

—No quiero decir eso.

—¿Todos los niños son pobres hasta que trabajan?

—No me entiendes...

—¿De modo, que hay niños ricos porque sí? Pues ahí tiene usted explicado por qué he robado yo las angulas; porque sí.

¡Vaya una explicación! ¡Y unos adarques de cariño y cultura la hubieran hecho innecesaria! Pero la moral se ha enseñado á los indigentes como la enseñaba aquel Galeas, gran duque de Milán, cuando decía: «¡No quiero más ladrón que yo en mis Estados!»

El chico se ha puesto en seguida muy serio y me ha dicho con asombroso aplomo:

—Mire usted, señorito: en Madrid pasan injusticias muy grandes. Bueno que unos puedan comer lo que quieran y que otros tengan que buscar mendrugos en los basureros; pero eso de que se amon-

tonen las cosas más ricas, las que huelen mejor, las que más tentaciones dan, y se pongan detrás de un cristal ó en medio de la calle para decirle á cualquier hambriento: «¿Ves esas lonchas de jamón, esas langostas de carne blanca y dura, esos pasteles perfumados, esas aves de pechuga dorada y esos embutidos sonrosados y limpios? Pues todo eso no lo comerás nunca, nunca, y ahí está casi al alcance de tu mano, para que sientas escalofríos y sepas cómo se tratan los que son más fuertes que tú...» Vamos, señorito, eso me parece que es tentar á los pobres y hacerles padecer sin motivo.

¿Cómo iba yo á decir al chico que el mal no explica el mal, que robar es siempre un delito y que, esté crucificado á la diestra ó á la siniestra, el ladrón es siempre un malvado? No me hubiera entendido. Antes que el hambre, se le había hecho padecer la ignorancia. He callado y he comido una angula, saboreándola lentamente, como si fuera la única que el azar hubiera llevado á mi boca.

—Usted no sabe, señorito—ha seguido el rateo—, lo que es ver por todas partes anillos de oro y piedras, y saber que nunca nuestras manos habrán de adornarse con ellos, sino con mugre y con hollín; ver cien mil mujeres elegantes y hermosas, y estar seguro de que no habrá entre todas quien se digne mirarnos con agrado; ver carruajes, vestidos, teatros, y estar convencidos de que otros lo disfrutarán todo y uno nada. Pero todo eso se puede sufrir. Lo que no tiene nombre es enseñar los manjares al que muere de hambre ó de sed. Dicen que los pobres somos muy malos. Si no fuéramos buenos, ¿cree usted que en los escaparates de las fondas y reposterías habría sano ni un solo cristal?

No he podido contestar al muchacho porque tenía la boca llena de angulas.

—Dicen que atormentaba la Inquisición. Pero no inventó, que yo sepa, los escaparates. Ese es el tormento de los tormentos. ¿Que he nacido pobre? Paciencia. ¿Que aun no puedo trabajar? Me resigno. ¿Que no tengo amparo ni más refugio que un asilo, en donde se me mata de hambre y de frío y encima se me hace rezar? Llamo á Cachano con dos tejas. Pero que escondan esos manjares, que quiten de la vista del pobre esas deliciosas viandas, que no añadan á la injusticia el insulto ó que perdonen á los infelices que ven morir de hambre á su madre, á su mujer, á sus hijos, y echados á codazos sobre una banasta, se llevan enredada en los dedos una libra de angulas.

He dado por terminada la conferencia. El pica-ro ladronzuelo es todó un sofista; ¿necesito consignar que repruebo sus opiniones y que no estoy conforme con Kropotkine? Pero esto dicho, me propongo desarrollar en una obra magna, compuesta de catorce grandes infolios, la *Psicología de la tentación*. Será obra curiosa, aun más que la del padre Petavio, y te prometo, lector, un ejemplar estampillado, en papel del cuatro por ciento; claro es que de balde, que es como ahora se adquieren los libros. Entretanto, marchó á dar una vueltecita por las reposterías del centro. Voy á ver los escaparates, á admirar los faisanes reclinados en sus ondas de gelatina, los fiambres trufados en las cinceladas fuentes de plata, los embudidos en sus fundas tersas, las golosinas en sus deliciosas y limpias ánforas. Es diversión que cuesta muy poco dinero. Estoy á tus órdenes. ¿Gustas?

III

Yo lo he soñado; pero ¿por qué no lo he de creer después de haber rechazado como sueños tantas creencias y de haber visto desechar tantas verdades como delirios? ¿Quieres que te diga quién eres? ¡Oh, espíritu inquieto, dime lo que sueñas!

Era una alarma sin precedentes, un estado de sobresalto apocalíptico. La pluma de Alghieri hubiera quebrado sus puntos ante aquella agónica angustia; la lira del viejo padre de los poetas hubiera enmudecido ante aquel supremo terror. Para describir el espanto, la bárbara paralización, el trastorno infinito del pueblo enloquecido por la perspectiva del aniquilamiento, no tiene palabras el léxico; hay que buscar los sonidos roncós y guturales, los selváticos alaridos, los inarticulados gritos de fiera que debieron lanzar nuestros antepasados nómadas al ver subir en la gran noche trágica las cenagosas aguas del diluvio, ó los noctámbulos de Herculano al mirar descender los torrentes de lava encendida sobre sus maravillosos atrios de pórfido.

Había llegado á su frenesí más brutal la fiebre anarquista y parecían resonar en los vientos estas terribles palabras del sanguinario y feroz Kropotkine en *La Anarquía*: «¡No pidáis respeto á la vida humana en esta sociedad que clama por la ley del Talió!» La ciencia—¡qué ciencia tan triste!—había inventado un explosivo de prepara-

ción fácil é inofensiva, de cómoda ocultación y sencillo transporte, unos cartuchos diminutos, que colocados junto á las murallas de Jericó, las hubieran echado por tierra con harta mayor facilidad que los ecos de los vibrantes clarines angélicos. Y todos los días, sin interregno, una explosión formidable, aterradora, sembraba el espanto en la muchedumbre y mezclaba con montones de escombros trozos sanguinolentos de palpitante carne inocente.

Un día era una cúpula gigantesca la que se hundía, sepultando bajo su enorme concavidad á una muchedumbre de fieles; otro, era toda una vía populosa la que abría en sus enlosados fauces devoradoras y humeantes que tragaban legiones de mujeres y niños; cuándo la muerte se aparecía en el desplome inmenso de un acueducto; cuándo alzaba su antorcha de lumbre sobre las cabecitas rubias de todos los niños de un asilo, que escuchaban con recogimiento á un pedagogo el panegirico de una justicia universal.

Y el pánico era invencible, tremendo, monstruoso. Un hálito de espanto circulaba por las calles desiertas; un sobrecogimiento epiléptico embargaba á las familias acurrucadas en el fondo de las cuevas, de los subterráneos, de las mismas sentinas. Y hasta aquellos oscuros y húmedos escondrijos llegaba á cada instante el fragor lejano de las descargas con que los gobiernos amedrentados tomaban represalias de los sospechosos, matándolos en informe montón y fusilándolos en reueltas manadas.

Porque á una odiosa brutalidad correspondía, por la inconsciencia invencible del miedo, otra inicua barbarie. La multitud registraba, encarcelaba á ciegas sin proceso, porque sí, á inocentes y á sospechosos de delincuencia; les atormentaba sin

forma de juicio, les arrancaba confesiones insinceras á punta de garfio; y luego arrastraba á aquella población penal á los fosos en donde les acribillaba á balazos y les remataba como á fieras dañinas.

Un clamor unánime, desgarrador, sobrehumano, se alzaba de todos los tugurios y todos los oscuros subterráneos pidiendo justicia y escarmiento. Pero el escarmiento pedido no llegaba y las explosiones seguían, secas, implacables, acompañadas, casi isócronas, casi tan frecuentes como las cerradas y feroces descargas, estrofas de una guerra sin precedentes, impia, feroz, que no llevaba camino de acabar sino con la destrucción total de toda la raza de Caín y de Abel.

Entonces fué cuando se pensó en crear una Junta de defensa. Diez gobiernos habian caído uno tras otro en el espacio de un trimestre. El abatimiento se apoderaba de los más fuertes. En la primera reunión, una voz poderosa se alzó para proclamar una verdad que aumentó por doquiera el espanto: no habia anarquistas; se estaba combatiendo una sombra, mientras el verdadero enemigo asestaba impasible sus golpes. No habia sino bárbaros desesperados, fieras hambrientas, salvajes vengativos. Y éstos estaban diseminados, sin asociación, sin nada que permitiera reconocerles. Toda lucha sería estéril si no se entablaba contra el hambre y la brutalidad.

No habia tiempo que perder. En un solo día se habian registrado tres atentados, que habian hecho más de quinientas víctimas. La población parecia haber sido blanco de un bombardeo. En los campos, inmensas llamaradas anunciaban con sinietros y rojizos fulgores que la guerra se alzaba también en los surcos y que sería incesante y cruel.

Se formó un gobierno dictatorial. Y en él, ¡cosa imprevista!, entraron á deliberar y ordenar mujeres. Eran madres, y como lobas á quienes se arranca las crias, habíanse alzado para imponer su voluntad allí donde ya no quedaba un rescoldo de serenidad ni de decisión en los hombres.

La primera ley fué brutal y despótica. Los tres primeros contribuyentes de cada distrito y cada pueblo debían costear, durante tres quincenas, todo el pan que se fabricase, y repartirlo gratuitamente. Ellas, todas las mujeres, sin exceptuar una, debían consagrarse desde el primer día á la enseñanza; pero no de los dogmas ni de las reglas académicas, sino de la lectura y escritura y las primeras reglas aritméticas, que desbrozan los entendimientos rebeldes.

La ley se cumplió, porque el terror era invencible. Ocho días pasaron sin que estallaran nuevas bombas, al cabo de los cuales deshízose en polvo un edificio destinado á carnicería.

Los malvados, los miserables enemigos de la humanidad, aun seguían su odiosa, vil é ineficaz campaña. Aun tenían hambre las fieras. Nueva ley: supresión de Aduanas y Consumos sobre los productos alimenticios, sobre el cultivo y ganadería. Entrega de las tierras en aparcería, abonando el cultivador al dueño sólo la sexta parte de los productos. Reparto de libros por los particulares hasta agotar sus bibliotecas. Minimum de salario. Siete horas de labor.

Un mes sin atentado. Al cabo, una detonación monstruosa. Pero la multitud había sorprendido al culpable y le arrastraba por las calles, haciéndole víctima del más cruel y enconado de los *lynchamientos*.

Y he aquí que surgió un nuevo y pavoroso pro-

blema. Carecía el Estado de recursos. Nueva ley creando un impuesto mensual importante tres días de ingreso en toda renta y beneficio que excediera del doble jornal de un bracero. El Estado tuvo recursos.

Iba renaciendo la calma. Después de seis meses, cuando se creía que no había brutos ni hambrientos, un incorregible, un criminal nato sin duda, quiso depositar un bulto sospechoso en el umbral de un palacio magnífico. En el acto fué detenido por los obreros, y arrastrado á la prisión sujeto con cuerdas.

Las mujeres seguían consagradas á la enseñanza. Había que acabar de una vez para siempre con la barbarie. Por las fronteras seguía entrando trigo; había que concluir de un modo definitivo y seguro con el hambre y la desesperación. Y lo más sorprendente era que la situación de los ricos no empeoraba, mientras nadie había que sufriera privación y miseria.

Pero un día en que la Junta Central de Señoras —lo más selecto de la aristocracia femenina— descansaba de sus tareas, advirtiéndose bajo el estrado un enorme envoltorio. Se recordó que horas antes habían entrado en el salón para arreglar sus desperfectos varios obreros.

Las heroicas mujeres sintieron de nuevo el terror de los tiempos apocalípticos. La secretaria, en un arranque de virilidad valerosa, cogió con su mano nacarada y fina, como la de Boticelli, un extremo de la tosca envoltura del fardo y tiró de ella violentamente.

Y entonces fué cuando, con asombro de todos, rodó por el suelo un centenar de ramos de flores. Eran los proyectiles de los trabajadores nuevos, que sabían sentir y amar.

IV

Subimos primero una escalera ancha, casi conventual, que al llegar al quinto rellano se fué estrechando, hasta trocarse en una empinada trabazón de peldaños y tablas. Medio á tientas trepé á la azotea; desorientado, tropecé en no sé qué latones y aldabillas, y al cabo me encontré sobre una resbaladiza cubierta de cinc.

Tenia aquel espacio unos cuantos metros en cuadro y le rodeaba un barandillaje que hubo de parecerme inseguro. A la claridad que de la calle se encaramaba reverberando en las fachadas fronteras, pude ver unos bultos indecisos que se agrupaban en torno de un trípode, que sostenía, inclinado como un obús, un viejo telescopio. A otro lado, una silueta de mujer esbelta y grácil parecía contemplarme con irónica curiosidad en la sombra. Levanté la cabeza y hallé la bóveda infinita revestida de azul obscuro y tachonada de constelaciones parpadeantes. Luego, sobre un mar de tejados y azoteas, apareció un disco luminoso y sangriento, como una consagración entre brumas, recortado desigualmente por uno de sus bordes, disco que fué alzándose lentamente sobre las rojizas nubes de polvo inflamadas por el fulgor de los arcos voltaicos de los paseos. Era nuestro satélite.

Experimenté una sensación de vértigo, como si me encontrara sobre la barquilla de un globo; me asomé á una de las barandas, y vi allá abajo, muy

abajo, la vía espaciosa, con sus hormigueros de luz, sus coches y tranvías, que semejaban diminutos juguetes, y sus minúsculos viandantes. Al pensar que todos sufrían y experimentaban pasiones y odios, recordé á Micromegas y sentí algo parecido á la compasión.

En las aceras, ante los cafés y cervecerías, se agrupaba la gente en torno de los veladores, alumbrados por los globos esféricos, limpios y fulgentes como lunas en plenitud, sobre cuyos esmerilados vidrios se arrojaban con sus duros y pardos coseletes unas formas aleteantes, no sé si libélulas ó abejorros.

Medio aturdido por el vértigo, volví hacia el grupo, y la obscuridad parecióme mayor. Un hombre pálido, abstraído, con los cabellos en cierto desorden, aunque pulcro en su indumentaria, daba vueltas con mano febril á una cremallera. No sé quién, tal vez Larra y Cerezo, guióme hacia él y hubo de presentarme.

—El señor don Angel Joaquín Abreu, ingeniero —me dijo.

En su mirada absorta, en su faz de crispaturas inopinadas, en su balbuciente arrebato, comprendí que me las había con un inventor. Explicaba á la sazón su más reciente proeza científica. Era una cosa muy sencilla, tan sencilla, que á nadie se le había ocurrido, y ella acercaba á nosotros todo el mundo de lo ignorado, lo absurdo y formidablemente remoto, lo infinitamente pequeño, lo monstruosamente magno y terrible del mundo sideral; lo desconocido, lo deseable, en fin.

—Sabido es—decía—que el aumento de la imagen en un anteojo está en razón directa de su longitud, y que para conseguir doble ó triple aumento necesitamos objetivos de doble ó triple distancia

focal, lo cual aumenta en igual proporción la longitud del anteojo.

»Pues bien; yo demuestro que la interposición de una ó varias lentes divergentes entre el objetivo y el ocular, siempre que estén entre el primero y la imagen real y que el foco se encuentre detrás de la misma imagen, produce con poca mayor longitud un aumento doble, triple, séxtuple, y así hasta acercar en el telescopio la luna á una legua, á un kilómetro, ¡quién sabe si á diez metros!»

Aquello me sonó como á jerga diabólica. Volví la cabeza y vi otra vez la silueta elegante, inmóvil, interrogadora, de mujer. Entonces, mi amigo me dijo cordialmente:

—¿No la conoce usted? Es la hija mayor de Cayetana.

¡Cayetana! Sentí un brusco sacudimiento. Pasó por mi frente todo el cinematógrafo de mi niñez; sobre aquella azotea tenebrosa vi la imagen de todas mis grandezas desvanecidas. Parques frondosos impregnados de aromas aereas y lujuriantes, noches de luna henchidas de rumores en paseos enarenados, circundados de grandes verjas, alumbrados por linternas policromas venecianas, interminables avenidas en que alisaban su plumaje los pájaros solitarios nocturnos. Todo aquello era mío. Y siempre Cayetana allí, en el esplendor de su adolescencia, riendo locamente de mis arrebatos, burlándose de mis infantiles transportes, plena de gracia, mientras yo ocultaba mis lágrimas candentes de niño precoz y clavaba las uñas en mis carnes, furioso por aquel monstruoso amor prematuro, por aquella bárbara pasión imposible.

Luego la ausencia de años, el retorno y los triunfos primeros académicos á que ella asistía, la primera vestimenta varonil de que ella se burlaba,

los recelos, las suspicacias, el amor desigual, absurdo y necio siempre, las torturas del niño humillado, y después, de pronto, la ruptura irremediable entre dos pensamientos, dos caracteres forjados, no para vivir en distinto Universo, sino en diferente nebulosa.

Ella estaba abajo, en el piso inferior á la azotea. Me decidí á no verla para no mirar el estrago del tiempo, para no medir un abismo, para no marchitar una perfumada aforanza.

Y la sombra de aquella otra niña, nacida para eclipsar y marchitar á su madre, permaneció inmóvil mientras el ingeniero decía á mis espaldas:

—Sea F la distancia focal del objetivo; p , distancia focal conjugada; p' , distancia correspondiente á la imagen; O , magnitud del objeto; L , magnitud de la imagen; L' , magnitud total; F' , distancia del aparato divergente...

Luego sonaban cifras y fórmulas inacabables.

—¡Y todo para así!—me decía aterrado—. ¿De lo que nos hizo sufrir y gozar no queda un rescoldo? Lo que de lejos nos cautiva, tan de cerca nos desencanta. ¡En función del tiempo y de la distancia, al amor sucede la indiferencia, y á la efervescencia de la vida la muerte!

—¿Comprendéis?—gesticulaba nervioso el ingeniero—. Podremos ver los más pequeños microorganismos, porque ampliaremos, sin perder luz, el microscopio á veinte mil diámetros. Conseguiremos escrutar lo insondable del mundo planetario, porque contemplaremos los astros á distancias inverosímiles. Habremos convertido en arma invencible el anteojo humilde de Galileo. ¡Podremos verlo todo, analizarlo todo, saberlo todo!

Y yo me decía, contemplando la inmóvil y muda silueta:

—¿Para qué?

Me acerqué nerviosa y maquinalmente al ocular. Quedé estupefacto. Allí estaba la luna enigmática; pero no la de mi niñez, sino un pálido disco hendido de sombras, macabro, como algo cadavérico destinado á rodar por las soledades eternas. Mares secos, cráteres fríos de bordes resplandecientes, como de mármol, cavernas, oquedades, cordilleras sin vegetación; todo se dibujaba con líneas de fúnebre relieve.

Recortábase á la izquierda el perfil con una línea quebradísima, determinada por los muertos anfiteatros de Maurólico, Sacrobosco, Polibio, Teófilo, Plinio y Thales. Medio hundidos en sombra, aparecían el mar de la Serenidad y el del Néctar. Todo daba la sensación de algo muerto, sacudido un tiempo por convulsiones apocalípticas, destrozado por una catástrofe inaudita y helado para siempre.

Aquello, tan yerto, tan frío, era la luna de mi niñez, la Diana, la Hecate de los pueblos soñadores y artistas.

—Allí no puede haber habitantes— dijo la voz de Vicente Vera—. No hay agua, no hay aire, no hay cambio de fluidos, que es lo que constituye la vida. Eso ha de confirmarlo el invento del ingeniero Abreu, gloria de la ciencia española.

Yo seguía mirando con ansia el fúnebre aspecto del abandonado satélite. ¡Cuán otro le veía que cuando en los plantíos de dondiegos, rododendros y madre selvas, aspiraba la vida á pleno pulmón, y le veía fugitivo á través de las nubes que me parecían alcázares de gasas y triclinios de espumas, en los cuales se recostaban deidades coronadas de luz!

—¿De modo—me preguntaba con ansia infinita—

que todo ha de extinguirse, hombres y plantas, grandezas y miserias, pasiones y recuerdos y planetas y mundos? ¿Dónde, pues, esa ley de renovación de la vida? ¿Dónde el consuelo al supremo horror de las cosas? ¿En cuál de esas hondas cavernas selenitas se esconde el genio odioso que todo lo ha creado por el gusto de aniquilarlo y con fundirlo después? Verlo todo de cerca; pero ¿no valiera más ignorarlo? Y sentí un invencible deseo de matar á aquel inventor y destruir sus aparatos y quemar sus bárbaras fórmulas.

Me aparté sudoroso del telescopio. Seguía en su obscuridad la azotea; de la calle subían, como de un profundísimo cráter, rumores y reflejos de incendio. Sobre mi cabeza resplandecía con majestad solemne el cielo estrellado. De pronto miré al fondo de la azotea.

Ya no estaba allí la hija de Cayetana.

Primero he sentido un olor penetrante, como de pabilos apagados; luego un vientecillo sutil de lejanos riscos cubiertos de nieve, y un aroma especial á musgos y barnices, á serraduras y mejoranas, me ha hecho pensar en no sé qué infantiles retablos. He subido por un sendero amarillo, bordeado de abetos minúsculos; he cruzado por una pradera húmeda y bien oliente; he vadeado un río de lecho espejeante, cuyo fondo semejava de azogue, y he visto un pozo cuyo brocal hubo de antojarseme hecho de cartulina endeble. Más arriba,

un molino de inmóviles aspas parecía esperar el impulso de no sé qué escondido resorte; más allá, un mesón solitario, y á lo lejos la perspectiva de una ciudad, reverberando sobre sus vidrios colores bizarros. ¿Por qué no sería la desdénosa, la impía, la muelle y perezosa Jerusalén?

He deshecho el camino y he bajado por unos riscos entre graníticos y basálticos, por unos panzudos y agrietados bloques, semejantes á los que en Monserrat sirvieron de refugio y de espanto á Garín. Dios me perdone si no me parecieron de corcho. Pero no; porque tapando sus hendiduras, había matorrales espesos, espartizales y carderas, toda una vegetación lujuriente bien diferente á la del Asia Menor. Vuelta á cruzar el valle, á pasar el puente, á esquivar el pozo. Al fin, sentada sobre una piedra cuadrangular, vuelta la cabeza ligeramente sobre el hombro derecho, como si quisiera escuchar los ruidos del valle, sujetando con los dientes el hilo sacado á torsión de la rueca, divisé á la tía Gila.

¡Desvanecemos, áureas leyendas de Nazareth! La tía Gila vestía falda de ancho vuelo y calzaba zapatos de becerro. Sobre el negro jubón cruzaba un gran pañuelo de ancha cenefa. La cabeza, arrugada como la fruta del olivo y blanca como el lino que pendía del huso, se cubría con un pañizuelo á estilo payés. Por lo demás, era la misma, seca, acartonada, con sus dos ojos negros inquisitivos, su barba prominente, su nariz apapagayada y sus cejas peludas como crines de albo corcel indómito. Un gato blanco montaraz levantaba hacia ellas los ojos soñolientos, en su tradicional actitud misteriosa de esfinge.

Interrogada, ha prorrumpido en quejas y lamentaciones refunfuñantes:

—Hogaño—me ha dicho—el cáñamo perdióse. ¡Mi alma! Señor, los tiempos son malos. Cogióle al ganado la morriña y la riada llevóse la mies. Castigueme Dios si hay en el valle sino quebrantos. Agora diz que los rapaces se marchan á América y quedan las obradas en Dios me ampare. No; si no mire á las mocías y verlas ha con la mirada mansa y triste como el agua de la regona.

He preguntado luego por su marido, el tío Zenón, aquel viejo risueño y campechano que tan gallardamente empinaba la bota como sabía empuñar el arado.

—¡Dios nos ampare á todos!—me ha dicho—. Cogióle el mal de ijada y murióse. ¡Mi vida, que dementar creí! Recío y fornido, era mi oislo, aunque enjuto, y gloria daba verle manejar el destrial. Pero tuvo que buscar trabajo en la mina, donde como bestia trataronle. Sorprendióle la espadañada y echó los amasijos; ¡ay de mí, pobre, que hube de vender para darle tierra toda mi humilde percoceña, mis sartas de plata y corales y todas mis sayas de disanto, que á fe que mal cuantidades valían siete doblones! ¡Venturado! Ya juntóse con Bato, donde Dios nos prepara la gloria á todos, amén.

—¡Cómo! ¿También Bato?...

—Tocóle la suerte y me lo llevaron á la guerra. No sucio mandéle y lodiento, que buenas piezas labrantías deshice para mercarle lienzo y donarle ducados. Pero sólo una vez escribíome pidiéndome que rezase por él, que pronto sería muerto por defender la patria. Noticiáronme, al fin, que no tornaría ya nunca más. Aun conservo un escapulario que envióme dentro del sobre; y mire, señor: me parece que tiene glárimas. ¡Pequeñuco! ¡Fillo de mi vida!

He quedado mudo ante el resignado dolor de la

anciana. Admiraba aquella conformidad con el brutal azote que la hería en sus sentimientos y amores más profundos. Caía la tarde, y en redor se oía misterioso rumor de hojarasca. Las montañas iban extendiendo sus negras proyecciones sombrías, y por el suelo pasó algo negro y raudo como la sombra de un ala gigantesca.

¿No sería culpable aquella ciega fe de tanta desdicha? No me atreví á insinuarlo. En el rostro de Gila, aquella fe era además consuelo y esperanza. Por ella había dado su compañero al subterráneo y su hijo á la profundidad de los mares. Luego pregunté por los reyes.

—Son enviados del Señor—contestóme—. ¡Mi alma, que son garridos!

—Pero ¿no eran—insinué—de la misma carne y la misma sangre que sus netezuelos?

A lo cual Gila contestó:

—¡Calle, señor; no diga blasfemias!

De pronto cogí á la anciana por el brazo.

—Gila—le dije—: hay mucha injusticia en el mundo, mucha iniquidad, mucha odiosa barbarie, y esa barbarie, mientras hilas tu copo, se perpetúa. Dos pasos te hubieran bastado para ver el portal vacío. Una exclamación hubiera salvado á tu hijo de la muerte, un grito á tu oído de la espadañada. Aun puedes salvar á tus nietos. Vieja ó joven, tienes sangre en las venas. Eres mujer.

Me miró con aire de estupor y de asombro.

—Calle, calle, señor, y Dios le valga. Asina he vivido y asina también he de morir.

—¡Mira, Gila—he gritado—: todas las piedras de este valle están pidiendo misericordia, todas las ramas demandan luz, todas las montañas y esos ríos y esos astros que brillan están clamando resurrección!

Gila entonces ha bajado la frente y ha murmurado no sé qué rezos.

Y entonces la he dejado: he bajado frenético por los senderos enarenados; he golpeado al pasar con el puño las puertas de las solitarias viviendas; he borrado furioso con el pie las huellas de camellos; he mirado con desprecio al molino; he lanzado una mirada postrera y desdeñosa á un sitio imaginario en donde debiera encontrarse el nudo misterioso de aquella trama. Un momento me he detenido, y me ha parecido oír todavía á lo lejos murmurar á Gila su rezo y maullar á su gato de postura de esfinge...

Después... nada. Nada, sino el rumor de céspedes hollados por rálagas siniestras; olor acre de candelillas apagadas, ó artificiosos y recientes bar-nices.

Me diréis que todo esto no ha ocurrido en Belén. Pero medita un momento: todas esas mujeres que sufren como Gila, que se resignan como Gila, que hablan y se conducen como Gila, decídmelo, ¿en dónde están?

—Mi vida—ha dicho mi amigo, atusando sus emmarañados bigotes—ha sido peor cien veces que la del hombre malo, puesto que yo he perdido sin jugar. Desde muy niño consagré toda mi actividad y mi inteligencia al estudio. Este niño—decían profesores y amigos—será sin duda un hombre de

anciana. Admiraba aquella conformidad con el brutal azote que la hería en sus sentimientos y amores más profundos. Caía la tarde, y en redor se oía misterioso rumor de hojarasca. Las montañas iban extendiendo sus negras proyecciones sombrías, y por el suelo pasó algo negro y rauda como la sombra de un ala gigantesca.

¿No sería culpable aquella ciega fe de tanta desdicha? No me atreví á insinuarlo. En el rostro de Gila, aquella fe era además consuelo y esperanza. Por ella había dado su compañero al subterráneo y su hijo á la profundidad de los mares. Luego pregunté por los reyes.

—Son enviados del Señor—contestóme—. ¡Mi alma, que son garridos!

—Pero ¿no eran—insinué—de la misma carne y la misma sangre que sus netezuelos?

A lo cual Gila contestó:

—¡Calle, señor; no diga blasfemias!

De pronto cogí á la anciana por el brazo.

—Gila—le dije—: hay mucha injusticia en el mundo, mucha iniquidad, mucha odiosa barbarie, y esa barbarie, mientras hilas tu copo, se perpetúa. Dos pasos te hubieran bastado para ver el portal vacío. Una exclamación hubiera salvado á tu hijo de la muerte, un grito á tu oído de la espadañada. Aun puedes salvar á tus nietos. Vieja ó joven, tienes sangre en las venas. Eres mujer.

Me miró con aire de estupor y de asombro.

—Calle, calle, señor, y Dios le valga. Asina he vivido y asina también he de morir.

—¡Mira, Gila—he gritado—: todas las piedras de este valle están pidiendo misericordia, todas las ramas demandan luz, todas las montañas y esos ríos y esos astros que brillan están clamando resurrección!

Gila entonces ha bajado la frente y ha murmurado no sé qué rezos.

Y entonces la he dejado: he bajado frenético por los senderos enarenados; he golpeado al pasar con el puño las puertas de las solitarias viviendas; he borrado furioso con el pie las huellas de camellos; he mirado con desprecio al molino; he lanzado una mirada postrera y desdeñosa á un sitio imaginario en donde debiera encontrarse el nudo misterioso de aquella trama. Un momento me he detenido, y me ha parecido oír todavía á lo lejos murmurar á Gila su rezo y maullar á su gato de postura de esfinge...

Después... nada. Nada, sino el rumor de céspedes hollados por rálagas siniestras; olor acre de candelillas apagadas, ó artificiosos y recientes bar-nices.

Me diréis que todo esto no ha ocurrido en Belén. Pero medita un momento: todas esas mujeres que sufren como Gila, que se resignan como Gila, que hablan y se conducen como Gila, decídmelo, ¿en dónde están?

—Mi vida—ha dicho mi amigo, atusando sus emmarañados bigotes—ha sido peor cien veces que la del hombre malo, puesto que yo he perdido sin jugar. Desde muy niño consagré toda mi actividad y mi inteligencia al estudio. Este niño—decían profesores y amigos—será sin duda un hombre de

provecho. » Esto me estimuló, hasta el punto de imitar tempranamente al famoso hidalgo en lo de pasarme los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio. A los quince años mi cabeza era una biblioteca y mi despacho una galería de cuadros con diplomas. Al final, con premios extraordinarios, lucía sus rúbricas y estampillas el codiciado título de bachiller.

Mi padre cultivaba un bufete cuyos ingresos evaluaba en seis ó siete mil duros. Gocé del bienestar, pero proseguí mis estudios con ansia. Los estrados serían el templo de mi gloria y algún día representaría al país en Cortes. Tales eran mis *desiderata*. Cuando terminé la carrera, hube de esperar un año para ejercer. Abrí mi despacho, y sin esfuerzo pude liquidar al finalizar el primer semestre una cantidad estimable: tres mil pesetas.

Frecuentaban mi casa Sagasta, el marqués de la Vega de Armijo y Silvela. Este se prendó de mis juveniles arrestos y me ofreció ayudarme. Pude darle de ello ocasión en su bufete y en el Círculo del partido. Pero comencé el doctorado. Mis profesores fueron don Francisco Giner, don Gumerindo de Azcárate, y por mis aficiones metafísicas el insigne don Nicolás Salmerón. A los cuatro días declaré formalmente que sería republicano; activo, se entiende, porque platónico ya lo era. Al mes había publicado sendas diatribas contra mis antiguos amigos. No hay que decir que perdí la amistad de Sagasta y Silvela, con más la de mis clientes aristócratas. Al finalizar aquel año, los ingresos se habían reducido como por arte de encantamiento á la mitad.

Eso sí; yo seguía la huella de Aquiles Zurita —digo, de aquel inmortal y cándido estudiante que nos dió á conocer en su maravilloso cuento *Cla-*

rin—. Oía absorto las doctrinas de Giner el austero, pero ya periclitaba el racionalismo, y era don Nicolás con sus doctrinas neokantianas quien adueñábase de mi espíritu. Descuidé por completo el bufete. Don Francisco decía que era primero ser que valer, realizar en la vida el propio destino. Don Nicolás ensalzaba la austeridad y el imperativo categórico. Había que luchar, no por el poder, sino por el sacrosanto derecho. El abogado, sin más, era un ser inferior, y el ejercicio de la profesión algo desagradable, que mal se concertaba con la independencia de carácter y la alteza de miras del ciudadano virtuoso.

Comencé á rechazar los asuntos dudosos; luego los de clientes opuestos en ideas. Dejé las amistades nefandas: *prius mori quam fœdari*. Si hubiera vacilado, allí estaba Alfredo Calderón para darme el ejemplo. El bufete se fué á paseo. Me hice escritor y propagandista republicano.

Cuando murió mi padre fui víctima de gentes extrañas. Antepuse mis convicciones al bienestar y tranquilidad de los míos. Abandoné todos mis derechos escritos por salvar la integridad de mi honor. Comencé á notar que me iba aislando de mis relaciones, que eran, naturalmente, pertenecientes á las clases fustigadas por mí. En cambio, oía elogios de algunos obreros, los cuales, cuando yo les necesitaba, me cobraban más caro que de costumbre.

Ya no tenía hotel, ni jardín, ni carruaje; vivía pobremente y mi ropa comenzaba á adquirir también carácter estoico. Pero tenía á don Nicolás. Asistía á su clase, y aun cuando me dolía de su individualismo, admiraba cada vez más su insuperable y limpia oratoria, su mirada dominadora y fulgurante, su invocación perpetua á la austeridad.

Ya no aspiraba yo en modo alguno á ser diputado; no tenía las condiciones que juzgaba para ello precisas don Francisco, ni quería deber un acta á la intriga, la suerte ó el dinero, como cualquier vulgar medianía. Compadecía á los candidatos que renunciaban á su decoro con tal de salir elegidos por malas artes. Silvela me encontraba en la calle y sonreía, con aquel gracioso gesto mefistofélico. Mis antiguos amigos, aun los más zotes, ocupaban brillantes puestos. Don Nicolás me hizo pasar un día á su comedor, y después de varias divagaciones interesantes, escuché de sus labios: «Amigo mío, hay que esperar tiempos mejores.»

¿Mejores? Se engañaba. Para mí lo mejor era aquello: luchar por la verdad, escribir de balde, tolerar despotismos é ingraticudes. Llevé hasta el delirio mi quijotismo. Toda mi vida se truncaba siguiendo á aquel hombre destinado á malograr cuantas empresas acometía. Pero ¿no ocurría lo mismo á toda una generación entusiasta, guiada por los sabios incomparables, no sólo á la pobreza y á la obscuridad, sino al ridículo y la derrota? Calderón se quejaba ya de abandono, de ceguera, de fatiga cerebral; González Serrano se apartaba del maestro por siempre, harto de desdenes injustos; Francos, Simarro, Escuder, Altamira, buscaban nuevos rumbos; Miralles y Delorme morían en el desamparo; Maldonado se arrojaba por un balcón. Pero yo me indignaba cuando se hablaba del bufete de don Nicolás, de sus amistades con generales y prelados, de sus opiniones y sus silencios cuando cuarenta mil soldados eran sacrificados sin pelea y sin gloria. ¿Qué me importaba? Lo esencial era para mí realizar mi destino *en, por y bajo lo Absoluto.*

Entre tanto la fortuna sonreía al sabio filósofo. Como había abominado del viejo krausismo, parecía abominar en política del imperativo categórico. Acabó por aliarse con los carlistas, con los neos, con los solidarios. Yo quedé estupefacto. ¿Para eso se nos había hecho sacrificar posición y fortuna, carrera y prestigio? ¿Para proclamar á los cuatro vientos que había que dejarse de utopías y decirle á uno mismo en sus barbas que debía olvidarse de anhelos románticos?

Me vi de pronto catedrático de Psicología en el Instituto de Santoña, preparando á mis profesores sabrosísimas calderetas. Aun para eso era tarde, careciendo como carecía de toda protección oficial. Había que empezar á vivir y comencé de nuevo con empuje, con brio. Afortunadamente, me bastaba yo sólo para recobrar lo perdido, sin menoscabar mi independencia ni mi dignidad.

Era difícil. Creía conservar el respeto de los hombres de estudio. Pero éstos me tachaban de anticuado y de cursi. Hasta en el orden intelectual nos había aplastado aquel encierro *per omnia secula* en la *Critica de la razón práctica*.

Pensaba yo, con las lágrimas en los ojos, en los entusiasmos perdidos, en mi vida entera frustrada. Y quedé triste, abatido, como hubiera quedado el Nazareno, si alguien le hubiera dicho que su sacrificio sería estéril. Las ideas que un tiempo defendimos, eran ya rechazadas por el maestro, individualista doctrinario, revolucionario, aunque platónico, militarista transigente con ideas que antes consideraba nefandas, respetuoso con los odiosos contubernios. Puesto que él tenía un poderoso cerebro, los equivocados debíamos ser de seguro nosotros, no él.

Pero cuando se aniquila á toda una generación,

no hay derecho á decirle que los tiempos y las ideas evolucionan. También hubiera evolucionado si hubiera vivido don Fernando de Castro, pero como Holtzendorff y Schæffe. ¿Pensaría, si viviera, como piensa don Nicolás?

Mi amigo enmudeció. En sus ojos se retrataba el más hondo, el más inconsolable pesar.

—Levanta la frente—le he dicho—. Has cumplido con tu deber.

Por grande que sea el maestro, la verdad es antes. Descubre tu cabeza ante el hombre insigne, y despídete para siempre del gran conceller de Cataluña, que pudo hacer una patria nueva, y no acertó sino á malograr los esfuerzos de tantos hombres de inteligencia y de corazón.

VII

Unos versos medidos bien ó mal—allá el oído de los lectores—han suscitado rudas polémicas. El hecho no tiene precedentes de cuarenta ó cincuenta años acá. ¿Es que los versos encierran ideas salvadoras ó abominables? ¿Es que el poeta se inspira en nuevos y altísimos ideales? Nada de eso. Se discute sólo la forma. Es por unos combatida á título de extravagante. Defendida es por otros, más que por mérito, por novedad.

¡Cosas nuevas! Todos hemos soñado algún día con una renovación total de la vida y del pensamiento. El afán de innovar es acaso lo que más

distingue al hombre del bruto. Con ojos serenos é inmóviles contempla el irracional cuanto sucede á su alrededor. Su mirada, descrita con tanta verdad por Leconte de l'Isle, tiene ante el espectáculo de la Naturaleza la impassibilidad de la esfinge muda. El hombre, no. Su mirada es inquisitiva; su cerebro compara lo que ve con el arquetipo ideal que se forja en su fantasía. Y de la comparación de lo vivido con lo pensado, surge el ansia de crear y modificar lo que le rodea. Es así como, modificado por el medio, le va modificando á su vez. Así puede llegar un día en que no este ni aquel Dios, sino el hombre, acabe por crear un mundo á su imagen y semejanza.

Si lo propio del genio es crear y lo que caracteriza al arte es el hacer, nada ha de encerrar en sí el fervor de lo nuevo con tanta intensidad y potencia como el genio artístico. Los grandes guerreros, que fueron también artistas excelentes, no sintieron solamente el afán insano de destruir: experimentaron acaso con más fuerza el de formar imperios, dictar leyes, crear costumbres que no fueran como los imperios, costumbres y leyes ya conocidos en la historia.

Conoceréis al genio, no sólo por sus obras, sino por sus meditaciones. Delante de un mapa le veréis, pensativo, apoyar el dedo en los continentes y trazar líneas imaginarias. Está abriendo canales, uniendo continentes, agrupando reinos, combinando razas. El juntaría estos ó aquellos pueblos, formaría nuevas entidades políticas, y si le apuraseis, suprimiría de una plumada los Alpes ó enjugaría con un soplo el Adriático. Y aquel hombre, que no pasará tal vez en su vida de auxiliar quinto de una contaduría provinciana, hubiera hecho algo de eso—no hay por qué dudar—si

hubiera visto la luz en Córcega y se llamara Bonaparte, ó en el centro de Francia y se apellidara Lesseps.

La historia del genio es así: casi siempre labor destructora. No se dió la cicuta á Melito ni la cruz á Poncio; se adjudicó á quienes socavaron las bases de una civilización y una fe. Pero observemos bien: lo que el genio transforma no son palabras, ni ritmos, ni sonidos: son, ante todo, ideas. Y cuando rompe moldes, no es para verter en los nuevos odres el vino añejo maleado, sino para derramar con la opulencia y prodigalidad de su numen, en las ánforas nuevas, las flamantes y doradas idealidades.

Veamos si esto no es aplicable á la poesía. Nuevas fueron las homéricas formas, pero lo era también el Olimpo griego. Acaso nació con el viejo Aristófanes aquel diálogo entrecortado que hoy procuran hacer vivo y caliente los dramaturgos; pero en él nació rosada y pulida la sátira. La historia de las innovaciones métricas es la de los civilizadores contagios. Con Boscán y los Argensola no vino sólo á España el soneto; vino todo el genio del Renacimiento italiano, como con la letra de molde llegó el espíritu magno de la Reforma.

Y ahora innovar la métrica... Bien parece, si con ella ha de llegar un soplo de vida á esta petrificada concepción de la tierra y del cielo, del pensamiento y de la vida. Lo que no puede ser es que triunfen formas que nada anuncian, odres secos, ánforas vacías, ó llenas á lo sumo de toda la ranciedad del fanatismo y todos los mostos de la rutina.

Los poetas, obligados de una vez para siempre, vienen á crear nueva poesía, no de una vieja de su padre, sino de fino y reluciente cuño. La vida

moderna ha creado nuevas pasiones, nuevos dolores y conflictos, esperanzas y luchas diferentes de las que cantaron Berceo y Manrique. Canten los vates ese Universo, y la forma surgirá espléndida y virgen, como surgen los frutos al hervor de la savia.

Pero crear un sonsonete y dejar dentro todas las abominables herrumbres... ¿Cómo ha de acertar á halagar al oído quien no sabe interesar el corazón y el cerebro? Cuando se ha agotado la inspiración, cuando la caducidad de ideales ha bebido su última gota, hay que arrojar al mar, no ya el transparente vaso de bronce de Catulo, sino la misma dorada copa del rey de Thulé.

VIII

¡Oh, qué brava, qué sacrosanta indignación la de los fieles devotos avileños! Catulo Mendes ha profanado la noble y legendaria figura de Santa Teresa. En su drama, que han por incomparable los públicos y reputan inspirado los doctos, la Santa aparece como una poseída, tal vez como un enferma. No es la fundadora, la mujer varonil que deja la huella de su báculo en Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca y otras cien villas de tanta prez como Granada y Burgos; la consejera de reyes y prelados, cuyo epistolario revela autoridad y firmeza. Es simplemente la débil hija de Alfonso Sánchez de Cepeda, flaca de carnes

y de espíritu exaltado, que *muere porque no muere*, y en sus transportes de misticismo, habla en sus delirios con el Esposo, consumiéndose siempre en la fiebre de un espasmo ultraterrenal.

No hay que culpar por ello al magno poeta de Lutecia. Si no fué en vida de esta manera Teresa de Jesús, debió serlo ó no debió encarnar en ella la tradición todo el misticismo cristiano. Pese á realistas empedernidos, el Arte copia siempre algo más que figuras: traduce símbolos. Peor para la Santa si no hubiera excedido en personalidad á cualquier superiora de noviciados. Pero el transporte místico femenino ha existido y existe en el mundo, y su prototipo no es la fuente doctora de Croiset, sino la enajenada poetisa, retratada por el nuevo Catulo.

El Arte ha ensombrecido sin duda la siniestra figura del segundo Felipe. De prestar crédito á sus defensores, ni él persiguió con saña la impiedad, ni menos fué verdugo de su primogénito, ni intervino en la muerte de Escobedo, ni fué siervo del inquisidor, ni odió á la humanidad hasta el punto de alzar en el corazón de la sierra un monumento helado á la muerte. Sin embargo, el hijo de Carlos V es para todos el padre sin entrañas, el exterminador implacable de herejes, el espíritu estrecho que pretendió dominar el mundo para comunicarle el desprecio de las cosas terrenas y regirle desde una miserable celda desmantelada. Así debió ser. Si fué de otro modo, Felipe II perderá su grandeza y quedará como tipo del rey fervoroso católico, un ente posible que, imponiendo á los mundos la absurda lógica de la fe, detiene la marcha de la humanidad para vivir con suciedad y morir con lepra.

Críticos tan eruditos como poco piadosos, em-

pequeñecieron no ha mucho la grandiosa figura de Cervantes, en quien nos mostraron nada menos que á un defraudador y un pícaro solemne. No importa. Tenemos el *Quijote*, y el *Quijote* no es eso. Pese á los manuscritos, á los hombres, como á los pueblos, tenemos que juzgarles *a fructibus eorum*.

Revolved manuscritos y veréis disiparse todas nuestras grandezas. El Cid fué un vulgar mesnadero que alquilaba sus huestes; Guzmán, un débil soldado irresoluto, pecador por tardío en decisión y respuesta; Gonzalo de Córdoba, un audaz impulsivo; Hernán Cortés, un engañador sin entrañas, y un loco afortunado Colón. Pero el Arte no ve sino la jura en Santa Gadea, Tarifa, Flandes, Méjico y Nuevo Mundo. Grandes fueron las obras; si la Historia dice que fueron pequeños sus autores, la Historia ha mentido.

Y en la maldad como en el error cabe cierta grandeza. A todos se nos antoja grande Pedro el Cruel, regando su camino con sangre de hermanos y aniquilando á la nobleza bajo la maza de Juan Diente. Pero un don Pedro el Justiciero, ni merece mención, por la pequeñez de sus torpes justicias, ni explica toda una era de turbulencias. Contra esa versión, acaso veraz, pero ruin y mezquina, dan testimonio vivo los campos de Aragón y Castilla, talados á cercén para siempre; esas sierras abruptas y bravas, en cuyas cimas peladas y escuetas se alzan los despedazados castillos, que aun tienen plazas de armas donde asoman, sobre las amarillentas claves sombrías, las barras de Aragón ó la media luna invertida del Condestable.

No se equivoca el Arte al pintar á sus héroes según sus obras. Teresa de Jesús es grande en sus transportes ideales y vulgar en sus andanzas hombrunas. Los hechos han pasado como si Pedro hu-

biera sido cruel, Felipe fraile odioso y fiera dafina Torquemada. ¿Que no fueron así? Tanto peor para ellos. A otros hombres corresponderá la grandeza en el mal indudable que los hombres maldicen y las mujeres lloran. Del papel de verdugos habrán pasado al más bochornoso de ayudantes. Ni siquiera para el error ó el crimen habrán tenido talla. Teresa no sufrirá desequilibrios, pero habrá sido un simple juguete de los magnates egoistas y de los frailes de su tiempo.

El Arte, cuando observa, cuando se inspira en la observación y en los fenómenos científicos, dice siempre verdad. Dados los efectos, así debió ser lo que los produjo. En cambio, la Historia, esa institutriz odiosa y pedante de la vida, ¿cuándo dice verdad? Tal vez nunca. Historiadores asalariados, cronistas aduladores por merced ó por suma, cuidaron de aureolar muchos nombres que merecieron sólo el desprecio. Interesa á la Iglesia que la santa doctora haya sido un espíritu varonil y entero. Place á la autoridad soberana que hayan sido justicias los crímenes de Pedro I y magnitudes las miserias de Felipe el austriaco. Pero el hecho que vive vale más que el que se relata. Contra todas las apologías están las obras del espíritu atormentado de Santa Teresa; contra todos los pergaminos se alza la mole fría, desoladora, tétrica y egoista de El Escorial. ¿Qué importa lo que digan los códices, si allí hablan las piedras?

¿Queréis juzgar con acierto á los hombres? Mirad lo que hicieron. Un hombre es una arista que vuela, un fulgor que pasa. Un hecho es un hecho. En él colaboran generaciones, pueblos y siglos; en él, cuando mueve y transforma el mundo, va impresa siempre, gigantesca y severa, la mano de un Dios.

IX

...Y uno de los viejos, subiendo con un movimiento instintivo la capa á sus hombros, dice, hablando del 1907:

—Aquel año cayó tanta nieve, que los pordioseros tuvieron que retirar de la calle á los niños.

—¡Qué atrocidad! —interrumpe un oyente—. ¡Eso no puede ser!

* * *

—No crea usted por eso—prosigue el venerable anciano—que había ya terminado por aquellos tiempos la sensiblería. Algún escritorzuelo hizo sus parrafadas emocionantes describiendo la loca carrera de los chicuelos medio desnudos, descalzos, llorando de frío, tras los señorones envueltos en pieles. La verdad es que nadie hizo caso de semejante tontería.

—Ni habría para qué—dice un joven hirsuto—. Ya lo ha cantado nuestro glorioso poeta Martín Martínez:

Un niño que muere. ¡Oh, señora de Castelo!
Es un ángel más, porque consigne entrar en el cielo.

Jesús le acoge,
los querubines cantan.
La Virgen ríe y los
ángeles se levantan.
Amén.

—¡Amén!—claman á coro los circunstantes, conmovidos por este grito de poesía.

* * *

—Ciertamente—comienza á perorar un muchacho pálido—, nuestra generación es mucho más sabia. Somos rebeldes y hemos roto todos los viejos artificios. Nos repugna aquella abominable teoría del progreso humanista. Pues ¿y la Libertad? ¡Chin, catachín!

—Hay que volver—interrumpe un literato—á las cántigas. Fuera de las cántigas, nada. ¿Se acuerdan ustedes de Zorrilla?

—¡Ja, ja, ja, ja!

—Pues ¿y Campoamor?

—¡Je, je, je, je!

—¡Qué brutos eran nuestros antepasados, pero qué brutos!

—Según qué antepasados, amigo. No me negará usted que Villasandino...

Que parryas al Mexias
dixeron gentes discretas
Jeremias e Issayas...

—¡Oh, amigo! ¡Eso eran romances inspirados!

E los santos cantarán
por tí en gloria chançonetas.
¡Oh, beata ymaculata!
sin error desle abençio,
byen barata quien te cata....

—¡Sublime!

—¡Estupefaciente!

—¡Viva la juventud!

—¡Hossana!

* * *

—Mi cuadro—dice un bello artista—no es como aquellos del siglo XX; simboliza el nuevo ideal. Es una sinfonía en ultraviolado mayor. He arrojado allí el color, magna, impia, brutalmente. Es la dislocación de un alma atormentada. Se adivina la primitiva ingenuidad á través de las manchas informes. La llamo el torbellino; es algo caótico en que danzan rocas, abismos, siniestros perfiles. Al fondo una gran mancha roja es la carne que se rebela...

—¡Bravo!

—Mi abuelo dice que, cuando se perdió Cataluña, surgió el *espasmodicismo*.

—Perdone usted; fué mucho después, cuando fué Andalucía incorporada definitivamente á Inglaterra.

—Compuse yo entonces mi célebre canción al amor.

—Pero ¿usted ha cantado el amor?

—¡Ja, ja, ja! ¡Magnífico!

—¡Delicioso!

—¡Frapante!

—Hombre: eso es despreciable. Es, ¿cómo lo diré yo? ¡Victorhuguesco!

—Callad y arrodillaos. ¿No oís murmullos y bisbiseos?

—Parece rumor de marea.

—Algo así como un refunfuño doliente.

—Pues bien; es el Rosario que pasa.

* * *

—No crean ustedes—pronuncia con voz cascada y débil el viejo—que todo en aquel tiempo era abominable. En los establecimientos públicos no se servía, como ahora, manzanilla con cocaína ni

uvas con éter; pero había muy buen café, y en los teatros todavía brillaban mujeres hermosas, aunque algunos transformistas italianos comenzaban á quitarles su público. Se discutía si el Arte debía ser moral, pero á las veces...

—¿Qué es la Moral?

—La Moral es la verdad justa.

—*Et quid est veritas?*

—Permitan ustedes que continúe. Estaba la carne casi de balde, á tres pesetas... Ya se comenzaba á hablar de la independéncia de las regiones.

—Eso, eso es lo importante. Yo soy catalanista.

—Yo zaragotarra.

—¡Viva Cáceres libre!

—Calma y comedimiento, señores, que todo se andará.

* * *

¿Qué es esto? Las figuras se borran, las voces se apagan, el paisaje se desvanece... ¿Habrás sido todo una pesadilla? Está amaneciendo y nieva; nieva, airada, tenaz, copiosamente. Parece que la tierra va á congelarse, que el sol no ha de volver á lucir, que, con el calor del planeta, va á consumirse en el corazón de los hombres el rescoldo, que la humanidad va á perder para siempre virilidad, amor, genio, entusiasmo... ¡pero ya veréis como no, amigos míos; ya veréis como no!

X

Sonaron doce campanadas lentas, gruñidoras. Con el año terminaba para mí la lectura del libro de Cimbali sobre *El derecho del más fuerte*. Dejé sobre la mesa de trabajo el prematuramente arrugado volumen, y corrió por mis venas el frío, y por mi cerebro la sensación desabrida de la soledad.

Me acerqué á las vidrieras; estaban cubiertas de un vaho lacrimoso; limpié con el pañuelo aquella congelación semejante á esmeril y vi un farol frontero, dentro del cual la llama oscilaba azotada por el huracán. Más allá y más acá, tinieblas. En la calle, ni un solo transeúnte. Lo que terminaba, ¿era sólo el año ó era también la humanidad en la tierra?

Volví á sentarme frente al pupitre. No; no terminaba la humanidad. Estaba condenada á renovarse para sufrir irremisiblemente los mismos dolores, iguales injusticias, iniquidades y maldades idénticas. Sus sollozos serían, como aseguraba Cimbali, el eterno coro que acompañase al triunfo del más fuerte. Año nuevo, dolores nuevos; flaman-tes lamentaciones estériles. Los hombres continuarían siendo lobos para otros hombres. Y todos los años, en el silencio de la noche, sonarían otros doce golpes metálicos, de vibración refunfuante, para anunciar, con el advenimiento de una cifra en el tiempo, el triunfo de la perpetua crueldad.

Me invadió un sopor invencible, un cansancio infinito de todo y de todos. Luego se cerraron mis

párpados sobre una protesta de Turati. Cuando desperté ya era el día.

Froté mis ojos, apagué la luz, me acerqué á las vidrieras y vi la calle poblada de transeuntes maldrugadores. Todos acudían á sus negocios, esto es, á sus ambiciones y sus maldades. Indiferentes á la llegada del nuevo año, demostraban con su marcha impasible que no esperaban ningún magno suceso y que se hallaban resignados con la continuación de la eterna injusticia.

Por una extraña asociación de ideas, pensé en los grandes ideales de redención, en las altas empresas caballerescas, en el libro inmortal de... ¿de quién, Dios mío? Sentí una sacudida nerviosa. ¿Qué era aquello que me ocurría? Sin duda había enfermado gravemente, puesto que no podía recordar el nombre del autor del *Quijote*. Era asombroso é inaudito. Concentré mis ideas... ¡Nada! ¿Cómo se llamaba el ingenio sublime, el glorioso manco? Corrí presuroso á un estante; tomé un ejemplar del *Ingenioso Hidalgo*; miré la portada, y me restregué con furia los párpados. Se había borrado el nombre del autor. Busqué otro ejemplar; la misma mutilación absurda. Golpeé con la mano mi frente rebelde. Estaba perdido. El nombre inmortal se había disipado en la sombra.

Una nueva contrariedad vino á aumentar mi sobresalto. Pensé en el héroe del *Romancero*, y no pude articular su nombre; hice la prueba con otros de guerreros, de sabios, de artistas. Habían desaparecido, no solamente de mi sensorio, sino también de mi biblioteca. Todas las gloriosas figuras de la Historia quedaban anónimas; eran una sombra impenetrable en mi frente y un espacio en blanco sobre el papel.

Corrí á la calle trémulo. En ella vi una agita-

ción desusada. Todo el mundo se preguntaba, se reunía en corros compactos. En el primer grupo se disputaba con acritud si el nombre del Gran Capitán acababa en *iro* ó en *eño*. Llegué á una librería. Allí, un centenar de literatos y hombres de ciencia registraban volúmenes, revolvían estantes. Todos los apellidos gloriosos estaban en blanco. Ninguna memoria retenía los nombres de los varones incultos. Una inmensa tribulación se extendía de un extremo á otro de la villa afligida. El hecho inexplicable, brutal, era una burla feroz del Destino.

La célebre batalla fué ganada; pero ¿por quién? El libro inmortal había sido escrito; mas ¿por qué mano? Había sido alzado tal monumento por otro genio; pero ¿en honor de cuál? Se había perdido hasta el nombre mismo de quien había derribado las inscripciones del bronce y del mármol.

Año nuevo... pero el año nuevo traía por primera vez el olvido, no total, pero sí de los nombres famosos. El autor del *Sueño de Scipión*, aquel orador tusculano, cuyo apelativo perdióse en tinieblas, lo había predicho. Todo se olvidaría, porque la gloria de los hombres era sólo un sonido vano. De igual modo, el poeta desconocido de las *Doloras* recordaba melancólicamente en un tierno poema las *dichas sin nombre*.

Volvi á mi albergue, me senté de nuevo frente al pupitre. Allí estaba el libro que daba razón á los fuertes; pero en la portada, no subsistía el nombre del autor. El tiempo venela, más fuerte que el poder, más vigoroso que la gloria, *più che l'amore*. Lo que habían de hacer á la postre los siglos, lo había realizado sólo una noche. Centenarios, estatuas, discursos eruditos, todo ello había terminado por siempre. El único monumento conmemorativo posible sería en adelante un arca de

piedra, con un interrogante en el pedestal y esta sobria inscripción en el plinto: «A sus bienhechores anónimos, la humanidad reconocida.»

Parecióme entonces que la fatalidad no hacía sino extender á los afortunados en el combate por la gloria el fallo inexorable del olvido y la ingratitud, que había fulminado sobre los héroes del *sic vos non vobis*. ¿Cómo se llamaban los humildes artifices que levantaron frente al desierto las pirámides y labraron á martillo los hipogeos? ¿Cómo los soldados de las Termópilas y los que abrieron paso á un tirano en el Rubicón? ¿Quién construyó esas góticas catedrales de caladas agujas en que vaga doliente el espíritu enfermo del cristianismo? ¿Quiénes fueron los autores del *Romancero*, de nuestras leyes tradicionales? ¿Quién hizo la azada? ¿Quién inventó el pan? Como ha dicho un poeta, las coronas las ganaron las manos; pero fué la cabeza quien las mostró en sus sienas. Toda gloria era acaso una usurpación, y así, al olvidarse los nombres de los triunfadores, se había realizado por el año nuevo una gran justicia.

En lo sucesivo, los hombres lucharían antes por el derecho que por la fama. La labor de cada uno iría edificando la gloria de todos. Por su parte, los contemporáneos dejarían de consagrar largas vigili-
as á escudriñar archivos, á ensalzar nombres, á deificar figuras de barro, mientras millones de hombres útiles quedaban en el arroyo sin comer.

Y volví á abrir el libro y pensé que, si no en una noche, se haría esta gran equidad en el transcurso de muchos siglos; que si el tiempo podía borrar el poder de los sabios, también podría hacer imposible la inicua victoria de los poderosos, y que pese al autor del libro italiano, el triunfo de los fuertes no sería por siempre imperecedero...

XI

Sobre los surcos endurecidos del agostado cebadal, han caído de bruces bajo la ardiente metralla de la artillería... ¿varios moros intrépidos? ¿algunos bandoleros armados? No, sino una anciana y dos niñas. El hecho ha ocurrido entre Getafe y Pinto, durante las últimas maniobras. No esperaban ciertamente las víctimas sucumbir al golpe de los proyectiles, ni más ni menos que el marqués del Duero ó el bravo comandante Prevost. Así no habrán encontrado, al desplomarse, ni el gesto glorioso ni la actitud heroica; un torpe traspiés y la caída brusca sobre la tierra implacable y sedienta.

No hay, según parece, por qué afligirse. Los periódicos aseguran que las víctimas eran tres *golfas*. ¡Tres *golfas*! ¡Y dos de ellas no contaban diez años! Es un modo como otro cualquiera de acabar con la golfería, ó si queréis mejor, con la dropería: pulverizarla á cañonazos; lo malo es que no siempre tendrá la bondad de ponerse á tiro.

Se da ingeniosamente por reconstituida la trágica escena. La vieja y las niñas vagaban por el campo en espera de hallazgo ó de caza furtiva. Un trozo de metal vino á caer cerca de sus pies, y una de ellas se inclinó para recogerlo. ¡Era una espoleta de cobre! Los soldados arrojaban á un enemigo imaginario una verdadera fortuna. Bandas, espoletas, balines, eran de aquel metal que suplanta al oro, y con el cual es posible adquirir pan, aceite y legumbres. Los héroes modernos se ametrallaban

con cobre pulimentado, como pudieran hacerlo irritados los gnomos con esmeraldas. La guerra, devoradora de fortunas, empobrecedora y aniquiladora de pueblos, arrojaba á los vientos sus tesoros, como el usurero en días de padrínzago arroja sus tarines á la chiquillería para gozar de una hora de esplendidez.

El estupor debió turbar á las infelices. ¡Cómo! ¿Los hombres se mataban unos á otros con pedazos de cobre, mientras millares de ancianas y niñas como ellas mendigaban el céntimo en vano? Aquello era absurdo. Y una idea invencible debió asaltarlas: apoderarse, aun con riesgo de la existencia, de las bruñidas fajas metálicas que, vendidas al peso, debían procurarles por una noche un pedazo de pan y un miserable albergue.

E hicieron por el cobre frente á la artillería, como por el oro los ingleses del Cabo. ¿No han sido el pan y la carne lo que se ha jugado desde Gengis Kham en todas las guerras con dados de hierro? Allí un fogonazo y una detonación; allí pecho adelante la vieja y las niñas, como Napoleón en Lodi, enarbolando en la mano crispada la bandera de la miseria, con pliegues de informe jirón de percal. Más lejos rasga los aires el clarín. Allí, como en Bailén, está el agua y el pan de la cena. ¡Adelante, hijas mías! De pronto, una granada surca los aires describiendo una línea de fuego y estalla revolviendo en sus entrañas la tierra con horrisono y espantable fracaso. La vieja y las niñas muerden el polvo como Leónidas, el admirable *golfo* espartano. Buscaron la fortuna y cayeron. He aquí el lema de los vencidos. Han cumplido con su deber.

Suponed que en lugar de arrojar los cañones pedazos de cobre, hubieran lanzado al terruño riquezas, predomínios, honores y seguros encumbra-

mientos. ¿Quién hubiera censurado el arrojado del que se hubiera lanzado á recogerlos bajo el fuego enemigo? David, Alejandro, César, Carlomagno, esos cuatro reyes de la clásica baraja francesa, fueron sólo ambiciosos, y con ellos, Ciro, Vercingetorix, Pelayo, Federico II y Bonaparte. El poder, la gloria, estaban en el campo enemigo. Con el nombre de gloria, lo que buscaban en las cenizas de los campos talados eran bandas de cobre, trozos de metal más ó menos rico; quitad la esperanza del botín, y podréis borrar de la Historia á Pizarro y á Hernán Cortés. La patria es santa, es noble, es divina; pero la ambición es humana.

¡Ah, las pobres mujeres! No pedían sus legiones á Varo, ni sus márgenes al Rubicón, ni su misterio á Gordios, ni el dominio de sus estepas á Rusia. Demandaban el pan de un sólo día y el refugio de una noche cruel. Estimaban su vida en menos que quienes la trocaron por un trozo de mármol esculpido, puesto que la jugaban contra un poco de alimento y calor. Y si en lugar de espoletas de cobre hubieran entrevisto sonrisas y besos, algo de respeto y cariño, unas miserables migajas de amor, ¡con qué arrojado no se hubieran lanzado á las baterías y presentando á los ígneos proyectiles su pecho, destrozado por la injusticia y la ajena impiedad!

Yo quisiera que aquí, donde no falta un monumento á caudillos cuyo mérito principal consistió en mostrar un papel enrollado en su mano ó en señalar en el horizonte á un punto invisible, no faltara un plinto y una columna á esas mártires del humano egoísmo. Educadas en Orleans y en el odio á Inglaterra, cualquiera de ellas se hubiera llamado la *Pucelle*; criadas en el Coso y colocadas en el Portillo, con el fanatismo en el seno, hubie-

ran merecido el loor de Agustina. Fué la miseria su enemigo, y lucharon contra ella bravamente. Sin hogar y sin madre, tal vez sin la esperanza en el cielo, se lanzaron al fuego de las bombas. ¡No tenían otro calor!

Honor á los vencidos. ¿Tanto cuesta un redoble? Pasen los restos de esas mujeres, si es que no sobreviven á su infortunio, ante los hombres descubiertos. Son heroínas de la miseria, y la miseria llama ha tiempo á nuestros postigos de bronce. ¿Quién sabe las batallas que todavía ha de sostener? ¿Quién puede jurar que no será de ella la victoria definitiva?

Descubrios: voy á hablar de los niños. La tradición demanda para ellos ternura, solicitud, afecto entrañable. Yo os pido respeto; aquella unción con que prestaba maravillados los oídos Giorgini á *festivis jocis hilarique cachinno* y con que el inmortal Carducci escucha regocijadas y rumorosas las *risi é festa di bisbigli*. Son la fuerte debilidad del porvenir que llega. En sus labios es la futura bienaventuranza quien ríe.

¿No os sobresalta, con el recuerdo de otra vida más alta y solemne, cuyas auroras se esconden en azulados jirones de niebla, el eco balbuciente de un canderoso charloteo, la visión de una marcha oscilante, insegura, como primera correría de pinzón en el surco, la contemplación de una cabecita ra-

pada, en cuya frente se esconde el enigma y la mirada de unos ojos magnos interrogantes? ¿No os sentís entonces más buenos con vuestros deseos de acariciar y más fuertes con vuestras nobles ansias de proteger? Después de la contemplación del cielo estrellado, nada hay tan inefable como la tibia sensación en el brazo del peso de un niño que pregunta ó que duerme.

Ni la soberana embriaguez del placer y del triunfo, ni el anonadamiento del dolor que atenaza ó de la fatiga que enerva, ni el amor mismo, al pasar sobre nuestras frentes y sacudir sobre ellas el polvo de sus alas, pueden hacernos olvidar el inmenso, el inescrutable misterio que nos rodea. Dos hechos decisivos é inexplicados acotan la vida: nacimiento y muerte. Más allá ó más acá, la sombra, el misterio absoluto. ¿Adónde?, decimos sin querer, viendo á la senectud, cuya temblorosa cabeza blanquea, inclinada sobre su báculo, como si tanteara la oquedad de la tumba y prestara el oído al augustó silencio interplanetario. Y al mirar el primer revuelo del niño, en cuyas escrutadoras pupilas creemos contemplar los destellos de ignoradas y centelleantes nebulosas lejanas, arrulladas por la hirviente armonía de los mundos, involuntariamente preguntamos: ¿De dónde?

Todos, al dejar la niñez, hemos perdido una sublime reminiscencia y hemos borrado de nuestra frente un signo inmortal. Todos hemos llevado con nosotros la clave ingenua de lo absoluto, como el esclavo de Menón. Y así nos sobresaltamos al recordar nuestros años clarividentes, queriendo hacer revivir en nuestro cerebro sus confusas imágenes, reproducir en nuestro sensorio sus intensas vibraciones primeras. Sólo en la infancia fuimos felices. Error. Es que sólo después de pérdida va-

ran merecido el loor de Agustina. Fué la miseria su enemigo, y lucharon contra ella bravamente. Sin hogar y sin madre, tal vez sin la esperanza en el cielo, se lanzaron al fuego de las bombas. ¡No tenían otro calor!

Honor á los vencidos. ¿Tanto cuesta un redoble? Pasen los restos de esas mujeres, si es que no sobreviven á su infortunio, ante los hombres descubiertos. Son heroínas de la miseria, y la miseria llama ha tiempo á nuestros postigos de bronce. ¿Quién sabe las batallas que todavía ha de sostener? ¿Quién puede jurar que no será de ella la victoria definitiva?

Descubrios: voy á hablar de los niños. La tradición demanda para ellos ternura, solicitud, afecto entrañable. Yo os pido respeto; aquella unción con que prestaba maravillados los oídos Giorgini á *festivis jocis hilarique cachinno* y con que el inmortal Carducci escucha regocijadas y rumorosas las *risi é festa di bisbigli*. Son la fuerte debilidad del porvenir que llega. En sus labios es la futura bienaventuranza quien ríe.

¿No os sobresalta, con el recuerdo de otra vida más alta y solemne, cuyas auroras se esconden en azulados jirones de niebla, el eco balbuciente de un canderoso charloteo, la visión de una marcha oscilante, insegura, como primera correría de pinzón en el surco, la contemplación de una cabecita ra-

pada, en cuya frente se esconde el enigma y la mirada de unos ojos magnos interrogantes? ¿No os sentís entonces más buenos con vuestros deseos de acariciar y más fuertes con vuestras nobles ansias de proteger? Después de la contemplación del cielo estrellado, nada hay tan inefable como la tibia sensación en el brazo del peso de un niño que pregunta ó que duerme.

Ni la soberana embriaguez del placer y del triunfo, ni el anonadamiento del dolor que atenaza ó de la fatiga que enerva, ni el amor mismo, al pasar sobre nuestras frentes y sacudir sobre ellas el polvo de sus alas, pueden hacernos olvidar el inmenso, el inescrutable misterio que nos rodea. Dos hechos decisivos é inexplicados acotan la vida: nacimiento y muerte. Más allá ó más acá, la sombra, el misterio absoluto. ¿Adónde?, decimos sin querer, viendo á la senectud, cuya temblorosa cabeza blanquea, inclinada sobre su báculo, como si tanteara la oquedad de la tumba y prestara el oído al augustó silencio interplanetario. Y al mirar el primer revuelo del niño, en cuyas escrutadoras pupilas creemos contemplar los destellos de ignoradas y centelleantes nebulosas lejanas, arrulladas por la hirviente armonía de los mundos, involuntariamente preguntamos: ¿De dónde?

Todos, al dejar la niñez, hemos perdido una sublime reminiscencia y hemos borrado de nuestra frente un signo inmortal. Todos hemos llevado con nosotros la clave ingenua de lo absoluto, como el esclavo de Menón. Y así nos sobresaltamos al recordar nuestros años clarividentes, queriendo hacer revivir en nuestro cerebro sus confusas imágenes, reproducir en nuestro sensorio sus intensas vibraciones primeras. Sólo en la infancia fuimos felices. Error. Es que sólo después de pérdida va-

luamos su púrpura. Su cáliz sólo tiene perfume después de marchito.

Con el alma dolorida por la adversidad, casi siempre injusta; desencantados, mustios, sintiendo el amargor en las fauces de la pócima del saber, un acorde lejano, un ramaje que el viento sacude, un rayo de luna que pasa á través de los vidrios ó se columpia en la superficie de un agua tersa, las primeras palabras de una vieja oración, el chasquido de un beso, el aleteo de un ave nocturna, un perfume que surge, una luz remota que parpadea, nos hacen pensar en la infancia. Una sacudida de espasmo nos sobrecoge. ¿No era así aquel rumor? ¿No modulaba así aquel acorde? Queremos rehacer nuestra visión primera del Universo, la espléndida adivinación del futuro; nuestras pupilas se dilatan para reproducir la primera cándida mirada de asombro; se contraen nuestros labios para dibujar la primera sonrisa.

Aquella deliciosa sensación, ¿cómo era? Y de pronto nos sobrecoge la conciencia de nuestro desplome en el tiempo, el dolor torturante de nuestra pequeñez. No; no volveremos á rehacer la infancia gloriosa, á agrandar las mezquinas estancias, á idealizar los acordes monótonos, á sublimar las frases ingenuas. Lejos están los seres amados que se inclinaron sobre nosotros allí, en la alcoba tibia y perfumada, para dejarnos sobre la sien la huella de sus cálidos besos; todo aquello fué arrebatado, como los pétalos en otoño, por la ráfaga fría; no toma cuerpo, no responde á nuestra evocación angustiosa. Ya es ido.

—¡Ah!—clama un espíritu generoso de selección, un escritor grande y solitario—. ¿Por qué no se invierte el ritmo de la vida, y comenzando en la senectud, no vamos con el tiempo haciéndonos ni-

ños, para que la existencia nos diera el consuelo de sus más bellas postrimerias? La cuna haría amable el sepulcro. A trueque de recobrar la inocencia, la candidez, la confianza en todo y en todos, valdría la pena de morir. Pero ese recuerdo que llevamos en el fondo del corazón, ¿no es la recompensa de nuestra exquisitez, la compensación de nuestros martirios? Sigamos adelante. La vejez nos espera. Ella es fría, pero es fecunda. Más allá de sus límites, como más allá de la cuna, están las orillas del mismo mar.

* * *

¿Habéis pasado vuestra niñez en suntuosas viviendas, en amplias y señoriales estancias, donde pudisteis aspirar auras de nobleza inmaculada y ranclo abolengo? Vosotros sólo podéis daros cuenta de lo que hay vivo en la magnificencia, percepción negada á los poseedores de riquezas tardías. Vosotros sólo sabréis con certeza lo que dicen los retratos de los progenitores adustos encuadrados en sus arrolladas y viejas cornucopias. Mediréis la suavidad de una alfombra muelle, el peso de un opulento cortinaje, la severidad de una talla de roble, la suntuosidad de un camafeo. En vuestras excursiones solitarias por las estancias encantadas, muy de mañana, cuando todos los demás duermen, habréis experimentado la dicha del fastuoso Aladino. Sólo los niños saben. El niño poderoso saborea como nadie la esplendidez; por eso jamás se resigna á perderla.

¿Habéis pasado esos años luminosos del despertar en grandes jardines de paseos enarenados y frescas y solitarias umbrias? Conoceréis por su aroma todas las flores, descifraréis el zumbido de

todos los élitros; sabréis lo que dice la línea que proyecta el sol en el muro y el vellón de la nube que parece devorar á la luna para hacerla rodar por sus traslucientes entrañas. Pensativos al pie de un almendro ó de un sauce, os habrá sorprendido en plena niñez el amor temprano, la casta inquietud que no se renueva, y en una de vuestras soñolencias peripatéticas, habréis hecho el precioso hallazgo de vuestra Beatriz. La habréis visto mirándoos dulcemente y tornándose después *all'eterna fontana*. Su imagen no se apartará de vosotros, porque sólo los niños aman.

¿Habéis sido pobres? La miseria, que pudo mataros, no acertó á despojaros de vuestra diadema. Habéis sido grandes al escalar el sillón del abuelo, como Octavio al subir las gradas capitolinas. Habréis mordido no importa qué frutos sin sazón, como Lúculo las anguilas del Arno; habréis trocado en alcatifas las parvas, y las jamugas en arneses. Un canto gañanescos, oído en la noche serena, más allá del callejón extraviado, apoyados en las piedras de un ábside, os habrá parecido evocación solemne, que procuraréis recordar, cuando viejos, con el corazón en diástole ruda y los ojos llenos de lágrimas.

Eran aquellas reminiscencias del infinito, que no volveremos jamás á sentir; ecos y proyecciones de un mundo mejor, de que procedemos y á que somos llamados. Por eso nos colmaron de ventura y de gracia. Sólo los niños adivinan.

Somos duros con la niñez. Pero decidme si hay algo más triste, más conmovedor y aflictivo que la miseria ó el dolor en el niño. Si yo pudiera llevar

á todos los hombres algo de ese entusiasmo que ennoblece el vivir, ni una sola vez faltaría alimento y abrigo á los niños, ni una sola mano se alzaría despiadada sobre sus puras é inocentes cabezas. La niñez castigada es el más inieuo de los absurdos. Se habla de cárceles para pequeños delincuentes. No las he visto, no pienso verlas. El mismo asilo es terrible y odioso. La niñez es la libertad. Aun es un delito la enseñanza severa. Sólo una escuela es buena, ha dicho Pestalozzi: aquella que imita y se parece á la madre.

La Humanidad reverencia al niño; á la niñez, no. Es amado cada cual por los suyos, y aun esto no siempre; pero la infancia... Un redentor dijo: *Sinite parvulos venire ad me*. La sociedad moderna debe hacer más: debe ir á los niños, llevarles en toda ocasión alimento y cultura, no esperar á que ellos se acerquen con la demacración en el rostro y la tristeza en el corazón.

Una planta crece en nuestra ventana; un pájaro preludia tal vez su frustrado y melancólico epitalamio junto á sus hierros. Todos sabemos qué cuidados requiere la planta, qué alimento y temperatura convienen al cantor. Lo que ignoramos todos es cuánta higiene es precisa para que el niño se desarrolle, cuánto amor hace falta para formar aquel cerebro y aquel corazón, más tiernos cien mil veces que el ruiseñor y el heliotropo. Si alguien se permitiera alzar su mano sobre el florero ó sobre la jaula, sería juzgado como sacrilego y felón. Y sin embargo, es á veces la madre la que golpea el pequeñuelo, único que puede perfumar una vida y entonar un día la canción sacrosanta de los hombres redentos.

No podemos imaginar lo que pasa en esos cerebros minúsculos. Se dice que hay niños listos y tor-

pes; pero todos los niños son inteligentes hasta que el padre ó el maestro toman á su cargo la tarea de embrutecerles. ¡Lástima—hay que decir con el poeta—que lleguen á hombres esos niños! Los prejuicios, las falsas ideas, el egoísmo y la crueldad se encargarán de agostar en sus mejillas las rosas y en su pecho los nobles impulsos. Diez años de torturas y de afirmaciones dogmáticas darán al traste con su espontaneidad y su amor instintivo á lo bello y lo bueno. Nada menos se necesita para hacer desaparecer de sus virginales espíritus la añoranza de la eternidad.

Y esa tarea ingrata, esa nefanda é inhumana labor, es interrumpida alguna vez por la muerte. El niño está enfermo, en sus ojos hundidos se advina la fiebre y el fatal y prematuro cansancio. Débil, se ha rendido al esfuerzo temprano; tierno, se ha doblegado á la cólera y la crueldad. Y la muerte llega, más que nunca implacable, como jamás odiosa, porque lo que arrastra al torbellino brutal de los átomos es una esperanza frustrada, una halagadora promesa incumplida.

Amemos á los niños... y seamos niños también; esto es, alegres, candorosos, ingenuos. Alguna vez podremos, en la lucha con la barbarie, ser víctimas; pero no seremos verdugos.

Aun más que la esperanza—lo último que se pierde—es valioso y estimable el recuerdo, en sentir del poeta de la dolora. ¡Feliz quien conserva los recuerdos de su niñez! ¡Dichoso quien retiene en su oído la monotonía de un canto que en las horas de tribulación le recuerda el arroyo claro, la fuente serena de sus candorosas baladas ó las

portentosas hazañas de don Gaiferos, atribuidas por algún vate de los niños á Malborough!

No pocas veces arrojamamos con displicencia objetos nimios en que un día ciframos nuestra codicia ó nuestra vanidad. Unas veces es el intrépido soldado de plomo, cojo, como en Anderssen, resto de una legión que halló su Waterloo sobre el escaño de un hogar que deshízose en ruinas; otras es la medalla que prendió en nuestro pecho un venerable y viejo pedagogo. El día que alcanzamos tal galardón lloró de alegría nuestra madre, que ahora duerme allá arriba, más allá de la ermita, debajo de unas amapolas silvestres.

Tal vez encontramos una flor disecada en un libro de fábulas ó de primeros manuscritos. Nos la dió una niña, después de preguntarnos lo que era el Universo y de contestarla nosotros que era un asombroso jardín, sostenido en columnas de pórfido, con techumbre de estrellas y una cueva muy grande llena de dulces y juguetes. No se nos obligaba todavía á elegir entre los terrores sombríos de la fe y los desconsuelos de la razón.

Perdimos la niñez; pero la niñez se renueva entre explosiones de alegría y jubilosos gritos de triunfo. Tiene en sus manos, desbordante, el ánfora de la vida. Para saludarla, los hijos del hombre cogen palmas. Viene del infinito á despedir á los que, después de llorar en la tierra, al infinito vuelven. Protejámosla y cumplamos nuestro destino. Bien vale el gozo delirante de los que vienen la incurable y profunda tristeza de los que se van.

XIII

Un príncipe ha nacido. Ha sido lavado en aguas olorosas, recogido en haldas crujientes, envuelto en primorosos é inmaculados lienzos. Ante la canastilla, perfumada con esencias de pétalos, se han inclinado reverentes los grandes magnates, y esta vez no ha sido la adulación la que ha hecho doblar sus espaldas y campanillear al pender de su pecho las encomiendas, sino la sacrosanta devoción á la vida, aprisionada en carnes tersamente rosadas, que aun no ha sacudido el primer dolor, en cabellos blondos, que todavía no han hecho erizar el terror ni la cólera; en pupilas interrogantes, que aun no ha obscurecido la sombra de la traición primera.

Su nacimiento ha regocijado á los niños. Para ellos un príncipe es algo maravilloso y magnífico: un ser cuyo destino glorioso han predicho las hadas, que ha de llevar en su escarcela el talismán que todo lo puede y la espada que todo lo subyuga en el tahalí. En luengas tierras le espera una tierna y adorable princesa encantada; en lo alto de una torre, el destello que ha de encaminarle á la cueva del monstruo; en la orilla del mar, el viento que ha de acariciar sus guedejas, cuando, oprimiendo el pomo cincelado de su espada gentil, se apreste á conquistar el pájaro que habla ó la mandrágora que canta, cuando no el beso de unos labios bermejos y prietos como la pulpa encendida y sangrienta de la cereza garrafal.

Por de pronto, es hombre: ha llorado. Un doliente vagido se ha escapado de su garganta; y subiendo por los tapices, rozando los marcos de los viejos retratos adustos, desliziéndose por los artonados que encuadran las pinturas de Mengs, haciendo estremecerse los torsos de las ninfas y los faunos de bronce, que ornán relojes y vitrinas, ha ido á perderse allá, muy lejos, tal vez en el seno de las armaduras, en cuyas oquedades se va posando el polvo de los siglos. Ahora duerme. Es feliz. La Historia presta atento el oído á su respiración de blanda isocronía; la gloria le prepara sus lauros; sobre sus párpados rosáceos irisa el poder sus luces de misterio. Es grande: será rey, y lo que es más precioso... lo ignora.

* *

Porque la ignorancia es un principado, como el saber un pontificado sacerdotal. Pero sólo aquella es dichosa. El fruto del bien y del mal tiene las entrañas amargas, y sobre toda frente que ignora fulgura una diadema. He aquí por qué todos los niños son príncipes y por qué es este grito, que más parece una investidura, el que sale de la garganta de todas las madres. ¡Príncipe! Es decir, el primero. *Princeps juventutis*, el primero en amor, el primogénito en venturas, el que duerme siempre, con serena realeza, como si ante él doblaran su espalda los magnates y sobre su frente desplegaran sus clámides augustas las reinas de Giordano. ¡Soberano! Saberlo ya es comenzar á no serlo. Es medir la pequeñez de las cosas sobre las cuales ejercemos con la fatalidad á lo más, y con humillaciones, un mixto imperio. Es alzar la vista en la noche al cielo estrellado y sentir el anonadamiento

que á toda soberbia produce la contemplación de los mundos. Es mirar en el fondo sombrío de la conciencia de los hombres y sobrecogerse ante otro infinito, sobre el cual el negro escepticismo aletea. Es, tal vez, como Hamlet, temer en la misma muerte el ensueño y buscar en vano en un cráneo desnudo la mueca grotesca de Yorick. Reverenciamos á esos soberanos que duermen, ya que lo que dura el calor de un regazo es lo que tarda en despedazarse una púrpura.

En una tarde desapacible, grisácea, he visto pasar ante mí la larga fila de las incluseras. Envueltas en sus trajes de color de plomo, mal cubiertas por sus remendados velillos, caminaban con la seriedad prematura de los niños que, al pensar en su cuna, sólo aciertan á ver un torno. Al pasar junto á mí las mayores, observé que una de ellas se fijó con extraordinario interés en una tarjeta postal, en la cual, á través de los vidrios de un escaparate, exhibía sus desnudeces una princesa aventurera. En el rostro de la asilada no se retrató repulsión ni escándalo. Quedó un momento pensativa, y luego, con ledo murmullo, articuló estas soñadoras palabras:

—¡Qué felices son las princesas!

Aquella adolescente dolorida, que envidiaba la suerte de todas las princesas, sin exceptuar la Caraman-Chimay, no hacía sino expresar de un modo categórico lo que toda mujer ha pensado algún día. Ser princesa sería ser amada, dejar la soledad enervadora y triste, poder mostrar á los ojos de todos esa majestad, ese divino gesto de soberana plena de excelsitud que toda mujer lleva dentro,

escondido en lo más profundo del alma, mientras llega á llamar en su puerta el Esperado, trayendo en sus manos el zapatito de cristal. ¡Oh, vosotros, hombres de corazón! Llamad al de la mujer más humilde y veréis como al sentir el ruido de vuestras espuelas de caballero surge en seguida la princesa, radiante de majestad y de gracia, digna de ocupar un sitio, por muy alto que le coloquéis.

Sueña toda mujer con una diadema. Y á veces, puede decirse que la posee en el vértigo de la pasión ó en el peligroso espasmo del triunfo. Es ese destello de soberanía el que aparece en los ojos de la picante coupletista de Montmartre como en los de la bailarina de Trípoli, de crespo cabello y carne morena, mientras extiende al danzar sus brazos acariciadores y muestra sus dientes puntiagudos bruñidos por una especie de sensual crueldad carnívora. Lo mismo en la musmé del Japón, que parece arrancada á un biombo de laca, cubierta de zafiros que serpentean por sus hombros desnudos, que en la bayadera de Colombo, que envuelta en velos tejidos de oro, perpetúa del ritmo la noción voluptuosa. Todas saben que son princesas de un día, de una hora; pero lo son con la suprema gracia, con la indescriptible majestad arrogante que nos describe Gómez Carrillo, ese exquisito cronista de veras, ese gran escritor de todos los países.

Los hombres nos despedimos antes de los principados de ensueño. Muchos perdonan los esplendores de Metternich y de Condé ante la evocación del Don Carlos de Schiller ó del Delfín de Francia. Por mi parte, hubiera abdicado mis ilusiones de infantado al pensar en el Príncipe Perro ó en el Frittellini de *La Mascota*.

Hemos reinado un día, acaso un minuto, en el cual hemos cortado el nudo de Gordios y ha alumbrado nuestro bello gesto el incendio de una imaginaria Persépolis. Después, todo se ha evaporado en humo, y comprendiendo que sólo fuimos príncipes en la cuna, quisiéramos correr hasta una sepultura olvidada, para llamar en ella con el puño, gritando con las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazón:

—Devuélveme mi púrpura, ¡oh madre!

XIV

El viento aúlla en la chimenea. Abajo, los troncos se consumen; primero lanzan un destello azulado, luego la llama va lamiendo los bordes rojizos; al fin las ascuas se derrumban en montones informes. Y la lumbre se va consumiendo, consumiendo, hasta convertirse en cenizas pálidas.

Tras la obscuridad vuelve el frío y torna á sonar el aullido del viento; un escalofrío os muerde en los lomos; vuestros dientes chocan; en vuestro oído parece crujir algo que se troncha, como la hierba seca bajo la guadaña del segador.

Es ella que pasa: la *Implacable* viene de tronchar un cáliz virgíneo, de segar un tronco henchido de savia, de apagar una débil luz que vacila. No la habéis visto, pero sí la han visto en el establo los bueyes soñolientos, con los párpados entornados y las patas dobladas debajo del vientre. La ha sentido pasar el tordo inmóvil sobre el abeto, el gato,

de ojos zarcos interrogantes, acurrucado en el escaño, y el recental, que en la empalizada ha lanzado en mitad de la noche un tierno balido gemebundo.

Ha pasado silenciosa, impasible, dejando tras de sí un rumor siniestro, como de pliegues de sudario, un casi imperceptible redoble, como de cuentas que se desgranán. Al divisarla, el buho ha dejado caer desde la cresta inaccesible su grito agorero. Sobre vosotros ha pasado su aliento, dejándoos en la médula de los huesos el frío de la inmensidad sideral.

Se ha cernido sobre la desvencijada cabaña, y algo azulado ha parecido evaporarse sobre su techo de rastros. Dentro, una niña ha quedado inmóvil, coronada de crisantemos y alelises silvestres. Vosotros la encontrasteis un día rosada y diminuta como una grosella montaraz, viendo deslizarse en el río las flotillas de patos ó cogiendo moras en los zarzales, frente á las columnatas del bosque. Ahora duerme en su caja de pino, alumbrada por dos cirios amarillentos, junto á los cuales la madre llora, oculta la cara en el delantal, mientras apoya en el puño temblón la frente rugosa el abuelo.

Y ha abierto también las esculpidas puertas de roble, se ha deslizado sobre las mullidas alfombras y ha besado en la frente á una mujer joven, hermosa; ha doblado la frente y ha quedado yerta, dibujando en sus labios una sonrisa, como si mirara en sus manos rebosante la copa del festín, colmada por ánforas de oro. Todavía coronaban sus sienes los laureles del triunfo; aun resonaba en sus oídos la cadencia del epitalamio. Su último gesto fué digno, noble su postrer ademán.

Y ha pasado también al borde del lecho de vuestro amigo. El la ha mirado acercarse tranqui-

lo. Ha hecho cara á la muerte, seguro de dignificarla, de arrojar con su alma serena en la gran sombra un luminoso rastro. Y *ella* ha pasado respetuosa esta vez, sin tocar con su mano de mármol aquel cuerpo; pero alejándose callada, segura de encontrar nuevas víctimas.

Las juncias se estremecen en la orilla del río; una hoja se ha desprendido desde lo alto de un abedul; un chasquido ha sonado en la selva; un débil gemido ha parecido extinguirse en la noche; el gato dormido ha abierto sus ojos enigmáticos. Es *ella* que pasa. Y algo os ha sobrecogido en la sombra, como un soplo letal, como el contacto de una flotante túnica, como el roce de un negro aleteo.

Se ha consumido en el hogar el rescoldo, una luz indecisa penetra por los vidrios cubiertos de escarcha é ilumina débilmente la esfera del reloj, que parece mirarlos y señalarlos con sus dedos de acero un punto misterioso en la eternidad. Luego vuelven á hacerse las tinieblas. Creéis percibir muy lejano un grito desgarrador de angustia suprema. Pero no; todo sigue en silencio; ha sido en vuestra sien el zumbido de un trómbus, ó allá, en los picachos cubiertos de nieve, el grito de un ave nocturna al abatirse en la sombra sobre su presa.

Mañana volverá á proyectarse una luz azulada sobre los vidrios é irá alumbrándose paulatinamente la estancia. Oiréis ruidos confusos, luego risas y charloteos. Un rayo de sol ornará de gualdo las cumbres, sonarán mugidos en el establo, un pardal desperézará sobre un desnudo almendro sus alas y volverá el día. Oiréis que la noche ha sido cruda y que una terrible mortandad aflige á la comarca. ¿Cuántos de los vuestros han pagado tributo á la fiera crudeza invernal? Dos, tres, acaso más. He aquí la crónica amarga de todos los días,

la desabrida actualidad, el registro nefasto que llevamos con terror en nuestros dolorosos anales. Ella, la *Implacable*, ha pasado junto á nosotros y nos ha perdonado de nuevo. Pero nos ha dejado su inmensa tristeza, su fría pesadumbre, la honda y amarga sensación de nuestra desdicha y soledad.

Y así días y días, hasta que nuestra historia es sólo un confuso montón de recuerdos, un catálogo medroso de nombres sin seres ni objetos, una doliente evocación entrañable á que nadie contesta. Al pasar *ella* á nuestro lado nos ha ido matando poco á poco, más cruel con nosotros que con los que encontraron muerte temprana. Un día llevóse el color de nuestras mejillas, otro el fulgor de nuestra mirada. Una madrugada observamos una arruga en la frente y otra una inseguridad en el pulso. Frente á la luna del espejo, pudimos comprobar los estragos que hizo en nosotros la nocturna y constante visita. En nuestro rostro se retrata el dolor de tantos amores perdidos, de tantas ilusiones frustradas. Cada uno de los seres ausentes nos dejó en herencia un desfallecimiento ó una soñolencia invencible. Y de noche, cuando vuelven á derrumbarse los leños en haces de chispas, y se extingue el fuego y torna el escalofrío á mordernos, y en el establo no se oye ya el rumor del ganado que duerme, los párpados cerrados y las patas dobladas debajo del vientre, y el gato dormita y el reloj señala un punto en la Eternidad, sentimos que pasa la *Implacable* y que la voz de todos los nuestros parece fundirse á lo lejos en un vago clamor. No hay duda. ¡Nos llaman!

Sin embargo; mientras nosotros languidecemos ante ese supremo llamamiento y temblamos con la conciencia de nuestra pequeñez, en lo alto de los cielos las constelaciones despliegan su magnificen-

cia enigmática. La energía que mueve en el espacio los mundos, se esparce por el Universo y hace surgir dondequiera el calor y la luz. Nuevas semillas hacen germinar nuevos tallos, y de ellos surge, con las ramas, la flor, y con la flor el polen que ha de fecundar la vida en los surcos. Y acaso fatigada de su odiosa labor, la *Implacable* ve al despuntar cada nueva aurora que hay algo más poderoso que su guadaña, más tenaz que su furia, más fuerte que su propio designio, y ese algo es la vida que renace, la energía que se sustituye, el pensamiento que se renueva.

Y ante ese soberano espectáculo, podremos sentirnos también poderosos y fuertes. Llegará la noche invernal y con ella la soledad melancólica. Acurrucados en la estancia sombría, oiremos aullar el viento en la chimenea, sentiremos llenos de escalofrío los pasos furtivos, el aliento de la segadora que prepara la hoz... Pero pensando en nuestros amores, en nuestros ideales, en lo que hubo en nosotros de impersonal, asomará a nuestros labios la sonrisa del triunfo. Algo más en nosotros hay que un ojo que llora, que una boca que se contrae, que una mano nerviosa que se crispa. Hemos pensado, hemos sentido. No, espectro implacable; cuando vengas de veras, todo no te lo llevarás...

XV

Habia llegado el fin de la vida. Cien mil quintillones de universos formaban no más que una interminable llanura, y en el mar perfumado de olas muertas flotaba deshojada la flor del loto,

simbolo tremendo de la ciencia del no saber, que se llama la nada.

Habían transcurrido setenta mil cuatrillones de calpas. Cada calpa había constado de cuatro épocas y cada época de noventa mil sextillones de siglos.

Ya no se conservaba memoria del día nefasto en que Gurzcher, el cometa maléfico, burlando la vigilancia de la Luna, se había arrojado sobre la Tierra y la había trocado en ceniza candente.

En la sombra se alzó una gigantesca silueta: era la de Ahrimanes-triunfante. La sonrisa del vencedor se mostraba en las fauces del genio del Mal. A su lado estaba Eschem, el genio de la Envidia, el caudillo de las siete cabezas. Detrás formaban, en fila, los siete Dewas, y luego, en columna cerrada, Goch, genio de la Codicia; Duzak, de la Iracundia; Neriosengh, de la Guerra; Ramechne Carom, de la Lujuria, y con ellos, escuchando los aullidos del perro Sura, cuantos odian a Ormuzd; todos los que viven en la obscuridad, y en vez de afirmar y comprobar lo escrito, dicen siempre: *tal vez*.

Oyóse un silbido de reptil que se arrastra y Ahrimanes habló:

—¡Maldito el Zend Avesta, maldito Ormuzd, maldito Ahura Mazda, maldita la raza funesta de Kayomorts! La luz siniestra alumbró el puente Cinerad. Que pase Duzack por él y venga a contar sus hazañas.

—Soy—dijo el genio de la Iracundia—el hálito inficionador que ha pulverizado los Naskas. Mi soplo ha esterilizado la raza de Parso. Al primer hombre le inspiré el fratricidio y al último le puse el gatillo en el dedo y el cañón en la sien. Cogí el fango a puñados de los lagos de Irak-Adjemir y

formé los verdugos. Por mí el hermano despojó de la vida á su hermano, el esposo á su esposa y aun el hijo á la madre, como el miserable Nerón á Agripina. Mi ejecutoria se llama crimen, y en ella está esculpida la historia del mundo. He alzado en Atenas el vaso de la cicuta y la cruz en Jerusalén. Sobre las ruinas de los liceos y las pinacotecas he levantado la tiranía. He arrastrado de los cabellos á las doncellas immaculadas, he golpeado contra las losas el cráneo de los niños, he sacado los ojos á los ancianos y he buscado la venganza feroz en las entrañas de los mártires. Cuando agoté la ferocidad, inventé el explosivo, le puse en manos de los sectarios y le hice conflagrar entre la muchedumbre inocente. Mi cuerpo está manchado de sangre. En mis ojos fulge el destello del odio que nunca se aplaca y en mi boca se dibuja el rictus de la venganza que jamás se extingue...

Un murmullo de horror salió del ejército de los Devas. Luego Sura lanzó á la eterna noche siniestra su aullido lúgubre.

—Soy superior al odio y el mal—prorrumpió Neriosengh—, porque soy la Guerra. Duzack ha asesinado á los individuos. Yo he hecho más: he extinguido y aniquilado las razas. Mientras Ciro ascendía por el álveo del Eufrates, yo he cubierto de carne humana el suelo de Timbrea. Mis secuaces han sido coronados sobre lagos sangrientos y se han llamado Nabuco, Cambises, Alejandro, César, Carlomagno, Bonaparte, Guillermo de Prusia. He trocado en hogueras ciudades florecientes, en líbicas llanuras pueblos feraces, en esclavos á hombres poderosos y libres. Mi gloria es cantada en sollozos por mil generaciones de madres. Y además, he divinizado mi crimen, y esculpiéndole un ara, he puesto allí un nombre: patriotismo. A la

luz de la luna he hecho á los cuervos batir sus alas sobre las legiones deshechas. He acercado á los labios de las hordas los cráneos abollados de los vencidos. He llamado botín al robo, á la violación, al incendio, y no hay un puñado de tierra en que no se sepulte un hueso calcinado que pregone una vil y feroz represalia.

A la voz del diablo maléfico se siguió un silencio feroz, como si ya se hubiera realizado la suprema maldad.

Le rompió al poco tiempo Goseh, con su voz cascada y senil.

—Yo soy más funesto, más criminal, más bajo—baluceó—, porque soy la Codicia. No he dejado á mis víctimas, más numerosas que las del furor militar, ni aun siquiera el placer de morir con gloria. Mi segur ha sido esgrimida en la obscuridad por el hambre. Yo he labrado á martillo los hipogeos y he alzado las pirámides con sudor y angustia de siervos. No me he contentado con destruir; he necesitado también martirizar. He inventado el tormento, supremo placer de las almas encanalladas, y he arrancado á mis víctimas, una á una, sus visceras, deleitándome en su miserable agonía. Por mí las mujeres han marchitado su pureza y los hombres vendido su honor. Un día de maldad me bastó para sumir á Europa en las ansias del milenarismo. Vosotros habéis destruido los cuerpos, yo he hecho más: he asesinado y corrompido las almas. Por cada hombre derribado por el hierro ó el fuego, han caído cien mil agotados por la miseria, y han caído perdidos por el ansia del oro y vencidos por el más brutal y despreciable egoísmo. Por mí se han arrastrado los soldados famélicos sobre las lagunas infectas y los trabajadores han muerto sepultados en los escombros y los marinos

han bajado con los ojos abiertos al fondo del mar. Cien mil generaciones se han perdido en el dolor supremo sin esperanza, y otras cien mil han revolcado su alma en el cieno.

Un horrible alarido de espanto, de vergüenza, de tremenda desesperación, se alzó en la llanura. Los genios del Mal se avergonzaban de tanta maldad y tan inicua y asquerosa bajeza.

Parecía que después del genio de la codicia no podía reclamar otro espíritu la supremacía en el mal.

Se adelantó una sombra, blanca, pálida, macilenta. Traía las manos cruzadas y en sus ojos se retrataba un manso fulgurar humildísimo.

—Aspiro—dijo con cierto rubor—á la hegemonía. Me atrevo á pedir para mi sien la férrea corona de Ahrimanes.

—¿Quién eres?—prorrumpieron mil voces indignadas.

—Yo—dijo la figura hipócritamente sumisa—soy la Resignación. Mi nombre es Asman y he figurado en la cohorte de Ormuzd, el principio del Bien.

Todos los demás bajaron la cabeza avergonzados por tamaña traición. Aun á las deidades que veneran la flor del loto, lo solapado humilla.

—Sin mí—continuó con voz temerosa la falsa virtud—, todos vuestros esfuerzos hubieran sido vanos y estériles. Los hombres hubieran buscado y encontrado remedio al crimen; hubieran suprimido la guerra y habrían de seguro cortado sus uñas afiladas á la codicia. Yo he hecho más que crear el mal: le he hecho irremediable.

Un profundo estupor siguió á estas palabras.

—Convencida de que la razón podía salvar á los hombres, he consagrado mi esfuerzo á anularla. Así, he destruido más que un mundo, más que cien

universos; he pulverizado la Divinidad. He llevado á los hombres de rodillas ante ídolos de piedra ó de roble; les he hecho escuchar la voz gangosa de falsos profetas y viles fariseos; les he amenazado con penas futuras; he anulado su entendimiento y marchitado su corazón. «¡Resignaos!», he gritado á su oído. Y los hombres se han resignado y el mal ha vencido por todos los siglos de los siglos, y se ha hecho irremediable por la cobardía y la renuncia absoluta de la energía, que era lo único que existía en el mundo capaz por sí sólo de poderle salvar. Al prostituir la verdad he destruido lo único que podía rehacer este mundo convertido en cenizas. Vosotros—concluyó con sonrisa piadosa—habéis herido al principio del Bien de frente. Mi ojo ha sido más perspicaz, mi golpe más certero, porque he sabido asestarle por la espalda.

Todos los genios emudecieron ante el definitivo triunfo de Asman.

Péro entonces ocurrió una cosa imprevista, estupefaciente.

Ahrimanes desciñó de su sien la corona, y en vez de colocarla sobre la frente del traidor, la arrojó con un movimiento iracundo al espacio infinito y lóbrego.

Había preferido que se perdiera allí para siempre, á coronar tanta villanía.

XVI

—¿Qué le parece á usted?—me ha dicho una respetable madre de familia, mostrándome una complicada labor de aguja.

Y adivinando en mi perplejidad mi ignorancia, ha creído conveniente añadir:

—¿No es preferible que mis hijas ocupen sus ocios en estas labores primorosas, á que pierdan el tiempo en componerse y coquetear?

He asentido. La hipocresía es una virtud cuando es piadosa. Pero si mi interlocutora hubiera sido capaz de escucharme con indulgencia, mi respuesta hubiera sido muy diferente.

—Señora—hubiera dicho con todo aplomo—, creo firmemente que padece usted un error lamentable. Sus infelices hijas de usted, condenadas á consagrarse á una labor embrutecedora, harían sin duda mucho mejor en aprender el arte de agradar, sin el cual es posible que se queden solteras ó que no sean muy felices en su matrimonio.

Y si por acaso mis palabras se antojaban á la excelente dama obscenas, hubiera tosido ligeramente, estirado mis puños, buscado nueva postura en el sillón y hubiera seguido en esta guisa:

—El trabajo es odioso cuando no nos educa ó nos facilita los medios de mejorar nuestra condición material. Trabajar por gusto sin llenar una de estas dos condiciones, ó ambas á la vez, me parece un hábito propio de esclaves. Así, dedicar á las mujeres á trabajos mecánicos que, como tales, anulan la inteligencia, cuando esos trabajos producen en el mercado cuando más la décima del jornal de un bracero, es un error tan grave que no hay para él bastante censura. Sus futuros yernos de usted tendrán bien poco que agradecerle cuando se encuentren en la vida con unas mujeres histéricas por falta de ejercicio al aire y al sol, ignorantes de la aritmética, la higiene, la estética y la sociología, incapaces de departir con ellos y consolarles en sus aficciones, ineptas para cuidar y educar á sus

hijos, abandonadas en el aseo y el cuidado de su persona, desagradables por su indumentaria y despreciables por sus rutinas, pero sobresalientes, en cambio, en el encaje de bolillos y en las cadenetitas de crochet.

Supongo que la señora protestaría que unas y otras aptitudes y enseñanzas no son incompatibles.

—Lo son, señora mía, lo son—proseguiría yo sin inmutarme—. Estoy de ello tan convencido, que si un día encontrara yo sobre las rodillas de mi mujer una almohadilla ó un bastidor, le aconsejaría que lo tirase por la ventana—. «¿Te has bañado?—le preguntaría—. ¿Has procurado que tu tocado sea completo para que yo en su contemplación me deleite? ¿Has paseado por el campo para oxigenar tus pulmones y conservar la salud, que es en el hogar alegría? ¿Has tomado tus precauciones para que los platos de nuestra mesa sean tan agradables como succulentos? ¿Has examinado nuestro presupuesto de gastos é ingresos? ¿Has indagado si nuestros hijos sienten el más ligero malestar, y cuál es su causa? ¿Has leído la prensa para saber lo que pasa en el mundo? ¿Has fijado la vista en algún libro de los que enseñan á pensar por la propia cuenta y ponen de manifiesto los errores y las injusticias de los hombres? ¿Has repasado tu lección cotidiana de cuentas, escritura, francés, higiene, medicina doméstica y enseñanza de cosas? ¿Has dedicado algún rato á meditar en tus interesantes secretillos? ¿Has visto á tus amigas? ¿Has dispuesto tus ocios?». Y si me contestaba afirmativamente, le diría pasando la mano por sus blondos cabellos: —«Entonces, alma mía, descansa y no te molestes inútilmente. Debes estar muy fatigada.»

Señores padres y maridos: ¿por dónde ni cómo la mujer es una máquina de hacer chucherías ó un

instrumento de limpieza? Una asistentita que friegue los platos y los suelos, se encuentra por una peseta; una obrera que repase y zurza la ropa, cuesta á la semana otro tanto; una menestrala que sepa tejer á aguja ó confeccionar edredones, se tiene por cuarenta céntimos. Lo que no se encuentra tan fácilmente es una mujer adorable y mimada, que nos embellezca la vida, que nos deba la alegría y la higiene, que sepa departir con nosotros é interesarse en las cosas de pensamiento, que lleve la administración de la casa, que eduque á nuestros hijos por el método incomparable del amor y que, ¿por qué no declararlo? con sus inocentes coqueterías se nos muestre siempre nueva, siempre radiante, buscando en nobles artificios la manera segura de cautivarnos con la sorpresa y de no ahuyentarnos con el hastío.

La aguja, el estropajo, el ganchillo, la escoba, todos los despreciables símbolos de nuestra femenina pedagogía nacional, son culpables del atraso de nuestras mujeres, de su ignorancia y de su fanatismo. Por esa ignorancia mueren al año treinta mil niños, viven divorciados de hecho medio millón de matrimonios y se retrasan indefinidamente el progreso y el bienestar de los hombres. Donde el marido no enseña, no consuela, no ama y no compadece; donde para la mujer es delito entrar en un despacho, un estudio ó un laboratorio, y sólo se le habla de bordados é imbecilidades, sólo queda á la infeliz un refugio para saturarse de idealidad: el confesonario.

Solteros todavía no impenitentes: cien ojos os miran, cincuenta bocas os sonríen, otros tantos corazones laten agitados en vuestra presencia. ¿Queréis que se os cuide la ropa, se os limpie los muebles, se os prepare el almuerzo ó se satisfaga

vuestros vulgares apetitos? No tenéis necesidad de casaros. Entendeos con la patrona, el fondista, la costurera, la fregatriz y la cortesana. ¿Buscáis de veras amor, consuelo, alegría, ternura, racionalidad é idealismos? Casaos; pero alejad de vuestra compañera la almohadilla, el bastidor, la aguja, el estropajo, la escoba; rodeadla de libros agradables, de aire, de luz, de agua limpia y, si podéis, de encantos. Creed que os saldrá muy barato y que no tendréis que decir de la familia las necesidades que se desatan los que no han sabido constituirla; y de la mujer los que no han acertado á crearla.

XVII

Hay un momento en todos los sublimes pentagramas en que la notación se interrumpe; un signo minúsculo se agita como una bandera, y tras él, un rectángulo negro cuelga en cada compás de la línea terecia como un jirón de crespón enlutado. Entonces la varilla del director queda en alto inmóvil y rígida; los arcos se inmovilizan temblorosos á media pulgada de las cuerdas de los violines, como una libélula de alas abiertas sobre un tembloroso diapason; los músicos todos parecen haberse trocado en estatuas silentes, como si un sueño de friso cartaginés les hubiera sorprendido en el espasmo de la armonía. La vida misma parece haber interrumpido su curso. A esto, en música, se llama el silencio de breve.

En esos segundos de callado recogimiento, de

absoluta carencia de sonidos, de catalepsia musical, pasan por el espíritu mudos, con las alas plegadas, todos los temas melancólicos, todos los misteriosos acordes que en el poema nos conmovieron, envueltos en las brumas de una vaga reminiscencia. A veces, tales segundos nos parece que duran años y que, en su transecurso, nuestras sienas blanquean, nuestra frente se cubre de arrugas y nuestros miembros se entumescen; solamente nuestro corazón nos avisa de que sigue subsistiendo el compás con sus diástoles, como ondulaciones de un lienzo negro colgado de una línea infinita.

No creamos que todos los oídos son capaces de percibir en la majestad del silencio solemne la augusta armonía universal. Ello está reservado á las almas de divino linaje. Pero éstas, si; vigilantes, atentas, sumergidas en un aura de supremas y hondas exquisiteces, atienden, escuchan, descifran, entienden, añoran. Fué de esos silencios de donde extrajo quintaesenciados el gran sordo Beethoven los temas de la *Pastoral*, de la *Heroica*, de los cuartetos, del gran *Septimino*. Cimarosa y Gluck hallaron en su seno la melodía, como el incomparable loco de Bayreuth la sonoridad orquestal. Porque en la carencia de todo rumor adivinaron el aletear del espíritu y percibieron el fragoroso rodar de los mundos en el espacio.

Hubo un tiempo en que los vencidos en el combate de la vida buscaron la sedación y la balsámica placidez del silencio en el claustro. Cuando ya era imposible, al parecer, resistir al delito, á la persecución, á la infamia ó al atrozamiento de la reflexión propia acusadora, un atrio se alzaba, un portón se abría, una ráfaga de aire húmedo y frío como el aliento de cien generaciones sepultas, rozaba las sienas del penitente. Y allí, en la celda

simplicísima ó en los claustros de ventanales góticos, el silencio y la soledad le cobijaban bajo sus alas trémulas. Y el fantasma de un hombre se convertía en semidiós, y bajo la grosera capucha, los hervores de un cerebro exaltado se aplacaban, hasta trocarse en motores de ingente energía, que condensaba su poder en la máquina ó su clarividencia en el libro.

Tras el agotamiento aniquilador conviene buscar la escondida senda, el retiro plácido que, conforme al aviso del poeta, buscaron los pocos sabios que fueron en el mundo. El frío penetrante de las losas de un sepulcro marmóreo, festoneado de inscripciones bárbaras, sobre el cual duermen sueño de piedra los próceres amarillentos y rígidos; la húmeda aspereza de las losas que en el trasero ó ante las gradas del Tabernáculo parecen conservar huellas desconocidas de besos y de lágrimas; las figuras hieráticas de las cristalerías policromas y las deformes de los capiteles y plintos, antójanse ensueños y nos abisman en cierto sopor y anulación brahmánicos. La vida pasa y no la sentimos; el tiempo transcorre y no nos percatamos de que á nuestro lado se desliza. El Universo es para nosotros una inmensa crisálida, en cuyo seno nos movemos apenas con la somnolencia de lo consciente.

¿No es ese silencio cesáreo el que hemos buscado en la isla olvidada de Crusoe y en las cavernas de Aladino? ¿No es él el que buscamos en vano casi siempre en nuestras periódicas excursiones? Pretextamos la salud, los negocios. En realidad, lo que buscamos es el silencio; el silencio de los valles ó de las costas, subrayado por acompasado fragor de oleajes ó monótono rumor de hojarascas. La ausencia de acordes humanos, de las voces desapacibles

que nos recuerdan hostilidad. Queremos colgar un crespón en el pentagrama de la vida, tan agitada, tan desconsoladora, tan dolorida, tan llena de notas menudas que se atropellan, de cromáticas que se desbordan y de claves y signos que nos condenan á atroz servidumbre.

Entonces, en el silencio total y absoluto, concentramos nuestra atención en las cosas que nos rodean, y comprendemos que jamás hemos acertado á verlas sino bajo un prisma empuñador y mezquino. Es ahora cuando medimos su magnitud y calculamos su intensidad. La montaña nos parece más grandiosa en su escueta y áspera reciedumbre; el bosque más imponente y simbólico, más impregnado de misterios; cada piedra es un símbolo, cada rincón una leyenda. Y quisiéramos suspender para siempre el curso de la vida, aniquilar el espacio y el tiempo, y en identificación soberana desposarnos con lo Absoluto en la noche nupcial.

Los arcos siguen rígidos sobre las cuerdas, los dedos inmóviles sobre las llaves de los instrumentos de bronce y alzada una varilla sobre el atril. Sobre el pentagrama sigue flotando de la tercera línea una negra bandera. Una raya curva que pende de compás á compás, marca inflexible el silencio de breve. Y en ese silencio, con los ojos cerrados ó fijos en los horizontes oscuros, donde se precipita la gaviota de lo alto de las rocas ó el humo se levanta de un techo de rastros, sentimos en el pecho el isócrono golpe del corazón y en la sien el sordo martilleo del pulso.

Por nuestros oídos pasan calladas las viejas melodías, los sollozos, los balbuceos, los llamamientos de las sombras amadas, los trinos de pájaros cuyos plumajes aventó la tormenta, los murmurios de fuentes que ya no corren y cuyo lecho se calcinó,

los chisporroteos de fulgentes antorchas cuya llama extinguióse en el viento para no renacer.

Y he aquí que el silencio termina, que los arcos se abaten sobre los puentes y los dedos sobre los registros de los instrumentos de metal. Un ruido ensordecedor nos despierta. La varilla se agita en rápidos sesgos sobre el atril. Va á comenzar la *Heroica*, y cubiertos de sudor y de polvo, nos sentimos arrollados, envueltos, mal cubiertos de nuestras armaduras, allá donde los clarines desgarran el aire, donde chocan las armas y se despedaza sañudo el tropel de guerreros.

XVIII

Tendría yo diez años cuando vi por primera vez la efigie de don Segismundo Moret. Sobre una humilde caja de fósforos aparecía joven, sonriente, con ojos muy abiertos y dos enormes bigotes lacios. Recorté el cartón cuidadosamente y le contemplé con respeto. Yo había oído que era uno de los hombres de la Revolución, uno de aquellos diputados de las Constituyentes que parecían traer por divisa el clásico *prius mori quam fœdari*. Luego le puse al lado de otros hombres que formaban mi santoral: Castelar, Pi Margall, Prim, Rivero, Olózaga, Martos, Ruiz Zorrilla, Orense y Figueras. Allí está todavía—la efigie, se entiende—. La Revolución para mí estaba simbolizada en aquellas estampas: la Gloriosa, henchida de ideales, llena de apostolados, acompasada por nobles himnos, sa-

que nos recuerdan hostilidad. Queremos colgar un crespón en el pentagrama de la vida, tan agitada, tan desconsoladora, tan dolorida, tan llena de notas menudas que se atropellan, de cromáticas que se desbordan y de claves y signos que nos condenan á atroz servidumbre.

Entonces, en el silencio total y absoluto, concentramos nuestra atención en las cosas que nos rodean, y comprendemos que jamás hemos acertado á verlas sino bajo un prisma empuñador y mezquino. Es ahora cuando medimos su magnitud y calculamos su intensidad. La montaña nos parece más grandiosa en su escueta y áspera reciedumbre; el bosque más imponente y simbólico, más impregnado de misterios; cada piedra es un símbolo, cada rincón una leyenda. Y quisiéramos suspender para siempre el curso de la vida, aniquilar el espacio y el tiempo, y en identificación soberana desposarnos con lo Absoluto en la noche nupcial.

Los arcos siguen rígidos sobre las cuerdas, los dedos inmóviles sobre las llaves de los instrumentos de bronce y alzada una varilla sobre el atril. Sobre el pentagrama sigue flotando de la tercera línea una negra bandera. Una raya curva que pende de compás á compás, marca inflexible el silencio de breve. Y en ese silencio, con los ojos cerrados ó fijos en los horizontes oscuros, donde se precipita la gaviota de lo alto de las rocas ó el humo se levanta de un techo de rastros, sentimos en el pecho el isócrono golpe del corazón y en la sien el sordo martilleo del pulso.

Por nuestros oídos pasan calladas las viejas melodías, los sollozos, los balbuceos, los llamamientos de las sombras amadas, los trinos de pájaros cuyos plumajes aventó la tormenta, los murmurios de fuentes que ya no corren y cuyo lecho se calcinó,

los chisporroteos de fulgentes antorchas cuya llama extinguióse en el viento para no renacer.

Y he aquí que el silencio termina, que los arcos se abaten sobre los puentes y los dedos sobre los registros de los instrumentos de metal. Un ruido ensordecedor nos despierta. La varilla se agita en rápidos sesgos sobre el atril. Va á comenzar la *Heroica*, y cubiertos de sudor y de polvo, nos sentimos arrollados, envueltos, mal cubiertos de nuestras armaduras, allá donde los clarines desgarran el aire, donde chocan las armas y se despedaza sañudo el tropel de guerreros.

XVIII

Tendría yo diez años cuando vi por primera vez la efigie de don Segismundo Moret. Sobre una humilde caja de fósforos aparecía joven, sonriente, con ojos muy abiertos y dos enormes bigotes lacios. Recorté el cartón cuidadosamente y le contemplé con respeto. Yo había oído que era uno de los hombres de la Revolución, uno de aquellos diputados de las Constituyentes que parecían traer por divisa el clásico *prius mori quam fœdari*. Luego le puse al lado de otros hombres que formaban mi santoral: Castelar, Pi Margall, Prim, Rivero, Olózaga, Martos, Ruiz Zorrilla, Orense y Figueras. Allí está todavía—la efigie, se entiende—. La Revolución para mí estaba simbolizada en aquellas estampas: la Gloriosa, henchida de ideales, llena de apostolados, acompasada por nobles himnos, sa-

turada de bellas promesas, de sacrosantas reivindicaciones.

Pasaron muchos años, y una noche acudí á la Institución Libre de Enseñanza. Era yo, y sigo siéndolo, uno de sus entusiastas fervientes, y no poco me sorprendió ver al frente de sus destinos, aunque sólo fuera de nombre, á Moret. El antiguo revolucionario acataba la dinastía borbónica y aceptaba la Constitución del 76. Para mi aquello era una enfermedad. Le oí disertar acerca de la memorable jornada del Dos de Mayo. Logró maravillarme; su mirada era altiva; su palabra inspirada. Una mirada juvenil todavía animaba su rostro, en el cual los bigotes ya no caían desmayados, como en los tiempos de combate; antes bien, se erguían altivos, como cuadra á los semblantes victoriosos y triunfadores.

El concurso aplaudió las bellas y consabidas metáforas del río, de la mariposa y la luz lejana que alumbra al caminante. De democracia ni una palabra. Sali convencido de que don Segismundo, jefe á la sazón de los *fosforitos*, sería presidente.

Volvi á encontrarle en la traslación de los restos de Sanz del Río. Su barba era blanca, su porte señorial. Una sonrisa afable asomaba á sus labios. Allí, en el cementerio civil, junto á los restos de Figueras, de Pi, de don Fernando de Castro y del malogrado González Serrano, hube de reconciliarme con su memoria. Aquel Moret que daba sepultura á hombres inconfesos en tierra sagrada solamente por la santidad de los allí sepultados, se parecía al Moret de la Revolución. Tal vez la desgracia le había hecho odiar la concupiscencia; el dolor dignifica, y él llevaba en sus ojos y en su expresión señales indelebles de haber sufrido.

La última vez le vi en su antedespacho. Fui á

pedirle su firma para una exposición que llevaba al ministro de Hacienda pidiendo exención de derechos y de gabelas para el alimento de los niños. Por primera vez conocí la antesala de un hombre público. Muchos visitantes me miraban con curiosidad, como preguntándose: «¿Qué vendrá á pedir éste?» Don Segismundo me recibió cortésmente y firmó. Meses después subió al poder el partido liberal. La exposición, con sus doscientas firmas ilustres, fué al cesto del escribiente del subsecretario de Hacienda.

Fué entonces cuando adquirí el firme, el irrevocable convencimiento de que el señor Moret no haría en su vida cosa de provecho. Cuando en cierta ocasión se encargó de desempeñar el papel más desairado del melodrama político, ni me indigné ni menos me cogió de sorpresa. El señor Moret se había quedado en política, como en oratoria, en los tiempos de Mari-Castaña, ó por lo menos en los de los dramas de Echegaray y las zarzuelas de Ramos Carrión. Creía que todo habría de serle perdonado en gracia á la linda metáfora del caminante y las mariposas, y los diputados se le rieron en sus barbas, como se le reirán probablemente muy pronto los ateneístas.

No es sólo Moret; es toda una generación la que pasa con sus doctrinarismos, sus retóricas campanudas, sus metáforas, y ¿por qué no decirlo? sus cursilerías. Ha venido al mundo mucha gente nueva, y esa gente, atenta á lo que en el mundo se piensa y se dice, va estudiando una por una á las viejas celebridades. Y más sagaz y más culta que las que la precedieron en este análisis, va despojando sin piedad de sus púrpuras á no pocas grandezas de similor y de sus pedestales á no pocas glorias de escayola.

Hay que saber retirarse á tiempo cuando no se ha acertado á incorporar al propio saber el resultado de las nuevas orientaciones, cuando no se acierta con la adaptación á un medio cada vez más hostil á las petrificaciones de toda especie. Kempis dice que el tiempo pasa y nosotros con él. Alguna vez camina el tiempo aun más de prisa que nosotros, y entonces parecemos á los que nos rodean momias que andan, espectros que bullen esperando el choque imprevisto que ha de revertirnos al polvo.

Hay para todo hombre una hora en la vida, tras la cual no le esperan sino contrariedades y decepciones. Pasada esa hora, todas las fechas son idus de Marzo y todas las islas Santa Elena. Obs- tinarse en proseguir entonces una vieja labor es desafiar, no sólo la desgracia, sino el ridículo. Esa hora ha sonado para don Segismundo, como sonó para Romero Robledo, al cual salvó la muerte de una segura y triste decadencia.

Pero hay hombres destinados á una irremedia- ble torpeza. Ellos, un tiempo acariciados por las auras de la popularidad, elevados por el voto común al apostolado de la Democracia, arrojaron de sí lo que pudo salvarles del desprestigio, la visión luminosa del porvenir, y conservaron como inalterables los viejos preceptos y las caducas técnicas. Después de morir en ellos el entusiasmo y el des- interés, ha subsistido una deidad intangible: el tropo. Envueltos en su clámide descolorida y re- mendada, coronados por sus flores de trapo, mori- rán olvidados de sus ideales primeros, pero ena- morados de la vieja y adobada retórica.

Y nosotros conservaremos sus retratos estam- pados en colorines sobre las cajas de cerillas del 69, y al verlos algún día rebuscando en el fondo

de algún escondrijo de viejas reliquias, tendre- mos todavía para ellos una piadosa sonrisa indul- gente...

XIX

Lectora pudibunda: cúbrete el rostro, tapa, si puedes, tus oídos, arroja de ti este volumen; voy á hablar de bribonas.

Bribonas, tunantas, así las ha llamado la pren- sa, y las pobres, ¡es natural!, no han protestado. ¿Para qué? Yo tampoco protesto. En eso de los adjetivos hemos llegado á un verdadero derroche y poca gente los tiene en estima. Se las ha llamado bribonas, como se las podía haber apellidado ilus- tres ó eximias; la cuestión es pasar el tropo. La única diferencia entre las amotinadas del otro día y algunos de sus perseguidores está en que á ellas se les llama en público tunantas y en privado ricas y almas mias, mientras que á otros se les dice en público ilustres y en privado morrales y *desgali- chaos*.

Ello es que hay una porción de bribonas inco- rregibles, sin redención. Y ¿no es bueno que los mismos que las buscan secretamente, las halagan y aun las convierten en protagonistas de sus obras *artísticas*, sean los que las colman de improperios y seamos nosotros, los que jamás tuvimos con ellas comercio —no toméis esto á falsa virtud, que no la tuvieron Tenorio ni Mañara—, los que hayamos de disculparlas y de pedir para ellas misericordia?

Ni el virtuoso ni el verdadero galán necesitan

para nada de ciertas mujeres. Aquél por santidad; éste porque no ha de comprar lo que se le da de buen talante. Por lo mismo, no prodigan la injuria. ¿Qué especie de bribonería puede ser esa que sanciona la ley, reglamenta la autoridad, explota el Erario y las costumbres toleran? Preciso es que haya un gran fondo de hipocresía en la acusación. Y en la rebelión de esas infelices mujeres, acostumbradas á la bajeza y la servidumbre, habituadas al ajeno desprecio y á la constante persecución, ¿no habrá tal vez un fondo de justicia?

En una noche invernal crudísima, cuando el huracán arroja sobre los vidrios del salón en montones la nieve, cuando oscila la llama de los reverberos en la calle desierta, una mujer cubierta de encajes, rodeada de niños que esconden en sus faldas sus cabeceitas rubias, apoyada en alfombras de blandura de césped y ornada de joyas parejas á irisantes gotas de rocío primaveral, se acerca á los cristales del mirador y escudriñando la obscuridad con sus ojos serenos, hechos á contemplar todas las grandezas, consigue divisar en la esquina de una calleja obscura y silente, apoyada sobre el umbral, con los cabellos desordenados por el cierzo y húmedas las mejillas por la lluvia, á una mujer que sisea á los transeuntes, que pasan encogiendo los hombros para esconder su aterida cabeza entre las capas y las bufandas. Entonces la señora, la que todo lo tiene, la mujer rodeada de respetos y de cariños, frunce las cejas, entreabre los labios y con mueca despreciativa pronuncia entre dientes: «¡Bribonal!»

Sin embargo, esa mujer tuvo madre. Parida fué con llanto y dolor y criada con ternura entrañable. Educada, libertada de la miseria, puesta en manos del azar venturoso, hubiera hallado un hombre

que, como Hermán á Dorotea, hubiera quitado la ahijada de sus hombros y hubiera abierto los arcones repletos de lienzos sahumados, la alacena henchida de frutas bien olientes, encendidos en el hogar los sarmientos y llenos de vino perfumado los odres para recibir á la bien venida. Y ella sonriente, dichosa, gentil, hubiera tomado posesión de aquel tibio rincón como soberana, y también á sus haldas se hubieran acercado los niños, y también de los lóbulos de sus rosadas orejas minúsculas hubieran colgado prendas de cariño y de devoción: diamantes ó cerezas, esmeraldas ó guindas.

Pero no; faltaron á su débil niñez amores y enseñanzas. Un hombre que, bajo las calzas escarlata del caballero, escondía la grosera pezuña del corruptor, la hizo primero suya y más tarde la abandonó. La sociedad se encargó de declararla por siempre irredimible; le dió á escoger entre la vergüenza y el tributo de la admiración de los hombres, entre la miseria y el lujo. Se le dijo que Dios perdonaría al cabo sus faltas, como Jesús á la Magdalena. Y falta de guía, de razón, de sostén, cayó, no en el vicio, porque eso es mentira—no hay mujer que se prostituya por vicio; es el placer para ella lo de menos, casi siempre lo fingen, lo saben todos sus compradores—, cayó en la lucha miserable por el doblón, tal vez por el ducado, acaso por el deslustrado maravedí de plata. Y sus contertulios, aquellos que, en sentir de sor Juana, pagan por gusto de pecar, lejos de enseñarle agradables modales, de mostrarle nobles instintos, la insultan, se complacen en hacerla blanco de sus groserías, la maltratan, la contagian, la escupen, sin pensar que, si en vez de topar con ellos hubiera tropezado con un hombre digno, tendría doncellas que la calentaran, como dice Janin, los pies en su seno,

ó al menos un ser que pusiera en sus sienes la aureola y la majestad de la madre.

Tal vez recluida en un cuarto malsano, suspira la obrera envidiando á la meretriz, sin saber que al fin de todo castillo lujurioso está la torre de Melíbea. Miserias, lágrimas, infortunios, final trágico irremisible... todo eso debiera inspirar compasión á ciertas señoras cuya competencia arruina tal vez á las vendedoras de falsas virtudes. Condenar es muy fácil, comprender no lo es tanto. «¡Quietad de la calle á esas bribonas!», se grita, y los guardias, modelo de virtud, se lanzan sobre ellas sable en mano. Pero si no pueden salir á la calle, ¿por qué no llevarlas desde luego á una celda? No habría tal vez sino unos cuantos escándalos más. Pero no: es preciso cobrar, explotarlas y luego cubrirse la frente. Nada hay tan repugnante como el falso rubor de un funcionario.

En vez de buscar en el léxico dieterios y apóstrofes, fuera mejor abrir á la mujer caminos de emancipación, de trabajo y cultura. Una mujer es siempre respetable, caiga donde caiga y esté donde esté. Justo es que los que nunca hicieron la apología del desenredo ni mancharon su pluma con la descripción de la grosería, defiendan á las víctimas del vicio y la perversidad de los hombres, aunque ello indignar pueda á los que hallan más fácil buscar la ruina de un imperio en las líneas de la nariz de Cleopatra que en las circunvoluciones del cerebro de Marco Antonio.

Pero el instinto es más fuerte que la ratina y la crueldad. Tal vez mientras la aristócrata, asomada á los vidrios, dice contemplando á la meretriz: *¡Bribona, qué desvergonzada que estás!*, dice el niño agarrado á su falda: *¡Pobrecilla, qué frío tiene!*

XX

Aspera, mordáz, sangrienta, implacable, al juzgar á los viejos, esta generación padece, sin embargo, la obsesión del mármol y el bronce. Pronto nuestros jardines, sembrados de plintos en que añorarán ancianos adustos, de escalinatas en que llorarán enlutadas mujeres y de inscripciones ditirámicas circundadas de hojas de laurel y de roble, entristecerán á los niños, que no verán en tales monumentos sino lúgubres cenotafios. Lejos de despertar los parques el amor á la vida, el sano regocijo que tañe en las florestas caramillos ocultos, suscitarán recuerdos dolientes, sensaciones de supersticiones y de luto, fechas nefastas, evocadas por frías inscripciones mortuorias. Al pasar el amor por los más apartados escondrijos, encontrará á los viejos meditando sobre el Carrara como sobre un sepulcro. Desde lejos, á la claridad del crepúsculo, las umbrias tendrán apariencias de calles Apias, y los jardines aires de olvidadas necrópolis. Habrá que mudar sus nombres al Retiro y al Parque del Oeste, para titularles Jardín de San Justo y Floresta del Padre Lachaise.

¡Donosa manera de honrar á nuestros poetas y á nuestros sabios! Ellos, que trabajaron por hacer la vida más bella y riente, entristecerán nuestros paseos, brindándonos en éstos la horrible sensación de la muerte. Sus arrugados levitones, sus antiestéticos gabanes, sus caras adustas, ahuyentarán de nuestros labios la sonrisa cuando sobre las

monstruosas espaldas de bronce caigan las hojas secas como una protesta contra la vanidad de los hombres, de la Naturaleza inmortal.

Siervos por herencia, idólatras por temperamento, no vemos acaso que hay algo superior al artista: su obra. El pintor ó el poeta sólo son grandes cuando aciertan á dar forma y vida á lo personal y lo eterno. Bien está el busto del autor en el pedestal, circundado de rosas ó amarantos; pero arriba, para despertar con el fuego del genio el ideal supremo de la belleza ó el del entusiasmo viril, no debe estar Fidias; debe erguirse la Venus Afrodita ó la Victoria de Samotracia.

Yo me figuro el parque de los poetas. Al final de una magna y lujuriantemente avenida se alzaría, no Berceo, sino un grupo de regocijadas adolescentes, de tiernas *donzuelitas*, cogidas de las manos en *solaz delectoso*, cuchicheándose tal vez al oído de qué suerte *bonos son los amores*, coronadas de mirtos y de rosas de té. Más lejos, junto á la fuente susurrante, sobre un pedestal nítido y magno, estaría, no el Arcipreste, sino el encuentro de doña Venus y don Amor ó la primera entrevista en la Tablada de la serrana y el caballero. El sitio destinado á Calderón lo ocuparía Segismundo arrojando por el balcón al cortesano, ó Pedro Crespo mandando apresar al capitán don Alvaro de Ataide; el de Lope, Fenisa ó la Estrella de Sevilla. Y así, hasta llegar á los genios del pasado siglo. En la más ancha, perfumada y gentil plazoleta, don Juan susurraría de hinojos ante doña Inés; en otra la enamorada ingenua de *¡Quién supiera escribir!* dictaría su carta inmortal al señor cura. No lejos, Nelly y Dolly contarían sus minúsculas cuitas á *El abuelo*, y en el rincón más apartado quedaría un pedestal vacío, para que los soñadores impeni-

tentes adivináramos sobre él las tiernas y humildes figuras, los entrañables símbolos que hubiéramos creado y que ¡ay! ya nunca podremos crear.

Así hallaría la inspiración el genio que no puede encontrar al modelar el desgarrado cuerpo de un buen señor, que nos señala con el dedo un punto invisible ó que estruja un rollo de papel en su mano. Dejaría de buscar la nueva postura del eterno caballo de bronce ó el pliegue original del desgarrado y odioso levitón. El pueblo, por su parte, que nada ve en los monumentos sino una legión de hombretones hieráticos, admiraría grupos adorables, cuya significación procuraría de seguro inquirir. Y las mujeres y los niños, en vez de entristecerse contemplando esas albas tumbas, que apenan el ánimo y dan á los jardines apariencias de cementerio, hallarían en todas partes evocaciones inspiradas á la gallardía, á la ternura, á la idealidad y al amor.

Un monumento á Campoamor... Yo formulo mi humilde voto en contra. No quiero ver á un señor sentado, que sirve de pretexto para que inscriban su nombre en el plinto uno, dos ó cinco pedantes. Yo quiero ver las *Doloras* en mármol, y el nombre del autor en su base. La obra lo es todo; el hombre no es nada.

Buscad á los autores del *Romancero*. No podréis encontrarlos modelados en bronce ni esculpidos en piedra. Pero en todas partes se llaman libro, y en Burgos, capitel, y en León, ventanal, y en Avila, imafrente, y en Toledo, nave. Se equivocará quien suponga encontrar sobre un pedestal la figura sublime del gran Hugo. Pero allí está su genio en los rosetones de Nuestra Señora, en las gárgolas de la torre, de las cuales aun parece pender, sacudido por el espasmo del terror, el cuerpo miserable de Frolo.

Llegará un día en que todas las calles tendrán un nombre propio, en que en cada plaza, encrucijada, avenida y sendero se alzará una figura hierática, en que los jardines blanquearán cubiertos de fríos mausoleos, y no habrá piedra sin inscripción, ni héroe ó artista sin ofrenda. Pero todos los apellidos serán ruidos vanos; todas las figuras anónimas. Conservando los nombres, habremos olvidado las nobles ideas, los generosos y excelsos arranques, los altos sentimientos de inspiración y de humanidad. Idólatras de lo que presto se consume, habremos relegado al olvido lo que por siempre y para siempre perdura. Y habremos llevado á todas partes la tristeza infinita de la adoración á lo muerto, para que otras generaciones acaben por derrocar todos nuestros ídolos y lleven sus estatuas á los museos ó los almacenes ó se pregunten quiénes fueron, como hoy se lo pregunta el viajero curioso ante esas filas de mujeres y de hombres sin cabeza que hay en las nuevas calles pompeyanas.

XXI

He visto á varios incapaces comer, beber, reír, viajar en *sleeping*, recibir los halagos de muchas mujeres hermosas, y en seguida he escrito estas líneas.

La inteligencia es un mal; la ciencia una plaga; el saber un azote.

El hombre es formado de la tierra en la fábula hebrea, y vive contento entre los brutos. Quiere saber y peca; el premio de su primera indagación es ser arrojado bruscamente del Paraíso.

Después todas las teogonias le condenan á perpetua ignorancia. «¿Para qué saber?—dice Manú—. Todo cuanto nos rodea es misterio.» Fray Luis de Granada glosa al cabo de muchos siglos aquella frase del Darmasastra: «Peligrosa—dice—es la curiosidad de saber y oír cosas nuevas; porque esto—añade—inquieta el ánimo, derrámale en muchas partes, y así estorba la devoción.» El mejor creyente es aquel que adora el absurdo, como Tertuliano. Saber, ¿para qué? La cuestión es ganar el cielo, y para ello la ciencia estorba. Satanás tiene opinión de listo; pero siempre es vencido y arde en el fuego eterno. Para calificar, los exégetas nunca hablaron del beato saber, sino de la santa y adorable ignorancia.

Lulio, Arquímedes, Galileo, Newton, Bruno, Kant, alimentan la eterna hoguera. En cambio, el primera cenobita, después de nutrirse muchos años de hierba, asalta el empero con su marrano.

Cuando se ha querido representar el amor, se le ha pintado ó esculpido ciego. El amor es incompatible con el frío saber. Verlo todo es despreciarlo todo. Júpiter, que goza de la omnimoda y perpetua visión, desprecia á los humanos. Cuando quiere prestarles protectores, acierta sólo á donarles vicios.

La niñez es dichosa: ignora. Con el eco de la primera verdad se disipa su última melodía. Al niño le parece el estudio penoso, como si presintiera que no hay encanto en la reflexión y que cambiar de enseñanza sólo es cambiar de melancolía.

El elefante muere de pena en la esclavitud, porque es el animal más discreto, después del filósofo. En cambio, en la soledad del establo se oye entre las tinieblas de la noche el canto reposado y satisfecho del burro.

Quando Epicteto teoriza en la esclavitud, Epicuro sonríe. El método, como la penitencia, se llama disciplina. Descartes debió así corregir su primer aforismo: «Pienso, luego soy... una criatura miserable.»

Sócrates sabe que nada sabe. Spencer conoce que la verdad es incognoscible. Ved aquí los dos únicos sabios ignorantes que han conseguido llegar á Corinto y á las alturas de Hyde Park. Los demás fueron despreciados. Carlos Christian hubiérale dicho á Tiberghien que no se es marido infeliz por serlo, sino por saberlo. La ciencia aquí se llama irrisión, como en las comedias de Aristófanes. La mujer del sabio tiene siempre en los labios la mueca burlona de Xantipa.

Durante cien siglos, y acaso más, se han atormentado los hombres buscando el por qué de las cosas; y al cabo de ese tiempo, sólo una verdad ha quedado en pie: la de Sardanápalo. Hecha odiosa la tierra, han vuelto los hombres los ojos al cielo sólo porque es un gigantesco y cóncavo interrogante. Descifrad el misterio y habréis marchitado la creación. La infame noticia de que la luna es una piedra, ha acabado con las estrofas de Musset y con todas las noches románticas.

Suponed que un hombre lo supiera todo. Sería treinta mil veces más desdichado que Prometeo, al cual despedazó las entrañas, no un buitre, sino la pasión del estudio, que le hizo codiciar el fuego del cielo. Quien nada ignorase, sabría la traición del amigo, la infidelidad de la compañera, la hora de su ruina, de su orfandad y de su muerte. No atreveríase á dar un paso por temor al abismo, ni á fijar su planta en el césped por miedo á la vibración, ni en la indagación por horror al absurdo. Conocería su maldito destino. Sabría que el goce es

algo meramente animal y que la más alta beatitud reside en el limbo. Reclamaría, como Fausto, volver á la juventud indiscreta. Pediría con encono y saña á los cielos cuenta de sus legiones de ensueños más fuertes y triunfadoras que las exterminadas por Varo.

Probad, si podéis, la vida de molicie, y veréis que es incompatible con el estudio. El saber, en Weimar como en Salamanca, ha llevado siempre cruzada en el tricornio cuchara de palo. Hambre ha sido el ingenio, privación el donaire, pelagra el gracejo. Nunca la donosura fué flatulenta. Toda sabiduría lleva en sus faltriqueras las migajas del dómene Cabra.

La ley de selección verdadera no da el triunfo á los fuertes ni á los más adaptados, sino á los más ignorantes y necios. Si hubiéramos de ser sinceros y francos, escribiríamos casi siempre á los poderosos: «Ignorantísimo señor...», ó bien: «Señor de toda mi desconsideración y falta de respeto...» La fábula del pollinó cargado de oro es la historia de todos los asnos. La verdad nunca se llama Midas y todas las orejas oblongas suelen despedir reflejos metálicos.

Barbarie... he aquí el apellido de la Historia. No esperéis en las aulas detalles de los triunfos de los filósofos de Nabucodonosor ó los artistas de Alarico. Triunfan siempre las hordas. Es mucho peso el de la razón para sobrenadar en la vida. Sabedlo de una vez para siempre: las calabazas vacías flotan.

¿Qué importaría la injusticia si no pudiéramos conocerla? Cuando pienso en la vida de los esclavos indios y mido el alcance de sus dolores y de sus destinos frustrados, soy, en el silencio de mi biblioteca, hartamente más desgraciado, por la irrita-

ción que la injusticia me causa, que aquellos afortunados idiotas á quienes compadezco, arrojados por la esperanza en el Nirvana bajo los carros de Jagtengaut. Mal ignorado es mal ilusorio. El dolor que se sabe, ¿ese sí que es de veras! ¿Queréis saber cómo se llama el bálsamo de los bálsamos, la panacea de las panaceas? No se apellida ciencia, no se llama verdad, no se denomina saber: se llama olvido.

¡Honor, prez, excelsitud á la santa ignorancia! ¡Gloria á la estupidez, reverencia y tributo al salvajismo! Para ellos la riqueza, el bienestar, el orgullo, la tranquilidad de ánimo, el triunfo indiscutible y definitivo. Para la inteligencia el fracaso, el sufrimiento, la desesperación, la irremediable y mortal desgracia. Desde el fondo de mi cloaca, con las lágrimas en los ojos, yo os saludo esta vez, ¡oh imbéciles! Pero dignaos no menospreciar la Verdad. ¡Pensad, si es que podéis, cuán bella debe ser, cuando la servimos sin esperanza de recompensa!

XXII

A mediados del siglo XIX comenzó á tomar cuerpo y desarrollo la Asociación. Por primera vez pudo compararse el mundo social, según la acertada frase de Maudsley, á un complicado organismo nervioso. A los intereses particulares iban á suceder los colectivos, y hasta los menos optimistas pudieron esperar que organizaciones más fuertes y extensas responderían á criterios más

amplios, y que la Asociación, como ocurre en el mundo psíquico, daría como resultado una generalización de vida que habría de colocar el pensamiento en la cima de las funciones orgánicas.

La experiencia ha desmentido tan bellas promesas. La Asociación, fuerte hoy como nunca, ha tomado un carácter parcial; su desarrollo no ha sido dinámico, sino geométrico. Se han reunido en grupo las fuerzas aisladas; pero esos grupos carecen de conexión y enlace; son sumas de intereses parciales. Hay asociaciones para todo lo particular; lo que no aparece por parte alguna es el sistema racional de las fuerzas.

Acaso al lector podrán sugerir estas ó análogas ideas las asambleas, congresos, mítins y reuniones celebradas en estos últimos años. Agricultores, olivaderos, viticultores, pescadores, obreros y artistas, se han reunido para votar acuerdos, formular peticiones y redactar programas. Y ha sucedido lo que es lógico y natural: que esas conclusiones son contradictorias entre sí, y que el esfuerzo de cada corporación queda anulado por la energía de su contraria.

Los pescadores cántabros han disentido de los gallegos en lo que se refiere á la pesca de arrastre; los viticultores de Málaga repugnan aquello que complace á los de la Rioja y Ciudad Real; molesta á los patronos lo que ambicionan los obreros, y es motivo de encono en una región lo que en otra mueve los ánimos á constante solidaridad. ¿Cómo explicar, ni menos resolver, tan extraños conflictos? La Asociación ha juntado intereses idénticos; pero entre ellos y los demás intereses sigue existiendo aquella infranqueable barrera que hizo inalterable la legislación desde Alfonso el Sabio. Concertar intereses en pugna, buscar síntesis supe-

riores, indagar lo que hay de fundamental en las aspiraciones aisladas: esto es lo que no se ha intentado siquiera. Digámoslo de una vez para siempre. La Asociación no existe; sólo existe la agremiación.

¿Era esta la transformación decantada que iba á producir el progreso social? A un siglo de elaboración filosófica siguió otro de profunda renovación política. Tras él ha llegado, no el de la justicia social, sino el de las parcialidades y banderías: el de los intereses mezquinos. Este siglo no será el siglo de la Enciclopedia, ni el de la Revolución y las luces. Este siglo será el del cargo y la data y la lucha por el dividendo. La dolencia de nuestros abuelos residió en el cerebro; la de nuestros padres, en el corazón. Nosotros podremos enfermar únicamente del estómago.

Los niños y los viejos se nutren; los jóvenes y los adultos viven. En los pueblos, como en los individuos, la digestión absorbe á todas las funciones, y el organismo se animaliza. Los carteles de Sardanápalo no están solamente á la entrada y salida de las ciudades; lo están también al principio y al fin de las civilizaciones humanas. Como en los niños y en los viejos, es en los pueblos primitivos y en los decadentes donde la codicia comparte la hegemonía con la voracidad. Intereses particulares... No los hay para el joven. En sus venas arde la antorcha del genio de la especie, y el amor es para él supremo llamamiento. Tampoco los hay en la edad viril; la plenitud de fuerza aleja la idea del desamparo. Se siente el afán de proteger, de dilatar el yo sobre los demás en pensamiento y vida. Con el ansia de lo absoluto se expe-

rimenta el contacto eléctrico de lo grande y lo impersonal. Es menester que las fuerzas decaigan, que la fuerza generadora se extinga, que el cerebro se embote y anquilose á las nuevas ideas, para que, incapaces de crear y de concertar, volvamos á los balbucesos pueriles, á los pequeños egoísmos glotones, á los infantiles y vanos lloriqueos por la posesión del manjar, que ha de producirnos, acaso, el trastorno definitivo.

Nuestra sociedad envejece; no comprende la abnegación y el sacrificio de las jóvenes razas; antes que preparar para la grandeza moral á las generaciones que llegan, las educa para la conquista y la posesión del denario; les aconseja el alejamiento de todo escrúpulo; escribe en su escudo un lema egoísta. No es este, en verdad—ha dicho el gran Giner—el siglo de la madre de los Macabeos. La leche de la madre es dañosa é infunde la savia fría y estéril de la corrupción y la bajeza moral. Pero no es tampoco este siglo el del pensamiento viril y generoso, el de la preocupación por los problemas. ¿Qué se proponen nuestros sabios en la soledad del laboratorio? ¿Tal vez encontrar la fórmula de la libertad y la igualdad absolutas? ¿Explicar, por fortuna, los misterios de nuestro origen y destino terrestre? ¿Hallar caminos de emancipación ó nobleza acaso? No. Abominando de las grandes verdades que declaran incognoscibles, buscan un motor nuevo, una mezcla sofisticadora, un sucedáneo de aluminio, algo que pueda ser la base de una nueva sociedad industrial, un medio cualquiera de amontonar el oro, no para colocarlo, como Villena, al servicio de lo maravilloso y sublime, sino para enriquecer á los fuertes, mientras los desvalidos se arrastran como espectros, implorando en vano un pedazo de pan.

Y entretanto que nos consumimos en esa fiebre de los placeres egoístas, la muerte llega con el silencio que espantaba á la musa de Jorge Manrique, sin que hayamos levantado nuestro pensamiento ni nuestro corazón hacia ningún cénit, ocupados en rebuscar á ras de la tierra el grano de mies que promete calmar el hambre y la sed de nuestras vísceras atormentadas.

Y así morirá esta civilización inhumana y decrepita, con las manos en los ijares, los ojos abiertos, el rictus del dolor vergonzoso en la boca, mirando borrarse en la sombra definitiva la silueta del arca que guarda todas nuestras riquezas infecundas, puesto que no sirvieron á crear un nuevo ideal ni á enjugar una sola lágrima.

* * *

Preguntad ahora á los hombres que sienten el amor á las cosas universales lo que piensan acerca de las sociedades obreras y capitalistas, de las solidaridades de pueblo ó región, de los gremios de vinicultores y olivaderos, de pescadores, labradores y artistas. Fines particulares los suyos, sólo á un título pueden ser noblemente cumplidos: al de ser subordinados á un fin superior universal y humano. Sin criterio científico, político, social y ético, sin relación á los demás fines, no servirán sino á divorciar á los débiles, á convertirles en fácil presa del capitalismo sin pensamiento y sin entrañas. Todos defienden su interés, pero separados todos, caen fatalmente en la esclavitud y en la miseria. Ocupados en cuestiones mezquinas, olvidan las causas del vivir. Y así llegaremos á una civilización inaudita en que la región será fuerte, el gremio dominador, la industria omnimoda; pero todo

estará confiado á unos cuantos millares de poderosos, á cuyas plantas se arrastrarán millares de siervos dispuestos á arrojarse bajo sus automóviles para legar á sus hijos una humilde pensión, como los sudras bajo los carros de los dioses para purgar el horrendo delito de haber nacido del pie de Brahma.

XXIII

Si hemos de creer á no pocos de nuestros honorables tartufos, la profesión de periodista es un oficio despreciable y nefando. La calumnia, la intriga, la bajeza, la adulación, son armas empleadas por el nuevo Satán para perturbar las conciencias y alterar y corromper las costumbres. Las más acres censuras y los más fulminantes anatemas son leves para condenar á quienes discuten el dogma, hacen periclitar la disciplina y merecen el aborrecimiento de quien, en sentir de Santo Tomás, sólo es capaz de odiar la corrupción, según el texto de Malaquías.

Escuchad ahora á nuestros adversarios. El periodista es incapaz de juzgar por sí mismo; carece de preparación y de estudio; no hay títulos de cronista ó de *reporter*, como los hay de cirujano ó de albéitar. Llamado á enseñar á las gentes, el escritor comienza por seguir el ejemplo del gran Campazas: deja los estudios y se mete á predicador. Su ignorancia corre parejas con su osadía. La consecuencia es que debe ser perseguido, vilipendiado

y sujeto si es posible á proceso, para escarmiento de atrevidos y enseñanza saludable de estultos.

Aun no paran aquí las desdichas del periodista ó del escritor. Todavía padece una no despreciable contrariedad: ordinariamente perece de hambre; cuando más, consigue alcanzar el doble ó triple jornal de un bracero. Tan grande como su mala fe y estulticia, es su incapacidad para trabajar en su propio provecho. Nunca como aquí pudo ser oportuno representar el diablo con pezufia. Puesto á vender su pensamiento, lo hace por lentejas como el necio Esaú; decidido á cometer todo género de iniquidades, las realiza en provecho de sus enemigos; en desprestigio suyo, hay que modificar de esta suerte el viejo refrán: «Niégame el pan y llámame tonto.»

Libreme mi mala ventura de defender á quienes saben holgadamente defenderse á si mismos. Harto confiarán ellos de demostrar que por malo que sea un escritor, es mucho peor quien no sabe escribir ó no acierta decir en su vida empecatada sino simplezas, desdicha que acontece á no pocos prohombres, y finalmente, que quien no gusta de lecturas, tiene el bello recurso de no leer, como no leía Narváez, entre otras razones porque no sabía; ó si oyese hacer tal, de taparse las pudibundas orejas con pelote del añadido. Sólo quisiera apuntar una idea que está al alcance de los timoratos, de los pedantes y demás vocingleros *ejusdem farinae*.

Si tan malos son los periódicos que ahora tenemos, ¿por qué no hacen otros? Salir con la gracia de que eso cuesta mucho dinero, me parece, con perdón, una inocentada. ¿Quién tiene aquí el dinero, sino los frailes, los ultramontanos más ó menos sinceros, los políticos y los contratistas? Si tan despreciables son los escritores que les molestan, ¿por

qué no buscan otros más ilustrados, los examinan previamente y les conceden el título de licenciados y de doctores en facundia? Si hay ideas nefandas, ¿cómo no colocan enfrente las bienhechoras y saludables? El remedio al mal es tan fácil, que parece mentira que no tenga aplicación más frecuente.

La explicación es obvia: lo que propongo se ha hecho ya; no uno, sino diez, ciento, mil periódicos han sido fundados por los enemigos de la mala prensa; han aparecido en excelente papel, con bella impresión, información rápida y completa y doctrina ortodoxa y pulcra. ¿Y no es bueno que el público, ese «todo el mundo» que, según el axioma, sabe más que Voltaire, ha dejado los diarios regeneradores y ha buscado con ansia los pecaminosos, ha pasado con desdén la vista sobre los artículos académicos de las eminencias con diploma, para leer con afán y deleite los de los escritores modestos, que someten humildemente al público sus juicios, sin buscar antes otra sanción que la de la propia conciencia? Ni uno solo de los llamados prohombres en nuestra política ha dejado de tener un órgano en la prensa que reflejara sus opiniones; y esos órganos han sido los de Móstoles, de los cuales todo el mundo habla sin verlos y sin que le importen un ardite. Ni uno solo de aquellos que reniegan de la publicidad ha huído, como Alighieri, del círculo de los traficantes, escapando de aquello *che gli convien fuggire*; antes bien, todos se han apresurado á visitar las redacciones en solicitud de inmerecidos elogios, cuando no han escrito á los directores pidiéndoles la inserción de un trabajo cuyo fondo estaba á la altura de su deplorable *syntaxis*.

Y ahora, ¿qué habremos de elegir? ¿Hacer periódicos para el público, como intentamos modes-

tamente los pobres periodistas, tachados poco menos que de analfabetos, ó público para los diarios abarrotados de ciencia oficial ó mojigata? Puestos en el dilema de hacer párrafos para la humanidad, ó humanidad para los párrafos, nos parece aquello un tanto más cuerdo. Hay, según parece, periódicos buenos y periódicos malos; escritores benditos y réprobos, ahitos de sabiduría y ayunos. Pero nosotros hacemos lo que podemos, sin imponerlo á los demás, sin atar á la gente para que nos lea. No obligamos á comprar nuestras latas disertaciones á los empleados, ni enviamos con *besalamano*... un ejemplar siquiera. Imitamos al pescador que arrojaba el anzuelo sin cebo; á nadie engañamos; el que quiera picar, que pique.

Incapaz de sentir el odio, aun le encuentro grandeza cuando no es sino la vigorosa sombra proyectada por el ideal. Hubiera querido vivir en Macedonia para despreciar el poder, envuelto en harapos en el fondo de una barrica. Me hubiera alegrado vivir en la vieja ciudad de los Césares, para arrojar á la cara de Cresos los sextercios y odiar la riqueza. Quisiera haber dormido una noche en Yuste y haber menospreciado la gloria. Comprendo el odio á la invasión en Esparta; en Flandes, á la tiranía; al dogma, en Nuremberg; á la obscuridad, en Maguncia; á la majestad imposible, en la plaza de la Grève. Lo que no comprendo jamás es el odio á lo escrito, la cólera miserable de Omar, la impotente iracundia de Torquemada, la torpeza balbuciente y llena de encono de los Pios y los Alejandros. Porque al abominar de la grandeza y la luz que irradia el humano pensamiento, y al querer extinguirla en el seno de la barbarie, el odio mismo se empequeñece.

La prensa no es buena ni mala, no es jamás in-

educada ni docta, moral ó inmoral, imparcial ó egoísta; es sencillamente la prensa; es decir, la labor compleja de todos, la obra á que todo hombre puede y debe colaborar, si es que sabe; el espejo que importa no arrojar, para que refleje la austera serenidad del propio semblante. Se puede decir mal de éste ó de aquel periódico, de tal ó de cual periodista, de uno ó de otro trabajo. Lo que no cabe es vilipendiar á la prensa sin confesar implícitamente que se aborrece la letra de molde, que se tiene pavor del público juicio, que se quisiera que no hubiera en el Universo ni verdades, ni opiniones, ni controversias, ni críticas, para que nadie pudiera saber de qué modo explotamos al débil ó hasta qué extremo alcanza nuestra ignorancia y pequeñez.

¿Os sentís fustigados? A un escrito se contesta con otro escrito, á un error con una verdad, á una maldad con un arranque generoso y magnánimo. A un diario se opone otro diario, á un escritor torpe otro genial é iluminado, á una afirmación falsa un comprobado é indiscutible teorema. Pero afirmar que la prensa en absoluto es mala, quiere decir que no se lee lo suficiente. Renegar de los escritores, decir que no están educados, apellidarles necios ó torpes y negarse á contender con ellos, es dar á entender que bien se quisiera vestir en el circo la piel del león, pero que se teme que sea á la postre demasiado corta para que alcance á tapan las orejas del asno.

XXIV

¿Para qué las tarjetas de Año Nuevo? He aquí una pregunta que nos hacemos cada trescientos sesenta y cinco días, como si los fenómenos de todo género pudieran existir sin justificación. Años hace que el gran Spencer se preguntaba el por qué de lo que denominan las gentes buenas maneras, y hubo de demostrarle otro sabio que respondían á leyes de orden más elevado que el de una vana y pueril convención. Por esto tal vez abominamos en público de las felicitaciones intempestivas; pero todos acogemos con intensa alegría los pequeños sobres que encierran el saludo ceremonioso ó cordial del amigo. No se nos olvida, y esto es bastante. ¿A qué indagar extemporáneamente el por qué?

En todo hogar caliente las tarjetas son bien venidas. Primero es el jefe de la familia quien finge leerlas con indiferencia, cuando no con frío desdén. Luego son las mujeres las que las observan, las comparan y hacen acerca de ellas los comentarios más perspicaces. Por fin, cuando yacen las cartulinas en el cestillo de mimbres ó de porcelana, son los niños los que las revuelven, las deletrean, como algo misterioso, como representación de un mundo de afectos, que acabará por convertirse en sus manos en recortadas figurillas ó en tiendas de campaña, á cuya sombra duermen blasones, títulos y apellidos más ó menos ilustres.

Un nombre nos sugiere siempre ideas y recuerdos. ¿Por qué condenar esa simpática costumbre

que nos reconcilia siquiera una vez con aquellos á quienes juzgábamos hostiles ó indiferentes? No estamos tan sobrados de goces espirituales para que desdeñemos un testimonio de amistad ó de simpatía. Vengan los sobrecillos en buen hora á engañarnos acaso, pero como se engaña á los pequeños para que duerman: con caricias y halagos, que tan bien sientan al corazón.

¿Queréis decirme que la tarjeta de bristol del marqués ó del duque no pasó por sus manos, sino por las de un secretario oficioso, que fué repasando una lista, no de amigos, sino de conocidos y aun de importunos? ¿Qué más da? Durante unos minutos nos haremos la ilusión de que fué el mismo prócer quien se dignó recordar nuestro nombre, y siempre nos quedará el espejismo de que el magnate, el sabio, el poderoso, nos concedieron su estimación.

Es verdad que ya se extinguió todo afecto en el pecho de la mujer que tal vez nos amó; pero su nombre es una dulce reminiscencia, un acorde sonoro en el silencio de nuestra tristeza. El nombre de un niño es siempre un tierno y cariñoso saludo; el de un anciano, un adiós melancólico. Y así tenemos, los que hemos padecido infortunio, cierto respeto supersticioso á las cartulinas del Año Nuevo. Todas laten, todas tienen perfume de laurel ó de roble, de rosas ó de encina. Alguien se acuerda de nosotros, y ese alguien nos recuerda pesares que aun nos duelen, dichas pasadas que no han de volver.

Si fuera posible encontrar de nuevo en nuestras manos las tarjetas que recibieron nuestros padres cuando éramos niños y salíamos saltando de gozo á recibir en la puerta al cartero, es seguro que nos conmoviéramos hondamente y aun llegaríamos á

verter dulces y amables lágrimas. Evocaríamos, ante todo, la inmensa legión de desaparecidos: buenos los unos, malos en nuestro sentir los otros, pero todos purificados por la muerte. Todo un mundo, que á nuestro parecer fué mejor, haría pasar una ráfaga de juventud sobre el alma adormida, hecha ya á ver pasar la vida tan callando. Nos parecería oír voces graves, serenas ó jocundas, escuchar risas y charloteos que se extinguieron en acallamientos solemnes. Veníamos desfilar como sombras, ante nuestros ojos atónitos, grandezas y miserias, abnegaciones y mezquindades, que nos harían soureir de piedad. Y aun algunas de aquellas cartulinas serían acercadas á nuestros labios, como si en un supremo beso quisiéramos deshacer en nosotros la aficción de una grande y tremenda injusticia.

Yo me acuerdo de un día—perdonadme, ¡oh lectores! lo que hay en el recuerdo de personal, en gracia á lo que en él encontraréis de amable—, me acuerdo de un día en que, abrumado por todas las penas, sumido en las más hondas de las aficciones, desamparado de la suerte, caído en el más miserable abandono, esperé en vano que llamara á mi puerta el cartero, trayendo en sus manos, como piadosa ofrenda, la tierna salutación de un amigo. Era el Año Nuevo, y sentado junto á la mesa del pobre gabinete de estudio, conté las horas una á una, hasta que la noche unió su obscuridad á la de mi espíritu. Durante tres días me hice la ilusión de que iba á sonar el timbre de la puerta é iba á serme entregado un montón de tarjetas de amigos verdaderos que no podían en manera alguna olvidarme. Cuando me convencí de mi error, lloré. Lloré como cuando de niño buscaba un regazo en que pudieran serme enjugadas las lágrimas. Pero entonces es-

taba solo y creí hallarme irremisiblemente perdido. Para mí, como para el viejo de Dickens, no podía haber Año Nuevo.

Pero al cuarto día sonó un fuerte campanillazo, que hizo palpar de alegría mi corazón. El cartero llegó y dejó en mis manos un sobre. Le palpé con afán y adiviné que tenía dentro una sola tarjeta. Jamás avaro alguno hizo deslizar por entre sus dedos el oro como yo aquel pedazo de papel y de cartulina. Un amigo se acordaba de mí en la desgracia. ¿Quién podría ser? Y cien nombres vinieron á mis labios y deseé que en un solo papel estuvieran todos escritos, para no sufrir la mortal decepción que la falta de uno solo entre tantos me causaría.

Entonces comprendí que no tendría, en manera alguna, fuerzas ni resistencia para comprobar el abandono ó la ingratitud de uno solo. Y tomé una determinación heroica, magnánima. Sin abrir el sobre, le arrojé al fuego y le quemé. Vi deshacerse en llamas la última prueba de amistad. Mis miradas buscaron en vano el nombre del constante, del fiel, del bueno. Enjuagué una postrera lágrima y me sentí confortado y tranquilo. Tenía la prueba de la lealtad de un amigo, y ése amigo no sabía quién era. En lo sucesivo, no podría acusar de ingratitud á uno solo.

Y así, cuando luego han tornado á llamar los mensajeros y han vuelto las tarjetas á colmar el cestillo de mimbres, he creído ver sobre todas la purificación de una llama azulada, y cuando un amigo me ha tendido los brazos, sin sentir ni amargura ni encono, me he dicho con profunda alegría: «¡No me engañaba; éste es *aquél*!»

XXV

¿Para qué huelgan los mineros? Si hemos de creer á las autoridades, á los patronos y aun á no pocos periodistas, la situación de los trabajadores no puede ser más próspera. Bien puede asegurarse que todo alegato en favor de esos infelices que trabajan doce horas en el fondo de un subterráneo ó junto á la boca de un horno, cargados unas veces con pesos enormes, uncidos otras como bestias de arrastre á pesadísimas vagonetas, asfixiados siempre en una atmósfera irrespirable, pagados en vales para una miserable y monopolizadora cantina, ofendidos y golpeados por el capataz, privados de todo lazo de familia en la promiscuidad odiosa de la galería, siempre pronta al desplome, en donde no penetra la luz del sol ni el albor de la más remota cultura, bien puede afirmarse, repito, que toda defensa de esos infortunados, condenados irremisiblemente y de por vida al sobrehumano esfuerzo, á la miseria y á la barbarie, parecería romántica y cursi á cualquier accionista ó arrendatario ó sargento de la guardia civil.

Además, ni en todas las minas ni en todas las fábricas son los amos duros de corazón. Los hay caritativos, magnánimos, piadosos. No falta alguno que extiende su solicitud carifiosa á los animales y las cosas. En una excursión hecha por mí al Norte de España, fui testigo de una de esas solicitudes que pintan de mano maestra la injusticia con que tachamos de insensibles á muchos poderosos, para

los cuales es intolerable el espectáculo de un animal enfermo, viejo ó privado de fuerza y vigor.

Por entre verdaderas montañas de mineral, cegado por el polvo metálico y negruzco que iba levantando á su paso la locomotora resoplante, llegué un día al corazón medroso de la zona minera. La vegetación que verdeguea y florece en la hermosa región cantábrica, faltaba en aquella comarca cubierta de minerales calcinados, de escorias y de polvo negro, como si una catástrofe cósmica hubiera abrasado á un pueblo de titanes. Por todas partes las altas chimeneas, con sus ondulantísimos penachos de humo pardo y espeso, parecían lanzar á borbotones el aliento de los monstruos fabriles, en cuyo seno circulaban, en vez de la sangre rojiza, las cascadas argénteas ó los abrasadores y metálicos chorros de galena en completa fusión.

Afable, atento, con la minuciosidad del avaro que muestra su tesoro, iba el dueño de la colosal fundición mostrándome sus hornos, sus máquinas, sus vertederas, los inmensos bloques que, mediante operaciones complicadísimas, habían de quedar despojados de la riqueza que escamaba su superficie y se agolpaba en sus moléculas.

Aturdido ante tanta riqueza, terminé mi visita á la fábrica, devoradora de toneladas de combustible, productora de plomo y de plata bastantes á sumergir hasta sus líneas de flotación á los barcos que había contemplado en el puerto, colosales, imponentes, fantásticos, rodeados, en la majestad de la bahía tersa y arrulladora, de gaviotas y de velas latinas.

—Ya no falta sino ver el motor—me dijo mi afabilísimo huésped—. Habremos de cruzar un patio, y en él he de enseñar á usted algo tan curioso como todo cuanto ya ha visto.

Seguí al millonario, poseído del más vivo interés, y él me condujo hasta un pequeño establo. Allí, grueso, luciente, limpio, doblando sus largas y abarquilladas orejas sobre las enmarañadas crines del cuello, abriendo desmesuradamente sus ojos serenos y oblicuos, en que parecían deletrearse hemistiquios de égloga y de virgilianas geórgicas, aparecía firme sobre sus robustos remos un asno.

Nuestra presencia no le produjo ni contento ni alarma. Limitóse á cambiar de postura y mirarnos con la indiferencia majestuosa que tanto nos engaña en los hombres, porque en unos es signo de genio y de necesidad supina en no pocos.

—Vea usted—habló el poderoso minero—. Veinticinco años, día por día, lleva este animal en la fábrica. Calcule usted las riquezas que nos habrá acarreado á lomo. Ya no trabaja. A la vejez descanso y honor. Un hombre está constantemente dedicado á su vigilancia y servicio. Pero aun come. Su dentadura es blanca y pareja, y entre sus incisivos, compactos y duros, se oye la franca trituración de la hinchada semilla. Pero si algún día no pudiera comer—me dijo no sin cierto temblor en su acento—, mis hijos, mi mujer, mis yernos, mis nietos, todo el mundo vendría á traer á este veterano de la labor bizcochos empapados en leche. ¿No es cierto, *Lucero?*—siguió dirigiéndose al animal; y éste, con su blando eolumpio de orejas, con su pacífica y mansa mirada, parecía asentir y recordar la sentencia horaciana:

Multa ferunt anni venientes, commoda secum.

Di una palmada al veterano servidor.

El millonario suspiró recordando sabe Dios cuántas dichas pasadas, cuántos dolores recibidos en un cuarto de siglo, y alzando después la cabeza, dijo resueltamente:

—¡Ea! Vamos á ver las máquinas.

Al entrar en la inmensa nave, sufrí una sensación de indecible angustia. Una oleada de aire caliente me azotó con un repentino llamamiento de la sangre á la piel. Allí estaba el motor gigantesco con sus dientes sin boca, sus enormes tiras de piel sin músculo, brazos sin cuerpo y pulmones sin tráquea; pero rítmico, exacto, fuerte, invencible, como creación de la industria que, con insensibilidad de titán, destruye y engendra, mata y fecunda.

Y allá, á la derecha, abierto como una inmensa cueva encendida, estaba el hogar: frente á él, negro, medio desnudo, jadeante, cubierto de sudor y de hollín, como una silueta apocalíptica, á que la llama daba extrañas proyecciones, abrasado por una temperatura de ochenta grados, un joven agitaba una enorme pala, revolviendo la escoria candente en el corazón del volcán, como Ulises en el ojo sangriento ciclópeo. Me aparté con sobresalto, con horror, con miedo, de las llamas que amenazaban devorarnos, del aire que nos quemaba con su rugiente sople.

—¡Qué atrocidad!—clamé por fin medio asfixiado—. ¿Cómo puede ese hombre resistir semejante trabajo sin abrasarse?

—Está acostumbrado—contestó el poseedor de cien minas—. No en balde pasa todos los días en tal sitio más de diez horas.

—¿Más de diez horas?—dije sobrecoigido—. ¡Pobrecillo! ¡Y parece muy joven! Su aspecto es muy delicado y hecho á trabajos de estudio, más que de agilidad y fuerza.

—Ya lo creo—contestó el fabricante—. ¡Como que es hijo de mi hermana! La pobre quedó viuda y sin tener que comer. Entonces yo le dije al muchacho: «Vas á ser fogonero. Mientras ganes esos

diez reales, no faltará á tu madre un pedazo de pan.

Salimos. El viento de la tarde me hizo experimentar una sensación deleitosa. Ensancháronse mis pulmones al respirar el oxígeno embalsamado por la vecina sierra. El asno mascullaba un brazal de hierba. Pasé á su lado y columpió sus enormes orejas. Sin querer recordé otra vez al viejo cantor de ternuras. ¡Cuán serios disgustos acarrearán simplezas tales!

Hæc nugæ seria ducent in mala derisum semel, exceptumque sini tre.

Todavía al salir volví la cabeza para dirigir al fiel servidor el último saludo.

- ¡Adiós, Lucero! ¡Adiós, viejo infatigable!
- ¡Adiós, burrito!
- ¡Dichoso tú!

XXVI

Un fabricante... ¿de qué diré yo? de lo que ustedes quieren: de caperuzas de latón para capuchinas, de cordones para monóculos, de cualquier objeto de valor escaso, tiene á su servicio á un obrero, al cual paga el jornal por días, y un dependiente, á quien satisface el salario por meses. La industria, sobre todo en lo que atañe á los cordones, marcha *como una seda*. Un día, el honesto industrial llama á su despacho al obrero y le habla en esta guisa:

—Te supongo enterado, querido Marcelino, de

que Dios hizo el mundo en seis días; al séptimo descansó. Desde entonces quedó establecido el descanso dominical. No creo que seas tan irreverente que, desoyendo el consejo del propio Jehová, vayas ahora á rebelarte contra una práctica que es más antigua que el andar á pie, puesto que aun no había nacido tu respetable abuelo Adán, ni menos soltado los andadores, cuando fué instituida. Así, pues, desde ahora descansarás todos los domingos y fiestas de precepto, dejando, como es consiguiente, de percibir estipendio, ya que no me beneficia tu labor en esos señalados días solemnes.

Presumible es la contestación de Marcelino.

—Señor—dirá probablemente—: no pongo en duda que Dios instituyó las fiestas de guardar. Basta que usted lo diga, y en cuestiones de fe, la autoridad lo es todo. En cuanto á mi, sólo hay para tal observancia una pequeña dificultad: el día en que no trabajo, no como. Claro es que para prevenir estos lanceos se inventó el ahorro. Pero mi jornal es dos pesetas, y para *disfrutarle* somos seis de familia. Tengo entendido que para resolver tales conflictos, inventó la Iglesia las bulas de dispensa. Hágame usted el señalado favor de comprarme una y me salvaré en este mundo del hambre y en el otro de la condenación perdurable. Así sea.

Don Prudencio es hombre caritativo, y además no quiere suspender la fabricación de las caperuzas. Llama al dependiente y le endilga la siguiente disertación edificante:

—La ociosidad, querido Lesmes, es madre y progenitora de todos los vicios. San Ambrosio y Jhon Bull han convenido en que el tiempo es moneda y en que no es prudente desperdiciarle. A Dios rogando y con el mazo dando; primero es la obligación que la devoción. Es necesario que trabajes

todos los días. Tal es el consejo de tu cofrade Marcelino, que no me dejará mentir. Siguiendo su dictamen y permaneciendo encerrado aquí siempre, evitarás con el ocio los gastos innecesarios, reprobados por todos los economistas, y las tentaciones mundanas, condenadas por todos los padres de la Iglesia. Darás gusto además á la clase obrera, enemiga de holgar. Quedamos, pues, en que á contar desde hoy, trabajarás en los días de disanto, sin perjuicio de rezar el trisagio mientras retuerces la hoja de lata.

Hay que suponer que Lesmes no es mudo.

—Señor amo—saltará más listo que la melinita—: yo, afortunadamente, no he nacido en Guinea, sino en Villanueva del Arzobispo. La diferencia entre el dependiente y el esclavo está precisamente en disponer alguna vez de sí propio. Marcelino puede, cuando termine la labor y suelte la herramienta, marcharse á su casa á hacer á su mujer carantoñas ó á lo que le parezca oportuno. Yo tengo que estar siempre dentro de este chiribitil. No hay derecho á trocar á un ciudadano libre en cartujo y á separarle de la humanidad para bien de las capuchinas. Por consiguiente, tengo el honor de participarle que los días festivos puede usted cerrar el chiscón, porque yo pienso tomar guapamente el portante.

Llegadas las cosas á este punto, habrá que oír á don Prudencio lamentarse de que unos obreros quieran el descanso dominical y otros no. En su sentir, la sociedad estará desquiciada y tan olvidados los mandamientos de la Iglesia como los imperativos de la ciencia económica. Oyera los soliloquios de sus subordinados, y su confusión sería aún más completa.

—Si yo por holgar en domingo no cobro—dirá

Marcelino—, tampoco deben percibir sus haberes de los días de fiesta los ministros, los consejeros, los oficinistas, los generales, los beneficiados, para los cuales las tres cuartas partes de las fechas del año lo son de holganza. No hay razón para que el precepto de Jehová tenga para unos consecuencias sabrosas y para otros amargas. Holguemos en hora buena; pero que se nos pague la ociosidad á todos ó á ninguno.

—Si yo jamás descanso—dirá para su blusa Lesmes—, hay que convenir en que anduvo un poco duro el Creador con los dependientes de los gremios. Pretender que nosotros tengamos mayor resistencia que el autor de todo lo creado, es interpretar un poco caprichosamente el *Pentateuco*. Cuanto más que allí no se mienta el salario ni las monteras de las capuchinas. Aunque sea bastante más fácil retorcer cordones para monóculos que hacer todos los animales terrestres, no parece muy temerario permitir á los criados una vez cada quince días lo que es tolerado todos los del año á los poseedores de títulos de la renta exterior estampillada. Nada, nada; ó se tira de la Biblia para todos, ó para ninguno.

Y héteme aquí al infeliz don Prudencio sin saber si es ó no cosa loable y buena el descanso dominical, sin ver que habría una solución maravillosa para semejante conflicto. Tal sería dejar al arbitrio de cada cual descansar ó no, sin entrar en exégesis ni hermenéuticas de once varas. Todo el mundo tiene derecho al descanso, pero á nadie le puede ser impuesto. Como nadie tiene facultad para sacar las entrañas á sus obreros ni dependientes, so pretexto de que hay muchos cordones que retorcer y muchos cucuruchos de hoja de lata que arrollar.

XXVII

Es necesario recorrer la zona minera. Hay magnificencias que deslumbran y odiosidades que golpean el cráneo con la maza del arretrato ciego. Hay destellos en las facetas de las cristalizaciones oscuras y en las miradas de los mineros. La Naturaleza es abrupta. Montañas de verdor lujurioso han sido cortadas á cercén. Aquí y allá se destacan las vetas rojas por donde desangra la codicia al planeta. Por todas partes, bajo un cielo plumizo, se precipitan por el alambre inclinado los baldes; las vagonetas sustentan su carga parduzca y caminan por los rieles como impulsadas por una mano invisible. Tétricas hendiduras son socavadas por grupos de hombres medio desnudos armados de piquetas, puestos en el riesgo inminente de un horrible desplome. Trabajo de topo, labor de marsupial, faena incesante de roedor medroso y astuto, es la de los siervos cuyo esfuerzo suplente á la máquina, cuyo sacrificio sustituye á la dinamita. Trabajan como debieron trabajar los primeros que horadaron la tierra para registrar su alcancía. Horadan y quedan enterrados un día bajo los enormes peñascos sin epitafio, sin cruz de ramas para que los que visiten su tumba ignorada admiren, no su tesón y su sufrimiento, sino el capital que mantúvales siervos y sepultóles mártires.

De trecho en trecho apilase el mineral para ser transportado. A lo lejos, una columna de humo se esparce denso sobre los campos, aplastado por la

presión de una atmósfera tibia. No lejos aparece la apacible vivienda del contratista, con su olor á cómodo establo y su zaguán espacioso y burgués. Más allá, construido con informes piedras y tablas, desvencijado, sucio, maloliente, está el barracón.

Allí, hacinados como animales en piara, descansan los obreros, si es descanso yacer amontonados en infame promiscuidad de sexos y edades, en amalgama odiosa, sin luz, sin aire, sin espacio y sin grato silencio. Es su albergue—entendedlo bien—*obligatorio*. Primera condición de su contrato suicida es habitar aquella pocilga y adquirir los alimentos inmundos, agusanados, que expende el cantinero ó el contratista á buen precio. La previsión del *amo* ha ido esta vez bien lejos. Calculado el jornal y el coste mínimo del alojamiento y la comida, no debe quedar á fin de semana ni un solo céntimo al explotador. Firma vales, y con ellos se le salda la cuenta. Si tiene familia, que la abandone; si hay hijos, que se busquen el pan. ¿Qué culpa tiene el capataz, ni el contratista, ni el amo de que consuma tanto el obrero? A lo mejor se permite una libación, como un convidado á los festines de Capua. Tanto, más tanto, cuánto. Está liquidada la factura; no puede cobrar.

Y no cobra nunca. Es sencillamente un esclavo, pero un esclavo sin lecho y sin refrigerio en la ergástula, porque no vale un solo sextercio. Al potro se le engorda, porque llega la feria y se le vende; al buey se le cuida, porque puede tributar nos su carne. Pero el obrero, ¿de qué sirve? Los mismos antropófagos desdeñarán su piel y sus huesos, sus músculos hipertrofiados por el esfuerzo, sus carnes, que deben sin duda saber amargas como el llanto, cual la ponzoña, como todo lo tris-

te, solitario y grande, como el zumo de los frutos tempranos, como el sorbo de las aguas del mar.

Es un *libre* contrato. ¿No quiere el miserable trabajar? Que no trabaje. El mundo es muy ancho. Puede comenzar el éxodo sin guía y sin maná, sin tablas de la ley y aun sin Divinidad que le aconseje. Caerá por las veredas hambriento. Aullarle han los canes y lapidarle los mendigos. ¿Quiere ser razonable y trabajar? Allí está la herramienta y la socavadura pronta al desplome. Más allá el barracón le brinda su recinto obscuro hediente á secreción, envenenado de aliento humano. Allí puede devorar el pan de maíz que se deshace en polvo, el tocino agusanado y viscoso, la legumbre podrida. Y nada más. El chorro de la fuente es también un deleite, cuando la lejanía le brinda y no ha de limitarse á apartar con sus manos el sapo para beber de bruces en la verdosa charca.

Así vivirá y morirá. No esperéis en sus ojos el fulgor que describe en los del esclavo Terencio; no en sus ademanes el regocijo que muestran en Plauto los héroes de Anularia ó Casina. Es triste. Triste porque ha vislumbrado la libertad, porque se llama ciudadano, porque ha oído hablar de familia, de mujeres que abrasan con sus besos, de niños que saltan en las rodillas, de lechos esponjados y banquetes en que brinda al sueño el triclinio, y fuentes que corren y selvas que murmuran.

Su horizonte, su alcázar, su vivienda es el barracón. Pero una vez en la semana puede acudir á la iglesia lejana, que alza la mole de su torre sobre contrafuertes de sillería, á oír contar cómo hace muchos siglos quedaron redimidos los hombres. Y una vez en su vida puede llegar hasta la ciudad á ver cómo levantan lujosas viviendas, parques rumorosos, naves gallardas, fábricas po-

derosas, los que, después de *explotar* en la zona minera á los miserables, hablan en la ciudad de respeto á la ley de Dios y á la prosperidad sacrosanta.

XXVIII

Es la vitrina del usurero; más transparente que un fanal, más luminosa que un camarín, más opulenta en galas y joyas que las arquillas de una sultana.

Allí cuelgan las telas de Yedo, los flecos rizados de Scheraz, las sedas satinadas de Hong Kong, que simulan lagartos y flores, serpientes y pájaros-moscas.

En sus lechos mullidos de raso, que parecen cajitas de muerto, repletas de abullonada nieve y rosa encendida, yace la transparente esmeralda, amorosa, como una pupila de nereida.

Y el rubí, cual blonda promesa, y el topacio, cual jirón de ensueño adolescente, y el brillante, de pulidas facetas, que recuerda las lágrimas que derraman las nebulosas, convertidas en estrellas errantes.

Pero en medio, mucho más luciente que todas, encerrada en su hornacina de plata, se eleva sonriente y piadosa la estrella del crepúsculo, la torre de David, *Ella*, la Virgen de los marineros.

La sostiene un argénteo madero que se clava en las peñas del mar, y á sus pies, en la desvencijada barquilla, le imploran, con las manos crispadas y juntas, los infelices pescadores.

Una voz gangosa clama indignada:

—¡Valgame Dios, qué irreverencia! ¡Empañar esa imagen de la Señora! ¡Judas debe regocijarse en su hoguera!

Y otra voz susurrante, blanda, llorosa, como acorde de un arpa pulsada por niños enfermos, dice muy quedo y muy bajito:

—No nos condenes, Oyeme.

Éramos cuatro llorando al pescador moribundo. La esposa, que le asistió implorando á esa Virgen, dos hijos varones y yo. Y mi padre murió presintiendo nuestra miseria, retratando en sus ojos hundidos la feroz agonía.

Todos entonces, llenos de unción y de mansedumbre, nos postramos y le rezamos á la torre marfilea, á la mística rosa, á la que siempre nos sonríe, á ella, á la Virgen de los marineros.

Fuimos después de puerta en puerta, mendigando pan y misericordia. Pero la imagen estaba allí, en el rincón más limpio del tugurio, con sus marineros al pie, rodeando el frágil madero que amenazaban sepultar iracundas las olas.

Un día despidióse de nosotros el mayor, Jorge. El mar le brindaba sus presas, y acudió con la desesperación del vencido. Acudió á traernos un puñado de cobre con que calmar el hambre de los pequeños y con que comprar á la imagen una vela rizada para saciar la inextinguible devoción de la madre.

Y el desdichado no volvió. Le esperamos de hinojos sobre la costa bravía y rugiente, implorando á la casa de oro, al refugio de los pecadores, á ella, á la Virgen de los marineros.

Muchas horas después, el mar nos arrojó su cuerpo sin vida. Aun estrechaba con sus dedos crispados la medalla de salvación que colgamos de su cuello al partir.

¡Un año más de penas, de sollozos, de lágrimas!
¡Un año más de implorar en vano por los solitarios caminos al pasajero indiferente!

Una tarde vinieron á buscar á Martín. Peligraba la patria y la fe. Yo le di un rizo de mis sienes, nuestra madre un trémulo beso en la frente. Estaba medio ciega y ya no lloraba.

Durante muchos meses, mi madre, ya postrada en el lecho, me preguntaba con voz doliente si habí carta. Pero nunca venía, y acabé por decirle que sí.

Abusando de su ceguera, le leía supuestas misivas en que el desterrado juraba volver allí á su regazo, á llorar como cuando era pequeño.

Y ella apretaba contra su corazón el papel en blanco y le besaba tantas veces que, al arrancárselo de las manos, pesaban tanto en él las lágrimas como los besos.

Trabajaba yo sin descanso, como una torpe y desmañada obrera, y al salir del taller extenuada, me postraba al borde del lecho á rezar á la siempre serena, á la madre prudente, á ella, á la Virgen de los marineros.

Todo, al fin, lo supimos. Mi hermano sucumbió fatigado en la marcha á través de la ciénaga, presa del cansancio y la fiebre. Al caer, un sargento le dió con el pie, gritándole con furia:

—¡Arriba, miserable, arriba!

¡Nos quedamos tan solas! Mi madre careció de lo más preciso. Yo fui despedida del obrador. Era aquello mucho llorar. El hambre nos atenazó las entrañas y el deshonor llamó á nuestras puertas.

Lloramos, sollozamos, como quien se hunde para siempre, como quien ve que va á ser arrojado al cieno, sin esperanza de redención.

Entonces me postré una vez más. Mi madre se

moría sin asistencia. Pasaron aún dos días. Volvió á llamar á las puertas el vicio. Abracé á la enferma con desesperación... y marché desolada á empuñar la imagen.

Mujer pobre, ¿por qué has nacido? Niña, te son vedados los juegos; joven, te es negado el amor; casada, se condena en tí la maternidad. Y aun combates á tus redentores, adulas á tus opresores sempiternos, odias el progreso y haces coro á tus compañeras esclavas. Ya lo oyes: no puedes ser madre; no te es lícito el único goce impersonal que podía dignificarte. Serás siempre una presa, un botín, un monstruo de huesos y carne. Te hablaremos de caridad, de piedad, de altruismo. No nos creas; todo es mentira. En el fondo te despreciamos. Edúcate, educa á tus hijos, para que sean fuertes y puedan también moralizar á su modo algún día.

Nace al mundo una niña pobre; su cuna es un pesebre sin magos, ó un cajón formado, como el de Poe, de tablas de ataúd. Apenas da sus primeros pasos, una mano gentil adereza unos trapos en forma de niño y se los entrega para que les preste el calor de su seno. Con la muñeca recibe amorosa sus primeras lecciones de madre; y muda, con los ojos abiertos, como si sus pupilas quisieran interrogar en la sombra absoluta del gran misterio, acoge en sus brazos al niño que no vive ni alienta, porque es sólo un pedazo de cartón ó un rollo de

lienzo, y le besa, y le columpia, y le viste, y le acerca á su pecho, en donde ha de tardar en brotar la fecundidad de la vida. Una sola lección la ha enseñado á ser madre. Ya sabe para qué ha de vivir.

Un instinto sublime le dice que hay algo más que un juego en su candorosa ternura, que la muñeca es una promesa, una anunciación que le grita: «¡Salve!» Y la niña estrecha contra su corazón virginal aquella prenda inanimada de un futuro destino. Y á sus labios suben las frases tiernas y maternales, y en su garganta hierven todos los cantos arrulladores que adormecieron el tibio crepúsculo del primer día. Porque, sabedlo bien: no fué el hombre lo primero á que dió forma y vida el Poder Absoluto. Fué la madre, y al recibir su primera lágrima, estalló dentro de la tierra, en brotes renovadores, el primer germen.

Después, la niña es conducida al altar, y allí se postra ante una figura amorosa, que también tiene un niño en los brazos. Es el Símbolo eterno que surgió en el Oriente con Isis y se perpetúa á través de los tiempos. En el cielo de todos los valles ha dejado un reguero de luz. Su expresión luminosa es la Vía Láctea. Se le dice que aquella Señora, cuya presencia le conturba, ha de glorificarse eternamente, no por reina, sino por madre. Y entre tantas imágenes de sabios, de apóstoles, de Espíritus blancos que aletean y de Redentores que sellan su doctrina en la Cruz, una sola figura queda impresa en la imaginación de la niña: la de la madre casta, que tiene en la rodilla un pañal, y sobre él, colocado entre nimbos de luz, el fruto bendito de su vientre.

Y crece la niña, y se le enseña que también para ella habrá un templo misericordioso, el hogar. Y se le dice de qué modo ha de convertir en sacer-

docio su sacrificio. Y toda la vida se convierte en expectación, como si toda la música de los bosques y toda la armonía del cielo estrellado no esperaran para prorrumpir en acordes más que un tierno gemido infantil.

Y un día el hijo llega, parido con dolores, esperado con lágrimas, y llega cuando ya se ha extinguido el fuego en el hogar, cuando no hay para recibirle ni un trozo de lino ó retor, cuando el padre ha fruncido el ceño con desesperación insensata. Y entonces es cuando la sociedad increpa á la madre y le dice con Hamlet: «Desdichada, ¿por qué quieres ser madre de pecadores? ¡El pobre no puede ni debe engendrar!»

Lo decimos, sí, aunque en alta voz queramos engañar á las gentes. Lo decimos en voz muy baja, y esta blasfemia tendrá su castigo. Cuando la madre, en fuerza de labor y dolor, consiga acercar á los labios del niño un tazón de leche azucarada, nosotros habremos aplaudido á quienes, con el consumo y el monopolio, hayan encarecido leche y azúcar. Cuando, después de largos días de penosa faena, busque un trozo de lienzo, nosotros habremos encomiado las ventajas de un arancel que le hará imposible su adquisición. Y cuando, falta de recursos, cierre para siempre los ojos del niño, aniquilado por la miseria, seguiremos predicando caridad y resignación, sin que ni la explotación ni la iniquidad nos conmuevan, ni la rutina nos enoje, ni la barbarie nos indigne. La madre fué pobre; peor para ella. No tenemos la culpa; ¿qué le hemos de hacer?

Salve, madre de seres misérrimos, bendita tú eres; porque ellos sentarán en el mundo una piedra, y sobre esa piedra habrá un templo, y en ese templo surgirá un Dios.

XXX

¿Cómo es la humanidad? Que responda el criminal que, después de curado de una lesión, hiere villanamente á su bienhechor por la espalda; pero que responda también el viejo vaquero que llora al ver en el redondel al toro noble que le acompañó en las soledades agrestes, pide para él clemencia, y al serle concedida, da gracias al concurso, recorriendo la plaza con las lágrimas en los ojos. ¿Diremos que el hombre es un misterio? Más discreto parece afirmar que nada hay bueno ni malo en sí; pero que el hombre responde siempre á los generosos estímulos, como esos viejos *stradivarius* yacentes en las vitrinas de los chamarileros: instrumentos mudos que nadie pulsa, que ningún arco hiere, pero en cuyas cuerdas reposan ocultas, esperando la mano del genio, las más inspiradas melodías.

Se nos ha pintado al hombre como un ser despreciable y sombrío. Apenas creado, se rebela; inaugura la fraternidad con un crimen; sus maldades hacen que un diluvio aniquile su estirpe, y el único superviviente de la catástrofe se embrutece con el alcohol y maldice á su descendencia. La Divinidad redime al hombre pecador, y él, en pago, la crucifica, ensangrienta la tierra y propaga doquiera el odio. Para él está destinado el infierno, el lugar donde no se ama, el sitio donde la esperanza se pierde y se reniega de la verdad. Es precisa la intervención de los dioses para que, uno sólo de cada cien mil, pueda gozar al fin de una

humilde bienaventura, repitiendo con torpe y medroso balbuceo: *¡Domine, non sum dignus!*

La indagación moderna, más piadosa que las teogonías, tiene otra idea más levantada del hombre y de la humanidad. El hombre procede del irracional, y es su labor de siglos, su constancia y tenacidad milenaria la que le ensalza y le redime. Cuando delinque, ella busca las causas del delito en la herencia, en el hábito, la falta de cultura, el medio deseducador, y procura el remedio. Pide aire, luz, alimento, para que la raza se vigorice; higiene, para que el organismo se haga sano; cultura, para que el medio se transforme; amor, para que la sensibilidad adormida despierte. Y en vez de condenarle á las sombras, procura llevarle al lugar donde se ama mucho, á la escuela, al taller, al hogar limpio y confortable, á la penitenciaría moderna, al sanatorio y al aire libre. He aquí los infiernos de la ciencia, que á nadie condena para siempre, porque, como quiere explicarlo todo, todo lo sabe perdonar.

**

Habida cuenta de esta constante evolución, de este firme y seguro progreso, hay derecho á afirmar, contra la opinión de Jorge Manrique, que *cualquiera tiempo pasado fué peor*. Pero todas las lejanías tienen tintas azules, y la nostalgia de la cuna nos hace siempre llorar el ayer, como el invencible horror al sepulcro nos obliga á temer al mañana.

Es aquella nostalgia la que sacude los nervios y nos sobresalta con el súbito despertar de las sensaciones dormidas, al registrar la muerte de la no superada actriz Adelaida Ristori. A este nombre surge en una generación que dobla la cumbre de

la vida, todo un Universo azulado. Era época de renacimiento romántico, y mientras Hugo tronaba en el Sinaí de la métrica, el pueblo se batía en las barricadas. Más dueña de sí misma, más arrogante y de voz más tímbrada que la Rachel, la gran Adelaida surge en la imaginación de los viejos como una figura soberana, de cuyos hombros bien torneados pende la túnica de Medea con nobles majestades de armiño y el amplio manto real de la Estuardo con aires de peplo. Todo un público puesto en pie la aclamaba, y ella recibía aquellas ofrendas indiferente, abstraída en la contemplación de un tipo ideal, absorta en la visión de no sé qué idealidades remotas. Y luego, á la salida del coliseo, á la puerta de los carruajes blasonados, se acercaban los niños saboyanos, con sus instrumentos heroicos, anunciando á todos con entonaciones viriles el glorioso porvenir de una Italia emancipada y redenta...

Todo ello ha pasado; pero no se ha perdido. La labor del genio se incorpora á la obra de todos. Y en ésta nueva generación que anhela y sufre, pero que combate y espera, hay vibraciones del acento de la Ristori, como hay reminiscencias del canto de los libertadores de Italia.

En apariencia, esta generación es fría, escéptica, indiferente. En el fondo lleva la palabra divina que, transformando el mundo, ha de recoger la semilla que arrojaron al viento muchas centurias.

**

La humanidad es buena y progresa. No existe acaso una Ristori, como no existe un Hugo. Pero el sentimiento del arte es más universal, más humano; va dejando de ser privilegio de una minoría para ser patrimonio de todos.

Y en el orden moral aun tiene en su seno malvados y asesinos, pero no los condena al suplicio dantesco; piensa en regenerarlos, en evitar que pueda haberlos en lo futuro. Mira en derredor suyo la iniquidad; pero por primera vez en la historia ha declarado que no es perdurable, y que si hubiera infierno, un poco de luz y de cariño podría redimir al mismo Satán.

A la vieja leyenda del ángel despeñado, ha sustituido la del ser nacido en el fondo del mal y de la ignorancia, que escala poco á poco las cumbres...

XXXI

CUARESMA

Personajes: EL BARÓN, treinta y cinco años, temperamento nervioso sanguíneo, indeciso, apasionado, un tanto voluble. Ha visitado el hogar feliz de su amigo Carlos y se ha conmovido ante aquella comunión amorosa, aquella placidez de sensualidad casta. En consecuencia, ha decidido romper con *Nini* y consagrarse á su mujercita. Pasará por primera vez la velada con ella. Se ha hecho traer el batín y las zapatillas y se ha sentado en un confortable sillón junto á la chimenea á ver cómo se desmoronan encendidos los troncos, apoyado en un veladorcito de laca, sobre el cual dos tazas de café azucarado se cubren de vahos azulados y tenues.

CLARA, en la plenitud de su hermosura austera, vestida con sencillez y pulcritud, erguida bajo los pliegues de su bata enlutada, acerca á su esposo una tacita niponesa y mira, afirmado sobre un mueble estilo Imperio, el reloj, en cuya péndula se columpia una pastorcilla de bronce.

EL BARÓN.—¡Ajajá! Se está aquí muy rebién. ¿Qué café es este tan rico, tan perfumado y tan sabroso?

CLARA.—El mismo de siempre. Aun me parece que hoy tiene poco aroma.

EL BARÓN.—¡Caramba: yo lo encuentro deliciosísimo! ¡Y la chimenea caliente de firme! ¿Colocaste esas flores tan delicadas en los búcaros?

CLARA.—Las trajo Juan hace ya dos días; están casi marchitas. ¿Te desagradan?

EL BARÓN.—¡Al contrario, querida mía, al contrario! Tienen una tonalidad, un desfallecimiento, un no sé qué... (*Frotándose las manos.*) Decididamente, estoy muy á gusto.

CLARA (*como abstraída en una idea pertinaz*).—Sí; lo creo... ¿Es que no vas esta noche al Círculo?

EL BARÓN.—No; me quedo contigo; con mi Clara, con mi mujercita... (*Le coge la mano, que ella retira con mal disimulada contrariedad.*)

CLARA.—¡Quita!... No seas niño.

EL BARÓN.—Niño... ¡Quién lo fuera siquiera una vez! Un hombre de talento ha dicho que para gozar la felicidad hay que ser niño tres horas al día. Además, ¿qué hay de particular en que yo te encuentre bellísima, atractiva, subyugante?...

CLARA (*rechazándole suavemente*).—Sí; pero á nuestra edad...

EL BARÓN.—¿A nuestra edad? ¡Pero si somos todavía unos chiquillos!... (*con efusión*). Deja que estreche tu manita; manita de Boticelli, nacarada, diminuta, aterciopelada, de lindos hoyuelos; una mano que hubiera rimado Mallarmé...

CLARA (*disgustada*).—Es que... ¡Vaya, déjame en paz!

EL BARÓN.—¿Te disgusto? ¿Por qué? ¿Te ofende mi cariño?

CLARA.—¡Oh, no! Pero...

EL BARÓN.—Pero ¿qué?

CLARA.—Ya sabes... Tengo mis gustos, mis de-

Y en el orden moral aun tiene en su seno malvados y asesinos, pero no los condena al suplicio dantesco; piensa en regenerarlos, en evitar que pueda haberlos en lo futuro. Mira en derredor suyo la iniquidad; pero por primera vez en la historia ha declarado que no es perdurable, y que si hubiera infierno, un poco de luz y de cariño podría redimir al mismo Satán.

A la vieja leyenda del ángel despeñado, ha sustituido la del ser nacido en el fondo del mal y de la ignorancia, que escala poco á poco las cumbres...

XXXI

CUARESMA

Personajes: EL BARÓN, treinta y cinco años, temperamento nervioso sanguíneo, indeciso, apasionado, un tanto voluble. Ha visitado el hogar feliz de su amigo Carlos y se ha conmovido ante aquella comunión amorosa, aquella placidez de sensualidad casta. En consecuencia, ha decidido romper con *Nini* y consagrarse á su mujercita. Pasará por primera vez la velada con ella. Se ha hecho traer el batín y las zapatillas y se ha sentado en un confortable sillón junto á la chimenea á ver cómo se desmoronan encendidos los troncos, apoyado en un veladorcito de laca, sobre el cual dos tazas de café azucarado se cubren de vahos azulados y tenues.

CLARA, en la plenitud de su hermosura austera, vestida con sencillez y pulcritud, erguida bajo los pliegues de su bata enlutada, acerca á su esposo una tacita niponesa y mira, afirmado sobre un mueble estilo Imperio, el reloj, en cuya péndula se columpia una pastorcilla de bronce.

EL BARÓN.—¡Ajajá! Se está aquí muy rebién. ¿Qué café es este tan rico, tan perfumado y tan sabroso?

CLARA.—El mismo de siempre. Aun me parece que hoy tiene poco aroma.

EL BARÓN.—¡Caramba: yo lo encuentro deliciosísimo! ¡Y la chimenea caliente de firme! ¿Colocaste esas flores tan delicadas en los búcaros?

CLARA.—Las trajo Juan hace ya dos días; están casi marchitas. ¿Te desagradan?

EL BARÓN.—¡Al contrario, querida mía, al contrario! Tienen una tonalidad, un desfallecimiento, un no sé qué... (*Frotándose las manos.*) Decididamente, estoy muy á gusto.

CLARA (*como abstraída en una idea pertinaz*).—Sí; lo creo... ¿Es que no vas esta noche al Círculo?

EL BARÓN.—No; me quedo contigo; con mi Clara, con mi mujercita... (*Le coge la mano, que ella retira con mal disimulada contrariedad.*)

CLARA.—¡Quita!... No seas niño.

EL BARÓN.—Niño... ¡Quién lo fuera siquiera una vez! Un hombre de talento ha dicho que para gozar la felicidad hay que ser niño tres horas al día. Además, ¿qué hay de particular en que yo te encuentre bellísima, atractiva, subyugante?...

CLARA (*rechazándole suavemente*).—Sí; pero á nuestra edad...

EL BARÓN.—¿A nuestra edad? ¡Pero si somos todavía unos chiquillos!... (*con efusión*). Deja que estreche tu manita; manita de Boticelli, nacarada, diminuta, aterciopelada, de lindos hoyuelos; una mano que hubiera rimado Mallarmé...

CLARA (*disgustada*).—Es que... ¡Vaya, déjame en paz!

EL BARÓN.—¿Te disgusto? ¿Por qué? ¿Te ofende mi cariño?

CLARA.—¡Oh, no! Pero...

EL BARÓN.—Pero ¿qué?

CLARA.—Ya sabes... Tengo mis gustos, mis de-

bilidades... ¿Cómo decir? ¡Eso es! Mis *histerismos*. Hoy es sábado... y consagro mi día á la Virgen.

EL BARÓN (*suspense*).—¿A la Virgen? ¡Ah, sí! No me opongo.

CLARA.—Y además, mañana hago confesión general. Necesito meditar, rezar... ¿qué sé yo?

EL BARÓN.—Pero es que yo no te propongo ningún pecado. (*Jugando con la cucharilla*.) ¡Vaya por la confesión general! Sin embargo... un poco de dulzura, de amor... casto si quieres... pero tierno, hondo, sincero, no estorbaria á tu culto.

CLARA.—¿Mi culto?

EL BARÓN.—Quiero decir, el de ambos. ¿Cómo negar la grandiosidad (*distraído*) la magnificencia, la...? (*da un bostezo*).

CLARA.—¡Ay, si tú quisieras!...

EL BARÓN (*saliendo de su ensimismamiento*).—¿Qué? Explícate sin recelo.

CLARA.—No sería de más. Estamos en Cuarema. El precepto á todos obliga... ¿Por qué no recibes conmigo el Sacramento?

EL BARÓN (*turbado*).—¡Ah! Por ejemplo... Pero yo no me he preparado... ¡Estaba tan distante de tal proyecto!... Otro día, hijita; otro día será.

CLARA.—Puedes prepararte en seguida; aquí tengo el *Diamante*. (*Saca un librito del seno*.)

EL BARÓN.—¡Diantre! ¿Dónde escondes tus *misticismos*? (*Tomando el libro*.) Está tibio, bien oliente... (*Mira el devocionario, le da vueltas, vacila y lo entrega por fin*.) No; no puedo esta noche. Perdóname.

CLARA (*con acento solemne*).—No fíes á mañana lo que hacer puedes hoy, ni prefieras lo humano á lo eterno. «Vanidad es lo que tan presto se pasa.» ¿Qué es aquello que más nos deleita? Flor que se seca, rumor que se extingue, humo que se evapora.

EL BARÓN.—¡Oiga! ¿En dónde aprendiste ese recitado?

CLARA (*turbada*).—No sé... En Kempis... En Fray Luis... En la Conferencia... No me acuerdo.

EL BARÓN (*conteniendo cierta irritación sorda*).—¿De modo que necesitas tu noche? ¿Qué te vendrían bien dos ó tres horas de meditación, de soledad?...

CLARA (*sonriente y con espontaneidad infantil*).—¡Si fueras tan bueno!...

EL BARÓN (*después de meditar un momento, fija la mirada en un castillete de lumbre, que se ve abajo entre chispas*).—Mira, Clara: figúrate que así como tú te refugiarás mañana, contrita y doliente, en el seno de la penitencia, necesitará yo hoy refugiarme en tus brazos para no ser vencido por mi debilidad, para confortar mi espíritu enfermo, para alzarme vigorizado y fuerte sobre muchas miserias...

CLARA.—¿Qué quieres decir?

EL BARÓN.—No sé. Pero si yo viniera á tu lado con el firme propósito de ser tuyo siempre, de hacerte mejor, de rendir culto á lo que hay más puro y más grande, ¿me despedirías sin absolverte?

CLARA.—No te comprendo. ¡Qué niñerías!

EL BARÓN.—¡No te comprendo! ¡Qué tristeza contienen esas palabras! Son todo un divorcio moral. Amarlo todo es comprenderlo todo. Vivir un mundo aparte, es ignorar las exquisiteces, las ternuras, las cosas sentidas y hermosas que puede haber en el fondo de un alma, alzar una muralla entre nuestro corazón y el ajeno, entre nuestro cerebro y el de quien pudiera al unisono vibrar con él.

CLARA.—Tal vez hay deberes que no comprendes, porque son algo más que humanos.

EL BARÓN.—Puede ser. Pero es que tú acaso no tienes por qué lavar culpas que no has cometido. Y yo esta noche necesito consuelos, cariños; me hace falta, pero mucha falta, una mano como la tuya, pequeñita, nivea, sedosa (*cogiendo á Clara la punta de los dedos*), amante, que me sostenga.

CLARA (*levantándose y dirigiéndose al balcón*).—Mira, ya no llueve.

EL BARÓN (*friamente*).—Es verdad; ya no llueve. ¿Decididamente quieres encerrarte para hacer examen? ¿Te acomoda que salga?

CLARA.—Por esta noche... Perdona mis majaderías. Ya sé que eres muy bueno.

EL BARÓN (*suspirando*).—Está bien. Hazme la merced de llamar á Juan; que me traiga unas botas, la levita y los guantes.

CLARA.—Yo me retiro, ¿sabes? ¡Ah! Mañana por la noche no me esperes. Me tocan ejercicios.

EL BARÓN.—¡Bravo! Tú te salvarás: y desde allá arriba, muy arriba, cuando yo me condene, me alargará un dedito de esos. ¿No es verdad, Clarita?

CLARA.—¡Ya lo creo! ¡Y toda la mano!

EL BARÓN.—Con tal que no sea un poquito tarde... Adiós, hijita, adiós... y que El te haga una santa.

XXXII

Despejada en corro la chiquillería, acomodado el mujerío, hecha la primera desdichada genuflexión, el payaso quitará de su cabeza braquiocéfala el gorro puntiagudo cubierto de albayalde,

dibujará en su rostro pintarrajeado de carmín y tizne una mueca grotesca, y dirá poco más ó menos al auditorio:

—Señoras, señores y forasteros (risas de los rapaces): Va á comenzar la primera parte; en seguida de la primera, vendrá la segunda. ¡Ah!, en el auditorio.) Y luego pasará la bandeja, que será la parte más lastimosa. Tengo el honor de presentar al respetable público (la alcaldesa mira á su marido, y sonríe) la *grrrrran* compañía gimnástica-acrobática mímica-internacional, que ha trabajado en las principales ciudades del mundo y de Albacete, y recientemente delante de Sus Augustas Majestades los reyes de España y los más altos dignatarios de la corte.

Y esto último será rigurosamente exacto. Arlequín, Pierrot, Pipo y Colombine han hecho sus *trucos* y representado sus pantomimas en presencia de unos reyes atentos á sus piruetas y contorsiones, según puede verse en las fotografías de *Nuevo Mundo*, que el director de la compañía y primer equilibrista excéntrico habrá tenido muy buen cuidado de guardar, para ilustración de las generaciones presentes y admiración de las futuras.

Debió ser una tarde memorable para todos, menos para las damas, que por primera vez se ruborizarían ante sus mallas deslucidas, y medirían, con la sagacidad propia de la mujer en evidencia, la desproporción enorme y ridícula entre el lujo de las aristócratas que les asestaban sus *impertinentes*, y sus faldillas deslucidas y remendadas. Pero pasado el primer estupor, es posible que la fiebre de la vanidad se apoderara de ellas también y procuraran imprimir cierta gracia á sus danzas, un tanto desmayadas y torpes, y algún atractivo á sus rostros ajados por la miseria, y á sus sonrisas, entris-

tecidas por el infortunio. Al fin eran las reinas de un día; todas las miradas se fijaban en ellas; olvidaban en aquellos supremos minutos las marchas forzadas por la carretera, bajo el sol calcinante, respirando el vaho trastornador del largo camino polvoriento; los insomnios en las negras posadas, bajo techos ahumados, ó las veladas junto á la lumbre, remendando á la luz del candil los tules descoloridos, adornados con oxidadas lentejuelas. Todo entonces desaparecía de la memoria: el lenguaje brutal del primer amo, especie de domesticador; los golpes, los silbidos, las piedras de los muchachos, las vergonzosas y tristes huidas, con el hato á cuestras y los pies doloridos en sangre... toda la terrible odisea de una paupérrima juventud errabunda, que á nada se atreve ni nada espera...

Ahora, no. El encanto duraría lo que durase. Pero todas las miradas se fijaban en la infeliz titiritera; su nombre buscábase en los programas, como un tiempo pudo buscarse el de la Raquel y la Malibrán. Con su felina adivinación de saltimbanqui, casi siempre humillada, veía en los ojos de algunos dignatarios, graves y estirados bajo su *panamá*, llamear la lujuria. Es seguro que fué, durante unos minutos, hermosa, y suscitó la envidia de aquellas damas displicentes. Fué sólo un relámpago, pero un relámpago de venganza.

Y oía, como en sueños, al cornetín, viejo amigo cuyas inflexiones tanto conocía, que le acompañaba con sus toques alegres en los días de abundancia y relativa tranquilidad, y sus rasgadas desafinaciones en los días nublados y amargos. Esta vez parecía tocar á perpetua diana, y también con sus golpes isócronos parecía regocijarse el bombo, aquel bombo roto en Cerecedilla y arrojado con desesperación á un rincón del parador castellano,

mientras Arlequín se mesaba sus cabellos cubiertos de polvo y Pierrot escondía en las manos la frente...

Luego el ensalmo se dehizo; el encanto pasó. Pero ¿no pasaron Talma y Garrick? ¿No pasaron la Alboni y la Grisi? ¿Se salvaron acaso del olvido la Fuoco, la Gui Stephan, la Pinchiara y las demás reinas del *batimán* y del *pas de dus*, por las cuales se arruinaron los multimillonarios, y en cuyo honor se formaron bandos como un tiempo los de los polacos y los chorizos? La gloria es eso: reinar un día. No es sólo, como Hamlet supone, el cráneo de César, es también su grandeza la que tapa acaso, rodeada de arcilla, el hosco agujero de un muro. Ser aclamado un día, y luego morir; ved la vanidad que condena el sueño de Escipión, y por la cual los hombres se despedazan. Llegado el olvido, tanto da haber hecho el supremo gesto de Ifigenia sobre el proscenio de Weimar, como la mueca de Colombine sobre la arena de San Ildefonso.

¿Quién se acordará mañana de esa otra infeliz dislocada que retorció sus miembros atormentados por entre los travesaños de las sillas y encorbaba su espalda, puesta en ellas de pie, hasta recoger con los dientes del suelo un vaso desportillado de vidrio? Ella siempre se acordará. Hizo delante de la corte el gran *truco*; mientras los señores permanecían impassibles, como las estatuas de las cuevas de Ali Baba, que tenían por ojos rubíes y por dientes parejos zafiros, ella se descoyuntaba atrocemente para hallar el retorcimiento inverosímil y poder estirar el cuello hasta alzar de la arena calcinada la moneda de á céntimo; sentía el espasmo de la fiebre, el supremo dolor del tormento, la angustia infinita de la agonía, para poder alzarse llevando en los dientes el pequeño disco de cobre, la palidez

en el semblante y la alegría en el corazón del artesano aplauso.

¡El aplauso!... Por él nos engustiamos, por él descoyuntamos nuestras almas atormentadas, seguros de no encontrar después sino un débil y confuso recuerdo del rumor de la semiapoteosis de un día, una rosada reminiscencia que nos consuele de un sol que se oculta entre nubes plumizas y de una corte que se aleja de nosotros indiferente...

XXXIII

Erguida, en su soberana insolencia, pasa ante las edificaciones y las vitrinas más de una mujer para quien el progreso y la libertad son cosas nefandas. ¡Infeliz! Sin la emancipación del pensamiento y la soberanía, probablemente pertenecería á la casta de los vencidos. Inclínada sobre el terruño, vestida de harapos, lloraría su abandono y miseria. El lujo y las comodidades que la rodean, su misma belleza, debida en gran parte al buen gusto y á la educación, le serían ajenos. Reservado á unos pocos, el bienestar no hubiera llegado á las clases medias, como ahora no llega á las humildes. El ideal por que ahora suspira la hubiera trocado en penitente desaseada ó en sierva de la ajena ambición. No sabe que jardines, edificios suntuosos, medios de locomoción, trajes, joyas, objetos agradables, son obra de la libertad, de la rebelión contra fanatismos hipócritas puestos perdurablemente al servicio de unos cuantos avaros

grasientos, contra la muchedumbre de sus hermanos.

Las ciencias, para progresar, han tenido que luchar con la excomunión; las artes han debido arrostrar, para abrirse horizontes, el anatema; la pulcritud misma ha necesitado divorciarse del ascetismo que predicaba el desprecio del cuerpo como cosa grosera. La nueva industria que nos enriquece ha tenido que luchar con el monopolio y las trabas impuestas por el absolutismo creyente. Si fuera posible restaurar nuestra España tradicional, todo lo que hay de más bello y más exquisito se desharía en polvo y tornarian á ser campesinas vulgares las damas encumbradas que hoy se persignan al pasar por delante de las Calatravas y de la iglesia de San Pascual.

Pero la civilización sigue su camino. Es una luz siempre encendida, como el astro nocturno. Ningún soplo puede extinguirla; ninguna mezquindad es capaz de nublarla. Y segura de su poder y eficacia, alumbra á los ciegos con la magna impasibilidad redentora que acompaña á todo destello de lo Infinito.

XXXIV

Algunas noches se enciende en el cielo una estrella rojiza que contemplamos todos absortos, como el faro de un misterioso y remotísimo continente.

Probablemente es Marte. Tal vez el telescopio de nuestros sabios ha observado en él á estas fechas el mar de Dawes y el continente de Galileo. Pero

¿por qué Marte con luz rojiza? La bóveda infinita parece complacerse en representar la extensión del mundo de nuestras ignorancias. Y es quizá el mismo convencimiento de la imposibilidad de penetrar el misterio el que nos hace mirar horas y horas á un signo que nada nos dice ó una luz que no nos alumbra, como miraban los tebanos la esfinge.

Luego nos consolamos diciendo que no nos atañen las cosas que llamamos despectivamente *de tejas arriba*, cuando es más que probable que sean ellas las que en realidad de verdad nos importen. Quien mira solamente á la tierra, no corre el peligro de caer en el pozo del filósofo astrólogo; pero tampoco se elevará una línea sobre la inmundicia del suelo.

Además, poco importa ser precipitado en un pozo, si en su fondo la idealidad está envuelta en un rayo de luna.

Cónviene alguna vez levantar la mirada á los cielos. En la ciudad nos empequeñece la perdurable contemplación del eterno cascote. Ni un solo poeta ha dejado de proyectar en el cielo un interrogante. Aunque todo fuera materia, no es lo mismo una estrella que un caracol.

Una luz en el cielo... ¿Ha brillado siempre? ¿Brillará dos segundos después? ¿No ha habido astros que han desaparecido en el firmamento, y otros que han surgido en una noche á la mirada de los astrónomos? ¿Existirá todavía aquel cuerpo resplandeciente cuya luz tarda en llegar millares de años á nuestras pupilas? ¿No habrá muerto mucho antes que César, que Alejandro, que Salmasar, y nosotros le veremos aún fijo, inmóvil, vago recuerdo de un universo que ya no vive, destello tardío de lo que fué?

Y nosotros, con nuestras pasiones minúsculas,

nuestros odios infinitesimales y nuestras ambiciones ultramicroscópicas, ¿qué relación tenemos con ese universo en el cual cien mil nebulosas, formadas de mundos, no son sino un grano de sal fosforescente? En verdad, solamente el amor, que todo lo agranda, y el deber, que todo lo purifica.

XXXV

¿Por qué no meditar ante los puestos de periódicos? Yo suelo hacerlo, porque allí está la actualidad, unas veces, pocas, risueña; las más, amarga y desconsoladora. «¿Queréis saber lo que es la gloria?—ha dicho un cronista parisién—. Es la exhibición de vuestra efigie durante una semana en los kioscos del bulevar.» En ocasiones, es mucho menos; es una simple caricatura ó una caricatura simple. Después de veinte años de labor infatigable, conseguís que un dibujante os ponga en ridículo y os presente viejo, ridiculamente erguido, con una cara que no es la vuestra, con unos ojos que ¡ay! no son los que tanto han llorado. Vuestra efigie absurda es el premio de vuestros desvelos. Y sentís que el *artista* ha tenido razón al reirse de una vida entera, puesta inocentemente al servicio de la justicia y de la verdad.

Entran entonces invencibles deseos de gritar á todos cuantos contemplan la estampa aborrecible que lleva vuestro apellido al pie: «¡No, yo no soy así! Todavía guardo gallardías y arrestos de los días, ¡oh Póstumo!, en que supe llevar con soltura

la espada y la capa blanca de Romeo. ¿Para qué? «Los mismos que hablen de vosotros—ha dicho Cicerón—, ¿hablarán mucho tiempo? *Ipse autem, qui de vobis loquuntur, quam diu loquentur?*»

¿Que á qué vienen estas desabridas filosofías? Me las ha inspirado una fotografía que ha aparecido en un semanario popular. Copia una escena de la inauguración de la Exposición de ganados. Un campesino esquila á un morueco. Alrededor, varios personajes sonrien. ¿No recordáis al punto el contraste? En otras fotografías el que ríe es el personaje del centro del corro; ríe con boca y alma. Todos los demás le contemplan muy serios, muy respetuosos, pudiera decirse que muy contritos. No es lo mismo esquilarse un morueco que guardarse la lana.

* * *

Sin embargo, la ganadería en España no es cosa de risa. Antaño fuimos en ella verdaderos maestros. Un tiempo los nobles no desdeñaron consagrar parte de su actividad á criar sementales, potrancas, novillas, ovejas de raza merina y churra y aun asnos y verracos, como no se desdoran todavía por ello los Alcañices, Veraguas, Perales, Velascos y Casa Torres. Eran los tiempos en que un poderoso comparaba el refugio de sus canes, formado por vellones finísimos, con la cama del rey. Y aquel mismo marqués conquistaba dominios en Flandes y en la corte respeto. No teníamos que envidiar á Valais y Zurich sus vacas lecheras, ni sus corceles al Yorkshire, ni sus moruecos á Oxford, Triboulet ó Suffolk. La Argentina, que hoy cuenta con 600.000.000 de cabezas de ganado, cifra que nos parece asombrosa, no había pensado aún

en recoger de los campos, ensangrentados por la guerra, los primeros caballos y ovejas errantes que habían dejado al huir sus conquistadores.

Y ahora, ¿quién no sonreirá cuando se le diga que en Buenos Aires una oveja *Lincoln* puede pesar 115 kilos (*A travers les bergeries*, por E. S. Zeballos, edición oficial), producir, como *Thiers III*, 30 libras de lana, ó ser vendido en 8.000 francos? Al oír esto nos reímos, como los personajes del fotograbado. Pues bien; esa risa nos pone en ridículo ante Europa.

* * *

Ha dicho Mad. Stael que los que presumen de buen gusto son más orgullosos que los que presumen de genio. Esto estriba en que el genio suele errar pocas veces al definirse, mientras que el buen gusto suele faltar allí donde se invoca. El gusto cambia, el genio es perdurable. Por eso el buen gusto se complace á las veces en desdeñar las cosas humildes. Es un muy grave error. Si, como *Zadig*, pudiéramos adivinar por rasgos confusos el destino, sabríamos que á las cosas humildes habríamos de volver indefectiblemente los ojos un día. Y si no las hallamos con la mirada, las buscaremos con el recuerdo.

Es símbolo de dignidad el culto de los animales domésticos. Ellos fueron deificados, y más tarde, desde las campiñas de Atenas, subieron con el arte hasta los frisos del Partenón. La infancia, siempre ingenua, se conmueve al escuchar un tierno balido, y la senectud busca en las tinieblas la evocación de un tierno animal de ubres temblorosas que agita su campanilla de plata, y erguido sobre las rocas cubiertas de musgo, husmea, como si quisiera in-

terrogar al destino, los lejanos horizontes azules. Una vaca que duerme con las patas dobladas bajo el vientre y abre de pronto sus ojos enormes con esa mirada que pudo sobrecoger á Leconte de l'Isle, nos da siempre una sensación de misterio. Un estanque en que se deslizan como flotas de plumas los ánades, el ruido de las esquilas de un rebaño que se pierde tras la montaña, de madrugada, cuando el ambiente tiene para el sonido la transparencia de un fanal, despierta en nosotros adivinaciones y reminiscencias. Sentimos entonces, con el testimonio de vida de los animales humildes, lo que más puede enorgullecernos: que hemos nacido para proteger.

* * *

Protejamos, amemos. Procuremos que nos siga por todas partes, como á Dinorah, el rumor de patas finas y nerviosas que triscan. Castigando á los animales, el hombre se encanalla; cuidándolos se enriquece, y por lo menos, se hace digno del progreso y de la cultura. ¿Por qué reír ante una yunta y revestirse de gravedad ante cualquier necio endiosado? Mal síntoma es que la ciudad tenga aversión á las ingenuidades campesinas. El campo es un ará muy grande. A él habremos de regresar cuando una mano amada nos cierre los ojos. De él nos viene confortación y alegría. De allí habrán de venir los vientos que nos pueden barrer.

XXXVI

Que el hombre es un ser abominable, no es precisamente lo que se llama una noticia fresca. Creado el primero por Dios, se dió buena prisa á desobedecerle, y mereció ser expulsado del Paraíso por el suave procedimiento que emplea en los desahucios toda autoridad judicial. Fué preciso después un diluvio para exterminar la granjería rebelde, y el más sano de los supervivientes pagó la divina merced embriagándose y maldiciendo á su descendencia. El pueblo elegido mata, saquea, abjura, desobedece, cae en la bestialidad, y por último, crucifica á su Redentor. He aquí la historia edificante que la tradición nos presenta de la humanidad: leyenda, en verdad, pero á propósito para inspirar hacia ella amor, desinterés y benevolencia.

Considerada así la humanidad, la conclusión no puede ser más pesimista. No es fácil fundir hombres nuevos. Si Jehová, infinitamente sabio y poderoso, se equivocó al crear á los hombres y aun se arrepintió, según un versículo, no es probable que nosotros, pobres propagandistas, acertemos á ser infalibles. Los hombres han sido malos, lo son, y probablemente lo serán, al menos mientras les traiga cuenta.

Y ved de qué modo hemos llegado tal vez á lo que llamaría cualquier disertante el nudo mismo de la cuestión. Hacer que á los hombres no les traiga cuenta ser malos, podrá ser trabajo cons-

tante y penoso de siglos, pero no es imposible. A lo menos es harto más hacedero que convertir en filósofos á los fabricantes de pan y colocar en los fielatos á los ángeles que rodean el asiento de Nozaleda. Es indudable que hoy no cometan á diario los hombres las fechorías de las tribus salvajes. No se mata por comer carne humana, ni se combate por tener un esclavo, no porque los hombres sean mejores, sino porque la carne humana repugna y los esclavos se emancipan.

Los dogmas, la tradición, la rutina, han planteado la cuestión de este modo: Supuesto que la organización actual es perfecta, conviene hacer hombres para esa organización. Así ha nacido la moral, tan estéril en la sinagoga como en la Constitución de las Cortes de Cádiz. La ciencia, el progreso, deben proponerse, y se proponen, el problema de esta otra manera: Supuesto que los hombres son como son, hallar una organización adecuada en que haya que ser bueno por egoísmo.

Nada tan vano, tan estéril como las lamentaciones irremediables y las inculpaciones gratuitas. Todos los criados me roban. Pero ¿será más cuerdo querer infundirles alma nueva que guardar el dinero en el arca y vigilar la administración? Todos los políticos son ambiciosos; ¿pero no será más prudente descentralizar sus negocios, imponerles trabas, limitar sus atribuciones, modificar, si preciso fuere, la organización y la vida política, que predicarles las máximas de Antonino? Los panaderos y los comerciantes nos explotan; mas ¿no parecerá más sensato arrebatarles los monopolios, facilitar el libre comercio, municipalizar los servicios, que enseñarles la moral á pedradas? No poner la viña junto al camino, quitar la ocasión, no sacar el trigo á la solana: he aquí las recetas

contra la codicia que nos suministra con sus notables aforismos la clásica sabiduría popular.

Tales son las dos opuestas orientaciones, los dos antitéticos puntos de vista que buscan la tradición y el progreso, la tiranía y la libertad. Todo un nuevo sistema penal se funda en no castigar al culpable, sino en ponerle en condiciones de que no haga daño y se regenere. Toda una nueva (por desgracia aun nueva) pedagogía se basa en el principio de que todos los niños son buenos, y en que hay que modificar y sanear en derredor suyo el ambiente. Solamente la vieja rutina que entraba la letra con sangre y la penitencia con grillos, se obstina todavía en decir que los hombres son malos, que hay que fustigarlos por castas, sin ver que, como ha dicho hace poco el señor Gómez de la Serna en un erudito discurso, en todo delito la sociedad tiene una gran parte de complicidad.

No podemos hacer hombres nuevos, pero sí nuevas sociedades, nuevas escuelas, nuevas penitenciarias, nuevos Estados, en que á los apotegmas del privilegio, la injusticia y el odio, sustituyan los nobles principios del derecho y la fraternidad.

XXXVII

Hemos colgado los cortinajes, tendido las alfombras, encendido las chimeneas, desembalado cuadros y porcelanas, y las habitaciones nos dan una sensación confortable; las encontramos bien olientes, tibias, hospitalarias. Por modesto que sea

nuestro ajuar, nos parece en estas tardes lluviosas y desapacibles cómodo y sibarítico. Por toda la casa se extiende un aroma caliente á tapicerías y pieles, que aspiran con delicia los niños y los gatos, genios sensuales del hogar. Comienza otra vez nuestra vida intensa. En una habitación se oyen risas y charloteos, en otra tintineo de monedas de plata, rasguear de plumas nerviosas sobre el papel; aquí, abrir y cerrar de muebles; más lejos, cánticos, ó choques de vajilla, ó hervor de condimentos que subrayan las estrofas anaacreónticas de la mansa epopeya de la vida doméstica.

Y es entonces cuando los niños ordenan sus libros y juguetes, y las mujeres sus bordados y telas, y los hombres sus minutas, estudios y proyectos, cuando suena un timbre y aparece serio y taciturno un servidor ó un humilde encargado y deja sobre la mesa del comedor una caja grande de cartón ó madera endeble. Todos la conocemos, y fruncimos el ceño. Allí está la corona del abuelito, ó del padre, ó de la mujer ó el hermano. La traen del cementerio, en donde ha lucido sus flores mustias y chafadas dos días. Y la voz se detiene en los labios y las risas en la garganta. Una sensación de angustia indecible nos invade, hasta que, con voz imperiosa, mandamos colocar la ofrenda embarazosa encima de un armario ó en un rincón de las habitaciones trasteras. Sólo entonces podemos lanzar un suspiro de bienestar, como si de encima del pecho nos hubieran quitado todas las moles graníticas de los Alpes.

Porque las coronas nos recuerdan culpas y torpezas pasadas, y hay en toda ofrenda tardía una acusación, y hay en toda flor contrahecha algo como una silenciosa queja doliente, á medida que se aplasta y marchita su cáliz sin color en el polvo

y que desfallecen sus pétalos *somno positæ sub nocte silenti*.

* * *

Una de esas coronas ha sido llevada á Tetuán. Los descendientes de los guerreros marroquíes han visto indiferentes pasar una lúgubre comitiva que ha ido á depositar su ofrenda tardía sobre la sepultura de los soldados que perecieron bajo el fuego de las mahalas africanas ó á los rigores del paludismo incubado en las márgenes abrasadas de Río Martín. España entera se ha conmovido. Hay que honrar á los muertos. Pero en tanto que se celebraba la inusitada ceremonia, tres ó cuatro mil veteranos de aquella guerra buscaban en vano pan para alimentarse y una manta con la cual abrigar sus miembros ateridos. Yo he clamado en desierto, como la bíblica voz precursora: he pedido, no caridad, sino ocupación decorosa para los infelices ancianos que tomaron á la bayoneta las posiciones de Muley-el-Abbas, y todo ha sido inútil. Los veteranos morirán en la miseria y el abandono. Y luego no faltará una corona de flores mustias que vaya á empolvase sobre un monumento que recuerde nuestra ingratitud.

«Esos viejos... ¿Es que no han muerto todos *todavía?*», preguntarán las gentes. No; por su desdicha, viven muchos aún. ¿Qué piden? Ser incorporados á filas como ordenanzas, como vigilantes ó simples amanuenses, ayudar á inspeccionar los cuarteles, ser utilizados en algo, ya que una defectuosa organización militar les cerró las puertas del ascenso. Inútil es que pidan. Sin embargo, cantidades enormes ingresan como donativos en los conventos, en donde muchos millares de reza-

dores jóvenes y robustos se consagran al ocio piadoso, implorando mercedes que llegan siempre, y por desdicha, á destiempo.

Es una terrible pesadilla, una visión dantesca, un delirio macabro el que me atormenta en las noches de insomnio. En ellas me figuro ver pasar camino de las mansiones celestes á una procesión de demacrados héroes. Todos llevan las plantas ensangrentadas, los ojos bañados en llanto; los más muestran la empuñadura de un arma homicida sobre el corazón. Pero todos van coronados de trapo, y de su brazo penden cintas con letras ver-sales, en que se lee como un sarcasmo estampado en oro: «A Fulano de Tal, la patria entera reconocida.»

Otras veces parece que debe ser así, que las recompensas á la virtud han de ser tardías. A su tiempo, á fecha y lugar fijo, llega el jornal del talabartero, la pensión del mal estudiante ó el haber codiciado del jefe de cocina ó del maestra-sala. El heroísmo, la abnegación, el genio perderían de su grandeza si cobraran á plazo ó á tantos días vista, y aun con descuento de utilidades. Lo grande en los muertos á quienes dedicamos nuestras coronas, no es recibir las de nuestra gratitud, sino el haberlas merecido. Sin esto, los más soberbios mausoleos no son sino miserables montones de trapos, en que la fuschina mal imita la fresca tonalidad del pétalo, como la inscripción ditirámica mal remeda la alabanza sincera. *Aquí yace*, dicen los epitafios, y debieran decir, señalando al mundo: *Allí fué*, porque ser vale más que yacer. Pero de cuántos pasaron por la vida y hoy se amon-

tonan en los patios siniestros, ¿cuántos fueron? Bajo estas losas, tal vez dos ó tres; en toda aquella galería de nichos, quizá menos, acaso ninguno. La expresión *en el mundo han sido*, de fray Luis de León, es por eso un supremo acierto. Ser es patrimonio de quien vive la plenitud, y esa, sabios ó necios, aciertan á gozarla muy pocos.

Pero para los que quedamos, ¡qué pesadumbre la de esa palabra fatídica *tarde*, que parece increparnos y echarnos en cara nuestra injusticia! A esa infeliz mujer, agonizante de hambre y de frío, que es llevada de puerta en puerta á los hospitales y asilos, sin que una mano piadosa y cristiana se tienda hacia ella para procurarle alimento y albergue, compadecerla es justo; pero más compasión necesita quien no supo evitar tan vergonzoso y cruel desamparo. La palabra *tarde* sonará siempre en sus oídos como una implacable acusación. Si tuviéramos que elegir entre ser aplastados por un automóvil ó sentir crujir so nuestro cuerpo, bajo el borde de los neumáticos, el torso de un niño que, al pasar nosotros como una centella de vanidad, cruzaba el camino, llevando en la mejilla, aun caliente, el beso acariciador de una madre, elegiríamos sin disputa (exceptuando los superhombres nietzschianos) ser nosotros las víctimas. Sentir precipitarse sobre nosotros la tromba huracanada y morir. Pero no contemplar perpetuamente la figura sangrienta del niño moribundo, con la frente despedazada por la manivela del motor, palpitantes y truncados los miembros, obligándonos á hacer votos de piedad y prudencia tardías.

La expresión del más hondo pesar, la más ex-

plicita confesión de toda nuestra incuria y torpeza, está en la vulgar expresión que escuchamos á cada paso: «¡Ah, si se pudiera vivir dos veces!» Para las almas retrasadas en saber y en amar, tal vez fuera esa la dicha suprema. Se evitaría entonces el remordimiento cruel. Para aquellos espíritus tempranos que convierten la vida en culto, y para quienes es cáliz toda copa, dos vidas serían un contrasentido. Una sola no les pesa, como no le pesó al varón de Utica; pero les basta ciertamente. Vivir dos veces, ¿para qué? Sería demasiado atormentar á nuestros verdugos.

XXXVIII

Catalanismo... ¡Qué extraño problema!

Hay una interdependencia, señalada muy bien por De Greef en los hechos sociales. No es posible plantear hoy problemas políticos, administrativos, ni siquiera regionales ó étnicos, sin relacionarlos con el magno y esencial que á todos preocupa. Lo que hoy se ventila en el mundo, no son las nacionalidades, ni las formas exteriores y huecas de gobierno, ni el concepto de autonomía. Lo que preocupa á los hombres de ciencia y á los de labor es la llamada cuestión social. Y ella comprende y abarca á todas de tal suerte, que el abandono de sus problemas ha dejado desiertas las antes compactas filas de los partidos revolucionarios y el olvido ó desdén de sus términos ha creado el escepticismo y la indiferencia en torno de las banderías, de los discursos y los programas.

No puede hablarse en nombre del pueblo, de cualquier pueblo, sin alzar la bandera que ha dignificado la vida, *Standard of life*, la de los humildes y desheredados. Un movimiento en que no entre para nada el problema social, el magno asunto del reparto y consumo de la riqueza, no puede ser jamás secundado por la masa trabajadora. Contra la opinión de Jaurés, que estima que la conquista del pan embrutece la lucha por la vida, ella es una revelación de noble altruismo y de un digno deseo de suprimir toda previa cuestión que haga imposible el sacrificio y el esfuerzo por el ideal.

Cataluña, por su carácter industrial, sufre, como ninguna región española los males del industrialismo. Es allí donde ha sido formulada la primera protesta; es de allí de donde han partido las primeras manifestaciones del anarquismo. Ha sido en Barcelona en donde cien mil obreros han conseguido derrotar en las urnas á los candidatos ministeriales burgueses. Imposible es hablar en nombre de Cataluña sin ostentar la representación de un millón de desheredados que en sus campos, esquilados por la propiedad y la usura; en sus costas, agotadas por la pesca de arrastre; en sus fábricas, donde se explota por un miserable jornal á la mujer y al niño, y en sus minas, en que mueren sepultados los nuevos hijos de Tubalcain, piden en vano, con clamores dolientes, justicia contra el capital y defensa contra la explotación egoísta.

La amistad—ha dicho Aristóteles—sólo puede haber entre libres. No puede haber solidaridad entre los explotadores y los explotados. No es posible ostentar á un tiempo la representación de los industriales que en Cataluña hacen trabajar por dos reales doce horas á niñas de nueve años y la de las madres de esas niñas, destinadas á ser carne

plicita confesión de toda nuestra incuria y torpeza, está en la vulgar expresión que escuchamos á cada paso: «¡Ah, si se pudiera vivir dos veces!» Para las almas retrasadas en saber y en amar, tal vez fuera esa la dicha suprema. Se evitaría entonces el remordimiento cruel. Para aquellos espíritus tempranos que convierten la vida en culto, y para quienes es cáliz toda copa, dos vidas serían un contrasentido. Una sola no les pesa, como no le pesó al varón de Utica; pero les basta ciertamente. Vivir dos veces, ¿para qué? Sería demasiado atormentar á nuestros verdugos.

XXXVIII

Catalanismo... ¡Qué extraño problema!

Hay una interdependencia, señalada muy bien por De Greef en los hechos sociales. No es posible plantear hoy problemas políticos, administrativos, ni siquiera regionales ó étnicos, sin relacionarlos con el magno y esencial que á todos preocupa. Lo que hoy se ventila en el mundo, no son las nacionalidades, ni las formas exteriores y huecas de gobierno, ni el concepto de autonomía. Lo que preocupa á los hombres de ciencia y á los de labor es la llamada cuestión social. Y ella comprende y abarca á todas de tal suerte, que el abandono de sus problemas ha dejado desiertas las antes compactas filas de los partidos revolucionarios y el olvido ó desdén de sus términos ha creado el escepticismo y la indiferencia en torno de las banderías, de los discursos y los programas.

No puede hablarse en nombre del pueblo, de cualquier pueblo, sin alzar la bandera que ha dignificado la vida, *Standard of life*, la de los humildes y desheredados. Un movimiento en que no entre para nada el problema social, el magno asunto del reparto y consumo de la riqueza, no puede ser jamás secundado por la masa trabajadora. Contra la opinión de Jaurés, que estima que la conquista del pan embrutece la lucha por la vida, ella es una revelación de noble altruismo y de un digno deseo de suprimir toda previa cuestión que haga imposible el sacrificio y el esfuerzo por el ideal.

Cataluña, por su carácter industrial, sufre, como ninguna región española los males del industrialismo. Es allí donde ha sido formulada la primera protesta; es de allí de donde han partido las primeras manifestaciones del anarquismo. Ha sido en Barcelona en donde cien mil obreros han conseguido derrotar en las urnas á los candidatos ministeriales burgueses. Imposible es hablar en nombre de Cataluña sin ostentar la representación de un millón de desheredados que en sus campos, esquilados por la propiedad y la usura; en sus costas, agotadas por la pesca de arrastre; en sus fábricas, donde se explota por un miserable jornal á la mujer y al niño, y en sus minas, en que mueren sepultados los nuevos hijos de Tubalcain, piden en vano, con clamores dolientes, justicia contra el capital y defensa contra la explotación egoísta.

La amistad—ha dicho Aristóteles—sólo puede haber entre libres. No puede haber solidaridad entre los explotadores y los explotados. No es posible ostentar á un tiempo la representación de los industriales que en Cataluña hacen trabajar por dos reales doce horas á niñas de nueve años y la de las madres de esas niñas, destinadas á ser carne

de fiera. Todo movimiento, toda aspiración—ha consignado Schmoller—es ineficaz cuando no acerca unos hombres á otros y les hace partícipes de las ventajas que se pretende conseguir.

La solidaridad catalana adolece de este desconocimiento de la vida social. Buscad en las bases de Manresa una afirmación de carácter sociológico, y no la hallaréis. Las altas ideas de justicia, igualdad y enaltecimiento de los humildes son, para quienes las redactaron, desconocidas, como en sentir de Ziegler, el placer de gozar, cuando excede de las ostras y del champagne, es desconocido en absoluto por los potentados.

Se invoca el derecho, pero se desdénia lo que denomina con justicia Von Ihering su lado práctico y social. Se pide para los malos fabricantes, para los rentistas, para los sacerdotes y hasta para los seudoliteratos. Para los que verdaderamente producen y tienen perfecto derecho á sentarse en el banquete social, se guarda el más incomprensible mutismo.

Pero de los fisiócratas á Bebel hay un universo de distancia. Ya ha demostrado Kautski como es imposible la abstención entre obreros y patronos que predicaba la escuela de Mánchester y el olvido de la contienda entre el trabajo y el capital. Un alzamiento formidable no puede hacerse hoy en nombre del capitalismo, de la intolerancia, del retroceso. Los pueblos comienzan á despertar; su bandera no puede ser la de los banqueros barceloneses, la de los mineros de Vizcaya y la de los fabricantes de filaturas de Tarrasa y Mauresa.

Un ejemplo del uso que hacen de las llamadas libertades y fueros tradicionales los encargados de sofisticarlas, podemos encontrar en Vizcaya. El concierto económico ha servido para libertar del

impuesto á los propietarios y capitalistas; pero allí los consumos se cobran dos veces, y al lado de los más soberbios alcázares, es posible ver todas las mañanas á las mujeres apaleadas por haber intentado introducir fraudulentamente una hogaza de pan ó un cestillo de fruta para alimentar á los hijos. Los más ricos mineros instalan cantinas en donde se obliga á comprar á los trabajadores alimentos podridos á precios fabulosos; desdichado hay que en diez años no ha visto el dinero, resignado ya á percibir su estipendio en vales. Mientras los apellidos vascos representan en todas las naciones del mundo ostentación, despilfarro y riqueza, á la orilla del río arrastran las mujeres, en la obscuridad de la noche, jadeantes, la sirga, y el campesino montañés se alimenta con raíces, patata y borona, mientras oye cantar á su alrededor á los dueños de su miserable terruño el himno fetiquista al árbol estéril que da sombra al solar vascongado.

* * *

«¡Oh desdichados!—decía Longfellow—. ¿Todavía pensáis en la muerte? ¿Aun será la región el alma mater de quienes no pueden sustentar la familia? ¡Caídos de bruces sobre los haces de heno los famélicos labradóres de la masía, aniquilados los *teixidors* por un trabajo brutal y malsano que les convierte en ciegas herramientas, desvelados los viejos por la inmensa aficción que ha pintado tan admirablemente en *Els vells* el adusto Iglesias, pensarán, no en la emancipación, no en la venganza, ni siquiera en el largo y eterno reposo, sino en la superioridad de Barcelona sobre Madrid, y del Tibidabo sobre la Montaña del Príncipe Pio! ¡No medirán las horas que faltan en sacudir el

yugo ó esconder la cabeza en el seno de lo absoluto, sino los metros de longitud en que excede la Gran Vía al paseo de Recoletos! ¡No soñarán con descolgar el viejo arcabuz de los antepasados rebeldes, sino en empuñar la segadora hoz para cantar con voz de trueno el *bôn còp de fals!* Si tal ocurriera, serían incapaces de redención; su destino acabaría por ser ignorado, como el de los esclavos ilotas.

No. El catalanismo no es popular; es un afán logrero que olvida los deberes de humanidad, que lucha por el monopolio y combate por la exención tributaria y el arancel. El movimiento obrero, por su parte, es internacional: sus huestes han aceptado la proclama de Liebznecht. El mismo Bebel, quien en el reciente Congreso socialista no pudo aceptar las conclusiones antimilitaristas de los exaltados franceses, declaró, sin embargo, que la patria del pobre es el Universo y cuantos padecen en él sus hermanos. El grito del vencido es siempre, más que himno, una imprecación, y se traduce en la frase helena: «¡Ingrata patria: no poseerás mis huesos!» La patria chica es un concepto chico y es de grandeza de los que tienen hambre y sed los que sufren.

No es el imperialismo el alma de las *Trades Unions*, que la Gran Bretaña considera congregaciones de un culto impersonal. No es la grandeza de los Estados americanos lo que canta Henri George. Una más alta y noble presciencia hay en el fondo de las reivindicaciones sociales, indiferentes por completo á las tradicionales formas históricas.

La doctrina de la Evolución—dice el profesor Alejandro Chiapeli, coincidiendo en esto con Loria—aplicada á los fenómenos sociales, nos dice que el círculo humano se ensancha gradualmente,

de la familia á la patria y de ésta á la humanidad. Volver al exclusivismo de territorio, á la división en bárbaros é indígenas, es ya intolerable á quienes sienten que á todos los hombres une sobre la tierra la conciencia de un común destino.

Hostigado y vilipendiado por la nobleza, dueña un tiempo de la vida y fortuna de los ciudadanos; atormentado por los señores de horca y cuchillo, que ejercían sobre él los más inicuos y aun abominables derechos; diezclado por las guerras sostenidas por duques y condes para acrecentar el fruto de sus vandálicas rapiñas, se echó el pueblo en brazos del poder real. Uno á uno, fué destruyendo éste los privilegios, absorbiendo las jerarquías, fundiendo en una las regiones. Así se fundó la unidad nacional. Fué para escapar á la tiranía para lo que los pueblos eligieron el mal menor y secundaron la acción de los reyes. No podemos ni debemos jamás olvidarlo. Ciegos estarían los trabajadores si deshicieran su labor de emancipación y tornaran á defender los viejos condados, los minúsculos principados y reinos. Sería volver á la esclavitud odiosa feudal, representada ahora por los grandes capitalistas, deshacer la historia, que, como todo orden de fenómenos, tiene un por qué. Para el hombre que estudia no cabe el *así debió ser* ó el *de este modo debió no haber sido*. Sólo dice categóricamente: «Así es.» Si fuera posible volver al día primero de la creación y verosímil la fábula hebrea, volvería la fruta á ser mordida por los primeros labios sedientos de verdad. Si fuese hacedero regresar al florecimiento de las regiones, la avaricia feudal, la tiranía de los dueños y señores de siervos y terruños, provocaría nuevamente la unión del pueblo con el monarca, ahora innecesaria, y enfrente de los ambiciosos que se llamaran

comuneros ó caudillos de las Germanias, alzariase nuevamente un Carlos V, para llevarlos, para bien de la humanidad, al tablado ó á la picota. Libre el pueblo del yugo local, no ha de tornar á echarse al cuello. Emancipado Plauto, no ha de volver á unirse para dar vueltas á la grávida piedra del molino.

Después de notificarme un criado que los señores habían salido, me disponía á retirarme, cuando un tropel de niños vino hacia mí con grande bullicio, y llevándome de la levita á remolque, me obligó á entrar en la antesala. Sentí inesperada alegría. Me había preparado para una entrevista ceremoniosa, fría, de aquellas que aborrecía el viejo Schopenhauer, y me encontraba con una fiesta efusiva, sincera, propia de una turba infantil. Sin cuidarme de mi sombrero, abollado impiamente por la chiquillería, ni de mi bastón, convertido en hipógrifo por las intrepideces de Gonzalito, entré en el salón como Alejandro en Babilonia, aclamado por los primogénitos y seguido por la patulea.

Lo primero que hizo Federico fué poner en mi alto conocimiento que el aya Mercedes, aquella muchacha joven, rosada y melancólica, se había despedido para irse... ¿adónde dirán ustedes? Al Salón Venecia. Hubo un grito formidable de triunfo y después una salva de aplausos. Sí señor; se había contratado en *Actualidades*. ¿Habrás visto? Los criados habían dicho á Gonzalito que iba allí á

bailar y á enseñar las piernas. Y luego la llamaban cochina y holgazana y qué sé yo cuántas cosas más. Rosita se puso á cantar el tango de *los lunares*, y todos los chiquillos comenzaron á bailar, haciendo contorsiones grotescas. Yo creí de mí deber acompañar con unas palmaditas. En fin, ¡el delirio!

Febó llegó después de las nubes. Quiero con esto decir, en romance, que se cansaron de bailar los chicos y fueron sentándose uno tras otro, mientras yo arreglaba el nudo de mi corbata, deshecho, ¡oh, vergüenza!, en el ardor del tango. De pronto, Rosita echó á correr y volvió con un libro muy grande, que me arrojó de golpe sobre las rodillas. Era el álbum de las postales.

Vamos á ver postales. Por todas partes, chiquillos trepantes. Sobre mis rodillas, Purita; colgado del cuello de la camisa, Gonzalo, y Federico sobre mis hombros, entonando el himno anarquista. Y comenzó la exposición de bellezas.

Cada una era saludada con una gritería espantosa. ¡*La Cavalier!* Y allí estaba, en verdad, la interesante cantatriz, envuelta en su túnica, apoyada en la mano la barba, con su mirada ingenua y su actitud de pura vestal griega. ¡*Cleo de Mèrode!* Exito inmenso, como dice Barnum. ¿Quién no la conoce con sus cabellos en *bandeau*, las orejas cuidadosamente tapadas, los párpados sombreados por pestañas negrísimas, la mirada fija en el régio busto, ceñida la diadema como una emperatriz ó como una diosa? ¡*Otero bolero!* ¡*Otero bolero!* Fulgieron por todas partes las lentejuelas, resplandecieron doquier los armiños, lanzaron sus destellos las joyas... y el álbum cayó al suelo, empujado por veinte manos diminutas, que volvieron á palmoear con la furia de Syveton sobre las descarnadas mejillas de André.

Aproveché la ocasión para ponerme sofocado en pie, restaurar malamente mi indumentaria y descansar de tan fiera acometida. Y una vez en pie, como los políticos fracasados, sentí la voz del imperativo categórico y la necesidad invencible de echar mi sermón de moral. «¡El niño es inmoral!», estuve á punto de gritar indignado. Es naturalmente inmoral, como el árbol que presencia impasible el primer fratricidio; como el río que, ante la iniquidad, no tuere su cauce, y la peña que, al asistir al incesto de Edipo rey, no se desploma en el abismo. Creí, sin embargo, deber bajar el diapason. Los niños no iban á comprenderme, y además había yo leído por la mañana aquello del retablo de Maese Pedro.

—¿Cómo se entiende?—dije—. ¿De dónde habéis sacado todas esas postales? Unos niños como vosotros, bien educados, no deben conservar, ni menos saludar con gritos destemplados, los retratos de esas mujercuelas.

Aquí fué Troya. Federico dejó el álbum sobre una silla, me miró con indignación caballeresca, y colocándose frente á mí, con ademán airado, me habló en esta guisa:

—Oye tú, mala persona; en mi casa no hay retratos de mujercuelas. Aquí no hay más que señoritas. ¿Lo entiendes? Y por si se te ha olvidado el leer, lo mismo que la urbanidad, voy á tener el gusto de darte una lección muy interesante.

Acercó á mi la silla, abrió el libro al azar y me señaló con el índice la inscripción colocada al pie de un retrato.

—¿Ves lo que dice aquí?

Y yo, confuso y avergonzado, lei en voz muy baja: *Mademoiselle Lianne de Pougy*.

—¿Te has enterado?—gritó el muchacho—. *Ma-*

de-moi-se-lle. ¿No sabes lo que quiere decir *mademoiselle*? Peor para ti, que eres un calabaza.

Yo me limpié el sudor de la frente. Aquello iba poniéndose obscuro. En las caras cejijuntas de los niños vi cuán lejos estaba de la apoteosis.

—Ahora—siguió el campeón de las celebridades femeninas—mira cómo se llama esta señora, *Miss Sandersson*. ¿Tampoco entiendes eso de miss? Pues espera. Y empezó á hacer pasar ante mi vista de atolondrado retratos de mujeres, unas vestidas de torero, otras con pañolón á la cabeza, casi todas mostrando formas esculturales. Todas ellas se sonreían, como burlándose de mi ignorancia.

Y al pie de todos los retratos fui leyendo, como una sentencia, análogos calificativos: *Señorita Martínez, señorita Paca la Rubia, señorita Pepa la Fandanguera*.

No quise ver más. Recogí mi sombrero abollado y mi bastón sin puño, y salí seguido de los endiablados chiquillos, que me silbaban furiosamente, convencidos de mi derrota.

Y al salir del portal encontré de manos á boca, ¡cualquiera lo hubiera pensado!, al aya, á Mercedes, á la bailarina flamante, al futuro modelo de los fotógrafos, al idolo posible de los niños que conservan postales. Al verme se puso muy encarnada, bajó los ojos y apretó el paso.

Y yo, sin pensar en que ya no me oía, le dije entre triste y compasivo:

—No te avergüences, no huyas. No has buscado sólo el dinero, sino la consideración y el aplauso. Honrada, te persiguió el desprecio, el hambre y la vergüenza, y has roto el ensalmo. ¡Despierta! ¡Ya eres señorita, pobre mujer!

XL

¿Es verdad que el trabajo personal ha sido exigido á todos los ciudadanos en provecho de la comunidad? Desde luego se puede negar categóricamente. No labraron los hipogeos á martillo los sacerdotes ni los guerreros, sino los artesanos y agricultores. No fueron los bracones, sino los sudras y los parias, quienes edificaron murallas y templos y abrieron caminos y canales. Los poderosos, los más fuertes por accidente, que no por organización—que en esto erró Darwin—, se eximieron siempre de la corvea, como hoy se eximen del transporte de las tierras en Panamá.

Ved por qué razón lo que parecía excelentísimo á Necker, provocó las iras de Mirabeau. Resto de servidumbre, la prestación debía ser odiosa á los partidarios de la igualdad. No obstante, hoy la prestación es acaso cuestión de palabras. Muchos hombres trabajan; pocos son los afortunados mortales que trabajan para sí mismos.

El error de nuestro discretísimo alcalde estriba sólo en llamar á las cosas por sus viejos nombres. Para crear un nuevo impuesto, no era menester escandalizar á las gentes. Prestación ó arbitrio, ¿qué más da? Tú trabajas; yo cobro. Tú consumes; yo encarezco las subsistencias. Tú eres pobre; yo rico. Yo gozo de la vida, y tú te revientas. He aquí la fórmula de esta moderna iniquidad, de esta vergonzosa y abominable esclavitud que se llama impuesto.

¿Qué más da trabajar de balde que entregar el producto de nuestro trabajo al recaudador ó al tendero, para que éste lo haga al arrendatario de consumos? La cuestión es que unos hombres explotan á los otros, ni más ni menos que en la edad del consabido plantigrado de las cavernas.

* * *

A pesar de los constantes himnos á nuestra civilización industrial, aterra pensar el atraso, la supina ignorancia, la atroz barbarie en que vivimos. Lo primero que el hombre necesita es oxígeno, y carecen de la cubicación necesaria el noventa y cinco por ciento de las viviendas. Por todas partes se extiende desolada la tierra inculta, y los dormitorios, no ya de los pobres, sino de los que presumen de acomodados, son cubiles infectos. Necesita el organismo alimentos sanos, y apenas si hay hogar que suministre las necesarias calorías. Nos llamamos ciudadanos libres, y se proscribire indirectamente todo culto que no sea el culto oficial. Se nos lleva á la guerra á morir en manadas para defender los intereses de los capitalistas de una región; presumimos de igualitarios, y admitimos las redenciones metálicas, los monopolios y los privilegios; nos figuramos ser soberanos, y nuestro voto se falsifica; pensadores, y nuestras ideas se persiguen; independientes, y nuestros ingresos se merman. ¿Por qué escandalizarnos cuando un funcionario más ó menos prudente nos pide que hagamos, en virtud de la ley, lo que hacemos todos los días por ministerio de un absurdo y trastocado derecho?

No; el señor Sánchez de Toca ha sido sincero á

carta cabal. Su bando se condensa en estas palabras: Aquí todo el mundo trabaja, menos el que dispone de dos pesetas. No se puede hacer más concisamente el proceso del capitalismo y el trato de nuestra sociedad burguesa y egoísta.

Descansad tranquilos, vosotros los que necesitáis conquistar un jornal, y vosotros, empleados de poco sueldo, profesionales sin fortuna é industriales de modesta categoría. No vendrá la corvea. En cambio, se encarecerá el vino, y el azúcar, y el pan, y el aceite. Subirá la contribución y os seguiréis llamando ciudadanos libres y redentos. Las grandes empresas se encargarán de someteros y poneros á su servicio, como empleados de *Bon Marché*. En el porvenir no cesará vuestra garganta una argolla de hierro en que se esculpa *Servus sum*... Pero vuestra cabeza estará cubierta con una gorra galoneada con las iniciales de un almacén, de una oficina, de un centro facultativo ó de una fábrica. El impuesto, el capitalismo, la esclavitud moderna, habrá hecho imposibles, como profetiza Jaurés, las profesiones individuales, el pequeño comercio, la diminuta industria, la minúscula propiedad. Algún día os acordaréis de los siervos de la corvea para envidiarlos. Ellos, cuando encauzaban el lago Meris y alzaban las murallas ciclópeas, ¡comían!

Un tiempo la tiranía se ejerció en forma violenta. Se apresó al enemigo y se le despojó de la vida. Vaccaro nos explica de qué modo el egoísmo

conquistador comprendió que le era conveniente conservar al esclavo y hacerle trabajar en provecho propio. De igual suerte fué la codicia la que trocó la esclavitud en servidumbre para estimular el personal interés del trabajador. La última fórmula es esta: El esclavo trabaja para sí, pero luego el dominador se apropia los frutos de su esfuerzo en nombre de Dios, del derecho y de la moral. Los vencidos en la guerra primitiva, para salvar la vida, se arrodillaban ante el vencedor y presentaban sus manos juntas para que las atase. He aquí el origen de la plegaria. Buscad el origen de la palabra *hostes*, y recordad que toda ara supone un sacrificio.

Somos esclavos; lo seremos muchos siglos aún. Todavía pagamos prestaciones de ideas, de sentimientos, de hipocresías. Aun tenemos corveas humillantes, pues que laboramos en la injusticia universal. Alzamos el oro en eucaristía y nuestras almas amarillean. Pero comenzamos á comprender, y toda comprensión es aurora, y toda aurora es resurgimiento y fecundidad.

XLI

La grosería jamás es señal de independencia, ni de espíritu, ni de carácter; lo ha sido siempre de esclavitud. Después de pechar el tributo, adular al amo, devorar el pan de maíz, reventarse sobre el terruño y recibir el latigazo del manumiso en la cara, ha sido cuando han prorrumpido en obscenidades los siervos. Los hombres libres tienen la

conciencia de su dignidad. Su alegría es serena, como la de quien sabe que es constante y no necesita explosiones intermitentes. Su lenguaje es el lenguaje del ciudadano, pulido en las luchas por el ideal, cincelado por el culto de la verdad, bruñido por el atractivo de la belleza. A la decadencia de los pueblos precede siempre el ocaso de su literatura. No se habla mal sino cuando se vive y se lucha mal, y vivir mal es siempre disponerse á morir.

En cuanto á la represión contra la bajeza de alma ó de lenguaje, es inútil. Quien se recrea en lo abyecto y deforme, antes necesita la enseñanza de lo elevado y bello que la repugnancia de la represión. Llegará un día en que, cambiado el mundo, habrá el léxico cambiado también. No se sabrá qué es pena y sólo sí lo que es pedagogía, antropología y psiquiatría. Lo que ya se hace con el niño y el loco en los países cultos, se hará en todas partes con el llamado criminal. Se le enseñará el gran placer de ser bueno y se hará honrado por egoísmo.

Y así sucederá con los mal hablados. Lo que no ha podido hacer la moral, lo hará la delicadeza de estómago. Todos cuidarán de limpiar el lenguaje como cuidarán de mudarse de ropa interior, por profilaxis y buen gusto. Se dejará de prorrumpir en interjecciones, no por inmorales, sino simplemente por innecesarias. Inútil es pretender que esto suceda mientras consideremos necesario el amén.

No hay, para abrigar tales esperanzas, que ser profeta. Basta asomarse un poco más allá de este continente y aun mirar por encima del Rhin ó el Canal de la Mancha. A mayor bienestar corresponde mayor cultura; á menor opresión y obe-

diencia forzada, más sincero, voluntario y alto respeto. Las groserías no son de los tiempos de revolución. En nuestra novela picaresca son reflejo de una sociedad tiránica y fanática. En la burguesía de raza latina no son acaso sino una señal de los tiempos en que el pueblo trabajador, cada vez más culto y consciente, prepara en el silencio su liberación definitiva.

No nos asustemos del desenfreno hablado. Es un factor repulsivo, eso sí, pero factor seguro de un progreso indudable. Fué un bien la sucia obscenidad en Roma; de otra suerte, aun estaríamos esperando á Alarico.

XLII.

NUEVAS COSTUMBRES

DON JUAN, DOÑA BLASA, *progenitores*.—FEDERICO, *escolar*.
RITA, *sirviente*

DON JUAN (*apurando un vaso de punch y dándole vacto sobre el velador*).—¿Se ha acostado ya Federico?

DOÑA BLASA.—¿Acostarse? ¡En seguida! Encerrado sigue en su cuarto con llave. He mirado por el ojo de la cerradura y aun tenía encendida la luz. No se oye una mosca. ¡No dirás ahora que no estudiaba el pobre!

DON JUAN.—¡Lástima fuera! ¡La vispera del

examen! En cambio, se ha pasado el año divirtiéndose en grande y retirándose á las tres de la madrugada. Y ahora, cuando el mal no tiene remedio, es cuando quiere hacerse sabio en una noche. Pues como mañana salga mal, le pongo de patas en el arroyo.

DOÑA BLASA.—¡Pobrecillo! ¿Y si está de veras arrepentido?

DON JUAN.—Que se arrepienta antes de pecar... es decir, que vea cómo se las arregla, ¡ó que se ahorque!

DOÑA BLASA.—¡Ahorcarse!... ¿No sabes que el otro día se mató un muchacho porque sacó en el examen mala nota? Si eso nos ocurriera á nosotros, ¡vaya un remordimiento!

DON JUAN.—¡Caramba! Tanto como ahorcarse... No creo que fuera de ello Federico capaz.

DOÑA BLASA.—¿Y si ocurriera?

DON JUAN.—Bueno; no digas tonterías. Lo cierto es que los dichosos exámenes son una calamidad horrorosa.

DOÑA BLASA.—Eso sí que debía suprimirse. ¿No son estudiantes los chicos? ¿No han abonado sus matrículas? Bueno; pues aprobarlos á todos y en paz.

DON JUAN.—Pero, mujer, ¿y los que no saben una palabra?

DOÑA BLASA.—Ya estudiarían luego. Vamos á ver: si mañana sale bien Federico de Moral, ¿crees que tendrá más moralidad que yo, que no he estudiado ese mamotreto? ¿Crees que tendrá más moral que tú?... es decir, más moral que tú... En fin, que no le hace falta maldita ese libro.

DON JUAN.—Y ¡qué libro! Quinientas doce páginas. La verdad es que aburren á los muchachos. ¿Qué quiere decir eso de *Reducción de la multipli-*

cidad de motivos al genérico impersonal ético? ¿Qué eso otro de *Medida experimental de la sensación y la voluntad en el acto punible y apreciación de la involución ó proceso regresivo ancestral?* Maldito si de ello entiendo una jota.

DOÑA BLASA.—Bueno; es que tampoco tú has estudiado.

DON JUAN.—Ni falta que me ha hecho. Pero he sabido reunir una linda fortuna. Venme á mí con motivos y zarandajas éticas.

DOÑA BLASA.—Eso mismo dirá el muchacho.

DON JUAN.—Pero hay que cubrir siquiera las formas; decirle al profesor lo bastante para que vea que se tiene su libro, y en paz. La cuestión es que se encuentre en condiciones de que yo le coloque y le case. Después ya puede olvidar todo eso de *alteri ne facias* y si *facias* y *deontologías* y demás disparates.

DOÑA BLASA.—Pero señor—le diría yo á ese catedrático—, ¿es que todo el mundo ha de ser sabio? Usted apruebe al chico, que si no sabe, bastante desgracia tiene; además, que para ser empleado en Hacienda no hay que saberse la Moral al dedillo.

DON JUAN.—Precisamente al dedillo, no.

DOÑA BLASA.—Cuando vaya á pedir á Paquita, la hija del marqués, no creo que el padre le pregunte: «¿Sabe usted lo que es el espíritu *Poncio?*»

DON JUAN.—Consejo, mujer, consejo.

DOÑA BLASA.—¿Y qué es eso?

DON JUAN.—Es algo así como... meterse uno en donde no le llaman.

DOÑA BLASA.—¿Y *autospección?* Vamos á ver, ¿qué es *autospección?*

DON JUAN.—Como no sea algún destino de ferrocarriles...

DOÑA BLASA.—Está bien; quedamos en que si mañana se ahorca el chico, ó le da un patatús, ó cae enfermo de tanto estudiar, tú tendrás la culpa de que el chico se muera.

DON JUAN.—Pero mujer, ¡si en todo el año no ha hecho otra cosa que gastarme el dinero!

DOÑA BLASA.—No importa; no se puede ser tan severo. Hoy, después de cenar, has puesto una cara feroz, y le has dicho con sorna á Federico: «¡Mañana veremos esas proezas!»

DON JUAN.—¿Y qué?

DOÑA BLASA.—Que en seguida se ha encerrado á estudiar, y lleva estudiando cuatro horas, y le puede dar una indigestión de atrocidades. Y últimamente, ¿que sale mal? Que salga. El no ha inventado las calabazas.

DON JUAN.—¿Qué ha de inventar? Ni los pepinos.

DOÑA BLASA.—Ahora, á otra cosa. ¿No has observado estos días qué mala cara tiene?

DON JUAN.—Sí; parece que está algo flacucho y ojeroso. Será el crecimiento.

DOÑA BLASA.—La Moral, hijo, la Moral. Son muchas quinientas páginas de Moral.

DON JUAN.—Creo que ahora van á ocuparse en eso las Cortes, en poner coto...

DOÑA BLASA.—¿A qué? ¿A la moral?

DON JUAN.—Ese ya es un coto redondo. Al abuso de los libros y los exámenes.

DOÑA BLASA.—Falta hace. Además, Federico dice que el profesor le ha tomado tirría y le tiene entre ojos.

DON JUAN.—Pues no sé cómo puede ser ello, porque no le ha visto en todo el curso una vez.

DOÑA BLASA.—Vaya, vámonos á acostar; pero dame palabra de que si sale mal el chico no le dirás una mala razón.

DON JUAN.—Sobre que no tiene remedio, no se la diré; pierde cuidado.

(Ambos se dirigen calladamente y de puntillas hasta la puerta de Federico. El silencio es completo. El cuarto continúa cerrado herméticamente, y por las rendijas de la puerta salen los reflejos de una luz azulada.)

DOÑA BLASA (*muy quedo*).—¡Hijo de mis entrañas! ¡Sigue estudiando como un burro!

DON JUAN.—No; si malo no es. Ya verás como á lo mejor viene á casa con buena nota.

(Se retiran, después cruzan el salón, entran al dormitorio y cierran con cuidado la puerta tras sí. Transcurre una hora silenciosa, y de pronto, se oyen dos golpecitos discretos en la puerta de la escalera de servicio.)

FEDERICO (*desde fuera y con gran precaución*).—
¡Rita, Rita!

RITA (*abriendo con sigilo*).—¿Es usted, señorito?

FEDERICO.—El mismo. Chica, ¡vaya una noche!
¡El desmiguel!

RITA.—¡Y sus papás de usted que se han acostado creyendo que está usted encerrado estudiando para el examen!

FEDERICO.—Más vale que lo crean. Tú, rica, no vayas á decirles mañana...

RITA.—¿Yo? ¡Bonita soy yo para chismes!

FEDERICO.—¡Ya lo creo que eres bonita, y en cuanto á los chismes!...

RITA.—¡Eh! ¡Las manos quietas!

FEDERICO.—Hija, lo peor ha sido que he estado en el Circulo á última hora y he perdido treinta y cinco duros.

RITA.—¡Qué atrocidad!

FEDERICO.—¡Otra noche me desquitaré! ¿Tú sabes lo que ha dicho Zoroastro?

RITA.—¡Vaya usted á saber!

FEDERICO.—Pues que donde las dan las toman. ¡Ea! Ahora á acostar.

RITA.—Pero, señorito; ¿y el examen de Moral de mañana?

FEDERICO.—¡Calla, tonta! ¿A que no averiguas quién es el que me ha ganado los treinta y cinco machos?

RITA.—¡Cualquiera lo averigua!

FEDERICO.—Pues... ¡el profesor de Moral!



XLIII

Talma, Yorick, Mario tuvieron sus ocasos espléndidos. Pero después de ser saludados con frenesí entusiástico y delirante, supieron desaparecer del proscenio. *Non bis in idem*. La evocación de la juventud no puede hacerse por el comediante sino una sola vez. Después los viejos desaparecen y el histrión queda cara á cara con una generación que ni le comprende ni le estima.

Yo recuerdo haber visto en mi juventud reaparecer en la pista del circo á Withoyne. Withoyne había sido el clown favorito de los inteligentes allá por los años 1856 al 60. Rival de Auriol y Kennel, con un gesto, con una mueca, despertaba la hilaridad, y sus ejercicios arriesgados llevaban el escalofrío á la médula del espectador, suspenso y atónito. Después de tres décadas de ausencia reaparecía el viejo payaso, y entera la generación que aclamó á Espartero se apresuró á ocupar todas las localidades del circo. ¿Para aplaudir de nuevo á

Withoyne? Tal era el pretexto. En realidad, para saludar, como á una azulada lejanía, la juventud romántica que se fué *para no volver*; aquella en que todos los adolescentes sabían de coro los versos de *Ruy Blas* y del *Estudiante de Salamanca*, se dejaban crecer la melena y sujetaban el frac azul con botón dorado sobre los pantalones *collant*, de color de mahón.

Los jóvenes esperábamos impacientes la presentación del insuperable prodigio. Desfilaron por la pista ginnastas y acróbatas, y por fin, apareció Withoyne.

Era un viejo temblón, agotado, de paso vacilante, pálido y demacrado bajo su máscara de yeso. Se adelantó asustado, encogido, aniquilado por la senectud y como pidiendo misericordia. Entonces estalló el más grande aplauso, el más aturdidor clamoreo que se ha escuchado jamás en teatro alguno. Las señoras agitaban sus blancos pañuelos. Los hombres, en pie, gritaban á voz en cuello como energúmenos:

- ¡Bravo, Withoyne!
- ¡Bien, muy bien, Withoyne!
- ¡Withoyne *all right!*

El viejo clown permanecía inmóvil y asusado en la pista. Daba lástima verle con la rugosa faz enharinada; los ojos muy abiertos, espantados, sin brillo; el cuerpo encorvado, incapaz de arrostos y gentilezas; la barbilla temblona por una emoción superior á las resistencias del depauperado organismo.

Los jóvenes nos mirábamos unos á otros sin acertar á comprender la misteriosa corriente que llevaba á tanto cerebro el entusiasmo. Pero los viejos aplaudían. Aplaudían á un pasado glorioso; á una juventud perdida por siempre. Sus aclama-

ciones no eran elogios á este hombre ó aquel: eran hemistiquios truncados de la oda á Póstumo.

—¡Bravisimo, Withoyne!

—¡Withoyne, for ever!

El payaso temblaba. Se adelantó al centro de la pista con paso torpe, quiso balbucir no sé qué palabras... y se echó á llorar...

Se hizo por un momento un silencio solemne, interrumpido solamente por el llanto del viejo payaso.

Era un llanto ruidoso, monótono, como el de un niño hondamente afligido, un llanto desconsolado, acompañado de involuntarias sacudidas. El ridículo se cernió breves instantes sobre aquel pobre viejo de cabeza blanca, vestido de sedas chillonas, coronado con un engomado tupé, que votado de por vida á la farsa, lloraba casi accidentado sus glorias marchitas.

El silencio apenas duró tres segundos. Luego, la piedad, la simpatía, el dolor estallaron en nuevo y más ensordecedor y formidable aplauso. Los hombres lloraban.

—¡Bravo, Withoyne!

Withoyne fué recogido por dos asistencias del circo y retirado de la pista.

Mi padre, muy pálido, se puso en pie, encaminóse á la puerta y salimos.

No cruzamos ni una palabra. Pasamos por calles solitarias, frías, alumbradas por el resplandor de la luna. Nuestros pasos se oían acompasados sobre las losas, como rimando un yámbico silencioso y doliente.

Llegamos á nuestra vivienda, y sin cruzar una sola palabra, entramos cada cual en nuestro dormitorio.

Yo creía escuchar todavía la ovación formida-

ble y atronadora que nada explicaba; creía tener ante mis pupilas la visión penosa del pobre viejecillo encorvado, del agotado saltimbanqui, ahogado por sus propios sollozos.

Mi padre, sin duda, no durmió, porque varias veces me desperté y pude comprobar que tenía encendida la luz de su cuarto toda la noche.

Era su vigilia, sin duda, el postrer adiós, la última y más amarga despedida á una juventud que se había disipado en la eternidad como una llama en el seno del viento, como un suspiro en el silencio de las tinieblas, que se había extinguido en definitiva evocación frustrada, para no renacer...

XLIV

—¿Quieres ver el retrato de un príncipe?—he preguntado á una niña blonda, de ojos magnos y soñadores. Y la niña ha corrido hacia mí con la misma impaciencia con que Virginia La Tour corria hacia Pablo cuando éste le mostraba el retrato de su santo patrono.

¡Un príncipe! Para la adolescencia es siempre un ser prodigioso, un apuesto mancebo que lleva en su frente el destello de un rayo de luna y en sus manos un talismán. Sobre sus hombros caen en bucles las rubias guedejas; una espada con empuñadura cincelada en oro pende airosa de su tahali, y en su escarcela se esconde un pomo cristalino con unas gotas transparentes de la fuente que habla, ó unos pétalos mustios de la mandrágora que canta.

Le he mostrado un retrato del príncipe Kuni.

Bajo, grueso, embutido en su obscuro y holgado uniforme, se apoyaba su alteza en un sable descomunal. Bajo la gorra de achatada visera, dos ojos perspicaces y oblicuos miraban con no sé qué inconsciente ansiedad; su bello abultado contrastaba con sus agudos pómulos, su frente inclinada y sus hondas y tempranas arrugas. Todo ello completaba una figura, respetable sin duda, pero exótica.

Un suspiro de desconuelo se ha escapado del pecho de la niña. Luego ha negado rotundamente que aquél fuera un príncipe, y por fin ha encogido los hombros, ha prorrumpido en carcajadas y ha vuelto á sus juegos de *diávolo*.

Y yo he seguido mirando el retrato de su imperial alteza japonesa, la cual parecía contemplarme también como á un ser insignificante y extraño, como contemplan los marcianos, en la sobrecogedora fantasía de Wells, á los miserables y necios habitantes de nuestro planeta.

Sí; en la fisonomía del príncipe se adivinaba lo que Juan Bautista Vico llamaría *vanagloria de las naciones*. Su gesto era despectivo y altanero. Sin duda, cuando fué retratado en tierra española, rodeado de personajes palatinos, se consideraba miembro de especie superior. Puesto enfrente de mi amiguita, la hubiera contemplado olímpicamente, sin poder comprender su belleza; más que el *yerto mar de los años*, le hubiera separado de ella la montaña basáltica de las razas. Hubiera separado de ella los ojos felinos para buscar en el espacio poblado de recuerdos, en alguna figulina dislocada, de moño empingorotado y tez amarillenta, la concreción de su tipo ideal.

¿Sería su raza superior, lo sería la de mi encantadora amiguita ó tendría razón Colajani al decir que no hay razas escogidas, sino diversas, en el tiempo, en la historia y en las modalidades del espacio que las rodea?

Su alteza Kuni ha pasado por San Sebastián. ¿Habrá penetrado en la médula de lo que caracteriza al solar vascongado? ¿Se habrá dado cuenta de sus costumbres, de lo que es su lenguaje y su tradición? Ha visto Toledo. ¿Se habrá asimilado el conocimiento de la civilización árabe ó la grandiosidad del arte cristiano? Ha oído hablar en castellano. ¿Se habrá formado idea de lo que ese lenguaje significa en la Historia, de su compleción armoniosa, de su correspondencia con el espíritu caballeresco de nuestra raza? La visita ha durado tres días. No importa: el príncipe podrá asegurar que ha visto España, como Verlaine, después de apurar su vaso de ajeno, podría asegurar haber visto el Japón.

¿Habrá habitantes en otros mundos?, nos preguntamos en la noche serena al contemplar el limpio fulgor del cielo estrellado. Con igual razón nos sería lícito preguntar: ¿Cómo serán los habitantes del nuestro?

Nos ignoramos los unos á los otros, y así no podemos amarnos. ¿No es esta la clave de la guerra? La vida así es una lucha perpetua y solemne, en la cual somos todos vencidos. No me digáis que hay libros y mapas y antologías y estadísticas. Nos ignoramos, y lo que es más sensible, *ignorabimus*; nos desconoceremos por siempre.

Lo que el espacio nos separa, nos aísla á su vez

el tiempo. ¿Cómo serán las generaciones futuras? Pensad en la distancia de las hipótesis de Souvestre á las de Bellamy. Nada sabemos, ni lo sabremos nunca. Y nuestro desconocimiento es guerra al futuro. ¿Cómo han sido las generaciones que nos precedieron? Creemos saberlo y también lo ignoramos, porque nuestras historias son falsas, y nuestros datos incompletos, y nuestro punto de vista erróneo, y así estamos en lucha con lo que fué. No conocemos sino lo de ahora y aquí, y aun eso falsamente, porque cada hombre es un misterio, y cada pensamiento un arcano, y cada corazón un enigma, y cada acción humana un problema.

He mirado á la niña, que seguía agitando alternativamente las cañas del *diávolo*, y ella me ha mirado también sonriente. También creíamos conocernos. Hablamos el mismo lenguaje, vivimos sobre el mismo grano de arena; pero nos separa el sexo y la edad. Me ha parecido entonces ver trocarse su cara en esfinge, y sin querer he fruncido el ceño. Ella ha debido asustarse de la transformación de mi rostro; se ha pintado el estupor en el suyo y ha sofocado un grito. No; no nos conocemos tampoco. ¡Qué nos hemos de conocer!

**

Camináis errantes en las tinieblas, divorciados de todo lo vivo, ajenos á las palpitations de los corazones que os rodean, extraños al ritmo de la Naturaleza que vibra y al hervor de las ideas que cambian. Sois monjes sepultados en la Tebaida universal. Juzgáis ser conocidos y conocer, vivir acompañados sobre el planeta, y estáis solos en él: más solos que la molécula de cuarzo en la cumbre, que la gota que se desprende de la roca asomada al

abismo y que cae silenciosa para perderse para siempre en el seno de las tinieblas.

Pasados los lustros, cuando nuestros cabellos blanqueen, y nuestras pupilas se enturbien, y nuestro pulso tiemble, y nuestras plantas temblorosas vacilen, si hemos conseguido el amargo triunfo de sobrevivir á los que por afecto ó contingencia á nosotros fueron unidos, buscaremos sus amarillentos retratos, palparemos sus rostros sin relieve y les cubriremos de besos y lágrimas. Pero luego, mirando fijamente sus semblantes inmóviles, sentiremos la opresión del misterio. ¿Fueron tales como nosotros les juzgamos? Ellos mismos, ¿acertaron á penetrar en el secreto de nuestras entrañas? ¿No hubo entre nosotros pesares y melancolías nacidos de ese desconocimiento que tarde ya para el arrepentimiento y el noble interés, bien quisiéramos eumendar?

En ellos y en nosotros hubo tal vez un príncipe, dispuesto á derrochar dignamente el tesoro de su escarcela. Pero estábamos destinados á vagar solos por los espacios como el aerolito. Éramos almas solitarias, y así nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, pasaron como sombras, sin que unos y otros, á pesar de nuestro cariño entrañable, pudiéramos ¡ay! conocernos jamás.

XLV

Quando se nos hacia insoportable la permanencia en plena calle, azotada por el viento y la nieve, encharcada de barro y obstruida por una veintena de coches de alquiler, cuatro hombres sacaron el cadáver. Nos descubrimos, y un aire sutil rodeó

el tiempo. ¿Cómo serán las generaciones futuras? Pensad en la distancia de las hipótesis de Souvestre á las de Bellamy. Nada sabemos, ni lo sabremos nunca. Y nuestro desconocimiento es guerra al futuro. ¿Cómo han sido las generaciones que nos precedieron? Creemos saberlo y también lo ignoramos, porque nuestras historias son falsas, y nuestros datos incompletos, y nuestro punto de vista erróneo, y así estamos en lucha con lo que fué. No conocemos sino lo de ahora y aquí, y aun eso falsamente, porque cada hombre es un misterio, y cada pensamiento un arcano, y cada corazón un enigma, y cada acción humana un problema.

He mirado á la niña, que seguía agitando alternativamente las cañas del *diávolo*, y ella me ha mirado también sonriente. También creíamos conocernos. Hablamos el mismo lenguaje, vivimos sobre el mismo grano de arena; pero nos separa el sexo y la edad. Me ha parecido entonces ver trocarse su cara en esfinge, y sin querer he fruncido el ceño. Ella ha debido asustarse de la transformación de mi rostro; se ha pintado el estupor en el suyo y ha sofocado un grito. No; no nos conocemos tampoco. ¡Qué nos hemos de conocer!

**

Camináis errantes en las tinieblas, divorciados de todo lo vivo, ajenos á las palpitations de los corazones que os rodean, extraños al ritmo de la Naturaleza que vibra y al hervor de las ideas que cambian. Sois monjes sepultados en la Tebaida universal. Juzgáis ser conocidos y conocer, vivir acompañados sobre el planeta, y estáis solos en él: más solos que la molécula de cuarzo en la cumbre, que la gota que se desprende de la roca asomada al

abismo y que cae silenciosa para perderse para siempre en el seno de las tinieblas.

Pasados los lustros, cuando nuestros cabellos blanqueen, y nuestras pupilas se enturbien, y nuestro pulso tiemble, y nuestras plantas temblorosas vacilen, si hemos conseguido el amargo triunfo de sobrevivir á los que por afecto ó contingencia á nosotros fueron unidos, buscaremos sus amarillentos retratos, palparemos sus rostros sin relieve y les cubriremos de besos y lágrimas. Pero luego, mirando fijamente sus semblantes inmóviles, sentiremos la opresión del misterio. ¿Fueron tales como nosotros les juzgamos? Ellos mismos, ¿acertaron á penetrar en el secreto de nuestras entrañas? ¿No hubo entre nosotros pesares y melancolías nacidos de ese desconocimiento que tarde ya para el arrepentimiento y el noble interés, bien quisiéramos eumendar?

En ellos y en nosotros hubo tal vez un príncipe, dispuesto á derrochar dignamente el tesoro de su escarcela. Pero estábamos destinados á vagar solos por los espacios como el aerolito. Éramos almas solitarias, y así nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, pasaron como sombras, sin que unos y otros, á pesar de nuestro cariño entrañable, pudiéramos ¡ay! conocernos jamás.

XLV

Quando se nos hacia insoportable la permanencia en plena calle, azotada por el viento y la nieve, encharcada de barro y obstruida por una veintena de coches de alquiler, cuatro hombres sacaron el cadáver. Nos descubrimos, y un aire sutil rodeó

nuestras sienes, produciéndonos, por un fenómeno celular no bien explicado, la sensación del contacto con un aro de fuego. Resbaló la caja sobre el tablero. Corrimos al carruaje, y una vez dentro, nos apresuramos á subir los cristales, que se cubrieron inmediatamente de enormes copos, derretidos al punto en gruesos lagrimones.

Mi compañero me ofreció un cigarro gigantesco y prensado, y frotándose las manos, dió un resoplido tembloroso, tras cuyo movimiento instintivo, dijo con acento de bienestar:

—Esto ya es otra cosa, ¡diantre!

Y luego, después de una pausa y cambiando de tono murmuró:

—¡Pobre amigo!

Yo bajé la cabeza y nada dije. El convoy poníase en marcha con sordo tableteo; la nieve caía sobre el cristal más fuerte que nunca, y allá lejos, delante de nosotros, se veía, á través de una miriada de copos blancos, caminar á los percherones de la funeraria moviendo los penachos, como para espantar una nube de mariposas.

—Amigo mío—siguió mi interlocutor, aspirando con delicia el aroma de su veguero—, esto de acompañar entierros es un compromiso. Y es cosa de todos los días. Muere demasiada gente conocida. ¿No le parece á usted?

¿Qué me había de parecer? Mi compañero se convenció de que yo no estaba de vena y se arrellanó en su rincón, tarareando muy bajito no sé qué tontería: creo que era el *morrongo*.

* * *

Limpíe con el pañuelo el vaho formado sobre el cristal de la ventanilla y comencé á mirar á los

transeúntes. Era indudable que no todos tenían idéntica sensibilidad para el frío. Pasaban unos arrebujaos en sus capas con paso velocísimo; su marcha semejava una huida. Otros, en cambio, cruzaban distraídos en la contemplación del meteoro, de los árboles que mostraban un nítido festón en sus ramajes secos; del cielo grisáceo, como si no les impresionara el contacto de la atmósfera helada. En una bocacalle departían á cuerpo y sonrientes un soldado y una niñera. Los copos resbalaban por sus mejillas y se agolpaban sobre sus hombros, sin que á ellos se les importara el hecho un ardite. Era el diálogo de Coppée. En cambio, dos pasos más allá, una infeliz castañera aparecía cobijada en su tenderete, adelantando las manos ateridas hacia el fuego, como un vencido las presenta á su vencedor para que se las ate. Acaso no es otro el origen de ese cruzamiento de manos que acompaña á la oración y la súplica, esas dos formas perdurables del miedo.

Tras los cristales de los balcones se dibujaban confusamente las siluetas de gentes que se acercaban á ellos para ver desfilas el convoy. Inmediatamente se retiraban; seguramente irían junto al fuego, á comentar unos la pobreza del ataúd, otros la cifra de mortalidad, y algunos el arrojito de los palafreneros, que con sus medias estiradas y sus casacas exageradamente abiertas, arrostraban el rigor, la nieve y el frío, ufanos bajo sus tricornos de arcabucero y sus bastones de chambelán.

Caminamos después largo trecho por entre filas de árboles desmedrados y caserones medio ruinosos. Bajamos una pendiente bordeada de enormes barrancos; cruzamos un puente, y por fin, una campana lúgubre nos sacó de nuestra meditación.

—Hemos llegado—me dijo mi estoico acompa-

fante—. Ahí están los que han cometido la majadería de morirse.

Sentí una sacudida, y luego un indefinible mal-estar. Allí descansaban los míos.

Cuando volví al carruaje, el frío traspasaba mis huesos y mis dientes castañeteaban. Sin embargo, por mi frente corría el sudor.

Mi compañero estaba reclinado en el fondo del armatoste. No se había movido de allí. Me miró atentamente, y luego me dijo:

—Es usted muy impresionable. Hace usted mal.

Comenzó a silbar no sé qué canción. Entonces fué cuando no pude contenerme.

—Usted no tendrá en ese cercado ningún muerto querido.

—Sí señor—contestó en seguida—. Tengo á mi madre.

—Tenía allí á su madre, y le negaba su piadosa visita! ¡Estaba allí, debajo de la nieve, la mujer que le tuvo en su seno, y cantaba!

Comprendió mi estupor y me mostró una cicatriz que tenía en la sien.

—¿Ve usted esta señal?—me dijo—. Es la huella de un proyectil que me incrusté en el cráneo el mismo día en que murió *mi vieja*. Pero luego, salvado por azar, reflexioné que debía vivir y olvidar, y dejar de evocar el pasado y mostrarme alegre. ¿Sabe usted por qué? Pues, por...

El coche se detuvo ante una hermosa finca. Era el domicilio de mi acompañante. Tres hermosos niños acercaban su rubia cabeza á los cristales de un mirador, y al ver á su padre palmoteaban de júbilo.

Alzó la mano hacia el mirador el desconocido y terminó la frase truncada:

—Pues... ¡por esos!

Había dejado de nevar.

XLVI

Que sí, que no y como ustedes quieran

Salgo de casa y veo gente que se agrupa y discute. Un loco ha dado de puñaladas á una mujer.

—¡Qué iniquidad!—exclamo—. Ese hombre es un gran criminal.

—O un gran desdichado—me interrumpe un obrero.

—Es posible que tenga usted razón—le contesto.

—¿Qué ha de tener?—salta un nuevo interlocutor—. Para matar, jamás hay motivo.

—Exactísimo—replico apresuradamente—. Estos crímenes claman por un definitivo escarmiento.

—¡Vaya una necedad!—me increpa un hombre serio y de faz cetrina—. ¿No se ha escarmentado á sí mismo el culpable? La doctrina del escarmiento no sirve para nada: lo demuestra la experiencia de siglos. Lo que procede es educar.

—Eso es; educar—contesto yo, por decir algo.

—¡Claro!—grita indignado alguien que nos escucha—. ¡Y entretanto que mueran las mujeres á centenares!

—Que mueran—respondo yo aturdido—. Es decir, ¡que no mueran!...

—No dice usted más que tonterías—oigo á no sé quién.

—¡Es verdad, tonterías!...

Y me alejo de allí como sociólogo que lleva el diablo.

A los pocos pasos doy con un grupo de conocidos.

—Hola, amigos míos: ¿han visto ustedes qué hermoso tiempo?

—¿Hermoso?—gime el más anciano—; ¡cómo se conoce que usted no lleva mi pierna á rastras!

—No señor; ¡qué la he de llevar!

—Va á llover antes de dos días.

—Me parece que tiene usted razón.

—Pues está usted equivocado—me dice otro amigo—; se conoce que no se ha tomado usted la molestia de mirar el barómetro: hace un tiempo admirable.

—Gracias, amigo mío; consultaré el barómetro,

—¡Sandez como ella!—me dice el viejo—. ¿También usted supone que el barómetro anuncia buen tiempo?

—¡Yo no supongo nada!

Mis colegas sonríen, y yo me despido de ellos colorado como un tomate.

Compro en un kiosco dos diarios. «Lo que procede es la obstrucción—dice uno de ellos—; lo demás es un delito de lesa patria.» «La obstrucción—leo en el otro, también liberal—es un atentado al derecho parlamentario.» Rompo uno de los dos papeles y sigo leyendo. «La literatura no tiene más fin que la belleza», dice en primera plana. «El fin del arte es educador», escribe otro redactor en la segunda. En la cuarta leo: «Para la anemia, es seguro y eficaz el bálsamo infalible.» Y más adelante: «¡Ojo, lectores! No os fiéis de específicos.»

Se oye la música de un regimiento. Llegan los soldados marciales, erguidos, deslumbrantes de gallardía y de juventud.

—¡No hay nada en el mundo como el ejército!—oigo murmurar á mi izquierda.

—¡Lástima de dinero!—escucho á mi derecha.

—¡La fuerza lo es todo!—sigue uno.

—¡Así nos luce el pelo!—dicen detrás de mí.

—¿Va usted á tocar la *Marcha de Cádiz*?—pregunta indignado el que está detrás al que está á mi lado.

—¡Voy á tocar—contesta—lo que me da la gana y hasta la triple llave!

—¡Señores, calma!—me apresuro á decir.

—¡Vaya usted á paseo!—me chilla el que se muestra más iracundo.

—La calma es buena para los mansos.

—Oiga usted, señor mío...

—Ruego á usted que se vaya á paseo.

Y efectivamente, me marchó á paseo.

Está lleno de mujeres hermosas, y para contemplarlas á mi sabor me siento junto á unos compañeros de círculo.

—¿Han visto ustedes—les pregunto—qué mujeres?

—¡Hombre!—me dice don Teodoro—, precisamente esta tarde no se ven más que feas.

—Pues aquella del levitón á rayas—me atrevo á insinuar—me parece que no es grano de mijo.

—Entonces—sigue enfadado el pesimista—es que tiene usted los ojos á componer. Lo que tiene es que va bien vestida; pero ¿sabe usted lo que dijo el griego?

—¿El griego?—pregunto consternado.

—Sí, hombre; el griego, ¡el griego!—ruge don Teodoro echando centellas.

—Perdón, no lo sé.

—Que era gran torpeza acoger á ruin huésped en buena posada.

—¿Y el vestido de esa señora, es una posada?

—Es—grita don Teodoro, perdiendo ya estribos y arzón—jes la cabeza de Holofernes!

—Don Teodoro—interrumpe un joven con voz meliflua—tiene la obsesión de las citas. Por lo demás, es un buen señor.

—¿Qué quiere usted decirme con eso?—le pregunta al instante el aludido.

—Que es usted un buen señor; que conoce sus clásicos—responde irónicamente el mancebo.

—¡Y usted—masculla el viejo—es un mal señor, que ha perdido, como dice Luis Vives, la vergüenza de hacer el mall!

Coro de carcajadas en honor de Luis Vives.

—Llaneza, don Teodoro, que toda afectación es mala.

—Será mejor la prosa pedestre de los majaderos.

—Eso de majadero...

—¡Paz, señores, paz! Miren ustedes aquella jama.

—¿Otra vez? ¡Váyase usted con sus esperpentos! Nos iremos con los esperpentos. Pero, Señor, ¿no habrá en el mundo algo en que todos estemos conformes? ¿Hemos de disputar eternamente y á cada paso? Por allí viene otra mujer que me agrada. ¿Será fea ó bonita, dioses Penates? Parece que el sol se ha nublado, ¿qué será esto, buen tiempo, fijo ó variable con gotas? Se me abre la boca: ¿qué indicará este síntoma, hambre, sueño, fastidio, ruindad del dueño ó amor nuevo?

Esta época es, sin duda, de inmensa elaboración... Sí, eso es: de inmensa elaboración mecánica. En fuerza de buscar la verdad, ya nadie sabe

dónde la tiene, y como hay que pasar el rato, nos metemos los unos con los otros. Vámonos á casita por esta calle, que no sé si se llama del Sordo, ó de los Madrazos, á la plaza que fué de la Merced, y ahora se llama del Progreso, y después se titulará de Loyola ó de San Epifanio, virgen y mártir.

Y el caso es que tengo que escribir una crónica. La tarea es difícililla: no se escribe para un envidioso imbécil ni tampoco para la Sorbona; se ha de hacer para todo el mundo... ¡Medrados estamos! En fin, allá va, y que la humanidad nos perdone.

¡Ajaja! Ya está. No sé lo que he dicho; pero es lo mismo. A la postre, nadie ha de estar conforme... Aquí está la crónica. Que la compongan en tipo del nueve, ó del cinco, ó del dos y medio... ¡Ah! Y que vaya con este título: «Que sí, que no y como ustedes quieran.»

XLVII

Una reina gentil, grácil, adorable, ha pasado; ante su majestad efímera se han postrado dos pueblos; pero su reinado ha sido tan breve, que la sien no se ha acostumbrado al peso de la diadema fulgurante, ni las manos al manejo del cetro de nácar. Unas cuantas horas han separado el olvido de la apoteosis, como separa la pompa de la lástima vana, en el soneto clásico de las cosas, el término fatal de un solo día, en que todo se aprende.

¿Y qué?—diréis—. La fugacidad de los bienes terrenos fué ya descontada por todos los místicos y todos los poetas. Por melancólico que haya sido

el destino de Fernanda Morin, no lo es más que el de no pocas reinas ungidas por la Iglesia, nacidas en el fausto y en la nobleza de una invicta progenie. La caducidad del poder va aneja á toda soberanía, y aun no pocas veces la sigue de cerca el cadalso. Aun no ha sido Fernanda tan infortunada como Cleopatra, María Tudor, Ana Bolena y Antonieta de Austria, puesto que dejó de reinar y aun vive.

Es verdad. Pero hay algo más triste, para quien ha reinado sobre las multitudes, que el destronamiento y la muerte: el olvido. Cuando Antonieta, en la Convención, apelaba á todas las madres de Francia, sabía que su nombre, su hermosura y su dignidad perdurarían á través de los siglos. Sonriente ante la sanguinaria Isabel, la Estuardo presentía que sería glorificada por el genio. Dos mil años después de anegarse una femenina realeza en Accio, sobreviven en el recuerdo de la humanidad las maravillosas líneas de un rostro, que, á ser menos armónicas, hubieran cambiado los destinos del mundo. Vencidas por la fatalidad, las heroínas de los grandes fracasos dejaron de ser reinas, pero no dejaron de ser inmortales.

Nuestras costumbres son harto más crueles; buscan á una mujer humilde, deslizan á su oído las palabras de las brujas shakesperianas, las cubren de bordados y joyas, y gritan después: «¡Eres reina!» Bien comprende la infeliz que todo es simulado y que ha recibido la magnificencia en precario. Pero las aclamaciones, los vitores, los aplausos, las apoteosis, se encargan de desvanecer esta idea. No es suya la grandeza, pero la grandeza es aquello; no es suyo el poder, pero el poder y la dominación son así; no son suyas la majestad y la gloria, pero son la gloria y la majestad tales como ellas las sa-

borea y como su vanidad las presume. No es un vano prestigio; es la realeza misma la que le ha envuelto y embriagado durante unas cuantas etapas de vanagloria, arrullándola con sus halagos y desvaneciéndola con sus perfumes.

Esas fiestas, esas farsas, son una crueldad. Vuelta á la obscuridad, y aun á la miseria, la majestad caída siempre se rebela contra el Destino. «¡Soñemos, alma!», dice Segismundo vuelto á la esclavitud agreste; pero luego se rebela contra su padre y le arranca el poder. Gran temeridad es hacer gustar el fruto á quien no ha de morderlo. Lo menos que puede ocurrir es que el descontento se convierta en airada y muda protesta.

La reina volverá á su mercado. ¡Qué repulsivo, qué sucio, qué odioso y abominable le parecerá cuanto la rodea! El lugar hediondo descrito por Zola rememoraré las muelles alfombras, los salones magníficos, las porcelanas y los broncees, los limpios y tersos espejos en que se miró toda entera, espléndida de juventud y de gracia. Las palabras soeces de los cargadores contrastarán en su sensorio con aquellas otras, tiernas, arrobadoras, susurrantes, que deslizaron en sus oídos los hombres más cultos, que acertaron á pulir el concepto y cincelar el dulcísimo halago; las modestas ropas que la cubren le producirán el espasmo del roce acariciador de las sedas y blondas. Fuiste reina, eres sierva; fuiste deslumbradora, eres repulsiva; gozaste de la popularidad, y hoy estás condenada á irremesible y perpetuo olvido. Es este demasiado contraste, sobrado infortunio para el corazón de una mujer.

La saturnal evocó el comicio. No se puede disfrazar de señor al esclavo sin prestarle el ansia de emancipación. La resignación siempre ignora.

El día en que el ojo de Galileo pudo explorar el espacio infinito á través de su anteojo, los dioses de la *Iliada* temblaron más allá de la última nebulosa.

Y de esto padecemos, y este es el mal del siglo, y este es el temblor que agita al planeta. Hacemos demasiadas coronas, que deshojamos, airados, después. Ponemos ante los ojos de los humildes demasiadas magnificencias. Nos complacemos, como la vetusta Castilla, en hacer hombres y gastarlos, en encumbrar ídolos para reducirlos á polvo, en hacer soñar con magnificencias y glorias á una juventud generosa, á la cual cerramos después todos los caminos; en mostrar á los que trabajan y sufren que hay placeres y alegrías y goces que hemos acaparado sin justa razón.

Y hasta el pensamiento padece esa mortal y doliente angustia. Se le ha hecho indagar principios de justicia y verdad, ideales de virtud y de poesía. Y ahora se le quiere volver al egoísmo, á la prosa y á la pequeñez. Pero aquí nuestro empeño es vano, porque el pensamiento jamás abdicará.

XLVIII

Un sociólogo penalista, Angiolini, asegura que, así como cada estación del año da sus frutos, cada civilización tiene sus delitos. El fruto no es sino la semilla que evoluciona, y cada época, lo que siembra recoge. Cuando el resorte de la sociedad fué la violencia, sus delitos fueron de violencia;

cuando es la riqueza su fundamento, la transgresión se denomina fraude.

Son épocas éstas fraudulentas. No hay que pensar en Humbert, Daurignac, Zavala y Terriza para sentir en dondequiera la pulsación de la codicia astuta. Por el dinero vivimos, nos movemos y somos, y apenas si hay acción humana que no esté maculada por el villano y mezquino interés. Encontramos el fraude en los alimentos y en las cosas que atañen al espíritu, en la organización del Estado y en los vínculos de familia; si hubiéramos de indagar el por qué de las acciones humanas, acabaríamos por desfallecer, aniquilados por un escepticismo definitivo y mortal. De tanto pensar en el oro, el mundo entero amarillea.

Se dice que el remedio está en la Moral. La ficción ética viene á ser tan antigua como el hombre. Luego que el primer aventurero se enriqueció, no sabiendo qué hacer, escribió una máxima. Fué preciso que Moisés llegara á ser dueño y señor del pueblo hebreo y árbitro de sus bienes, para que le dijera, en nombre del Señor: «No hurtarás.» Desde que hubo ricos y menesterosos, aquéllos predicaron el desinterés y éstos buscaron la manera de despojarles. Ni promesas de bienaventuranzas celestiales, ni amenazas de horribles tormentos de ultratumba, sirvieron para contenerles. Desde la ética de Manú á la del infortunado Guyau, todas han sido ineficaces; la persuasión ha sido para evitar el fraude tan útil como para abrir las famosas ostras del modismo.

Menos confiados los legisladores que los moralistas, acudieron á la represión y al castigo, siguiendo el ejemplo del Hacedor, quien seguro sin duda de que Adán y Eva cumplirían el mandamiento que les expulsaba del Paraíso, les envió un

ángel, con un chafarote de fuego, por si acaso. Se comenzó por exterminar á los ladrones y culpables de fraude; acudióse al tormento después; se les cortó, rajó, quemó y pulverizó nuevamente. Al cabo de los siglos, Lombroso salió con la poco agradable nueva de que el criminal nato es incorregible. El hecho es que, después de agotada la inventiva de los penalistas, se sigue robando más que nunca y engañando cada cual á quien puede, como si no se hubiera escrito Código alguno.

Ahora tornamos á la moral, y todo se vuelve invocar mandamientos, preceptos é imperativos categóricos. Ayer mismo compré chocolate de cinco reales, y antes de pagar, endilgué este bello discurso al tendero:

—Amigo mío: si usted abusa de mi confianza y me vende por chocolate otra substancia más ó menos nociva, habrá usted faltado á la ley moral, lo cual quiere decir en buen romance que arderá usted en los infiernos, y allí será el crujir de dientes. Si por acaso no es usted creyente, sufrirá la sanción de su delito en la propia conciencia, la cual, en sentir de Marco Aurelio, es juez y verdugo.

Esto dicho, fui á casa tranquilo y analicé la mercancía. El chocolate no tenía cacao; era una mezcla infame de harina, cacahuet, sacarina y otras lindezas.

Indignado, he consultado á un jurisconsulto.

—Perderá usted el tiempo—me ha dicho—acudiendo á los tribunales. Es materialmente imposible vender por cinco reales chocolate puro, y la sofisticación se sobrentiende. A lo sumo, conseguirá usted que se imponga al defraudador una pequeña multa y crearse un temible enemigo. Mi consejo es que compre usted en lo sucesivo chocolate de

cuatro pesetas, y á ser posible, que disponga usted que se lo preparen en casa.

Lleno de angustia ante la idea de que el fraude pueda ser entre los hombres perpetuo, he expuesto mis dudas á un mi amigo, profesor eminente. Ved aquí sus palabras:

—Ayer por la tarde dejé olvidados sobre un banco de un apartado y solitario paseo unos apuntes de Algebra, mi portamonedas y unos modelos de cristalizaciones de *strass*. Acudí presuroso á buscarlos, y encontré en el sitio en que los había dejado los apuntes y los cristales; el portamonedas, que contonia dos billetes de cien pesetas, había desaparecido.

»Ello me pareció perfectamente explicable. El ratero desconocía las matemáticas, y los apuntes no tenían para él valor alguno; las cristalizaciones debieron parecerle insignificantes juguetes. En cambio, las doscientas pesetas le sugerirían desde luego cien cosas que podía procurarse á mi costa, ó alguna necesidad agobiadora que podría satisfacer. Cogió, pues, lo útil y dejó lo superfluo.

»Figúrese usted que yo hubiera sido un explorador y hubiera perdido los objetos en determinada costa del Africa. Es seguro que lo que se hubieran llevado los negros no hubieran sido los apuntes ni los billetes, cuyo valor seria para ellos desconocido. En cambio los pedazos de vidrio hubieran sido objeto de su codicia, excitada por los irisados destellos, propios para encantar su imaginación rudimentaria.

»Suponga usted ahora que hubiera perdido mi bagaje en la Academia de Ciencias de Berlín. Sus individuos son demasiado respetables para robar doscientas pesetas; su inteligencia es bastante clara para estimar en poco ni en mucho tres ó cuatro

vulgares modelos de prismas. Pero alguno hubiera estudiado las cuartillas. En ellas estaba la demostración de un teorema no demostrado, á saber: «La suma de los cuadrados de dos números puede ser igual al cuadrado de otro; pero la suma del cubo ó la potencia N de dos números es mayor ó menor que el cubo ó la potencia de otro.» ¿Cree usted que las cuartillas hubieran permanecido allí? No, amigo mio, no. Mis apuntes habrían desaparecido.»

—¿Y qué induce usted de todo ello?—he preguntado al profesor un tanto impaciente.

—Induzco—me ha contestado con gran aplomo—que mientras el dinero tenga en sí un gran valor, será codiciable, y que el problema está en conseguir que el capital individual nada absolutamente resuelva, y en cambio lo consiga todo el trabajo.

Y yo, recordando que esta afirmación es la de toda una nueva sociología económica, he pensado que acaso no le falta razón á mi amigo.

XLIX

¿Es verdad que un niño ha sido maltrecho á palos por un guarda? ¿Es cierto que un soldado ha sido castigado á montar una mula indómita y se ha roto el cráneo contra el empedrado de cuña? ¿Es exacto que la víctima de un naufragio ha sido encontrada con señales de bárbara violación y abierta la garganta con hoja cabriterá? ¿Lo es que un fugitivo ha sido fusilado á sosquin? No; todo ello se ha desmentido; pero la mera posibilidad nos

áterra, como si no supiéramos que la crueldad se renueva y es perdurable, como todos los frutos malos, y que no es en las entrañas de nuestro planeta, sino en el corazón de los hombres, donde hemos de encontrar el abismo lleno de sombras, *lucis egenus Tartarus*, de Lucrecio.

Pero hay algo desconsolador y aflictivo en todo surgimiento de tiranos y martirizadores anónimos. Gustamos de creer que es la excepción el mal que bajo todo disfraz tiene nombre. Se llama Nerón el ansia sanguinaria, la avaricia Sylock, la gula y la sensualidad brutal Heliogábalo. Así, con dos centenares de nombres, creemos haber catalogado la villana maldad, como Linneo la fauna y la flora terrestre. Lo que nos desconsuela es ver que en los vencidos, en los que debieran por su humildad de origen y de condición ser humanos, hierve también el instinto feroz y que no hay cien millones de déspotas porque no hay cien millones de cetros.

El guarda acusado de apalea la débil cabeza del niño, será pobre seguramente; tal vez tendrá hijos ó netezuelos, capaces de olvidar su miseria embelesándose ante los peces de un estanque, deslumbradores con sus rojas ó argentadas escamas. Un cabo irascible tal vez no conseguiría librar á su prole de las contingencias que lleva consigo la vida militar. El asesino y violador de la desdichada doncella no creará, como el turco, escrita su suerte y su impunidad en una hoja de bronce; no sabe si un día arribará á una playa con el frío del mar y el del espanto en el corazón. Todos son pobres, desvalidos; y sin embargo, los hay crueles, como si para ellos reservara la grandeza el futuro y hubieran de conquistarlo todo con su indecoro y con su audacia: riqueza, autoridad y prestigio, *regem regumque Macedonia*.

Frios y despectivos ante el ejecutor de la ley, sentimos todos la horrible repugnancia de Hugo hacia su miserable auxiliar. Nos espanta su baja moral y nos produce náuseas su insolencia proterva. Cabe que ciegue al poderoso la adulación, que le deslumbré la magnificencia, que le perturbe y le inquiete el recelo. La crueldad del pobre no tiene disculpa; es algo que va contra el instinto. El odio y el error, como el Chipre, pueden beberse en copas cinceladas; el bien y la verdad, como el agua, sólo pueden ser bien saboreados en escudillas de madera.

Es una experiencia cruel—¿hay alguna que no lo sea?—. Son las gentes de baja extracción las más propensas á abusar del poder y á deleitarse con el ajeno sufrimiento. Un mendigo á caballo no sólo le hará galopar hasta la muerte, como ha dicho el sagaz Schopenhauer, sino que le arrojará sobre los niños y los ancianos. ¡Oh, valentía de la baja impune! ¡Triste quien ha de depender de libertos! ¡Infeliz quien ha de suplicar á galoneados gañanes! ¿Dónde habrá ferocidad como la del asno rabioso? Pero nada subleva tanto los ánimos como el cruel despotismo de gañanía. El día en que el verdugo de la Convención azotó con su mano callosa la cabeza exangüe de Carlota Corday, un murmullo de reprobación asqueada se alzó en la muchedumbre. La Revolución estaba muerta.

El alma noble, exquisita, es siempre aristocrática; repugna la grosería y la violencia. Si toma la defensa de los oprimidos es porque las obras generosas, los nobles impulsos, fluyen de ella como el agua del manantial serrano, como los versos griegos de la cítara del ciego inmortal. Pero le es imposible garfear en el cieno. La tiranía del villano le parece más odiosa mil veces que la del magnate.

Siquiera el destrial de Viriato era limpio; el puñal de sus asesinos estaba maculado con limo de cienaga.

¿Habremos de renunciar por ello á toda obra de emancipación? Si son precisamente los esclavos los seres más propicios á la crueldad, ¿para qué bueno redimirlos? El mismo sentido de humanidad contesta: «Para que dejen de ser esclavos, para que se enaltezcan, para que cambien la baja en magnanimidad y la idolatría en sentimiento inefable.» Ninguna redención es posible sin quebrantar un ara, porque cuando el símbolo usurpa su sitio á la verdad, cuando no se siente lo que hay en el culto de elevado y de noble, cuando no palpita en nosotros el único misticismo sagrado, el del bien, tanto da sacrificar á Júpiter bueyes, como inmolar ratones á Hécate.

De ser ciertas las famosas denuncias, el niño golpeado iría á refugiarse al seno amoroso maternal. En medio de su fiebre se preguntaría en virtud de qué ley de razón corresponde una pena salvaje al delito infantil de arrojar á un estanque un hilo y un anzuelo. El soldado, casi moribundo, interrogaría á sus progenitores si una falta leve é inadvertida merece el martirio y la infamia. La familia del hombre fusilado por la espalda al huir dudaría si lo que se llama justicia es encono salvaje. Y todos dirían que el pobre es el verdadero enemigo del pobre; que basta armarle con un fusil, un sable, una vara ó un látigo, para que surja del siervo el tirano y del esclavo manso el déspota irascible. ¿No pensarían también que si el pueblo es rebaño de fieras, conviene acuciar al domador, y que si apenas se eleva un peldaño, el humilde se torna irritable y soberbio, lo más cuerdo es dejarle que yazga en su estúpido servilismo, para no engrosar la falange de los verdugos y los opresores?

¡Triste condición de la tiranía! Envilece á sus víctimas, y luego toma su vileza como pretexto de despotismo. Ciega las fuentes de la virtud y apela para justificar su desmán al ajeno vicio; da ejemplo de arbitrariedad y de desafuero y pone la arbitrariedad por testigo de que es imposible la emancipación. ¡Preciso es sentir una devoción muy sincera, un culto muy desapasionado á la verdad, para seguir desafiando la feroz iracundia de los menos, por disipar la brutal grosería de los más, sobre esta tierra dura, que esconde en fango sus palancras, bajo un cielo enigmático, que mira impasible el llanto de los niños y la desesperación de las madres!

Un hombre, un trabajador sin faena, tiene ocho hijos que se mueren de hambre. Arrebata de un puesto tres panes y los reparte, allí mismo, entre los ocho niños famélicos. La gente se indigna; ese hombre es un ladrón.

Al otro día vuelven los niños á pedir pan, y torna el obrero á coger de otro puesto una hogaza. Pero el dueño es el *Mataciviles*; saca una cuchilla y parte el corazón al obrero. El público aplaude; el matador ha defendido su derecho de propiedad.

Pero el derecho de propiedad—dice con notable clarividencia Julio Camba—es obra de los hombres; el derecho á la vida, no; ha nacido con el hombre mismo y está en su misma sangre, como lo están esos microorganismos que se defienden de la infección.

Hace ya algunos años, era yo casi un niño,

cuando subí por primera vez á los estrados del más alto y más respetado tribunal. Con la emoción intensa del catecúmeno, con el temblor de quien desconfía de su competencia, pedí la casación de una triste sentencia que condenaba por robo de pan á varios hambrientos braceros de Jerez. Sostuve allí que el hambre en estos delitos era circunstancia eximente, fuerza irresistible, probada en la sentencia, y allí tuve el honor de pronunciar sin ser llamado al orden estas mismas palabras: «La sociedad en que roban pan los hambrientos para dar de comer á sus hijos, está incapacitada para juzgar; ella misma es culpable.»

Muchos años después, abandonada una profesión que sólo me daba dinero, colgada la toga en un arranque—absurdo si se quiere—de indignación romántica, he leído la hermosa sentencia del *buen juez*, del noble y glorioso presidente Magnaud. Y he vuelto á reverenciar esa toga, que ya no colgaré de mis hombros, pero que con un poco de digna humanidad puede ser siempre santificada.

¡Sí; la propiedad es una convención, como lo fué la esclavitud, como lo fué la servidumbre. Pero defender la existencia de los hijos, aplacar sus hambres de lobezno, borrar de sus ojos los círculos amoratados del sufrimiento y encender en sus hondas pupilas la llamarada del vivir, es deber sacrosanto. Si un día mis hijos desfallecen de hambre y miseria, si me miran con ojos hundidos y espantados y se agarran á mis ropas con crispaturas suplicantes, y con voz ronca y dolorida me piden pan, ¿quién es capaz de decir lo que haré?

Porque pudiera y debiera haber en la tierra pan para todos, si no se la hubieran apropiado los fuertes, si no la condenaran los ociosos á la esterilidad y el punible abandono, si el egoísmo no cegara las

fuentes de producción y riqueza, si el impuesto no pesara con toda su plomiza gravedad sobre el pobre, si una infausta doctrina de caridad no proscribiera la justicia como cosa imposible y que no es de este mundo.

Mataciviles ha defendido su propiedad. Pero ¿qué propiedad puede haber respetable donde las mujeres se desploman inertes en los caminos, y los niños no tienen pan que llevar á la boca, y los enfermos se quedan sin socorro, y los viejos extienden su mano descarnada para maldecir á las generaciones que llegan? No se quiere privar de sus goces á los poderosos, no se pretende un inicuo despojo; pero se aspira á que la tierra produzca y que sus frutos integros sean para aquel que ha sabido arrancarlos de sus palpitantes entrañas.

Cuando en la fábula vieja hebraica los corderos de Abel pastaban suscitando la contienda primera entre el cultivo y el pastoreo, era su propiedad lo que creía defender el infame Caín, como luego Ramón Berenguer al hundir el cuchillo en la nuca desnuda de su hermano. Pero sólo hay una propiedad que puede ser consagrada en las aras de los pueblos libres: la de los frutos del trabajo, la que no esclaviza, la que no atormenta, la que no mata, ni con el hueso contundente y asnal de Caín ni con la faca de *Mataciviles*.

Cuando esos niños desamparados lleguen á pensar por su cuenta y sepan que su padre murió por arrebatarse un pan de manos ajenas á fin de salvarles de la más penosa y terrible de las agonías, ¿cómo podrán afirmar que fué un criminal, un enemigo de la verdad y de la justicia? Más fuerte que Ugolino, dió su carne á su prole. Sobre el limo que le recubre, bien podrá escribirse el siguiente epitafio: «*Sta viator; dignum calcas progenitorem.*»

Un tiempo vendrá, tal vez no tan remoto como suponen las almas trémulas, en que en todos los predios habrá frutos, y en todas las infantiles mejillas rosas. Y entonces se preguntarán con asombro los sociólogos y los jurisconsultos cómo fué posible algún día ir á buscar la delincuencia entre los dientes menudos de unos niños escualidos y colocarse sobre el filo de una cuchilla el sagrado derecho de propiedad.

LI

«Se nos ha dicho—me escribe un liberal, conurbado—que hay que dar á la reacción, en el hogar, la batalla más grande y decisiva. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Hemos de imponer á nuestras mujeres opiniones, juicios y creencias? ¿Hemos de acudir á medios violentos para apartarlas de prácticas y rutinas que ellas consideran piadosas? ¿Haremos de sembrar la discordia allí donde el afecto es base de toda convivencia y condición precisa de toda consideración y mutuo respeto? Tanto valdría declarar la familia disuelta y roto en ella todo lazo de relación.»

No, mi querido amigo; hay que hacer una cosa muy diferente. Pero temo que ella sea sobrado difícil para quienes se apartan de las ideas tradicionales más por instinto de rebeldía que por amor á la idealidad.

Tratamos á nuestras mujeres muy mal, y su director espiritual las trata muy bien. Solemos ser

nosotros con ellas groseros; él, atento, cortés y considerado. Les hablamos nosotros en nombre del egoísmo y del interés; él, en nombre de ideas elevadas y puras. Les negamos nosotros beligerancia para discurrir en asuntos de pensamiento; él se la concede, y escucha con paciencia su opinión acerca de la tierra y del cielo. Nos supera, generalmente, en saber, en lenguaje, en maneras, en medida y templanza. Y la mujer, «que es siempre romántica», y hace bien, le hace á él más caso que á nosotros. Esto es bien triste; pero es verdad.

Para combatir á nuestro solapado enemigo, necesitamos excederle en amor y en respeto. Hemos de ser para nuestras mujeres amantes como niños y buenos como santos. Tenemos que comenzar por demostrarles que, lejos de sus fanatismos, se puede ser austero; que nuestra concepción de Dios y del Bien es más alta y sublime que la que esconde la miseria moral en pompas absurdas y vanas; que no renegamos de sus prejuicios por maldad, violencia ó grosería, sino porque, enamorados de todo lo bueno y todo lo grande, queremos libertar á la Humanidad de absurdos, de crímenes, de maldades y explotaciones.

Y si de esto la convencemos, ¿quién podrá ya contra nosotros? Mejor dicho, ¿quién podrá ser más fuerte que ellas mismas, en la lucha contra la hipocresía y la ignorancia?

Es preciso que en nuestras palabras no haya jamás superstición, ni servilismo, ni miedo, ni prejuicio, ni idolatría; pero es menester que tampoco haya violencia, ni burla, ni repulsiva obscenidad, ni grosería, ni irreverencia, ni injuria. En nuestra casa no debe entrar un solo libro ni papel fanático y embrutecedor; pero tampoco debe entrar uno solo obsceno, pornográfico, calumniador, descarado y

soez. Nuestras ideas tienen que ser franca y abiertamente radicales; pero nuestra conducta necesita ser tan irreprochable, tan limpia, tan austera, que no la empañe la menor sombra, para que nos convirtamos ante los ojos de nuestras mujeres y nuestros hijos en los sacerdotes de un culto que sólo reverencia una Trinidad: la Verdad, la Justicia y la Razón.

¿Nos sentimos incapaces de ser tan buenos? Entonces, ¿por qué nos hemos de quejar de que nuestras compañeras nos vengau? Estamos aún más atrasados que los fanáticos. Llevarnos al rosario y á la novena, sería todavía para nosotros un adelanto y una enseñanza.

No se echa abajo una doctrina de siglos para sustituirla con la grosería y con la barbarie. Es menester que lo que al orden sustituya, sea un orden mejor y más excelso. ¿A santo de qué ha de dejar una mujer de oír los consejos de un sacerdote para escuchar los de un borracho ó de un perverso? El fanatismo es la ignorancia, el atraso, la causa de todos los males que padecemos; el error que ensangrienta la tierra aumenta el dolor de los débiles y ofende á la Divinidad. La Libertad es el adelanto, la luz, el amor, la emancipación, la justicia, la misericordia. Pero el fanático se presenta amable, piadoso, cortés, hipócritamente vestido con pieles de armiño, mientras que el radical se muestra no pocas veces brutal, violento, haciendo gala de aparente relajación. Y así la pobre mujer se engaña.

No; no es en las barricadas donde hay que luchar. Es dentro de nuestra propia piel. Si no nos educamos, ¿cómo hemos de educar á los que nos rodean? Si nuestras mujeres encuentran lejos de nosotros cariño, respeto, idealidad, virtud, es por-

que nosotros no las hemos mostrado que todo ello es falso y engañoso, y no las hemos hecho apreciar la diferencia que hay entre el metal amarillento y el oro de ley. Y gracias si no las hemos convencido de que nuestro radicalismo es fingido y de que, en el fondo de nuestra conciencia, aun estamos sin redimir, y de que llevamos dentro un Tartufo, un fanático vergonzante, que solo se diferencia de los demás en una sola cosa: en que no cumple los Mandamientos.

Liberales... ¿Pero es que lo somos de veras? ¿No llevamos todavía dentro de nosotros la baja cobardía que imprimió en sus siervos la Inquisición? ¿No transigimos con fórmulas y ritos de los cuales abominamos en público y practicamos en secreto? Si nos falta la confianza en nuestras ideas, si llevamos dentro el terrorismo de Satanás, ¿de qué vamos á emancipar á nuestras mujeres? Y si, en cambio, nuestra conducta es desordenada, si no nos mostramos respetuosos y amantes con los nuestros, si nos aventajan los enemigos en carifio y en persuasión dulce, ¿cómo habremos de arrancarles su presa? ¿Acaso se cogen las moscas con miel?

Ha comenzado en el hogar la anunciada batalla decisiva. Y esa batalla la han ganado los que forman en la vanguardia. Son aquellos que han sabido rasgar, ante los ojos de la compañera de toda su vida, el velo que cubría á un nuevo y deslumbrador Universo. Y ellos han sido recompensados, oyéndola decir con lágrimas de ternura en los ojos y el entusiasmo en el corazón:

—¡Sí; ese Universo es mucho más grande, más sublime, más digno del Ser que le ha creado, porque ese Universo es el tuyo!

LII

La playa aparece desierta; en la terraza, sólo tres ó cuatro veraneantes rezagados miran el horizonte obscuro, de donde vienen, atropellándose, las olas á reventarse en espumas alborotadas sobre las apelmazadas arenas. Ráfagas de aire salobre y frigidísimo anuncian la proximidad de un crepúsculo tormentoso otoñal.

Laura ha puesto el codo en la barandilla, ha apoyado en las mejillas, pálidas por el soplo del cierzo, las dobladas falanges, y ha mirado durante largo rato el sublime cuadro de una sola línea, sobre el cual se alzaba, como un sublime trémolo, el himno fragoroso de una sola nota.

Y después de un largo ensimismamiento, ha vuelto hacia mí su rostro ovalado, circundado de hebras áureas finísimas y coronado de plumas y fieltros, y me ha dicho con ingenuidad infantil:

—Schüler, yo quiero saber lo que es la filosofía.

Pasada la primera estupefacción, he mirado también á la línea remota y he creído ver elevarse sobre el abismo toda una legión de fantasmas austeros, ceñidos unos en túnicas de lino, ornados de laurel y calzados con albas sandalias; envueltos otros en sus flotantes peplos; semidesnudos los estoicos, sobre rotas piedras ó desvencijados toneles; coronados de mirtos los epicúreos, reclinados sobre triclinios, sosteniendo en las manos copas rebosantes de néctares. Unos me han mirado ceñudos; otros han sonreído, dejando caer con irónica mueca su labio sensual.

que nosotros no las hemos mostrado que todo ello es falso y engañoso, y no las hemos hecho apreciar la diferencia que hay entre el metal amarillento y el oro de ley. Y gracias si no las hemos convencido de que nuestro radicalismo es fingido y de que, en el fondo de nuestra conciencia, aun estamos sin redimir, y de que llevamos dentro un Tartufo, un fanático vergonzante, que solo se diferencia de los demás en una sola cosa: en que no cumple los Mandamientos.

Liberales... ¿Pero es que lo somos de veras? ¿No llevamos todavía dentro de nosotros la baja cobardía que imprimió en sus siervos la Inquisición? ¿No transigimos con fórmulas y ritos de los cuales abominamos en público y practicamos en secreto? Si nos falta la confianza en nuestras ideas, si llevamos dentro el terrorismo de Satanás, ¿de qué vamos á emancipar á nuestras mujeres? Y si, en cambio, nuestra conducta es desordenada, si no nos mostramos respetuosos y amantes con los nuestros, si nos aventajan los enemigos en carifio y en persuasión dulce, ¿cómo habremos de arrancarles su presa? ¿Acaso se cogen las moscas con miel?

Ha comenzado en el hogar la anunciada batalla decisiva. Y esa batalla la han ganado los que forman en la vanguardia. Son aquellos que han sabido rasgar, ante los ojos de la compañera de toda su vida, el velo que cubría á un nuevo y deslumbrador Universo. Y ellos han sido recompensados, oyéndola decir con lágrimas de ternura en los ojos y el entusiasmo en el corazón:

—¡Sí; ese Universo es mucho más grande, más sublime, más digno del Ser que le ha creado, porque ese Universo es el tuyo!

LII

La playa aparece desierta; en la terraza, sólo tres ó cuatro veraneantes rezagados miran el horizonte obscuro, de donde vienen, atropellándose, las olas á reventarse en espumas alborotadas sobre las apelmazadas arenas. Ráfagas de aire salobre y frigidísimo anuncian la proximidad de un crepúsculo tormentoso otoñal.

Laura ha puesto el codo en la barandilla, ha apoyado en las mejillas, pálidas por el soplo del cierzo, las dobladas falanges, y ha mirado durante largo rato el sublime cuadro de una sola línea, sobre el cual se alzaba, como un sublime trémolo, el himno fragoroso de una sola nota.

Y después de un largo ensimismamiento, ha vuelto hacia mí su rostro ovalado, circundado de hebras áureas finísimas y coronado de plumas y fieltros, y me ha dicho con ingenuidad infantil:

—Schüler, yo quiero saber lo que es la filosofía.

Pasada la primera estupefacción, he mirado también á la línea remota y he creído ver elevarse sobre el abismo toda una legión de fantasmas austeros, ceñidos unos en túnicas de lino, ornados de laurel y calzados con albas sandalias; envueltos otros en sus flotantes peplos; semidesnudos los estoicos, sobre rotas piedras ó desvencijados toneles; coronados de mirtos los epicúreos, reclinados sobre triclinios, sosteniendo en las manos copas rebosantes de néctares. Unos me han mirado ceñudos; otros han sonreído, dejando caer con irónica mueca su labio sensual.

Y la voz de Laura ha vuelto á sonar blanda, ingenua, acariciadora.

—Schüler, yo quiero saber lo que es la filosofía.

Como un escolar aturdido he comenzado á formular frases, definiciones, fórmulas huevas y vacías. Luego he pronunciado bárbaros nombres. Por fin he callado, sin saber qué decir.

Laura no me ha hecho caso. Sus ojos soñadores han seguido devorando la inmensidad vacía.

—Schüler—ha dicho—, ¿no hay una ciencia de lo que no se sabe? ¿No hay un estudio de las ideas que se nos van, de las sensaciones que pasan, de las ansias inexplicables y de los sobresaltos que no tienen motivo? ¿No se ha pensado nunca en catalogar lo desconocido, en definir lo misterioso, en indagar lo absurdo? Eso debiera ser la filosofía; ese el estudio de las almas sedientas de luz.

—Laura—he contestado—, eso fué la filosofía durante muchos siglos. Hoy es la ciencia que estudia el fenómeno de la vida psíquica, que procura inducir de los hechos leyes eternas...

—¡Los hechos!... ¿Nada más que los hechos?

—Nada más.

Laura ha dado forma á un mohín desdenoso. Después ha pronunciado esta sentencia implacable y fría:

—La filosofía no sirve para nada.

Una luz se ha encendido rojiza allá muy lejos, tal vez en un faro, acaso en la popa de un navío. La noche invadía ya la desierta terraza con sus sombras.

—No, Laura, no—he dicho angustiado—. La filosofía es algo sublime, porque es el amor á la verdad, y como todo amor, es fecundo. ¿Ve usted el número de ondulaciones que forman esas aguas sombrías? ¿Ve usted el número de estrellas que co-

mienzan á resplandecer en el cielo? Tantos han sido los sistemas, tantas las hipótesis á que han dado vida los hombres para explicar la realidad y el mundo. Los mayores absurdos han brotado de sus cerebros calenturientos; las más enormes extravagancias han salido de sus labios y han tomado cuerpo á la presión de los puntos de su pluma. Pero siempre el amor á la verdad, el ansia de justicia, los ha inspirado. Han sido bruscos aleteos de un pájaro encerrado en su jaula, y esos aleteos, si no han quebrantado su prisión, la han hecho desde luego mucho más grande, mucho más digna de su energía y de su constante labor.

—Eso ya es algo—me ha contestado—. Pero confiese usted que lo ignoramos todo. ¿Por qué vivimos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Qué debemos hacer? ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? ¿Por qué unos sufren y otros gozan? ¿Por qué envejecemos y morimos? ¿Por qué hacemos una cosa y no la contraria?

—Todo eso lo tenían resuelto los dogmas. Preguntarlo sólo es ya un triunfo de la filosofía y echar por tierra los mayores absurdos que han perpetuado el dolor y la desigualdad.

—Pero ¿y la respuesta?

—La respuesta la va dando la lucha constante con el error. No sabe la ciencia lo que es verdadero, pero va sabiendo lo que es absurdo, y así va eliminando injusticia y barbarie. Y en este camino, Laura, se ha ido muy lejos. Si, en vez de pedir á la ciencia verdades nuevas, rechazásemos todos los absurdos que ha demostrado, de un solo golpe, créalo usted, adelantaría la humanidad cincuenta siglos.

—Y esos obreros campesinos...

—Tendrían todos pan, bienestar y cultura...

—Y las epidemias... y las muertes tempranas...

—Cederían ante la higiene, viviríamos todos cien años, acaso más, disponiendo de recursos, de tranquilidad y reposo.

—Y las mujeres...

—No sentirían mirando al mar angustias infinitas, pesares hondos, abandonos irremediables.

Laura ha quedado pensativa; después ha dicho:

—Schüler, yo quiero saber filosofía.

—Basta — he contestado — saber amar. Pero amarlo todo con frenesí absoluto; abarcarlo todo en sublime desinterés. Combatir por doquiera el absurdo y la desigualdad, huir del pesimismo que enerva, de la sensualidad que agota, de la sumisión que rebaja. Ser en todas partes contra la fuerza ciega un rebelde, estar siempre seguro de que toda desdicha, todo dolor, por personal que sea, por aislado que esté, responde á un error colectivo. ¿Ve usted en el campo los horrores de la filoxera? Son consecuencia del sistema de propiedad, que deja abandonados los campos y á merced de organismos que, desarrollándose en predios estériles, como el parásito en la sociedad, van á infestar luego las viñas. ¿Ve usted una mujer que permanece soltera? Es la desigualdad social la que la condena al infortunio, haciendo imposible la vida costosa de familia á los hombres. ¿Ve usted la pulmonía? Desaparece donde hay árboles y organismos robustos. ¿Ve usted el hambre? No existe donde no se obstruyen con el impuesto las fuentes de riqueza. ¿Ve usted las calamidades mayores? Acaban donde hay vigor para combatirlas, en vez de esa resignación miserable que dice á cada paso: «¡Todo sea por Dios!»

—¿Y la melancolía? ¿Y la sed de cosas indefinibles?

—Se calma y se sacia con la realización del propio fin, si lo quiere usted, de la propia función. Usted está triste, porque un hombre á quien usted prefiere no le ofrece su mano. Pero ese hombre se aleja de usted por una de estas causas: porque no puede sostenerla, porque se lo impide un miramiento social ó porque su cultura no alcanza á discernir los méritos que en usted resplandecen. Luchemos por que todo el mundo disponga de medios de vida, por que desaparezcan los miramientos falsos y por que la cultura se extienda, y todos los hombres adivinarán á sus almas gemelas ó irán á buscarlas donde suspiren, frente á las brisas y frente á las olas.

—Entonces...

—Entonces á las mujeres toca auxiliarnos, no preguntando lo que es, sino combatiendo, aunque no sea más que con su desprecio, lo que no debe ni puede ser.

—Pero el más allá... los problemas metafísicos... las hondas inquietudes.

—Sin metafísica se pasa muy bien cuando no se sufre, cuando se realiza la propia función, cuando todo nos sale á pedir de boca. ¿Preguntaría usted cuál es la fuerza misteriosa que mueve ese mar y hace resplandecer esa constelación en el cielo; sentiría usted esas hondas melancolías, esas indefinibles inquietudes si estuviera á su lado de usted el hombre elegido de su corazón y tuviera usted un niño en los brazos?

Laura se ha sonrojado. En seguida se ha puesto en pie y ha dicho con cierta satisfacción intensa:

—Schüler, yo sé filosofía.

LIII

El mito de Psiquis, de don Eduardo Bonilla San Martín, es una teoría del pensamiento y de la vida, profundamente amarga, humanamente hermosa, una obra que pasma por su ciencia y sorprende por su arte delicado, y que se funda, ¡oh grandeza de lo pequeño! en un cuento de niños.

Había en una aldea una pastorcita, bella como la luna, que se llamaba *Flor de amores*. A nadie amó jamás, y nadie pudo ufanarse de sus halagos. En otro país lejano vivía un monarca poderosísimo, cuyo hijo, famoso por sus virtudes y apostura, se llamaba *Brillante*.

Un día *Brillante* salió de caza y perdióse en el bosque. Acogido por unos zagales, les oyó hablar de *Flor de amores*. Decidido á conocerla, el príncipe se vistió de pastor y marchó en busca de la peregrina belleza. Apenas la vió, se sintió abrasado de amor. Acabó por unirse á ella; pero exigiéndole esta promesa: que nunca indagaría quién era ni qué guardaba en su zurrón, porque de lo contrario la abandonaría por siempre.

Pasado algún tiempo, venció á *Flor de amores* la curiosidad. «¿Quién será—se decía—este pastor tan lindo?» Registró temblorosa el zurrón y vió en él una corona magnífica de oro y piedras preciosas. Al despertar *Brillante*, alzóse airado y huyó de allí para no volver.

Flor de amores se murió de melancolía. El saber había destruido para siempre su felicidad.

*
*

Este es el mito del amor y la ciencia que se encuentra en todas las literaturas. En nuestra literatura caballeresca existe el *Libro del conde Partinoplés* y la leyenda del *Caballero del Cisne*.

—¡Don Traydor—dice Melior al conde—, en mal punto hezistes lo que haueys hecho, que no era esto lo que vos auia rogado que no curasedes de descubrir á mi!

En ambas leyendas sigue á la ciencia, la desgracia y es punida la inoportuna curiosidad.

Y esta es la narración de Psiquis y el Amor, inserta en el *Asno de oro*, de Apuleyo. Venus pide á Plutón la lámpara de la muerte, á cuya luz nada hay escondido y cuya quemadura es mortal. Cupido duerme, y Heliodora, que desea conocer el rostro de su amante, se acerca. Vierte el aceite de la lámpara y abrasa el pecho de Cupido, que muere en sus brazos. Una vez más la ciencia ha destruido el amor y la dicha.

Y esta es la leyenda de Volfran, del caballero de Blois, de Grailus, reproducida en todos los países y en todas las lenguas. Y esta es la fábula de Lohengrin. Hostigado por Elsa, por cuya inocencia combatió y en cuyos brazos era feliz, cuenta ante la corte que hay un lugar inaccesible en donde se eleva un templo que guarda el Graal venerado y santo. Quien obtiene la gloria de servirle, queda investido de poder sobrehumano. Su fuerza es sagrada mientras permanece secreta; una vez descubierta, es preciso partir.

—Lo habéis querido—dice ante Elsa desmaya-

da—. Sigo la ley del santo Graal. Parsifal es mi padre; suya es la corona. ¡Yo soy Lohengrin!

Y parte en su barquilla para no regresar ya nunca.

La primera forma del mito está en la literatura sánscrita, en el drama *Vikramorvasi*, de Kalidasa, en donde Purúravas es castigado por su impaciencia, y se reproduce en latín, en hebreo, en griego, en árabe, en alemán, en francés, en portugués, en catalán y en todos los idiomas y dialectos. Unas veces es Orfeo, otras Eva; tal vez Partenopeus ó el tercer kalendo. Pero siempre surge la frase de Leopardi: «*L'uomo non e fatto per sapere; le cognizione del vero e nemica della felicità*», ó la sentencia implacable de Salomón, en el *Eclesiastés*. «Y di mi corazón á conocer la sabiduría y también á entender las locuras y los desvarios; conocí al cabo que aun esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia, y quien añade ciencia, añade dolor.»

* * *

¿Cuándo podré afirmar que sé? Ved el problema de la Lógica. Supuesta la sabiduría, ¿puedo yo afirmar que sé algo?

Platón parece indicar que el conocimiento de un objeto es el de su realidad. Aristóteles estudia la esencia, y se inaugura la penosa indagación de los siglos, expuesta por el señor Bonilla sabiamente. Y al cabo de esos siglos, fatigado el entendimiento, reconoce que todo conocimiento es relativo; que, como dice Spencer, no podemos saber sino de fenómenos, y éstos parcialmente, y que ha tenido razón Schopenhauer al decir que sólo puede ser feliz la infancia que ignora, aquella que nada se

pregunta, la que todavía no ha acercado á sus labios la copa del saber, que tiene, como dice el poeta, *dulce el borde, el fondo amargo*.

Psiquis, queriendo conocer la verdad, destruye la felicidad y el amor, como el niño destruye el juguete para ver lo que tiene dentro. Pero Psiquis —dice el señor Bonilla— ha de pasar por rudas pruebas (las luchas de la vida) antes de unirse con la Verdad, para hacerse como ella inmortal y eterna.

¡Triste, desconsoladora conclusión de la ciencia! Sabemos poco, y de lo poco que sabemos morimos. No fué sólo á Sócrates á quien el destino preparó la amarga cicuta: es á todo sabio. Saber es sufrir: Alfredo Calderón lo dijo con frases bellisimas. Seguir la verdad... ¡Si nos morimos de eso!...

Pero hay que morir, porque hay que saber. Hay que registrar el zurrón del príncipe, conocer el nombre del santo Graal, morder la fruta que nos arroja del paraíso, sentir en el pecho la llaga de la llama de Psiquis, caer en el infinito del espacio y del tiempo pronunciando el *non serviam*... Caer, pero satisfechos de sí, del fin cumplido, de nuestro destino realizado, mientras se escucha rasgar el esmeril de las nuevas auroras, la carcajada del joven Aristófanes, que se burla de la vieja sabiduría...

LIV

Dos meses antes del Carnaval, la madre estaba sentada en una sillita de palo rosa y el niño daba vueltas á su alrededor, apoyándose en ella para no caer, porque su paso era todavía muy inseguro.

Con un vaivén que hacía oscilar como una flor invertida sus sayas diminutas, iba apoyándose en los travesaños del respaldo, luego en el brazo de su progenitora, y así hasta dar la vuelta y quedar mirándola frente á frente con sus ojazos grandes y serenos, apoyado en la falda de codos y alzando la cabecita blonda, cuyos cabellos bajaban unidos hasta la frente como un fleco de seda perfumada, lustrosa y tibia.

La madre le miró como si quisiera mostrar enojo, y dijo moviendo cómicamente la cabeza:

—Pero ¡Dios mío! ¿Me dejará coser este comino? ¡Bribón, más que bribón! ¿No ves que te voy á pinchar?...

La sintaxis de las madres, cuando hacen que se enfadan, no es muy correcta; pero ¡qué fuerza tiene, alma mía!

Luego, cogiendo al chiquitín por las muñecas, en que se desbordaba en roscas la carne rosada, le atrajo á sí, después de clavar la aguja en la almohadilla y arrojarla como un temeroso peligro.

—¡Venga usted acá, granuja, pelón!

Le sentó encima, le alzó las faldas, y aparecieron las piernecitas, robustas y fuertes. Hizo como si le fuera á azotar, luego le oprimió contra el seno y acabó por besarle, frenética, en los párpados, en la frente, casi llorosa de alegría. El arrapiezo sonreía y apretaba la cabeza contra el regazo hospitalario y caliente, como diciendo: «Esto no va mal.»

—¡Lo que es ser madre! No lo sabe más que una. ¡Ay, Jesús, qué cosa más grande!

¡Y tan grande! ¿Dónde estáis, ensueños de la niñez? ¿Adónde os habéis ido, sombras adorables y augustas? Sin vosotras, ¡qué solo está el mundo, qué doliente y qué frío!

Fué entonces cuando se acercó el padre, muy serriote, muy poseído de su papel, con la pluma tras de la oreja.

—¡Qué atrocidad! ¡Le vas á ahogar! ¡Parece que pierdes el juicio!

—El que lo ha perdido eres tú. Quitate esa pluma en seguida. ¿No ves que puedes saltar al niño un ojo?

—Es verdad. Soy más distraído... ¡Ven acá tú; golfo, bandolero! Ven, aúpa con padre. ¡Ajajá!

Y á bailar con el chico todo un oficial de secretaria. «Tralará, lará»... el «pay-pay», la «regadera»... demonios coronados.

—Acabarás por dejarlo caer...

Paró de pronto el baile, y el padrazo quedóse inmóvil, mirando á su mujer con esa fisonomía inexpressiva y como alelada que ponemos los padres cuando vamos á decir alguna tontería.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas ahora?

—¡Una friolera! Estoy pensando que este Carnaval voy á vestir al chico de máscara.

—¡De máscara! ¡Vaya un disparate! ¡Si es muy chiquitín!

—¡Pues por eso! Espera... Sí, sí. Ahora verás. Voy á vestirle... ¡de baturrico!

—¡De baturrico! ¡Qué ocurrencia!

—¿Crees que iba á estar mal? ¡Feo iba á estar el chico con su calzón de pana, su faja morada, su camisita encañonada y su pañuelo sobre la sien! ¡Vaya un mañico! ¡No iba á salir á Recoletos otro capaz de mojarle la oreja!

—Oye. ¿Sabes que, de veras, no estaria muy mal?

—¿Qué iba á estar? Anda, ¿te decides?

—¿Y dónde vamos á encontrar alpargatas pequeñas y medias azules y todo lo demás que hace falta?

—Deja, que yo me encargo de todo. ¿Quieres tú vestirme de baturro, titin?

Titin dijo que sí con la cabeza muchas veces, con fuerza, como si quisiera desprenderla del tronco.

Y comenzaron los preparativos. Fueron quince ó más días de ajetreo, de recorrer tiendas, de pensar en detalles. Cuando todo pareció terminado, se vistió al chiquitín. ¡Madre de Dios! ¿Pues no parecía un matraco de veras? Algo, sin embargo, faltaba... ¡Ah, sí!... El guitarrico... Y el padre fué corriendo á encargarse un guitarrico de veras, muy pequeñito, pero con nácar en el clavijero y muchas cintas, todas amarillas y coloradas... El patriotismo en Carnaval toma proporciones enormes.

Y llegó por fin el domingo, pero el guitarra no llegó á tiempo. Era igual: llevaría el chico en la mano una vara. Era un día huracanado, frío y desapacible, y el niño tenía que salir en mangas de camisa. ¡Vaya un contratiempo! Pero no. La madre le puso una elástica de algodón y unos papeles, y á la calle á lucir el baturro.

Fué un éxito. En Recoletos había una polvareda fenomenal y corría un gris que helaba los huesos. Pero los padres estaban encantados. Por donde pasaban no oían sino exclamaciones y elogios.

—¿Has visto ese baturrico? ¡Qué mono va!

—¡Madre mía, qué cosa más linda!

Y el padre se hinchaba de satisfacción y á la madre se le caían de los ojos las lágrimas. El niño tosió dos ó tres veces; luego pidió que le llevaran en brazos. ¡No faltaba más! Era menester que todo el mundo admirara el garbo del niño. El padre pensaba que, tal vez al día siguiente, podría leer en los periódicos: «Entre los niños disfrazados, llamó la atención un aragonés admirable, hijo de

nuestro amigo el señor Martínez, oficial de secretaria...»

Se retiraron tarde, y el niño no quiso cenar. Se le acostó, y la madre le puso la mano en la frente.

—Oye: parece que tiene un poco de fiebre.

—¡Bah! Cansancio... no será nada.

Pero la fiebre fué en aumento. Al día siguiente hubo que llamar al doctor, y el doctor dijo que aquello era grave, y que el niño tenía una bronquitis capilar infecciosa.

Lágrimas, gritos, recriminaciones. Dos días con dos noches sin separarse de la cama del niño, que estaba como amodorrado, con las mejillas muy encendidas, los ojos brillantes y como alelados, y lanzando de su garganta un débil rumor sibilante.

—¡Dios mío! ¿Crees tú que se morirá?

Pero el padre no contestaba. Miraba con ojos de idiota el calzón de pana, la faja morada, la camisilla de rizada pechera, el pañuelo de seda, toda la indumentaria preparada con tanto esmero, que pendía en dobleces rígidos de la percha, como una burla atroz y macabra.

Y así llegó otro amanecer, y el niño palideció de pronto é hizo unos gestos muy extraños.

—¡Hijo mío, alma de mi vida! ¿Qué tienes?

No tenía sino el supremo tránsito á un mundo mejor, sin soberbias ni vanidades.

Y entonces, mientras la madre se desmayaba y el padre se mordía llorando los puños, fué cuando alguien llamó á la puerta, y ese alguien entregó á uno de la familia un pequeño envoltorio.

Era el guitarrico, con su clavijero de nácar y sus cintas patrióticas y sus cuerdas templadas, puestas á sonar un canto de triunfo.

Y el padre le arrojó contra el suelo, en donde se estrelló con un brusco quejido lúgubre, como el

primer acorde de un himno funerario, dedicado á todos los niños que en esos días sucumben víctimas de una vanidad necia y de un cariño mal entendido.

Ha sido la primera invitación del otoño, y he acudido á ella con la puntualidad de un literato; lo cual significa en romance que he llegado hora y media después de las cinco. Como una bandada de pájaros á los trigos, han acudido á la antesala, para recibirme, Matilde, Pilar, Mercedes, Lolita, todas esas muchachas deliciosas de que nos habla en sus crónicas sentimentales el original *Azorin*.

Y con gran menoscabo de mi vanidad, he creído observar en todas una ligera mueca de desencanto. No era, sin duda, á mí á quien esperaban. Y han quedado mudas, perplejas, como niños á quienes se les deshoja una camelia en las manos. Y digo niños, porque á los que ya no lo somos, se nos han deshojado ya tantas, que pasamos al lado de ellas con un dedo en los labios y la diestra en el corazón.

—Pase usted—me ha dicho Mercedes—. Estamos solas.

¡Estamos solas! Era verdad. Solas como las cerezas en el racimo, como las abejas en el panal, como los astros en la nebulosa. Pero ellas esperaban el pájaro goloso ó el luminoso y raudo cometa. Al punto he comprendido su desolación melancólica. En la habitación no había muchachos.

—Sepa usted—me ha dicho después de sentarse á mi lado la espléndidamente rubia Manolita—que ocurre en todas las reuniones una cosa sin precedentes y sin ejemplo. Los muchachos brillan, como decía el cronista de marras, por su ausencia. Así, cada tertulia es un acto de *El amor que pasa*, de los Quintero. Comedia irónicamente triste, drama con apariencias de sainete, en el cual no se sabe si reír ó llorar, porque las lágrimas serían risibles y los chistes sangrientos.

—¿Es decir, que los muchachos os abandonan? —he dicho con la indignación de un galán del viejo teatro.

Pero en seguida, asustado de mi falta de galantería, he rectificado.

—No, hija mía; no es ni puede ser que os abandonan; será que os temen.

Manolita ha quedado pensativa mirando sus manos marfileñas, cubiertas de deslumbrante pedrería; los encajes de su corpiño, hilados por artifices de dedos sutiles; los reflejos de su falda de seda, plegada graciosamente y sujeta con aplicaciones de pasamanería.

—Temernos... ¿por qué?

Pasaba á nuestro lado Ascensión, esbelta, primorosa bajo su envoltura de raso. En sus orejas diminutas brillaban dos solitarios enormes y clarísimos, dos irisadas lágrimas de las cavernas de Golconda.

—¿Tampoco ha venido el joven que corteja á Ascensión?

—Tampoco.

—¿Y qué es él?

—Teniente.

Teniente. Es decir, algo menos de un duro diario. ¡Oh, prosa de la vida! La primera cuenta fué

la primera desilusión. En la manzana que corrompió la primer inocencia debió la serpiente grabar con sus dientes menudos guarismos.

Un duro. Dos amantes tienen para pan y legumbres. Es poco. ¿Cómo se condena á vida tan misérrima á una joven hermosa, que lleva en las orejas diamantes y topacios?

—¿Cómo se llama?

—Arturo.

—Arturo no vendrá.

Luego ha pasado Laura, severa, noble, erguida; su cuerpo iba adornado de cintas y encajes; su sombrero, de plumas de avestruz y de cisne.

—¿Cómo se llama el muchacho que Laura espera?

—Ricardo.

—¿A qué se dedica?

—A abogado.

Abogado. Diez, doce, tal vez quince ó diez y seis años de práctica estéril. Luego un ingreso mínimo. Tal vez en la vejez, el dinero y la gloria.

—Ricardo no vendrá.

He mirado á Mercedes.

—Mercedes—ha dicho precipitadamente Manolita—está enamorada de Aurelio, escribiente en un ministerio. Pero la pretendía hace poco también Fernando, pintor de porvenir, que tiene además mil duros de renta.

He vuelto á mirar á Mercedes. Parecía una gran duquesa de Hesse ó de Connaught. Mi contestación ha sido la misma.

—No vendrán ni Aurelio ni Fernando.

Manolita se ha levantado malhumorada de su asiento, y mostrándome con un dedo á Rosita, que vestida muy pobremente ocultaba en un rincón sus batistas pasadas de moda, sus cintas chafadas y

sus destrozadas botinas, me ha preguntado con aire de triunfo:

—Y los pretendientes de esa, ¿por qué no vienen?

¡Pobre Rosita! Estaba fea, muy fea, con sus aborrecibles y míseros trapos. Y no es que lo fuese; pero aquella pobreza la agobiaba; cuando vió que la contemplábamos, el rubor le subió á las orejas. No; no vendrían tampoco sus pretendientes.

Y entonces, sólo entonces, comprendí el sufrimiento de Manolita, de Ascensión, de Laura y de Mercedes, de aquellas infelices muchachas, obligadas á presentarse deslumbradoras de lujo y ostentación por no parecer feas, y condenadas á perpetuo abandono por parecer demasiado elegantes.

LVI

—¿Qué se siente á tres mil metros de elevación, sentado en la barquilla de un globo?—preguntaban á un improvisado aeronauta.

A lo cual es fama que contestó el infeliz:

—Lo que se siente es haber subido.

Yo he entrado en el cesto, sintiendo en la médula un escalofrío patológico. Según dicen, he sonreído, y mi mueca de espasmo ha parecido graciosa al concurso. A mi lado he encontrado á una mujer joven y distinguida; pero en los primeros momentos me ha sido imposible analizar sus facciones. Estaba demasiado preocupado con la oscilación del movable aposento. Además, me encon-

traba rodeado de sacos de arena y sobre mi cabeza se columpiaba el globo, que me pareció una esfera de tamaño descomunal; algo así como un planeta amenazador, dispuesto á reventar de un instante á otro, como un formidable aerolito.

He oído rumores de voces y aplausos. Mi amigo ha saltado la borda y ha pronunciado una voz de mando. Después una ligera sacudida y una oscilación violenta me han informado de que la ascensión iba á comenzar.

Me he acordado de Gay Lussac y de Verne y de los demonios coronados. He visto á Pilâtre de Rozier caer de cabeza abajo desde 600 metros de altura, y tras él á todos los protagonistas de las tragedias aerostáticas. Un sudor frío me ha dado la sensación de la fiebre cuartana y una mano ha estrechado la mía. Era mi compañera de viaje, en quien el miedo nublaba el pudor.

Me he asomado á la borda, y el terror se ha disipado para dejar lugar al asombro. No parecía que ascendíamos, sino que la tierra se hundía bajo nosotros. ¿Recordáis Barcelona desde el Tibidabo ó París desde la última plataforma de la torre Eiffel? Así se nos presentaba Madrid, pero sin grandes líneas en el centro. Solamente en algunos puntos se señalaban las grandes arterias con sus carruajes como cáscaras de avellana y sus transeuntes diminutos como negros insectos. Poco después, el Parque presentó sus boscajes á nuestras plantas, y en medio, el estanque nos pareció un mueble derribado con su luna brillante y su tallado y bruñido cope. Después no vi más. Nos sentimos envueltos en niebla, y una lluvia menuda comenzó á calarnos hasta los huesos.

Entonces fué cuando miré despacio á mi compañera, mientras el capitán vaciaba, asomado á la

borda, un saco de lastre. Brillaban los ojos rasgados y negros de la valiente dama con el entusiasmo de las grandes empresas. Se mostraba animosa y viril y mis temores se disiparon ante el más hondo de parecerle ridículo.

—¡Dos mil trescientos metros!—pronunció el capitán con voz seca.

Y me pareció aquello tan natural como si hubiera dicho:

—¡Jetafel! ¡Un minuto!

Ante el peligro se desvanece la sensación del tiempo. Hablé con la viajera, y al cuarto de hora éramos excelentes amigos. A los veinte minutos me pareció que el capitán estorbaba. Mi anhelo consistía en subir, subir siempre, perderme en los espacios interplanetarios, solo con aquella mujer superior, sin aquel capitán enfadoso, que de cuando en cuando nos hablaba de grados centígrados, de presiones y válvulas y de no sé cuántas majaderías.

—No—me decía con voz indescriptible mi compañera—. No corremos peligro alguno. La proximidad de la muerte se siente siempre por los organismos nerviosos; nos lo ha demostrado Mæterlinek. Y yo siento por todas partes effluvios de vida. Saldremos con bien de esta aventura, porque hay algo que me grita al oído: «¡Necesitas vivir!»

Y brillaban sus ojos húmedos de modo tan extraño, que yo sentí también que no había poder capaz de extinguir en nosotros el ansia de la vida, ni de acallar la voz del genio de la especie.

Comenzamos á descender. Se había disipado la niebla y á nuestros pies vimos un diminuto caserío. Un hombre armado de una escopeta nos contempló un instante, y después se echó el arma á la cara. Cerré los ojos y pensé otra vez en Godard, en Ma-

yet y en la caída de Luzbel al abismo. Pero al abrirlos, vi que aquel hombre huía. Continuaba el descenso, y el capitán, arrojando una cuerda al espacio, hizo señas para que la cogieran á un pequeño grupo de campesinos.

El descenso fué accidentado; el viento nos empujaba con grave riesgo de tropezar en los árboles ó los edificios. Suspendido de la cuerda, mi amigo animaba á los campesinos, arrastrados á veces por el aerostato. Cada vez que el cesto se aproximaba al suelo, el capitán arrojaba dentro grandes pedruscos, que nos lastimaban los pies. Por fin pudimos ponerlos en la tierra madre. Yo sentí un placer indecible, un embargamiento total de los torpes sentidos. Cogí las dos manos de mi compañera y las llevé á mis labios...

.....
 ¿Que cuándo se realizó esa excursión? Nunca. Es la que hubiera yo deseado realizar diez mil veces, la que hubiera hecho, de seguro, á no haberlo impedido... el miedo á que se equivoque Mættelinek.

LVII

El entusiasmo por nuestros clásicos me recuerda edades felices, arrobamientos adolescentes, tiernas adoraciones cándidas. Para mí entonces los tiempos pasados eran los tiempos de *nuestros mayores*. De ellos procedía la fe inmutable, la doctrina sabia, el arte maravilloso, la moral intangible, la justicia

distributiva, *scientia et virtus*. Tan grande era para mí *El mágico prodigioso* como *La moral á Nicómaco* ó los *Gozos de nuestro padre San José*. Edad en que las tempestades mismas parecían arrullos al apagar en el borde de la cuna sus tableteos; época en que, abierto el corazón á todos los goces exquisitos, preparada la frente á recibir el beso de todas las auras, creían percibir los oídos en cada afirmación un Decálogo, como los ojos en cada montaña un Sinaí.

Despertar un recuerdo impregnado en aroma de flores marchitas, evocar un pasado que iluminaron frescas y azuladas auroras, es un consuelo para un alma doliente. Pero ha pasado mucho tiempo; ha debido también pasar mucho dolor y enseñanza. Sacudido, atormentado por la adversidad, yo he fijado las miradas inquietas un día en el mundo que me rodeaba, y he encontrado por todas partes el dolor, la injusticia, la iniquidad, la esclavitud y la ignorancia. Por todas partes mostraba sus huellas una tremenda, una inexorable injusticia social. Entonces me he preguntado qué habían hecho para remediarla los que nos precedieron en el tiempo; de qué modo servían á la causa del bien la fe, la ciencia, el arte de nuestros mayores. Y aquel día comencé á estudiar é inquirir, á pensar por mí mismo, á desligarme de la reata, hasta llegar á convencerme de que no era el pasado ni tan grande ni tan hermoso como se nos decía *ex cathedra*, y que la labor de las nuevas generaciones consistía en deshacer la mentira de siglos, acabar con el arte de relumbrón, destruir las falsas leyendas y trabajar sobre firmes cimientos de observación y cálculo para edificar sobre una base incommovible la humanidad nueva.

Y con los ojos llenos de lágrimas, con la mano

en el corazón, con la garganta anudada, hasta no poder emitir un grito de angustia, vencido sin lucha, herido á mansalva, rodeado de madres sin hijos, de hermanos sin hermanos, sacrificados á un concepto artificioso de religión, de ciencia, de honor, de falsas grandezas de un pueblo harapiento y sin fe, recordé que un día había deslumbrado mi cerebro el teatro calderoniano, lleno de embustes y mentiras piadosas, apologista de crímenes cometidos en nombre de un falso honor caballeresco, ensalzador del supuesto libre albedrío, sancionador de todas las injusticias sociales, manipulador de Dios y del diablo, ornado con el esplendor de una métrica espléndida siempre, pero sembrada de conceptos oscuros, frases hinchadas, ampulosidades y solecismos, propios para divertir á monarcas degenerados como los Austrias y á muchedumbres ahitas de cascajo y esclavitud. Allí estaba, si no la causa, el espejo de nuestra decadencia y atraso. Por tantos conceptos erróneos, por tantas teorías absurdas, por aquellas costumbres odiosas, por aquel arte burdo y extrahumano, millones de soldados morían en la guerra y centenares de millares de mujeres y niños carecían de albergue y de pan. ¿Qué menos podía hacer entonces que, en un momento de tristeza sardónica, llamar á Calderon de la Barca el Padre Perico, y escribir mis no bien comprendidos *Ripios clásicos*?

* *

Sí. Eran aquellos los tiempos del Rey Perico, de los dramaturgos Pericos y del pueblo de los Palotes. Todo, en las tablas de los corrales como en el escenario del mundo, era burdo, grosero, falso, desencajado. Se engañaba á las gentes que ocupa-

ban el patio y la cazuela, como se engañaba en la corte al populacho. Resucitar el teatro de entonces con sus misticismos, sus crímenes, sus diablos y sus moralejas podrá ser labor meritoria, pero es estéril. Hoy todo el mundo, que sabe más que Voltaire y que Rosenkranzz, y aun que el diccionario de Montaner, piadoso auxiliar de eruditos, perdona á los autores de *La gatita blanca*, que ofrecen á los oídos música grata y á los ojos formas esculturales, en obras donde falta el arte dramático; pero falta también la propaganda de la injusticia, del error y del arte enfático y huero.

He aquí por qué á toda una generación literaria, sedienta de goces intensos, pero atenta al ritmo normal de las cosas serenas y humanas, arrancan las metafísicas de Cipriano, el libre albedrío de Justina, las mentecateces del diablo, los carbunclos del cielo, los áspides, Faetontes, ramilletes con alas é hipógrifos violentos, una leve y piadosa sonrisa.

LVIII

¿No habéis saboreado alguna vez el gusto acre de la soledad entre la muchedumbre? Un día, sin motivo, sin saber por qué, os habéis encaminado á un punto ignorado y distante; habéis avanzado por una avenida bordeada de plátanos, por donde la gente circulaba en grupos compactos. Habéis seguido á uno de estos grupos y habéis llegado lejos, muy lejos, tal vez hasta una iglesia, acaso hasta la

en el corazón, con la garganta anudada, hasta no poder emitir un grito de angustia, vencido sin lucha, herido á mansalva, rodeado de madres sin hijos, de hermanos sin hermanos, sacrificados á un concepto artificioso de religión, de ciencia, de honor, de falsas grandezas de un pueblo harapiento y sin fe, recordé que un día había deslumbrado mi cerebro el teatro calderoniano, lleno de embustes y mentiras piadosas, apologista de crímenes cometidos en nombre de un falso honor caballeresco, ensalzador del supuesto libre albedrío, sancionador de todas las injusticias sociales, manipulador de Dios y del diablo, ornado con el esplendor de una métrica espléndida siempre, pero sembrada de conceptos oscuros, frases hinchadas, ampulosidades y solecismos, propios para divertir á monarcas degenerados como los Austrias y á muchedumbres ahitas de cascajo y esclavitud. Allí estaba, si no la causa, el espejo de nuestra decadencia y atraso. Por tantos conceptos erróneos, por tantas teorías absurdas, por aquellas costumbres odiosas, por aquel arte burdo y extrahumano, millones de soldados morían en la guerra y centenares de millares de mujeres y niños carecían de albergue y de pan. ¿Qué menos podía hacer entonces que, en un momento de tristeza sardónica, llamar á Calderon de la Barca el Padre Perico, y escribir mis no bien comprendidos *Ripios clásicos?*

* *

Sí. Eran aquellos los tiempos del Rey Perico, de los dramaturgos Pericos y del pueblo de los Palotes. Todo, en las tablas de los corrales como en el escenario del mundo, era burdo, grosero, falso, desencajado. Se engañaba á las gentes que ocupa-

ban el patio y la cazuela, como se engañaba en la corte al populacho. Resucitar el teatro de entonces con sus misticismos, sus crímenes, sus diablos y sus moralejas podrá ser labor meritoria, pero es estéril. Hoy todo el mundo, que sabe más que Voltaire y que Rosenkranzz, y aun que el diccionario de Montaner, piadoso auxiliar de eruditos, perdona á los autores de *La gatita blanca*, que ofrecen á los oídos música grata y á los ojos formas esculturales, en obras donde falta el arte dramático; pero falta también la propaganda de la injusticia, del error y del arte enfático y huero.

He aquí por qué á toda una generación literaria, sedienta de goces intensos, pero atenta al ritmo normal de las cosas serenas y humanas, arrancan las metafísicas de Cipriano, el libre albedrío de Justina, las mentecateces del diablo, los carbunclos del cielo, los áspides, Faetontes, ramilletes con alas é hipógrifos violentos, una leve y piadosa sonrisa.

LVIII

¿No habéis saboreado alguna vez el gusto acre de la soledad entre la muchedumbre? Un día, sin motivo, sin saber por qué, os habéis encaminado á un punto ignorado y distante; habéis avanzado por una avenida bordeada de plátanos, por donde la gente circulaba en grupos compactos. Habéis seguido á uno de estos grupos y habéis llegado lejos, muy lejos, tal vez hasta una iglesia, acaso hasta la

estación del ferrocarril. Y habéis puesto en las risas, los charloteos ó las gesticulaciones, que no habéis podido descifrar, un interés amable. Los que disfrutan de pocos placeres—ha escrito Fontenelle—sienten muy vivamente los pequeños y aun muchos minúsculos que los demás jamás han sentido. Yo os digo que hay un intenso placer melancólico en presenciarse la vida, el movimiento, la agitación de los otros, cuando en el fondo de nuestro corazón una mano invisible parece haber suspendido el curso de las horas.

Al viaje sentimental de Sterne, he preferido siempre la excursión nocturna alrededor del cuarto De Maistre. Cabalgando sobre un alféizar he sentido cien veces el vértigo de la velocidad interplanetaria. Hoy ha sido el humilde banco de un andén el que me ha servido de hipógrifo. Allí he permanecido dos horas viendo gentes desconocidas, mirando el trajín de mozos y demandaderos, rodeado de baúles y cestas, mezclado con gentes desconocidas, que confrontaban billetes y talones y ordenaban baúles y maletines, mirando impaciente las agujas de un gran reloj caminar hacia la hora misteriosa de la partida. La partida... ¿adónde? Era indiferente. Y por lo mismo, esperaba nervioso, agitado, el momento en que nada debía ocurrirme, la hora exacta en que no debía pasarme lo más mínimo.

Una pobre aldeana ha echado de pronto algo de menos. Ha rebuscado en el fondo de un gran cabás; luego, en las entrañas revueltas de una cesta como aquellas en que colocan los manchegos sus requesones; por fin, ha esparecido por el andén el contenido bizarro de unas grandes alforjas, y al cabo, con ademán dolorido y trágico, ha levantado los brazos al cielo, como pudiera hacerlo Ifigenia,

murmurando con queda voz: «¡Ay, Dios mío!» En seguida, una idea ha debido asaltarla y se ha registrado el seno con mano nerviosa. Un pequeño grito, ahogado, infantil, se ha escapado de su garganta. Sí; allí estaba el perdido tesoro. Ha recogido precipitadamente sus bártulos y ha echado á correr, columpiando sus gruesas sayas. ¿No ha valido todo ello una pantomima del gran Novelli? Yo he sentido con ella la angustia del contratiempo inesperado, luego la desesperación de la pérdida irreparable, y al fin, la alegría victoriosa del hallazgo feliz. Y otra vez me ha asaltado la melancolía del aislamiento, la indefinible sensación de las cosas pequeñas que pasan á nuestro lado y se atropellan, y que nos envejecen y que nos matan.

Leo sobre un vagón: *Asturias*. Yo he vivido eso en alguna parte. ¡Ah, sí! Fué allá, en las soledades abruptas de Covadonga. Una mano tersa, suave, idolatrada, estrechaba mi mano, y unos ojos negros, magnos, candentes, me interrogaban absurdos misterios. Luego recuerdo haber escrito no sé qué juramentos sobre no sé qué rugosas cortezas. Otro nombre parece sonar en mis oídos: *Infiesto*; una noche de luna y un arco gigantesco apuntado, bajo el cual se asomaba un paisaje frondoso, que me enviaba sus ruidos evocadores nocturnos; lamentos de los ejes de lejanas carretas, chillidos remotos de pájaros errantes, susurros de las aguas de un río... Después Gijón, con sus playas serenas; Oviedo, con su catedral denegrida, sus claustros de ventanales amplios y solitarios; sus paisajes, sobre los cuales cae el agua mansa, tenaz, como un cortinaje de esmeril. Y la voz doliente, lejana, que con el mordente de una modulación dulce y soñadora, nos repite una y otra vez:

—¡Qué serenita cae la nieve!

Un señor gesticula á mi lado, manotea y parece indignarse. A vuelta de imprecaciones le dice á un empleado que él necesita á toda costa un departamento especial. Quiere viajar solo. ¡Infeliz! No sabe estar solo entre sus semejantes. Le es preciso verse aislado, absolutamente alejado de las demás viajeros. Pero allí estarán sus impedimentos para recordarle tráfaos é intereses mezquinos. No estarás sólo, no, desdichado. Pero mirame á mí, sentado entre un capitán de la guardia civil y una cesta de huevos. Tengo delante tres baúles y una vieja pintada de colorette; pero no estoy aquí; estoy en las rías serenas, calzadas de sandalias de flores; solo, junto al ceñidor de sus afluentes; mirando los astros que parpadean, oyendo las escalas dulcismás de la gaita heroica; prestando atención á los místicos campaneos de los rebaños trashumantes y sitibundos.

Todo el mundo se abraza, se oyen suspiros, lloros... Yo también me despedí así de alguien... ¡No me olvidéis, oh sombras! Ya se cierran las portezuelas. Suenan compañías, silbos, voces de mando, resoplidos de monstruo, y el tren se pone en marcha con su *trajín de fiera encadenada*. ¡Adiós, adiós! Hay pañuelos en muchos párpados... ¿Para qué llorar? Kempis lo ha dicho: «No lloréis por lo que tan presto se pasa.» Allí, en su departamento reservado, veo al señor que quiere viajar solo, al egoísta impenitente, registrando sus enormes estuches de merienda, de aseo, de cura de urgencia, de perfumería, de escritorio. Corre, imbécil. Tú pararás; pararás en alguna fonda, ó en algún casón de tu propiedad, infestado de pachuli. Pararás en la sierra ó en la montaña ó en la costa. Yo, sin verme, iré más lejos...

Se prepara otro tren y entran nuevos viajeros.

¿Veis cómo se renueva la vida? Todo dura una página de una guía oficial. Nuevos carruajes y nuevos letreros. Sobre mi mano se ha posado una mosca. «He aquí—dice Ruskin—la negra encarnación de la libertad.» Pasea sobre mis prominentes artrujos, como si ella también quisiera escoger una ruta... La espanto y va á entrar en un coche en que dice *Bilbao*. Y en seguida me veo sentado frente á Luchana. Es de noche, y sobre la vía proyectan sus reflejos ramilletes de chispas lanzados al espacio por la mole negruzca de los Altos Hornos. Tras mí, escondido no sé dónde, está el famoso puente que me recuerda compases de himnos. Luego cierro los ojos y creo hallarme delante de un árbol secular, gigantesco, sagrado. Me descubro, y después doy un grito. Y á mi voz parecen escapar de su copa dos ó tres bandadas de cuervos sombríos.

—¡Hermanos—digo—, purifiquemos esas hojas, enaltezcamos esos ramajes, limpiemos de vetustez ese tronco, renovemos lo que es bendito *euskaldunen arteam!*

Me he quedado triste, abatido. Ha pasado tal vez una hora, y me hallo solo en el andén.

—Caballero—me dice una voz—, no salen hoy más trenes.

Y salgo cabizbajo, recordando esta frase de Montaigne: «Recógete en ti mismo; pero antes prepárate para recibirte.»

Y ya fuera del edificio, otra vez entre gentes extrañas, que hablan, que rien, que gesticulan, experimento la tristeza de la soledad absoluta, del supremo abandono, de los países que no he de visitar, de los seres ausentes á quienes no he de ver, de las dichas pasadas, de las esperanzas marchitas. Y lenta, pausada, calladamente, vuelvo á subir por la avenida bordeada de plátanos, entre cuyos

ramajes se encienden los arcos voltaicos, como satélites de un mundo industrial que tiene triunfadores y que tiene, ¡ay!, vencidos.

LIX

EL CHISTE

Es la epidemia que nuestros predecesores literarios, con harto menosprecio de la realeza, hubieran denominado *reinante*. Librenos Dios de la metáfora. Ello es que desde los venturosos tiempos de *Las mil y una barbaridades*, no habíamos asistido, en clase de comadrones críticos, á partos tan felices de ingenio. Estamos en pleno intermedio cómico; qué comer no tenemos, pero ¡nos reímos más!...

No hay manera de sustraerse al retruécano, que nos sigue, nos acecha, nos asalta y nos desternilla. Entrad en vuestro domicilio. La señora os dirá que la sopa se retrasa porque es de tortuga; el niño, al cual aconsejáis la docilidad, os dirá que el animal más dócil es el chico del carpintero, que cuando le pegan menea la cola, y la criada os referirá que se ha escapado un toro, pero que no hay cuidado, porque ha sido en Puerta Cerrada. Reiréis, si es que los chistes os sorprenden de buen humor, y os preguntaréis luego qué ha ocurrido, qué imaginario doctor Ox ha hecho respirar á esta ciudad triste el oxígeno del ingenio y de la alegría,

para que todo el mundo se devane los sesos buscando el contraste, el doble sentido, la paradoja, la salida de pie de banco, que ha de desarrugar los entrecejos y hacer reír á la mismísima fuente de la Tripona.

No hay en ello gran daño. Tan fatigados estamos de cosas ridiculamente serias y enfadosas, que no parece mal que las gentes las vayan subrayando con algo de lo que los peritós denominan *choteo*. Además, había un monopolio del chiste, abominable como todos los monopolios. Los afortunados que tenían acciones—malas acciones, por lo general—se erigían en árbitros de la mentalidad y estorbaban no pocas un posible renacimiento literario. Recordemos á aquel incomparable dicharachero apodado *Clarín*, que descorazonó á una generación con sus admirables lucubraciones grotescas. Nadie habrá olvidado que, durante una década, un semanario que hoy hubiera aburrido á las gentes, sirvió para que don Sinesio, don Fiacro, don Celso y otros eximios se abrogaran la representación de la intelectualidad española. Eso ya es imposible. El tendero se ha percatado de que el chiste está en el contraste, de que hay palabras de doble sentido, y en cada mostrador, con los géneros que han sufrido mayor ó menor avería, se dan retruécanos de añadidura. Los tiempos son malos para los graciosos profesionales; hacen chistes por nada... *pour le plaisir*. Ya no se llega á ministro, ni siquiera á director general, por ese camino, como en los tiempos de Narváez. Las gracias que un tiempo sirvieron para escalar las cumbres de la fortuna, nos parecen sencillas y candorosas como la codorniz de la fábula.

No es fácil colegir todas las consecuencias de esta que pudiéramos llamar socialización del inge-

nio y vulgarización de lo cómico. Por de pronto, todas las rancias teorías, todos los sistemas cerrados, todas las presunciones fatuas y hueras rigideces, así sociales como artísticas, habrán de sufrir la terrible y demoledora prueba del ridículo. La doctrina severa de Leibnitz no pudo sostenerse, una vez que los búlgaros midieron sus baquetas en las espaldas de Pangloss. La seriedad no será ya diploma de sabiduría, ni podrán darse como serias cosas que puede pulverizar la carcajada de Arlequín. Dueño cada cual de los resortes de lo grotesco, podrá hallarlo dondequiera que vaya á ocultarse. Será suficiente un pequeño tirón al austero manto de Juvenal, para dejar al descubierto las desnudeces de Sardanápalo. Encendida esa luz jocosa, bastará revisar ciencia, religión, historia y costumbres para encontrar no pocas veces, tras la carátula impasible, la mueca grosera del farsante.

Pero tampoco del ingenio, de la alegría, se hará un oficio, y menos un tripodé. Dejará de ridiculizarse la vida serena en nombre de un afectado y vano humorismo, cuyo secreto será de todos. Dejaremos de idealizar las mentecateces y groserías chabacanas del *Lazarillo* y del *Buscón*, para desdeñar lo que no entendemos. Sabremos que hay cosas que resisten la burla por verdaderas y por nobles, y acabaremos por respetarlas. Haremos de la vida algo alegre, pero no grotesco, y antes de lanzarnos á hacer una gracia, pensaremos si no se nos habrá adelantado el repartidor de sifones ó el mezo de cuerda de la esquina.

Venga en buen hora el chiste á la casa del pobre. El alegrará las interminables veladas; él consolará de las miserias y desencantos. Por primera vez en la historia hará el bien. De tralla sangrienta en poder de los zoilos, se trocará en inofensivo

juguete en manos de los niños. Y aun al pasar por las gargantas de las mujeres y los labios trémulos de los ancianos, podrá dignificarse, perdiendo, de una vez para siempre, su empecatada grosería.

LX

Tengo un hermoso libro en las manos: es *Oriente*, de Blasco Ibáñez. Soy de aquellos que, como Jane Grey, cuando el viento silba y aúllan los perros, buscan en un libro, bajo una arcada solitaria, la serenidad de los lejanos paisajes apacibles. El libro del gran escritor es sencillamente admirable. Leyéndole, surcáis no solamente el espacio, sino el tiempo. Oriente aparece como es y como fué, y cuando al terminar la lectura os disponéis á entrar de nuevo en la vieja Europa, lo hacéis como el autor, con el hato al hombro, lo mismo que un invasor oriental de hace siglos, renovada la energía y el entendimiento para la conquista de la civilización.

Hay en *Oriente* no una, sino cien páginas soberanas. Y lo más asombroso es que entre ellas descuellan aquellas en que el autor describe lo que no ha visto, lo que pasó hace siglos, como si al genio le fuera otorgado el supremo don de reconstituir el pasado. Más fuerte que la muerte, cuanto toca con su pluma de hierro, despierta y vive. Citaré uno no más entre tantos y tan maravillosos prodigios.

Estamos en 1415. Constanza, la antigua ciudad episcopal, ha trocado su soñolencia en agitación,

para que en ella se celebre el Concilio. Le preside el emperador Segismundo, rodeado de toda la pompa de su majestad: guerreros bigotudos de Bohemia, rubios varones alemanes, feudatarios cubiertos de hierro, de la Europa Central. Frente á su trono se alineaban los rojos cardenales, con su perfil de pájaro, sombreado por los sombreros escarlata, los prelados y los frailes multicolores que leían rollos amarillentos. Cada cardenal traía tras sí un séquito interminable, y la ciudad estaba rodeada por un campamento en que sonaban todos los idiomas y cada día llegaban nuevas gentes á sostener las pretensiones de sus respectivos pontifices.

Una mañana apareció un sacerdote humilde de barba rubia y ojos azules. Traía revuelta á Hungría con sus predicaciones de piedad cristiana, de rebelde emancipación. Predicaba bajo los árboles, y la muchedumbre oíale absorta. Al verle aparecer corrió un estremecimiento por la docta Asamblea, como el que estremece á una jauría que olfatea la caza.

Juan Huss había sido llamado por el emperador, quien empeñó su palabra imperial de que su vida sería sagrada y de que no correría peligro alguno. El soberano faltó á su fe y entregó al hereje á la Inquisición. Una mañana fué Juan Huss sacado de su prisión. Cruces en alto, blandones encendidos, monjes encapuchados, lansquenetes oliendo á cerveza, pasaron ahogando con sus lúgubres cantos el susurro del lago al morir en la orilla. En la llanura, los cardenales á caballo, los nobles guerreros y las damas alemanas, rubias y pechonas, cabalgan en ventrudas hacaneas. ¡Prodigios de la fe! La leña de la hoguera ha sido traída rama á rama por el populacho, que desea atormentar y quemar á un apóstol redentor á quien no conoce.

Comienzan á crepitar las llamas. Surge el humo de las ropas carnavalescas que cubren á los condenados, como un último insulto. Pero de pronto, se abren las filas de soldados. Una vieja agotada y casi ciega avanza encorvada bajo un haz de sarmientos. Teme llegar tarde y no hacerse grata á Dios. Arroja el haz á la hoguera y sonríe. También en la hoguera sonríe el mártir.

—¡Oh, *sancta simplicitas!*—gime.

«Sus últimas palabras—dice el gran Blasco Ibáñez—fueron para la santa y eterna imbecilidad de los simples, que creen lo que les enseñan, odian lo que les señalan, y con la sencillez de la inconsciencia, matan ó persiguen, creyendo realizar una gran hazaña, á los que se preocuparon de su suerte, trabajando y sufriendo por ellos.»

*
*
*

Hay lágrimas en esa página soberana; lágrimas que llora la humanidad hace muchos siglos, y que durante inacabables centurias llorará aún. Pero en ese cuadro palpitante y vivo, lo que más me repugna no es la viejecilla jadeante que viene, impulsada por su fe ciega, á oficiar de verdugo de la verdad, del bien, de la redención de los hombres: son los lansquenetes oliendo á cerveza, son las damas pechonas y sonrientes que, desde sus hacaneas, contemplan el odioso espectáculo con la imbecil sonrisa en los labios y el hielo de la indiferencia en el corazón.

En el de la vieja ignorante y fanática arde una llama impía, funesta, pero llama al fin; en el del populacho insensible se ha extinguido todo rescoldo. No queda sino la mortal frialdad de la servidumbre y de la bajeza, la pasividad absoluta de

quien es incapaz de toda pasión y de todo arrebató. La simplicidad de la vieja mendiga puede ser santa; la de la turba sensual y grosera es solamente repulsiva y brutal.

Hace pocas noches asistía yo en la Princesa á una representación de *La intrusa*, de Mæterlinck. Todos los esfuerzos de los actores se estrellaron contra la frialdad de un público ignaro y de una prensa displicente. ¿Por qué? Ante un pueblo entero que gime y clama misericordia; ante la desesperación de los campesinos que, tras la noche lúgubre, increpan al sol, agotador é implacable, alzando sus voces, agitando sus brazos descarnados, mientras la muerte resuelve el drama de la maternidad llorosa y vencida, el público y la crítica habían encogido los hombros. Después de *Mora de la Sierra*, ni Benavente, ni Rusiñol, ni Zorrilla, ni Hartzenbusch, habían roto el hielo de la indiferencia. Tras estas amargas decepciones, llegó el drama de Mæterlinck.

Todo un universo literario cambia y se transforma. A lo burdo, desencajado y grosero, sucede lo normal, lo intenso y fervorosamente dramático. A los conflictos convencionales y falsos, el ritmo manso y bienhechor de la vida. No se trata de homicidios ó de adulterios, de emperadores y magnates, sino de las penas, alegrías, sobresaltos é inquietudes de los humildes. También es Mæterlinck un sacerdote bondadoso de ojos claros y barba rubia, que predica su buena nueva, haciendo que sea para todos lo que fué monopolio de los ambiciosos y soberbios.

Es de noche. La enferma, recluida en su dor-

mitorio, es cuidada por su enfermera. En el escenario, en torno de la camilla cubierta por el tapete hecho á mano en las interminables véladas, bajo la luz pálida y soñolienta de la lámpara familiar, los parientes inquietos se agrupan y comentan el curso de la enfermedad de la hija más querida. El silencio es solemne, la noche es fría y el abuelo, medio ciego y postrado, sufre el presentimiento de una fuerza implacable que se aproxima, de algo exterminador que se acerca. Se oye un débil rumor en el jardín, y las nietas abren la gran ventana de cristales para escudriñar en la sombra. Alguien ha entrado, pero nada se ve. Las hojas de las flores se desprenden de sus tallos marchitas; los pájaros huyen á ocultarse en sus nidos; una ráfaga fría pasa por los senderos enarenados y penetra en la estancia á helar los miembros de la familia atribulada. El viejo presente la proximidad de *La intrusa*, que llega implacable, y ordena á las nietas que cierren las grandes ventanas. Pero éstas no pueden hacerlo. Parece que las empuja una mano invisible. La sensación de lo extraño, de lo extranatural, del infinito misterio que nos rodea por todas partes, hace erizar nuestros cabellos. Se oye el rumor debilísimo de una hoz.

—Es que siegan el césped—dice una nieta.

Y el abuelo, convulso, con voz angustiada y balbuciente, contesta aterrado:

—¡Parece que siegan dentro de la casa!

Y el público entonces se ríe. Ríe á carcajadas. Rien las mujeres hermosas, de espléndido busto, de cabellos ensortijados y de ojos magnos y soñadores. Rien los hombres que pasan por cultos, como si la carcajada de la necedad pudiera alejar la cautelosa marcha, el rítmico y apagado paso de la muerte que llega.

Escucha luego la familia doliente extraños rumores. Pasos en la escalera, golpes discretos é imperceptibles en la puerta cerrada, oscuros llamamientos del Misterio augusto, extrañas adivinaciones de lo que llamaba Victor Hugo la gran sombra. Cada vez el sobresalto y la angustia son más crecientes; la lámpara se extingue: se oye el llanto de un niño. Se abre la puerta de la alcoba, de la cual sale un foco de luz rojiza, y la hermana de la Caridad arroja á la sombra estas palabras:

—¡Ha muerto!

La *intrusa* ha llegado, ha esgrimido su hoz, ha segado una vida y se retira al seno de la tétrica noche á seguir su tenaz, su inacabable, su amarga tarea.

La familia se precipita al cuarto mortuario. El viejo semiciego, vacilante, extendidos los brazos, se adelanta también. El llanto le ahoga. Apenas acierta á balbucir un tierno sollozo:

—¡Hija mía!

Y el público ríe, ríe á carcajadas.

¿De qué, corazón mío, de qué?

Son los lasquetetes que sonríen ante la hoguera; son las blandas y pechonas dueñas de los castillos que abren sus labios á la sonrisa ante las llamas que acarician el cuerpo fatigado y doliente de Juan Huss.

La simplicidad ya no es santa; es baja, es servil, es ignorante y necia.

También hubiera hecho reír, si se hubiera representado, mi *Vaca muerta*, símbolo de un hogar extinguido en olvido y en lágrimas. También sospecho que hubieran hecho prorrumpir en carcajadas mis *Relicarios*, último don de una vida frustrada y marchita.

¿Para qué escribir? ¿Para qué soñar con la liberación y el enaltecimiento de los humildes?

Nos espera algo más triste que la hoguera: el ridículo. No habrá para nosotros un haz de sarmientos, traído sobre espaldas encorvadas y jadeantes, que al arder bajo nuestras plantas, nos inspire una dulce misericordia. Ante las risas indiferentes de las muchedumbres groseras, no hallaremos ni un rasgo, ni un gesto, brutal, pero sublime, homicida, pero inspirado, que haga para nosotros santa la perdurable imbecilidad.

LXI

¿Es verdad que hay hombres que golpean á sus mujeres? Yo he leído eso, de niño, en los folletines. De noche, sola, en el medroso zaquizami, la mujer vela, en espera del noctámbulo empecatado. Allá á la madrugada, cuando ya la luz del alba comienza á iluminar el rellano, el ebrio consuetudinario, el impenitente *golfo*, aparece. Le precede el insostenible vaho de alcohol; le acompaña la grosera blasfemia. A cada paso, inseguro y pesado del bruto, la pobre víctima se estremece como la hoja en el sauce. Por fin aparece el verdugo con su cara amodorrada, estúpida, inconsciente. Entonces es cuando se alza una mano callosa y cae con estrépito de estallido sobre una mejilla descarnada y enjuta, empalidecida por las vigiliatras tristes y solitarias, medio abrasada por el llanto, consumida por el agotamiento irremediable y fatal.

Pero no lo he visto jamás. Hubiera yo interpuesto mi cara para evitar el golpe. Una mujer abofeteada es algo tan absurdo, tan inexplicable, tan contra Natura, que repugna al espíritu varonil. La cabeza de Carlota Corday se cubrió de vergüenza al sentir el cachete infamante sobre el tablado de la guillotina; debió enrojecer por el verdugo, que se hacía á sí mismo tamafia afrenta. Aquella bofetada anunció el Imperio; la Revolución no podía pasar más allá.

En una tierna y conmovedora narración de Narciso Oller, el protagonista siente también subir á su frente la rabia en oleadas. Ciego de furia y de dolor, también alza su mano sobre la pobre mujer indefensa. Pero luego queda aturdido; siente repercutir el golpe, una, dos, mil veces, en sus sienas con martilleos de insupportable oprobio, y entonces corre al tajo, blande su hacha de carnicero, y de un solo golpe, firme y seguro, se corta la mano criminal. Sólo así ha expiado su culpa. Sólo de este modo podrá atreverse á presentarse ante la mujer ofendida y reclamar de sus ojos llorosos una mirada de amor é indulgencia.

Aun cabe el asqueroso delito en el ebrio, en el ineducado, en el semisalvaje. Se comprende que pegue á la mujer un patán; ¡pero un caballero! Cuando esto sucede, no bastan á disipar una huella sangrienta todas las gules de un escudo. Surge entonces el buen Rodrigo del *Romancero*, para repetir su imprecación á Diego y Fernán González. Se cree sentir estremecerse de la gola á las grebas las viejas armaduras y pasar un hálito de desdoro sobre las enmohecidas panoplias. No fué á mujeres á quienes vencieron aquellos paladines adustos que desde los lienzos empolvados contemplan la infame felonía; no fueron mejillas de desposada las que

cruzaron con su lanzón en los torneos y hendieron en la guerra con sus hachas ferradas de armas. Por las habitaciones medrosas, que aun conservan el eco de las pisadas de nobles é infanzones, que aun guardan tintineo de incrustadas espuelas y rumor de argentadas lorigas, repercute algo así como un rugido que protesta contra el baldón y se rebela contra la indigna fechoría bellaca.

Hace cerca de tres mil años que la sabiduría oriental puso en boca de Sarmasastra estas palabras memorables: «No pegues á una mujer ni siquiera con una flor.» ¿Quién se complacerá en volver más atrás en la civilización de aquel pueblo que escribió el Código de Manú? Ni aun con tallos, ni siquiera con pétalos de jazmín ó de rosa, es posible abofetear las mejillas de una mujer sin experimentar el dolor infinito de haber contrariado la ley suprema del amor y el noble instinto de la misericordia. Pegando á la que es ó ha de ser madre de nuestros hijos, parece que se atenta á las generaciones futuras. Golpeando á quien ha sabido elevarnos al sublime deleite, se ofende en bloque á la humanidad, que por boca del vulgo nos dice que «la carne que se comé no se apalea».

Un noble y generoso escritor, cuyas obras debieran las mujeres poner á toda costa al alcance de sus maridos, Michelet, ha escrito indignado: «¡Malhayan los que humillan á las mujeres y les quitan nobleza, decisión y alma!» Todo hombre tiene en sus propias manos su felicidad, porque puede hermosear y rejuvenecer á su compañera haciéndola dichosa. Puede hacerla agradable, encantadora más bien. La mayor parte de los hombres que desprecian á sus mujeres, ni saben lo bellas que pudieran ser bien vestidas y rodeadas de felicidad, ni la ternura, gracia é inocente co-

quetería de que son capaces. Buscan fuera de casa lo que su estulticia les impide ver dentro; porque no hay mujer vieja ni mujer fea para el hombre que sabe evocar la belleza y la juventud. En el corazón de toda mujer injusta y torpemente olvidada, está escrita esta frase: «¡Si los hombres supieran!»

Yo daría cien horas de alegría, muchos días de dicha y fortuna, por que un solo hombre, el que creyera tener la esposa más desagradable, hiciera la prueba durante un año —pero sin desfallecimientos ni cansancios— de tratarla, aun á prueba de desdenes, como trataría á la mujer ideal. Que la hiciera objeto de los cuidados más exquisitos, de las más ingenuas ternuras; que la rodeara de comodidades y obsequios y de esas pequeñas atenciones que tanto agradece la mujer. Yo estoy bien seguro de que al cabo de un año creería haber despertado de un sueño, estaría verdaderamente encariñado de su compañera y sería feliz. En el caso más desgraciado, se habría ennoblecido á sí propio y sentiría ese bienestar hondo que experimenta el padre que se sacrifica por el hijo rebelde. Vale más verter lágrimas que hacerlas verter.

¡Beati qui lugent!

Mucho pudiera hacer la sociedad rechazando de su seno á esos *caballeros* altos y bajos que golpean á las mujeres y las tratan como no tratarían á un caballo ó á un perro de caza. Por sí mismos se han condenado á la esclavitud. Y mucho hará compadeciendo á esas pobres víctimas, muchas veces cubiertas de blondas y sedas, que no encuentran siquiera, como consuelo á su dolor, el silencio y la obscuridad que pedía Balzac para los corazones heridos

LXII

Vosotros, los que ya dobláis la cumbre de la vida, acaso recordaréis al insigne don Alfredo Adolfo Camús. Sus discípulos llamaban al viejo catedrático Camús á secas, y ya era bastante. Se decía Camús como se decía Demóstenes ó Plauto. En su cátedra, con grave escándalo de los doctos, se aplaudía, se reía á mandíbula batiente, á veces se lloraba, y lo que era mejor, se formaba el corazón y el cerebro. El maestro sublime y desconocido era irónico, como todas las grandezas secretas. Así, cuando hablaba de un sabio extranjero, bajaba la cabeza, entornaba los párpados y decía con acento solemne: «Mi ilustre amigo, el insigne profesor de Heidelberg...», ó bien: «Mi docto amigo, el eminente catedrático en la Sorbona...» Pero venía un refrán á cuento, y entonces, guiñando sus ojillos relampagueantes de malicia y dibujando en sus labios una sonrisa picaresca, pasaba la mano sobre la calva reluciente y comenzaba así: «Como decía *nuestro* buen amigo Sancho Panza...»

Sancho Panza continúa siendo el amigo de todos. Para los héroes siguen guardadas las aventuras; para todos, el refranero. En el orden político y social, la afirmación degenera en tópico: Cánovas, Sagasta, Montero, Pidal, nos dieron, uno la libertad, el otro el orden, aquél el respeto de los extraños, éste la fe ó las sublimidades de la oratoria. De nuestras desdichas no hay que hablar: son obra de todos. Nada tenemos que echarnos en cara; á sabiendas ó no, entre todos matamos á Meco.

No es posible escuchar á ninguno de nuestros prohombres, sin oír con los pelos de punta el «¡Por vosotros le crucificaron!» Al sentir el peso de la acusación, se nos pega la lengua al paladar, se nos oprime la garganta y la sangre parece martillar-nos las sienas. Lo ocurrido es muy grande; al lado de las villanías que aquí se han cometido, es un grano de mijo lo de Fuente Ovejuna. Todos en la patria pusimos las manos, y no bastan á lavar sus palmas enrojecidas todas las fuentes shakespearianas.

No protestemos, siquiera por aquello de que todos ó casi todos habremos de morir, según el famoso predicador del cuento. No me parece, sin embargo, demasiado pedir un tantico de parsimonia al aplicar la escala de penas á cada delincuente. Entre quien perdió su fortuna y sus hijos en la guerra, sin saber de ello sino que había que pagar y morir, y quien dirigió los (de alguna manera habrá que llamarlos) negocios públicos, parece que hay alguna pequeña diferencia en intención de perversidad. De quien predicó primero la opresión y luego la lucha sin cuartel, á quien aconsejó, ante todo, la libertad y después la concordia, se me antoja que media algo más que unos días de arresto mayor; entre el hambre, la miseria y la desesperación de los unos y el hartazgo, vanagloria y encumbramiento de los otros, no es aventurado afirmar que existe alguna desigualdad de penitencia.

Y esto último es lo más doloroso. Si en la culpa no cabe distinguir entre autores, cómplices y resignados, la lógica más elemental debiera prescribir análoga equidad de sanción. Figuraos, por ejemplo, á dos hombres: uno de ellos es semiomnipotente; dispone de vidas y haciendas, administra intereses, dicta leyes, declara la guerra y la paz.

El otro labra con sudor y fatiga la tierra, no interviene para nada en la gestión de los negocios públicos, se le niega el voto ó se le suplanta, nada puede hacer en daño ó provecho de la patria; sólo sabe que su triste destino es reventarse sobre el terruño, entregar sus hijos cuando se los pida el sargento, y el fruto que arranca á la tierra al usurero y al recaudador. Suponed ahora que sobreviene el tremendo desastre, y que muertos los hijos, perdida la cosecha por falta de riego, agotada en el arcón la postrera hogaza, el rico, el fuerte, el potentado, se acerca al anciano lloroso y convulso que, apoyado en la azada, siente sus plantas vacilar, y con tono airado le dice: «¡Todos somos culpables! ¡A todos la conciencia nos grita!» Y esto dicho, sube en su automóvil y se aleja, levantando á su paso torbellinos de polvo... ¿No os parece que habrá en esta escena algo más que una sangrienta y cruel ironía?

Hagamos otro paralelo. Supongamos que un fuerte camina, en la sombra, de la mano de un débil. Ambos van derechos á una infecta laguna, y el débil lo advierte; pero el fuerte desprecia su consejo. Oprime su mano y lo arrastra. Quejas, imprecaciones, injurias, nada basta á detener al coloso, que lleva tras sí al oprimido en carrera insensata. Procura éste asirse á las rocas, y sus manos se cubren de sangre; intenta enredar su ropa en las zarzas, y sus vestidos caen en jirones; quiere morder la mano de su guía, y éste con ella le azota el rostro, diciéndole en tono de villipendio: «¡Corre, cobarde, corre!» Ambos caen en el fango. Pero entonces, ¡oh extraña anomalía!, el fuerte, más alto, más robusto, apenas siente en la cintura la presión asquerosa del cieno, y encarándose con el débil, que se hunde en él hasta la garganta, le

grita indignado: «¡Hemos sido unos necios! ¡Has sido tan imprudente como yo!»

¡Todos responsables!... Pase por esta vez. Pero acusar á todos es dejar á todos impunes. Donde todos delinquen no hay delincuencia, porque el Derecho objetivo se da para todos, y sólo por la particular transgresión se perturba. Además, la conciencia colectiva puede gritar á esos acusadores que censuran en el peligro como el pedagogo de La Fontaine: «Si sabiais que éramos todos frágiles, ¿por qué no hicisteis las leyes adecuadas á nuestra triste fragilidad? Si éramos ciegos, ¿por qué no nos abristeis los ojos? Si incapaces de obedecer, ¿por qué os empeñasteis en gobernarnos? Andad en mal hora, que quien ve en todas partes el mal no sabe percatarlo en ninguna, y no es bien que nos lleve de la mano quien ya una vez nos lanzó al abismo.»

Pero no; ellos siguen tenaces, obstinados en hacernos felices, citando á cada paso las enseñanzas de su amigo, el pensador ilustre de la Universidad de Heidelberg.

Nuestro amigo sigue siendo el buen Sancho, y gracias. Y aun recordando la aventura de los yan-güeses, nos sentimos tentados á decir: «Si; nuestro amigo es Panza, ¡y á mucha honra!»

LXIII

—¿Por qué está triste la juventud?—ha gritado de pronto el coronel, con la misma voz que debió emplear en las lomas para gritar: «Esas filas, ¿por qué no se cierran?»

Yo he creído volver de un sueño tan largo como el de Rip Van Vinckle. Y he contestado sobrecogido al viejo guerrero:

—Eso es: ¿por qué está triste la juventud?

El coronel, con el ceño fruncido, daba vueltas á la taza de Sevres, como si en su fondo y entre los posos del café ya apurado estuviese una pena negra y diminuta.

Lejos de nosotros, junto al balcón, estaba Laura, la hija del coronel, con la mano ebúrnea apoyada en su boca de claveles sangrientos, mirando distraída á la calle, en donde sonaba en un violín la siciliana de Mascagni.

Nos miró un instante con sus ojos que parecían dos interrogantes sombríos, y luego los veló con sus largas pestañas negras, como los dardos de una antigua corona de hierro.

—Está triste la juventud—dijo el coronel—porque hemos matado su idealidad. Le hemos dieho que se envejece y se muere sin esperanza ni otro fin que la muerte misma.

«Le hemos enseñado que en el mundo se lucha por el solo placer de luchar, y que en ese combate el vencido es siempre y en toda ocasión el más débil.

«Y cuando levanta los ojos al cielo, se lo mostramos vacío de dioses, como un espacio frío y obscuro en donde giran silenciosos los astros muertos.»

Ha habido una pausa, durante la cual se ha escuchado otra vez el violín del mendigo y Laura ha dibujado en su boca esa sonrisa que todas las mujeres tienen guardada para las adustas filosofías.

—Está triste la juventud—ha seguido implacable el disertador—. Todos los escritores lo afirman y ella misma, en las artes como en la vida, da de tal verdad testimonio.

Como para desmentir tal aserto, en la calle estalló un coro de carcajadas, francas y alegres, lanzado por unas muchachas que, sin duda, no habían leído al viejo Schopenhauer.

—La vida siempre fué un gran dolor, pero ese gran dolor tenía un consuelo, que hemos cubierto en la pizarra de signos algebraicos y hemos borrado en el laboratorio con fórmulas químicas.

»Y la vida no tiene consuelo: es infame, es brutal, es un alarido de rabia, cuando no le convierte el egoísmo en un grosero y repugnante bostezo.

»La juventud es prisionera de la verdad, pero la verdad la ha matado. Hay tesoros que matan, como en los Nibelungos, y danzas que aniquilan, como en Walpurgis.»

Una turba de mozalbetes ha pasado bajo el balcón, soplando á dos carrillos en sendos silbatos. Laura ha aprovechado el pretexto y ha abierto la vidriera.

Una vez sobre el antepecho, ha dejado caer disimuladamente un papel. Me pregunté en seguida si estaría cubierto de signos algebraicos ó de fórmulas químicas.

Un papel escrito por una mujer es siempre una fórmula ininteligible para quien no ha leído antes en sus instintos y en sus ambiciones.

Me he separado del coronel y me he acercado á Laura. Con gran sobresalto he visto que el papel había caído en otro balcón, en vez de llegar á su destino.

—Iré por él—he dicho á la niña, muy quedo—. No te apures. Nadie sabrá ni tus secretos ni tus confidencias.

Pero la niña me ha contestado, ruborizándose ligeramente:

—No es preciso. Eso sólo lo entendemos nosotros.

Entonces me he explicado todo el problema. No. La juventud no está triste; lo que hay es que no la entendemos, porque sólo comprende quien ama.

Y hemos ya doblado la cumbre y hemos mirado mucho á los astros y hemos pasado muchas vigiliias estudiando fórmulas algebraicas.

Por eso estamos tristes y por eso proyectamos la sombra sobre esas cabecitas de oro ó de endrina, sobre las cuales palpitan todos los júbilos y se cierran todas las esperanzas.

Estamos tristes porque hemos descifrado el arcano; pero no puede estarlo quien sabe escribir billetes á hurtadillas y arrojarlos al viento perfumado, en donde el ansia de lo grande murmura y el genio de la especie aletea.

LXIV

LA MARQUESA, reclinada en un canapé estilo Imperio, juega con los encajes de su bata y golpea acompasadamente con el tacón de su chinela bordada en lentejuelas de oro el mosaico de su gabinete de aseo. Su frente, de una blancura nivea, se apoya de vez en cuando en su larga y afilada mano de canonesa, como para alejar cierta inquietud ó fatiga. Su doncella CLARA permanece en pie, en actitud más respetuosa, contrita, avergonzada, casi llorosa, como esperando una grave acusación y repulsa. Sus brazos, caídos á lo largo del cuerpo, denotan abatimiento invencible, y sus dedos retuercen nerviosamente los bordados del delantal. Hay una breve pausa.

LA MARQUESA.—Sepamos: ¿qué ha ocurrido durante mi ausencia?

CLARA.—Ha ocurrido... Verá la señora...

Como para desmentir tal aserto, en la calle estalló un coro de carcajadas, francas y alegres, lanzado por unas muchachas que, sin duda, no habían leído al viejo Schopenhauer.

—La vida siempre fué un gran dolor, pero ese gran dolor tenía un consuelo, que hemos cubierto en la pizarra de signos algebraicos y hemos borrado en el laboratorio con fórmulas químicas.

»Y la vida no tiene consuelo: es infame, es brutal, es un alarido de rabia, cuando no le convierte el egoísmo en un grosero y repugnante bostezo.

»La juventud es prisionera de la verdad, pero la verdad la ha matado. Hay tesoros que matan, como en los Nibelungos, y danzas que aniquilan, como en Walpurgis.»

Una turba de mozalbetes ha pasado bajo el balcón, soplando á dos carrillos en sendos silbatos. Laura ha aprovechado el pretexto y ha abierto la vidriera.

Una vez sobre el antepecho, ha dejado caer disimuladamente un papel. Me pregunté en seguida si estaría cubierto de signos algebraicos ó de fórmulas químicas.

Un papel escrito por una mujer es siempre una fórmula ininteligible para quien no ha leído antes en sus instintos y en sus ambiciones.

Me he separado del coronel y me he acercado á Laura. Con gran sobresalto he visto que el papel había caído en otro balcón, en vez de llegar á su destino.

—Iré por él—he dicho á la niña, muy quedo—. No te apures. Nadie sabrá ni tus secretos ni tus confidencias.

Pero la niña me ha contestado, ruborizándose ligeramente:

—No es preciso. Eso sólo lo entendemos nosotros.

Entonces me he explicado todo el problema. No. La juventud no está triste; lo que hay es que no la entendemos, porque sólo comprende quien ama.

Y hemos ya doblado la cumbre y hemos mirado mucho á los astros y hemos pasado muchas vigiliass estudiando fórmulas algebraicas.

Por eso estamos tristes y por eso proyectamos la sombra sobre esas cabecitas de oro ó de endrina, sobre las cuales palpitan todos los júbilos y se cierran todas las esperanzas.

Estamos tristes porque hemos descifrado el arcano; pero no puede estarlo quien sabe escribir billetes á hurtadillas y arrojarlos al viento perfumado, en donde el ansia de lo grande murmura y el genio de la especie aletea.

LXIV

LA MARQUESA, reclinada en un canapé estilo Imperio, juega con los encajes de su bata y golpea acompasadamente con el tacón de su chinela bordada en lentejuelas de oro el mosaico de su gabinete de aseo. Su frente, de una blancura nivea, se apoya de vez en cuando en su larga y afilada mano de canonesa, como para alejar cierta inquietud ó fatiga. Su doncella CLARA permanece en pie, en actitud más respetuosa, contrita, avergonzada, casi llorosa, como esperando una grave acusación y repulsa. Sus brazos, caídos á lo largo del cuerpo, denotan abatimiento invencible, y sus dedos retuercen nerviosamente los bordados del delantal. Hay una breve pausa.

LA MARQUESA.—Sepamos: ¿qué ha ocurrido durante mi ausencia?

CLARA.—Ha ocurrido... Verá la señora...

LA MARQUESA.—¿Algo desagradable para mí?
CLARA.—Para vucencia, no.

LA MARQUESA.—Me habías asustado con tu turbación. ¿Quién ha venido?

CLARA.—El señor, tres noches. Como almuerzo y cena en el Casino y tiene su partida de ajedrez...

LA MARQUESA.—Bien. Eso no te interesa. ¿No ha venido alguien más?

CLARA.—Por de contado: seis ó siete tardes el señorito Enrique.

LA MARQUESA (*finjiéndose distraída*).—¿Preguntó, sin duda, la fecha de mi regreso?

CLARA.—Justó.

LA MARQUESA.—¿Con interés?

CLARA.—Bastante.

LA MARQUESA (*después de un minuto de meditación*).—Tienes los ojos húmedos. ¿Has llorado?

CLARA.—Perdone la señora... Son cosas mías. Pero como una no tiene más que una cosa que perder...

LA MARQUESA.—No te entiendo.

CLARA.—Quería decir á vucencia que, agradeciendo mucho sus bondades, me marchó.

LA MARQUESA (*sorprendida*).—¿Que te marchas? ¿Por qué? ¡Ah! Ya comprendo. Lo que decías hace poco... Se ha permitido Juan alguna pequeña libertad contigo. ¿No es eso?

CLARA.—No lo niego. Afortunadamente, he sabido tener á raya á ese bruto. De todas maneras, siento decirle á la señora (*medio llorando*) que no ha debido dejarme sola en la casa y llevarse toda la servidumbre. Era demasiado expuesto para una muchacha joven y desamparada como yo.

LA MARQUESA (*con sequedad*).—¡Hola, hola! ¿Rebelle y además virtuosa?

CLARA (*sofocada*).—Soy mujer al fin, y no nece-

sitaba sufrir atropellos. Una muchacha sola no está bien en una casa en donde entran y salen hombres.

LA MARQUESA.—Hijita, esos son gajes del oficio. Te hubieras dedicado á azafata y sirvieras con harto mayor desembarazo. Es preciso que te convanzas de que Juan es un buen muchacho, que se habrá permitido alguna libertad en honor de tu buen palmito y en gracia de...

CLARA.—¿De qué?

LA MARQUESA.—En gracia... de la *primavera*. Pero es incapaz de perjudicarte; ya sabes lo reservado que es. Además, en tu situación, ciertos escrúpulos tienen así aires de melodrama, que siento decirte, *no te van...*

CLARA.—¿Qué dice vucencia?

LA MARQUESA.—Que para una mujer que no tiene padres, ni hermanos, ni marido, ni amante, ni amistades, ni relaciones, el *qué dirán* es una cosa soberanamente ridícula. Otra canción sería teniendo que perder una posición, una reputación cimentada, un afecto...

CLARA (*irguiéndose*).—¡Señora: yo tenía que perder algo más: mi honra!

LA MARQUESA.—Tienes razón; ¿quién te lo niega? Todo eso es muy bueno y muy respetable. Pero ¡vamos! concédeme que, al entrar á servir, no se hacen precisamente ciertos votos y que cuando no se quiere correr determinados riesgos, lo mejor es estarse en su casa, resignándose á la pobreza, á la vida honesta del campo...

CLARA (*llorando*).—¡Si, ya lo sé: que servir es eso, estar á merced del primero que pasa, ser despreciada por todos, no tener derecho al respeto de nadie! Perdone usted, señora marquesa, pero no puedo estar más aquí. Me marchó... no sé adónde...

á llorar á mis anchas, á que no sea mi pena un estorbo.

LA MARQUESA (*con altivez*).—Puedes resolver lo que gustes. Pero hazme la merced de llamar á la segunda doncella.

CLARA.—Perdone vuecencia. Pero en mi caso...

LA MARQUESA.—No es para tanto; pero en fin, allá tú.

CLARA.—¿Que no es para tanto mi desgracia?

LA MARQUESA.—¿Tu desgracia? Luego Juan...

CLARA.—¿Si no ha sido él, señora marquesa, si no ha sido él!

LA MARQUESA (*palideciendo ligeramente*).—¿Estás en tu juicio? Entonces lo que te pasa es más grave. ¿Quiere decirse que me has vendido? Mira despacio lo que afirmas.

CLARA.—La verdad, por desgracia.

LA MARQUESA.—¿De modo que yo te dejo aquí como persona de confianza y abusas de ella? Vamos, eres una desvergonzada.

CLARA.—No, señora, no. Fué *él* quien tuvo la culpa, quien abusó de mi debilidad y de mi temor al escándalo. ¡Vaya una acción para un señorito!

LA MARQUESA.—Me has ofendido y te perdono. Puedes ir á que te paguen tus salarios. En cuanto á mi marido, también le absuelvo, por haber tenido el pésimo gusto de rebajarse á ti.

CLARA.—¿De rebajarse? Pero ¿por quién me toma vuecencia?

LA MARQUESA (*con ironía*).—Anda, ve con Dios, pobrecita. ¡Tiene gracia! No llores. ¿Ves lo que te decía? La primavera. Para ella son iguales los nobles y los patanes.

CLARA.—Pero, señora marquesa... ¡Si tampoco ha sido el señor marqués quien ha cometido esa infamia!

LA MARQUESA.—Pues ¿quién ha sido?

CLARA.—Su amigo de usted: el señorito Enrique.

LA MARQUESA (*levantándose trémula*).—¡Mentira! ¡Eres una insolente!

CLARA (*sollozando*).—¡El ha sido! ¡El, que parecía tan bueno!

LA MARQUESA (*iracunda y fuera de sí*).—¡Vete, vete de mi presencia, si no quieres que te estrangule! No vuelvas á pisar el umbral de mi casa. ¡Ramera! ¡Mala mujer!

CLARA.—Ya me voy; ya me voy. ¡Dios mío! ¿Por qué no habré conocido á mi madre?

LA MARQUESA (*desplomándose en el canapé*).—¡Qué desgracia! ¡Qué iniquidad!... Y ¡qué poca vergüenza tienen esas bribonas!

LXV

Conoci á Eslava en un pueblo cercano á Madrid, cuando apenas *me andaba* en sincopas breves, es decir, en aquella lección cortisima 53, que parece una sonora marcha triunfal. Entré con mi padre en una casita de un solo piso. En el comedor estaba don Hilarión, quien se levantó para saludarnos. Era hombre altísimo, recio y enjuto, de ojos muy vivos, cabello rapado y orejas en asa (perdone Lombroso). Continuó su frugal refrigerio, y ocurrió con la criada, nueva y lugareña, una escena cómica inolvidable.

—Don Hilario, agua.

—Hilarión, hija mía.

—Aquí tiene fruta, don Hilario.

—Hilarión, hija mía, *Hilarión*.

—Don Hilario...

—Pero, vamos á ver, ¿por qué te obstinas en llamarme Hilario, si me llamo Hilarión?

—¡Ay, señor, perdóneme usted; pero como es usted tan grande, creí que lo de Hilarión era un mote!

Grande era, en efecto, por su saber y su austeridad. Llegado al órgano, bajo su severo traje talar, se agitaba nervioso, se despertaba apasionado y sublime el artista. Con voz medrosa de niño asustado canté mi lección 47—*do mi do mi sol do*—, flor exquisita, suave, alegre, de aquella musa desterrada del amor y de la alegría. Y él me acompañó con acordes solemnes, como si al canto de regocijo de un alba acompañara el eco desolado de un triste crepúsculo opalino.

Después, no he vuelto á ver al maestro. Pero apenas si recuerdo una sola impresión honda y dulcísima de mi infancia que no *suene* en mi corazón con esos ecos que cientos de lectores recordarán emocionados al leer estas líneas.

¿Qué emociones intensas, qué escenas lejanas, qué impresiones castas é inolvidables no despierta en el alma de centenares de viejos solistas esa lección 43 en tono menor—*la—mi la si do si la si*—, que parece una queja doliente y serena, trocada luego al cambiar en tono mayor en frase vibrante de esperanza? ¿Qué júbilos van unidos á los victoriosos y alegres tresillos de la 41? ¿Qué dichas al *sol re—si la re* de la 11 de la parte segunda, qué ternuras á la 23 en tono de *fa* y qué proyectos á la 29 con su entrada varonil y sus mordentes en semifusas? Toda esta jerga, que pudiera parecer bárbara á no pocos lectores, ha de hacer asomar lágrima

mas á los ojos de cientos de seres penosamente desengañados y de millares de almas solitarias:

Luego la música de Eslava, asociada en muchos sensorios á las impresiones recibidas en la niñez—las más duraderas—, anteriores en ellos á las leyendas ingenuas y á los cuentos maravillosos de la *Cenicienta*, evocadoras en otros de los románticos é inolvidables éxtasis de la juventud fragante y vigorosa, es también para muchos pechos doloridos rememoración de esperanzas que fracasaron y proyectos que se deshicieron en humo. Tienen la melancólica tristeza, el desgarrador atractivo de los alcázares vistos en sueños, que se desvanecen; de los solitarios y umbrosos jardines en que nos fué negado fijar la planta trémula; de las flores que en nuestras manos se marchitaron, sin darnos apenas el tiempo preciso para colocarlas entre las hojas de un breviario forrado en piel; de las nieblas traslucientes como fanales, tras las cuales pensábamos vislumbrar luminosos palacios argénteos, y que una vez desvanecidas, nos presentaron sólo el espectáculo desconsolador del espacio abrumador y sin límites.

¡Cuántas esperanzas frustradas, que se concibieron al compás binario! ¡Cuántas grandezas rotas, engendradas sobre el pentagrama! Aun nos duelen los párpados, aun nos oprime el pecho, aun parece querer escaparse de nuestra garganta el sollozo. Y así, cuando abrimos ese precioso infolio en que hay huellas de lágrimas y encarrujamientos nerviosos y á veces polen seco de flores mustias, sentimos resurgir en nosotros el fantasma azulado de los tiempos que fueron, y al cerrarle, no podemos menos de decir, ahogando un suspiro:

—¡Verdaderamente, era grande aquel don Hilarión!

LXVI

Después de haber admirado desde la plataforma del vagón los grandes paisajes, las abruptas y negras cortaduras, los bosques de olivos, que parecen girar como sombras cretinas, las trincheras interminables erizadas de rocas puntiagudas, en que repercute el isócrono tableteo del convoy trepidante; luego de haber experimentado en las tinieblas rugidoras del túnel el frío de las cosas siniestras, y sobre el puente la atracción del abismo, hay algo que cautiva tanto como la perspectiva risueña del valle ó la línea ondulante del mar. Ese algo, para las almas fatigadas y humildes, es el paso á nivel.

Es una visión rápida, fugaz, incompleta. Pero la retina se ha impresionado y transmite al cerebro una sensación grata y melancólica. ¿Qué hemos visto? Acaso un edificio pobre y diminuto, sobre cuyo techo de pizarras ó de rastrosos se alza una débil columna de humo azulado. En aquel reducido espacio hay una vivienda, ó lo que es lo mismo, un universo, donde se vive, se sufre y se ama. Hay un hogar minúsculo en que borbotean las ollas un canto de Teócrito. Hay tal vez un escaño, y sobre el escaño palabras trazadas con el badil sobre el negro de humo y que recuerdan fechas, nombres, promesas, esperanzas... Hay, por fin, un sillón medio derrengado, ó una vieja silla de anea, ó un banco secular en donde el abuelo fuma su pipa, ó donde los pequeñuelos se encaraman para jugar

con los ovillos, de donde va sacando la abuela, á punta de aguja, un tejido grueso, basto, nudoso, interminable, desconsolador...

Hemos visto, además, una empalizada, y tras ella uno ó dos carromatos en espera de un tránsito libre. Dos bueyes de ojos magnos, serenos, que nos han recordado el *Fultus Hyacinthus* de Lecomte de l'Isle, trituraban con sus incansables molares no sé qué residuos herbáceos; una reata de mulas ha levantado sus orejas enormes, metafísicas, monacales, para enfocar el resoplido del monstruo. Sobre uno de los carros, un grupo de campesinos misérrimos nos ha saludado con voces y ajetreo de brazos nerviosos. Luego la visión se ha borrado y el tren ha seguido adelante, avanzando por las dos líneas bruñidas, por las paralelas de acero, que parecen decir: «¡Siempre igual!»

Pero nosotros hemos visto más: hemos visto una niña esbelta, descalza, de destrenzadas y rubias guedejas, de ojos inquietos y soñadores. El maestro Guillermo hubiera colocado en sus manos el arpa de Mignon. La desdicha ha colocado en ellas una bandera. No es un símbolo, ni una enseña, ni menos un lábaro; es pura y sencillamente una señal. Hecha ésta, la bandera se arrolla, la función salvadora concluye y la niña vuelve al escaño de piedra á apoyar la barbilla sobre la palma de la mano, mientras el campo queda solitario, las sombras avanzan é inclinan su copa dos ó tres arbustos inconsolables.

Tenemos todos una irresistible tendencia á creer que los niños, y sobre todo los niños pobres, no sienten. Yo estoy seguro de que esa niña mirará con curiosidad el interior de los trenes de lujo, de que contemplará con avidez las cabezas blondas cubiertas de gasas que se inclinan sobre las mesas

del vagón restaurant, como las alondras displicentes sobre las semillas del surco; de que se preguntará quiénes son los orgullosos potentados que forman verdaderos ejércitos y que pasan arrelinados sobre los blandos almohadones, lanzando una mirada desdeñosa sobre los trigales devastados por la tormenta y los barbechos condenados á la esterilidad por una implacable inmisericordia.

Y luego, cuando se tienda sobre su lecho de maíces ó hierbas, la adolescente soñará. ¡Ya lo creo! Soñará con que ella también ocupa un lugar en los salones movibles y es llevada á países de ensueño, á ignoradas playas, en donde las brisas tienen aroma de algas y frigidísimas caricias sensuales. Soñará que está en un salón alumbrado por lunas de vidrio de pulido esmeril y arañas espléndidas; que un joven arrogante oprime su talle al compás de la música, y le dice después, como hubiera dicho Werther á la tierna Carlota:

—¡Juradme que no bailaréis otro vals, como este que acaba, con hombre alguno!

Diréis que todo esto es romanticismo. Permitid á quien no se conmueve ante las princesas despampanantes y las cantatrices sicalípticas, á quien no se enternece viendo los uniformes y las cogullas, soñar ante las niñas descalzas. Un día esas niñas se calzarán, porque el porvenir es piadoso, y entonces tocará conmoverse ante sus zapatitos lustrosos á cuantos hoy merecen caminar con el pie en chancleta.

Entretanto, la ilusión, la esperanza, el ensueño, son de esa niña. Tal vez al final de nuestro viaje, desencantados, tristes, nos preguntaremos, entre dos bostezos de hastío ó dos lágrimas de despecho, en qué paso á nivel, sobre qué humilde escaño, junto á qué misérrima choza, pudiéramos volver á

encontrar, al caer de la tarde, la esperanza en el propio destino, el ansia soñadora de las dichas futuras y la grata visión de las cosas serenas.

LXVII

¿Recordáis los días, tan tristes como memorables, que precedieron á la guerra de España con los Estados Unidos? Extendióse por nuestro territorio un delirio pasmoso de grandezas. Nuestra nación era llamada á gloriosos destinos; nuestros soldados eran incomparablemente más bravos, sufridos y vigorosos que los de todo el Universo. Nuestra escuadra, dotada de improvisados submarinos y *tóxipiros*, podía hacer frente á las más numerosas y formidables. Conquistáramos Nueva York. El himno de *Cádiz* fué el canto arval: *¡Triunphe, triumph!* Ser español llegó á ser algo grande, como lo es ser germano en el himno alemán de los príncipes.

Fuimos vencidos. *Ipsa facto* los sociólogos declararon que España era una nación débil y abominable. El doctor Robert midió el cráneo de los castellanos é hizo nuestro proceso patológico. Comenzóse á llamar idiomas á los dialectos, se insultó á la bandera, se escribió la historia de una metretiz y se puso encima este título: *¡Era castellana!* Y así hemos llegado á las horas difíciles de las enemistades y los enconos, como si la misión de los hombres cultos fuera sembrar el odio, y el haber sido engendrado en esta polvorienta meseta equivaliese á un nefando crimen.

Yo he nacido en el seno de esta Castilla melancólica y resignada, que después de dar unidad á la patria, le prodigó grandezas y poderío. Yo he nacido en esta tierra de labor y dolor que abrió sus ubérrimos senos á todos, que para todos tuvo albergue y cortesía. Por ello, oigo á cada momento injurias y reproches. Tranquilicense los separatistas... ¡No lo volveré á hacer!

* * *

Pero amo á mi patria, precisamente porque la veo humillada y triste. Votado á las cosas magnánimas, soy cortesano del dolor. Si no fuera español, quisiera serlo, para mostrar con qué carifio, con qué respeto se puede sacrificar la propia vanagloria á la gratitud y al deber. ¿Qué es ser un cerebro superior? No es construir edificios suntuosos, ni tejer paños de mayor ó menor excelencia. Es tender la mano á todos los hombres, compadecer sus infortunios, asociarse á sus nobles empresas, mirar todas las cosas *sub specie aternitatis*, sentirse ciudadano de la humanidad; y cuando desfallece injuriada la que nos dió su tradición, su idioma, su fe, su majestad y su sangre, abrirle los brazos y decirle, con acento en que vibre la más honda y generosa ternura:

—¡Madre, levanta!

Toda grandeza se contrasta con la humillación. Si se hubiera preguntado á Alejandro en Damasco: «¿Tú, de dónde eres?», tal vez hubiera contestado: «Se dice que soy de Macedonia; pero no hay tal: Macedonia es mía.» Sólo el esclavo es de aquí ó de allá; porque sólo él vive adscrito al terruño. El ser libre es ciudadano de todo el planeta; la Justicia y la Razón son sus dioses lares; el lugar en que culto les rinde, el espacio abierto, so-

bre el cual centellean millones de patrias, formadas con escorias gemelas, desprendidas del mismo sol.

Pero si el vencedor hubiera sido por su desventura Darío, el caudillo de los macedonios hubiera confesado el terruño humillado y doliente que guardaba las cenizas de sus progenitores. Interrogado, hubiera dicho: «Hijo soy de Filipo; mi patria es la llorosa región que se extiende de la Tracia al Egeo; he nacido en aquellas colinas en donde, cuando triunfa el extranjero, se muere.»

* * *

Los ingleses llaman diablos azules (*blue devils*) á las preocupaciones sombrías. Para exorcisar á esos diablos, nada tan eficaz como la contemplación de las maravillas mecánicas. Las deidades siniestras aborrecen las complicadas máquinas que les usurpan su luminoso cetro en el reinado del asombro. De noche, cuando las rotativas, los motores, los dinamos y los telares duermen, vagan entre las sombras esos azulados diablejos; examinan las cremalleras, palpan los pesados cilindros, suben á lo largo de las cintas sin fin hasta las engrasadas poleas, registran los pistones y suspiran junto á las lanzaderas dormidas. Quisieran explicarse la fuerza que hace funcionar todo aquello, y no pueden; inútilmente quieren arrancar un tornillo, una tuercia, un engrane, que desbarate la prodigiosa invención, y muerden estérilmente el acero con sus dientes menudos. Comprenden que todas las pasiones más viles, que las más pequeñas odiosidades, han de ser trituradas por bajo los ejes de aquellas pasmosas creaciones del cerebro del hombre, redentor de todos los días.

Ved por qué encuentro excepcional atractivo á

los automóviles. Viendo los carruajes forrados como estuches de piel olbrosa, delicados y tersos como las mujeres á que han de servir de muelle cojín, se adivina que los artificios que esconde su seno están destinados á borrar las fronteras, á ahuyentar á los duendes de campanario, á dar al traste con el torpe delirio de las patrias menudas. Mientras resucitan los felibres las viejas cántigas, y los rebuscadores de archivos procuran galvanizar el espíritu de los fueros apollillados, ellos, los juguetes modernos y gentiles, pasarán como raudas centellas frente á los muros de las góticas catedrales, lleváudo á los puntos más remotos una enseña de fraternidad. Los acentos de sus bocinas serán notas agudas que harán estremecerse á los concellers en sus lechos de piedra. La necesidad de cambiar los productos, de participar de las nuevas conquistas y de comunicarse las recientes ideas, hará formarse un lenguaje nuevo, en cuyo léxico no podrán encontrar refugio las palabras guerra, rivalidad, opresión y exterminio. ¿Cómo maldeciremos las regiones extrañas, si una nos mandará nuestros útiles de trabajo, otra las prendas que nos abrigan, ésta los libros que nos instruyen y aquélla el alimento de nuestros hijos? Delante del *autobus* se irá ensanchando, como en la leyenda; Castilla; pero no para dejar el campo cubierto de cráneos abollados y torsos sangrientos, sino de productos de la inteligencia, de semillas que fecunden los yermos y verdoros que fertilicen y ennoblezcan las almas.

Y un día, no lejano, no habrá de preguntarse á hombre alguno en dónde nació, sino en dónde sembró beneficio, en dónde ayudó á la conquista del bien, en qué sitio difundió la cultura, el bienestar, la riqueza, y arrojó sobre sus hermanos un puñado de misericordia.

LXVIII

Comedor de roble tallado; altos aparadores con escudos hieráticos. Sobre los tableros de mármol sanguinolento, fruteros y macetas. A la habitación, sumida en semiobscuridad enervante, llegan, por los ajustes de las maderas medio entornadas, los ecos monoritmicos de un surtidor. Sobre un diván de alto respaldo, NINI dormida.

LAS ROSAS.—Hemos evocado el ensueño, y es el ensueño inefable y castamente sensual que inmortalizó á las doncellas que cuidaban los jardines de Epiro. Somos la voluptuosidad que se esparce y diluye en el éter, la magna idealidad hecha aroma. Ved cómo, á los esfluvios de nuestros cálices virgíneos, desmaya en el éxtasis la pura inocencia immaculada.

NINI (*dormida*).—¡Mañana!...

LA AGUJA (*prendida en el bastidor*).—Sueña conmigo. Ha dicho *mañana*. Ved la frase de la actividad previsor.

LA MUÑECA (*sentada en un silloncito de mimbres*).—¿Previsora la adolescencia? ¿De cuándo acá? Nini sueña conmigo: tiene quince años.

LAS ROSAS.—¡Quince años! ¡La edad de Julieta!

UN BUSTO DE CHAMFORT.—¡Paso á un egoísmo que nace!

LAS ROSAS.—Eres sabio; es decir, eres frío.

EL BUSTO.—Vosotras sois bellas; es decir, sois vanas.

EL ECO DEL SURTIDOR.—¡Chist... ehist!... Todo es enervador en la abrasada siesta. Los átomos se inflaman al beso del sol. Las adelfas parecen desmayar al borde de la taza de mármol; un insecto ha pasado llevando en sus élitros algo como la nota de un himno nupcial.

NINI (*en sueños*).—¡Una alondra!

EL BUSTO.—¿Lo veis? Ya es mujer, puesto que la seducen las cosas que vuelan.

LAS ROSAS.—¿Por qué no? La alondra es el pájaro de los horizontes luminosos y abiertos, de las auroras esmeriladas, de las brisas perfumadas y refrigerantes. ¿No recordáis el inmortal idilio de Verona?

LA MUÑECA.—Píde una alondra, pero es por su vistoso plumaje, que ha de ornar mi tocado. Más tarde pedirá cintas y bagatelas.

EL BUSTO.—Alondras... Es golosa. ¡No os fiéis, oh inocentes y cándidos pajarillos!

LA AGUJA.—El sueño nada explica. Es la vigilia la que da la razón. Cuando Nini despierte volverá á su labor, será juiciosa...

LAS ROSAS.—Es decir, será desgraciada.

EL SURTIDOR.—¡Chist... chist!... Es la hora solemne... ¿No escucháis el hervor de la vida? En las frondas hay rumor de aleteos y chasquidos de brotes. Una crisálida pende en la morera de su hilo de oro. Del cercado llega aroma de pétalos. Nada se mueve, pero prestad oído y veréis que todo palpita, con ansias secretas de renovación.

LA AGUJA.—¡Necedad... farándula! Libre Dios á Nini de escuchar vuestras voces ociosas. Apostaría un ojo, el único, á que mi niña sueña con entredoses y respuntes. Veréis cuando despierte cómo es para mí su primera mirada.

LAS ROSAS.—Siempre la labor embrutecedora,

mecánica. ¿No hay en el mundo sino respuntes y corcusones de bastilla?

LA AGUJA.—¿No hay sino ensueños y amoríos? Sin ellos se ha pasado muy bien la miss.

LAS ROSAS.—Vieja, triste, solitaria, gruñona.

LA AGUJA.—Virtuosa, casta...

LAS ROSAS.—Incapaz de cariño y de abnegación...

LA AGUJA.—Como vosotras de utilidad. Viviréis sólo un día.

LAS ROSAS.—¡Será un día fecundo!

EL BUSTO.—El amor es la ocupación de los perezosos.

LA AGUJA.—¿Y la castidad?

EL BUSTO.—Esa es la virtud de los agotados incapaces.

NINI (*soñando*).—¡Qué delicia! ¡Qué inmenso placer!

LA MUÑECA.—Juega.

LA AGUJA.—Trabaja.

LAS ROSAS.—Ama y espera.

NINI (*balbuciente*).—¡Qué tristeza! ¡Qué tedio!

LA MUÑECA.—Es que estudia.

LA AGUJA.—Es que huelga.

LAS ROSAS.—Es que olvida.

EL SURTIDOR.—El cielo se nubla. A lo lejos fulguran reflejos cárdenos: la tormenta se acerca.

LA AGUJA.—Va á despertar Nini. Pronto veremos quién tiene razón.

EL SURTIDOR.—Las flores levantan su cáliz, en las ramas parece que se desperezan los pájaros y alisan sus plumas; la crisálida ha roto su hilo de oro y ha caído bruscamente en el surco. ¿No oís? Ha sonado el tableteo del trueno. Las golondrinas huyen asaeteando el espacio. Ha pasado la hora. La Naturaleza despierta. La siesta termina.

NINI (*despertando*).—¿Qué es esto? ¿Hay tormenta? ¡Dios mío qué miedo!

LA AGUJA.—Veréis cuán pronto aparece la obrera.

LA MUÑECA.—No, sino la niña.

LAS ROSAS.—Lo que ha despertado es la mujer.

NINI (*yendo hacia la muñeca, y tomándola en brazos*).—¿Estabas tú aquí? ¡Pobrecita! ¿Te habrán asustado los truenos? (*Le da un beso y comienza a mecerla.*) ¡Ea! Duerme, alma mía, duerme...

EL BUSTO.—Triunfó la muñeca. Nini ha comenzado á jugar.

LA AGUJA.—No; vencí yo: lo que ha surgido en ella es la santa virtud del trabajo.

LAS ROSAS.—Os equivocáis. Las que hemos vendido hemos sido nosotras, porque lo que ha despertado en Nini ha sido el inextinguible, el inmortal instinto de madre.

LXIX

—Mariano.

—¡Señor!

—J'ai froid, je suis triste; je me sens vide, neurasthénique...

—Quoi?

—La tête et le cœur me font mal. Tu aimes fumer? Laisse-là le plumeau. Assied-toi et fume.

—Si monsieur veut...

—Oui, mon ami, assieds-toi. Ah! maintenant, dis-moi tout ce que tu penses ou ne penses pas sur la vie et la mort, la terre et les espaces interplané-

taires, le bien et le mal, les sentiments et les idées, les phénomènes et les choses occultes, l'homme et le monde.

—Eh! eh! que voulez vous que je vous dise? Que tout cela est comme le feu de ce cigare: quelque chose qui brille et se consume.

—Tu as été perspicace: la vie n'est qu'une combustion, la pensée une flamme tenue, les mondes des foyers qui se consomment, l'espace un foyer qui se refroidit. Mais c'est partout le même feu infini. Peut être la fureur homicide qui s'est brûlée dans le crâne défectueux du grand duc Serge est-elle alimentée par la même énergie que la pitié suprême de Tolstoi?

—Señor, je n'y entends rien du tout.

—Tant mieux. Ne pas comprendre les choses est la meilleure façon d'en jouir. La raison... mais nous en mourrons! Si tu veux être heureux, brûle des énergies, brûle des cellules; mais ne demande pas ce qu'elles sont ni où elles vont, comme tu ne te demandes pas quel soleil a mûri ce tabac qui te brûle les lèvres, ni où va cette fumée azurée qui s'évannouit au dessus de ta tête étourdie par son âcre arôme. Fume et dis moi ce que tu as vu.

—Señor, un enfant mort, une forêt taillée et un livre déchiré.

—Tu as vu les trois grands malheurs qu'il est donné à l'homme de contempler. De quoi l'enfant est-il mort?

—De faim.

—Qui a taillée la forêt?

—L'avarice, pur revendre le terrain.

—Qui a déchiré le livre?

—Je ne sais.

—Une critique niaise, assurément. Eh bien! où les enfants meurent de faim, où l'avarice rase les

arbres, où l'inculture déchiré les livres, il ne peut y avoir que tristesse. Parle moi d'autre chose.

—De quoi, señor?

—De ce que tu as fait en distribuant les cartes que je t'ai remises.

—D'abord, j'en ai porté deux à l'Ateneo et j'ai vu, par l'entrebâillement d'une porte, dans un salon fort grand, un vieux monsieur infirme qui parlait de la morale honête.

—Admirable pudibonderie!

—En sortant, j'ai vu deux gardes emmenant une femme parce qu'elle mendiait sur la voie publique; un charretier frappant une mule tombée sur le sol, devant cent personnes riant aux éclats; puis deux messieurs saluant poliment un autre qui descendait d'une voiture.

—Quelque personne respectable sans doute?

—Nullement, car, lorsqu'ils l'eurent perdu de vue, j'entendis les autres dire.

—...Que disaient-ils, voyons?

—«Fameux voleur»!

—Ah, pauvre Mariano! Tu sais quelle est la morale courante. Repose toi et fume. Le tabac te paraît trop fort? Question d'habitude.

—Puis j'ai porté une carte dans une maison où se trouvait une dame bien triste. Elle pleurait.

—Il faut que tu saches, Mariano, qu'il y a beaucoup de femmes qui pleurent, beaucoup qui passent de longues heures seules et tristes. J'ai pitié de ces âmes solitaires et voudrais pouvoir, sans être vu, leur mettre au cœur une consolation et des fleurs à leurs pieds.

—Pourquoi?

—Pour faire une bonne action. Tu ne sais pas ce que c'est qu'une bonne action, mon cher Mariano?

—Quand j'étais dans l'armée, on appelait une bonne action le combat de Somorrostro, où il périt deux mille soldats. J'ai lu aussi que la bataille de Liao-Yang était une bonne action, où plus de trente mille combattants ont péri. Quant aux actions de la Banque...

—...Mais, enfin, qu'en penses-tu?

—Que les actions ne sont ni bonnes ni mauvaises, que chacun fait ce qu'il peut et que nous sommes des marionnettes mues par le hasard.

—Tu es un philosophe, fume.

—En revenant, as-tu appris beaucoup de nouvelles?

—Bonnes ou mauvaises?

—Vous verrez.

—Au milieu du Retiro, on va placer une grande statue.

—Celle de Cervantés? de Servet? du Greco?

—Du général Martínez Campos.

—Pourquoi pas celle du général Pavía, en face de la Chambre des Députés?

—Au Retiro, on va abattre beaucoup d'arbres pour y faire un théâtre, une piste, un tir et un restaurant. On va permettre les courses de taureaux les dimanches et l'on donnera un billet de loterie à tous ceux qui se feront vacciner.

—Assez! Je ne veux pas en savoir davantage. Jette ton cigare, si tu veux. Ces choses vous donnent la nausée. Laisse moi seul, fumant, brûlant du tabac et des énergies, évaporant de vieux souvenirs... Ah! va à l'Ateneo et demande quel jour ce monsieur infirme parlera encore de la morale. Après le plaisir de fumer, il n'en est pas qui vous, endorme doucement comme d'entendre dissenter

sur une chose que personne ne connaît, que personne n'a vue, mais que tout le monde a sur les lèvres, bien qu'elle soit brûlée dans le cœur!

LXX

Juan García, Pedro Pérez, José Fernández: he aquí los nombres de los verdaderos salvadores de la humanidad, de los héroes de que no hablan Plutarco ni Carlyle, para los cuales tienen siempre la Gloria y la Virtud un dedo en los labios, y sobre cuya tumba extiende sus alas cobijadoras de la paz el Silencio.

Esto indigna á no pocos espíritus generosos. Quisieran que hubiera una cuadrícula reguladora de recompensas. Y ya la hay en los dogmas que asignan á cada heroísmo, penitencia, atrición ó práctica, tantos ó cuantos días de indulgencia. ¿Qué más quieren? ¿Que al mérito siga inmediatamente la cruz ó la medalla, el diploma ó el homenaje? ¿Qué mérito concederíamos en tal caso al arrojo y la abnegación de un tabernero? Si ellos hubieran de procurarle notoriedad, fortuna y estimación, nada tendrían de particular.

Subir al patíbulo y decir desde allí al buen ladrón: *Mañana serás conmigo en el Paraiso*, es hermoso, es sencillamente admirable. Pero me parece más grande decir: *No sé lo que hay mañana; acaso solamente sombras y olvido; pero hoy cumplo con mi deber*. Hacer el bien por el bien mismo y sin esperanza de recompensa: he aquí lo que nos

produce el supremo espasmo de la inefable y eterna belleza, he aquí en qué consiste precisamente la grandeza y la abnegación de los Pérez y los García.

¡Oh, qué historia tan deplorable la de la humanidad, si hubiera recibido sus premios sellados como en Paraiso! Sócrates—nos contaría Livio—fué condenado injustamente; pero oyó los consejos de Critón: huyó, regresó después de morir Anito; fué coronado y vivió felizmente en el Pritaneo. Catón, Mucio Scévola, Pericles, Marco Bruto, Cristo, Galileo, Servet, vivieron muy felices, tuvieron muchos hijos y colorín, como en los cuentos de Mad. D'Aulnay. Empequeñecida la historia, no habria sino achicar también el Olimpo. Seria una miserable zahurda en que todos los egoístas, los ambiciosos y los necios, cantarían himnos insulsos á un Dómine Dios.

Reflexionen los que se indignan. Conviene dejar su grandeza á lo grande, *su espina á la rosa*, su fondo de acibar al vaso labrado á cincel. La injusticia, el dolor, son el clarooscuro, el relieve, el vigor de la vida. ¿Qué ojos nos serían amados, si en ellos no temiéramos ver asomarse el relámpago de una traición? Quejarse de la acritud y aspereza de la verdad... ¡Si la amamos por eso! Ningún hombre puede ser grande si no ha sentido en alguna ocasión la sublime embriaguez de la ingratitud y el olvido ajenos, si no se ha envanecido en la satánica soberbia que desprecia el juicio y la opinión de los necios, si no ha succionado el jugo de los pámpanos acres, de los goces que punzan, de los besos que hieren, de los axiomas que martirizan, de las excelsitudes que desvanecen y de los sacrificios innominados sin esperanza.

¿Que un hombre ha expuesto su vida por salvar

la ajena y nadie le recuerda? ¿Y eso qué le importa? Ha hecho el bien, ¡no faltaba más! Ha sentido en la frente el ósculo inmortal de la virtud y de la belleza absolutas. Esto debe bastarle. A quienes nos desposamos con lo impersonal, no ha de recordarnos el vulgo. Ni fuera bien que nos recordara.

LXXII

—¿Cree usted que vendrán á España los moros?—me ha preguntado con ingenua inquietud una señora ya entrada en lustrós.

Yo adoro las conversaciones ingenuas; entre una disertación académica y una parrafada de cualquier aldeano, estoy por la oratoria de caramillo. He tranquilizado, pues, á mi amable interlocutora y le he dicho que nadie será osado á arrebatarnos el poderío y la gloria de aquellos tiempos en que paseábamos por el mundo *la cruz y la media luna*.

Ya algo más tranquila, me ha hecho observar que no es ella de esas personas que tienen á los moros por granos de anís.

—Ha de saber usted—me ha dicho—que los árabes han llenado España de monumentos.

Y ha añadido con candor admirable:

—Todos góticos.

—Señora—he dicho yo con esa gravedad que caracteriza á los diplomáticos—, los moros son unos excelentes sujetos, como habrá usted podido observar en *Las mil y una noches*. A un cuento se rinden

ni más menos que las lectoras de folletín. Además, en España hemos tenido moros ilustres, como el de Ferreras, y hasta hay uno, no sé si en Africa ó en Melilla, que se llama Kandor, nombre alto, sonoro y significativo. Así no es de temer que cometan la incorrección de volver á Majaderit, á pesar de que, según es fama, aun conservan todos las llaves de la casa de la plaza de la Morería.

—Yo confío—ha pronunciado mi respetable amiga, después de un ligero fruncimiento de su entrecejo—en que no volverán á intentar las hazañas de Numancia y de San Quintín. Nosotros (y al decir *nosotros* radiaba en su semblante el orgullo de una raza dominadora) disponemos de artillería, caballería y sanidad militar de tiro rápido. El globo de Mr. Kindelán no dejaría de servirnos de mucho, y con la amistad de las tres potencias saldríamos victoriosos en caso de lucha y tal vez con un buen pedazo de territorio que podríamos cambiar por Gibraltar ó vender á la Argentina ó á Chile, para con su importe pagar nuestras deudas, como nos enseña á pedir todos los días el *padre nuestro*.

No he querido deshacer esta pequeña errata. La ocasión era pintiparada para lucir mi erudición.

—Nuestro porvenir, amiga mía, está en Africa. Yo he tenido el honor de leer en el Archivo de Simancas el testamento de la Majestad de Isabel la Católica, y allí se dice al pie de la letra: «Item, dejo á España en plena propiedad y dominio, sin limitación y para sí y sus sucesores, el territorio de Africa, *de polo á polo*, para que la goce con la bendición de Dios y la mía.» Usted ha debido admirar un cuadro en el cual la soberana de Castilla dicta su voluntad, ante notario y dos testigos, llamados y rogados, sin incapacidad legal para serlo,

amén de otros instrumentales, de todo lo cual se da fe. Allí está muy blanca la testadora y muy transparente, y todos la contemplan colocados en muy lindas y gallardas posturas.

—Lo único que me preocupa—ha interrumpido la excelente señora—es saber la forma de gobierno que habríamos de implantar allí. De la República no hay que hablar. Salmerón está el pobre muy acabado, y además sería capaz de hacer que todos hablaran en catalán, con lo cual no podríamos entendernos. De los radicales, Dios nos libre. Es verdad que quitarían allí los consumos; pero la tomarían con los frailes y se repetirían los sucesos de Alcoy.

—Yo creo—he dicho—que lo mejor sería enviar de visorrey á Weyler, quien también tiene buenas prendas, todas góticas, y nos podría hinchar las medidas. De la colonización interior habría que encargar á Besada y á cualquier otro de la justicia municipal, encomendada hoy á los santones. Con esto y el voto obligatorio, llenaríamos aquello de monumentos grecorromanos que no habría más que pedir.

—Sobre todo—ha añadido la señora con entusiasmo—hay que *crislianar* todo aquello. ¿No es una barbaridad que sean ateos? Yo les echaba abajo todas las pagodas. Una buena paliza, y adelante. Construiría una gran muralla, y adelante otra vez. Luego otra muralla, y andando; y así hasta llegar á Calcuta. Pronto seríamos respetados. Ya verían cuando el África fuera nuestra. Y se dijera lo que se quisiera, quedaríamos como unos argonautas. ¿Digo alguna barbaridad?

—No señora—he sentenciado gravemente—. Dice usted, poco más ó menos, lo que dicen los que se tienen por bien enterados.

LXXIII

Ha muerto mi hermano mayor en letras. No he podido abrazar su cadáver, ni velar en la noche trágica su lecho revuelto, como vela un perro una cuna vacía; no he podido llevar á su sepultura un puñado de tierra. Quiero dar forma sobre el papel á unas cuantas quejas dolientes, y tampoco puedo.

Ahora comprendo mi pequeñez; la inmensa distancia que me separaba de su grandeza; ahora mido su bondad hacía mí, cuando se dignaba acercarme, como el Redentor á los pequeñuelos, á su nimbo de luz.

Enfermo, triste, desesperanzado, en días de aflicción y de inconsolable y penosa angustia, él me ha escrito: «En el corazón de los buenos, no es la esperanza lo último que muere: aun le sobrevive el deber.»

Y yo tengo el deber de arrojar sobre la tierra que cubre á Alfredo Calderón un puñado de flores de mi huerto misérrimo, seco y estéril, y mis manos están vacías; y siento el mandato imperioso de proyectar en la húmeda niebla una tierna plegaria, y mis labios se agitan en vano, mudos y balbucientes. Debo rendir un noble y sacrosanto tributo. ¡Ay de mí, si no sé!

Hermano, ¿me oyes? Ya se ha extinguido el rumor de los pasos de tus acompañantes taciturnos. La noche es silenciosa, solemne, nupcial, como preñada en renovación. Despierta: á falta de flores lánguidas y paupérrimas, criadas por mí, traigo

amén de otros instrumentales, de todo lo cual se da fe. Allí está muy blanca la testadora y muy transparente, y todos la contemplan colocados en muy lindas y gallardas posturas.

—Lo único que me preocupa—ha interrumpido la excelente señora—es saber la forma de gobierno que habríamos de implantar allí. De la República no hay que hablar. Salmerón está el pobre muy acabado, y además sería capaz de hacer que todos hablaran en catalán, con lo cual no podríamos entendernos. De los radicales, Dios nos libre. Es verdad que quitarían allí los consumos; pero la tomarían con los frailes y se repetirían los sucesos de Alcoy.

—Yo creo—he dicho—que lo mejor sería enviar de visorrey á Weyler, quien también tiene buenas prendas, todas góticas, y nos podría hinchar las medidas. De la colonización interior habría que encargar á Besada y á cualquier otro de la justicia municipal, encomendada hoy á los santones. Con esto y el voto obligatorio, llenaríamos aquello de monumentos grecorromanos que no habría más que pedir.

—Sobre todo—ha añadido la señora con entusiasmo—hay que *cristianar* todo aquello. ¿No es una barbaridad que sean ateos? Yo les echaba abajo todas las pagodas. Una buena paliza, y adelante. Construiría una gran muralla, y adelante otra vez. Luego otra muralla, y andando; y así hasta llegar á Calcuta. Pronto seríamos respetados. Ya verían cuando el África fuera nuestra. Y se dijera lo que se quisiera, quedaríamos como unos argonautas. ¿Digo alguna barbaridad?

—No señora—he sentenciado gravemente—. Dice usted, poco más ó menos, lo que dicen los que se tienen por bien enterados.

LXXIII

Ha muerto mi hermano mayor en letras. No he podido abrazar su cadáver, ni velar en la noche trágica su lecho revuelto, como vela un perro una cuna vacía; no he podido llevar á su sepultura un puñado de tierra. Quiero dar forma sobre el papel á unas cuantas quejas dolientes, y tampoco puedo.

Ahora comprendo mi pequeñez; la inmensa distancia que me separaba de su grandeza; ahora mido su bondad hacía mí, cuando se dignaba acercarme, como el Redentor á los pequeñuelos, á su nimbo de luz.

Enfermo, triste, desesperanzado, en días de aflicción y de inconsolable y penosa angustia, él me ha escrito: «En el corazón de los buenos, no es la esperanza lo último que muere: aun le sobrevive el deber.»

Y yo tengo el deber de arrojar sobre la tierra que cubre á Alfredo Calderón un puñado de flores de mi huerto misérrimo, seco y estéril, y mis manos están vacías; y siento el mandato imperioso de proyectar en la húmeda niebla una tierna plegaria, y mis labios se agitan en vano, mudos y balbucientes. Debo rendir un noble y sacrosanto tributo. ¡Ay de mí, si no sé!

Hermano, ¿me oyes? Ya se ha extinguido el rumor de los pasos de tus acompañantes taciturnos. La noche es silenciosa, solemne, nupcial, como preñada en renovación. Despierta: á falta de flores lánguidas y paupérrimas, criadas por mí, traigo

las que me diste, conservadas en un breviario secreto, impregnadas en llanto de ternura.

«¿A qué este Universo, nacido únicamente para morir? ¿A qué esta Naturaleza ciega y sorda, sin alma y sin entrañas, con sus leyes de hierro y su inconsciente, inexorable tiranía? ¿A qué este inmenso campo de batalla donde los seres se disputan con feroz encarnizamiento migajas de la vida, en lucha incesante, tremenda, bárbara, impia, en la cual al cabo todos son vencidos? ¿A qué sacar por un instante de la nada lo que á la nada ha de volver?»

En esta ley inexorable has sido un vencido. La vida es una rebelión contra el medio: una cruenta lucha contra las energías exteriores que acaban por disgregar nuestro débil organismo en la tumba. Cuanto mayor es la energía moral é intelectual de un hombre, más rudo es el combate que sostiene con el medio exterior. Hombres destinados á hacer sentir á la Naturaleza el peso de su espíritu, acaban por caer rendidos, después de pronunciar el *non serviam*.

Pero ¡á qué costo! Uno pone al servicio de los hombres las fuerzas destructoras del Universo; otro enseña los medios de modificar ó utilizar sus leyes; éste convierte el bloque en imagen; aquél transforma la materia en idea. Y anhelamos creer que la Naturaleza que, implacable y cruel, fué venciendo, humillando, anonadando á sus conquistadores uno á uno, acabará por rendirse, cariñosa y sumisa, á la labor constante y el esfuerzo generoso de todos.

¡Cuán tristes y cuán á ciegas caminamos! «¿Por qué la injusticia? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué el desorden? ¿Por qué la muerte?» «¿Qué lema consolador escribir sobre el cenotafio de un Dios muerto,

sobre las ruinas del solio de una humanidad destronada, sobre la frente del hombre infeliz, fruto del azar de la selección, juguete de un destino inflexible, condenado tras penosa vida de privaciones, de dolores, de afanes, de desengaños, á perdurable anonadamiento?» «¿Cómo no ser grande y no morir, si el pensar lleva aparejada la horrenda caída desde lo infinito?»

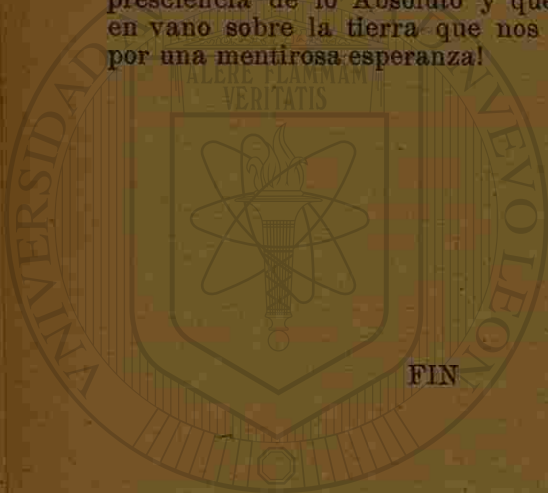
Porque fuiste grande, porque fuiste sabio, porque en la vida fuiste bueno, para saludarte los hijos del hombre cogerán palmas. ¿Y esas palmas han de marchitarse también? Y en esa sucesión implacable del tiempo que, según el poeta, hace morir hasta á las ruinas, ¿se ha de desvanecer tu memoria como el humo sobre los techos de rastrojos? ¿Y ha de ser inútil tu ejemplo y tu obra ineficaz, y vano y estéril tu sacrificio?

¿Y hemos de ser nosotros, pequeños, torpes, cuyas ideas son reminiscencias y cuyo lenguaje es tartamudez, los que habremos de reemplazarte en enseñanza y apostolado, á ti, apocalíptico evocador de las sublimidades secretas, dueño del léxico y del idioma, cincelador en carne y en idea, corazón que pensó, cerebro que supo palpar la vida?

Y yo que sentí, con el escalofrío que produce la presencia eucarística del Graal, la consagrada imposición de tus manos, perdido en la noche sin fulgor, de rodillas ante tu sepultura sin epitafio, alzando los ojos á la inmensidad vacía de dioses, queriendo ahondar en las tinieblas de una bóveda oscura sin centelleos, ¿no he de encontrar la frase rotunda, el concepto definitivo que pueda sonar dignamente como una ofrenda ó siquiera la palabra sentida y humilde que tenga otra inflexión que la de un vano y cobarde sollozo?

Yo también experimento cansancio. Yo también

siento la proximidad de otras noches, en que no habrá más claridad que la de las azuladas luciérnagas, en que parecerá un infecundo sueño haber amado, pensado y vivido. ¡Adiós para siempre, si es verdad que todo perece, que nada queda de la presciencia de lo Absoluto y que hemos llorado en vano sobre la tierra que nos espera, cegados por una mentirosa esperanza!



DOS JUICIOS

ACERCA DE

“El Huerto de Epicteto,” (1)

Madrid 24 de Noviembre de 1906 (2).

Estimado amigo Zozaya: Con delectación he leído su hermoso libro *El Huerto de Epicteto*. ¿Qué puedo decirle que no presuma usted? Es usted uno de los pocos escritores españoles que tienen corazón y cabeza, sensibilidad y filosofía. Su manera de sentir las tristezas é injusticias de la vida, es digna de un gran pensador y de un espíritu recto y honrado.

Usted perdona, porque ama y entiende; usted disculpa, porque sabe cuán fácilmente se turba ó deteriora esta sutilísima máquina cerebral, que se nos concedió sin duda para conocer la verdad, pero que sirve más á menudo para errar en las tinieblas (tomando, por ejemplo, á los amigos por enemigos) y fabricar bellas quimeras. ¿Cómo no tolerar las preocupaciones ajenas, si entre el camino que conduce á la verdad y el que desemboca en el error, no hay sino el diámetro de una microscópica fibra nerviosa?

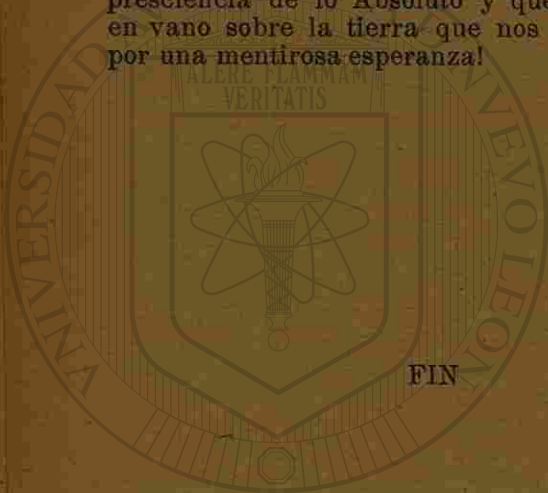
Suyo affmo.,

RAMÓN Y CAJAL [®]

(1) De los muchos que se han impreso en elogio de esta obra, son sin duda estos dos los más interesantes por las afirmaciones en ellos contenidas.

(2) Esta carta fué publicada por su insigne autor.

siento la proximidad de otras noches, en que no habrá más claridad que la de las azuladas luciérnagas, en que parecerá un infecundo sueño haber amado, pensado y vivido. ¡Adiós para siempre, si es verdad que todo perece, que nada queda de la presciencia de lo Absoluto y que hemos llorado en vano sobre la tierra que nos espera, cegados por una mentirosa esperanza!



DOS JUICIOS

ACERCA DE

“El Huerto de Epicteto,” (1)

Madrid 24 de Noviembre de 1906 (2).

Estimado amigo Zozaya: Con delectación he leído su hermoso libro *El Huerto de Epicteto*. ¿Qué puedo decirle que no presuma usted? Es usted uno de los pocos escritores españoles que tienen corazón y cabeza, sensibilidad y filosofía. Su manera de sentir las tristezas é injusticias de la vida, es digna de un gran pensador y de un espíritu recto y honrado.

Usted perdona, porque ama y entiende; usted disculpa, porque sabe cuán fácilmente se turba ó deteriora esta sutilísima máquina cerebral, que se nos concedió sin duda para conocer la verdad, pero que sirve más á menudo para errar en las tinieblas (tomando, por ejemplo, á los amigos por enemigos) y fabricar bellas quimeras. ¿Cómo no tolerar las preocupaciones ajenas, si entre el camino que conduce á la verdad y el que desemboca en el error, no hay sino el diámetro de una microscópica fibra nerviosa?

Suyo affmo.,

RAMÓN Y CAJAL [®]

(1) De los muchos que se han impreso en elogio de esta obra, son sin duda estos dos los más interesantes por las afirmaciones en ellos contenidas.

(2) Esta carta fué publicada por su insigne autor.

El traductor y comentador insigne de las obras fundamentales de Filosofía, el pensador artista de las crónicas de *El Liberal*, ha publicado un libro, *El Huerto de Epicteto*, ensartando en el áureo hilo de una lógica subjetiva perlas desengarzadas de sus crónicas.

El título del libro, bien expresivo, indica al público en general lo que ya sabíamos los devotos lectores de Zozaya: su afinidad con los más nobles creadores de la filosofía moralista.

Y no empleo la palabra filiación, sino la más genérica de afinidad, porque no creo en eso de las filiaciones, dado lo complejo de cada espíritu y la originalidad de los más selectos; pues si «nada hay nuevo bajo el sol», existen, creo yo, más que maestros y discípulos, individualidades espirituales acordes á través del tiempo y del espacio. Así queda más á salvo la autonomía de cada uno, al par que se afirma la solidaridad espontánea de todos; una armonía de esferas en gravitación, partes heterogéneas en su estructura, aunque homogéneas en sus leyes, de un todo primitivamente homogéneo, el espíritu humano.

Leo la dedicatoria del libro, «á los niños, á las mujeres, á los ancianos, á los enfermos y á los que nada poseyendo, lo esperan todo», y me digo *una vez más*: ¡Qué bueno es Zozaya!

En mi opinión, contraria á la dominante sobre la amoralidad del pensamiento, esa bondad es muy de tener en cuenta en el pensador, por trascender, no al género de ideas profesadas —¿quién osaría afirmarlo escuetamente?—, pero sí, y en influencia decisiva, á la manera de tratar esas ideas, de aplicarlas á la realidad, de encadenarlas en los juicios más ó menos generales sobre las cosas y las personas. ¿Cómo negar la influencia del sentimiento en la inteligencia? Si ésta es movida por la voluntad—y lo es, sin disputa, en todo trabajo de larga ideación consciente—y á la voluntad la mueve el sentimiento—lo que parece fuera de toda discusión—, ¿qué falta para dejar demostrado que según como se sienta así se ha de pensar?

¡Libreme Dios de la tentación de pretender fundar ó resucitar ningún sensibilismo filosófico! Ni el horno está ahora

para esos *ismos*, ni aunque estuviera, habría de ser yo quien cociera en él un nuevo pan con la vieja masa. Pero lo que hemos llamado la manera de pensar, usando el corriente tópico, ¿no es también pensamiento más vivo, más original, más interesante, en la propia como en la ajena vida, que las puras abstracciones de una determinada teoría?

Digo, pues, que en este libro de Zozaya se perciben los latidos de un noble y grande corazón, que se mueve por todo, que todo lo ama y que, como «quien todo lo ama, todo se lo explica», según su frase predilecta, el lema del escudo de este noble luchador de lo impersonal es la tolerancia para todas las ideas y la compasión para todas las desgracias y la delicadeza más exquisita para todo lo débil y tierno, el carácter que resplandece en todo el libro.

No estoy yo conforme con todas las ideas del autor—él, muy optimista; yo, pesimista acérrimo—. Pero hay *un no sé qué* que nos une. Sería muy difícil, y sobre todo muy prolijo, explicar estas aproximaciones de los extremos, estas síntesis inconscientes de los conscientemente opuestos, que hacen de dos hombres, al parecer enemigos, dos hermanos...—¿hermanos en qué?—, como si cada uno mirara los mundos de la realidad y de la idealidad con cristales de distintos colores, pero con idéntico sentido de la línea y con igual interés, con el mismo amor á la verdad y al bien, siquiera uno los crea encontrar doquiera y el otro, al no verlos en parte alguna, desconfle hasta de su existencia.

Con ser *El Huerto de Epicteto* un conjunto de trozos, posee unidad íntima superior á la de muchos libros con aparente unidad de masa compacta y hasta pegajosa y que, observados de cerca, no poseen otra que la inestable de las nubes; nubes grises, á las que no dora con sus rayos ningún sol del espíritu.

Esta unidad hay que buscarla en el pensamiento del autor,

en el que parece darse una síntesis de modernas doctrinas, que no sé si podrá ser apellidada «evolución progresiva indefinida con criterio experimental, partiendo de la negación metafísica del positivismo crítico, y conservando cierto recuerdo hegeliano». Esta calificación parece justificada, sin contar los indicios esparcidos aquí y allá en *El Huerto de Epicteto*, por la definición que su autor da del progreso: «La sucesiva adaptación de los seres y de las cosas al medio, cada vez más perfecto, en que viven.»

No obstante declarar que la lucha moderna por el estómago es asquerosa y oscura como esa entraña, y de adherirse á la opinión de Max Nordau, de que las antiguas batallas, libradas hipócritamente bajo los nombres de Religión, Patria, Libertad, Gloria, obedecían á la misma causa, y cuando el lector espera una conclusión pesimista, el buen corazón de Zozaya, que se obstina en tener algo bueno que amar, lo lleva á esta consoladora distinción: «Antes se luchaba, engañando al mundo, *por el pan de algunos*; hoy se lucha *por el pan de todos*.» Y en el párrafo siguiente pregunta: «¿Por qué ha de ser la felicidad opuesta al bien?»

Aunque con cierto dejo melancólico, inseparable de todo espíritu noble, que contemplando el reinado de la injusticia sobre la miseria, ansia el advenimiento de *lo mejor*, sin renunciar al culto de *lo bueno*, entona un cántico á lo porvenir: á la juventud, que proyecta alzar lo nuevo sobre la ruina de lo viejo; al niño, cuya sonrisa parece una promesa de felicidad; al año, que llega preñado de realidades mejores que las ya muertas del año que se va; á todo lo porvenir, porque en lo porvenir construye su nido la esperanza, la esperanza de cada mañana que nos sostiene en cada hoy. «La felicidad—dice—no se encuentra en el beso que dan los labios, sino en ese otro inmaterial que nuestro espíritu deposita en esas castas frentes, cuyo calor jamás sentiremos.»

¿Por qué, entonces, no declararlo de una vez? La vida es triste; sólo lo no vivido es hermoso. ¿Qué mayor acusación contra la vida?

De la contradicción del estetismo hecha por Zozaya, aunque de innegable verdad desde el punto de vista en que el autor lo considera, habría mucho que hablar. Ciertamente el criterio único de belleza en lo moral no es un criterio lógico y admite mil criterios en uno, del mismo modo que la «libre interpretación de las Escrituras», que proclamó la Reforma, puede dar origen á tantas religiones como personas. Pero ¿es acaso indiscutible cualquiera otra moral basada en distinto criterio? ¿No proclamaría el señor Zozaya á la razón individual como el guía mejor de la conducta? ¿Y no es esta teoría fuente de continuas divergencias? ¿No puede admitirse, además, que la inteligencia encuentre, al fin, plena justificación á la sinonimia griega entre lo bello y lo bueno?

En cuanto al estilo del libro, diré únicamente que no hay sólo bellezas de amplitud, párrafos impecables, sino felices palabras punzadoras, que hacen vibrar todo el cerebro. Véase:

«LA ALONDRA.—Allá abajo, sobre la escarcha, ¿lo ves? hay un bulto rígido.

«EL GUSANO.—¿Rastrea?

«EL ANADE.—No.

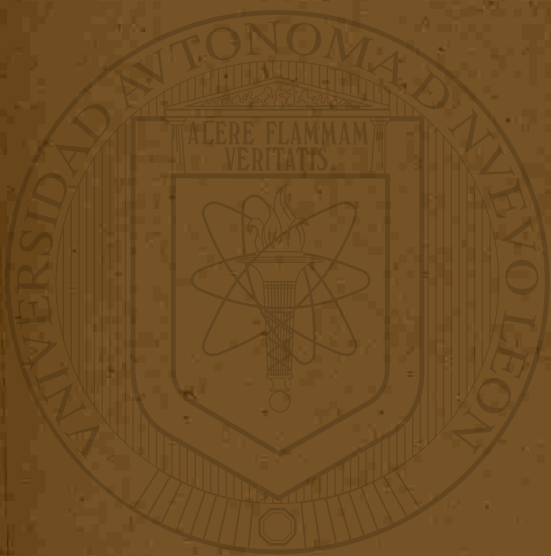
«EL GUSANO.—Entonces no vive.»

¿Qué gran frase pesimista en este maestro de optimismo! Verdad es que la pone *en boca* de un gusano.

Para terminar. Este pequeño libro, hecho de retazos, me parece *un gran libro*.

BLAS J. ZAMBRANO. ®

El Huerto de Epicteto ha merecido también elogios de Gal-dós, Blasco Ibáñez y otros escritores insignes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE ALFABÉTICO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Abnegación.	276	Catedráticos.	171
Apremiación.	102	Celibato.	222
Ahrimanes.	72	Civilización.	143
Alejandro.	266	Clásicos.	228
Amistad.	112	Claustro.	82
Anarquismo.	19	Codicia.	75
Angiolini.	194	Colajani.	181
Angulas (Las).	14	Cómico (Lo).	236
Animales.	147	Como ustedes quieren.	187
Año Nuevo.	110	Conocimiento.	216
Apocalipsis.	72	Contratistas.	123
Apuleyo.	215	Coronas.	152
Árabes.	278	Corvea.	166
Arte por el arte.	7	Creación.	149
Asociación.	100	Crueldad.	198
Autoeducación.	206	Cuaresma.	184
Automóviles.	267	Cuestión social.	156
Autonomía.	156	Cupletistas.	162
Avaricia.	114	Chiste (El).	236
Azcárate.	36	Dedicatoria.	5
Bebel.	160	De Greef.	156
Blasco Ibáñez.	239	Dependientes.	118
Blasfemia.	169	Descanso dominical.	118
Bonilla San Martín.	214	Devoción.	134
Buen Juez.	203	Difuntos.	152
Burro y el sobrino (El).	114	Dinero.	193
Calderón de la Barca.	228	Educación femenina.	77
Calderón (Alfredo).	281	Enseñanza.	171
Camús.	249	Entierro.	183
Cantinas.	123	Esclavitud.	167
Capitalismo.	118	Esclavos.	201
Carnaval.	217	Escuela.	61
Catalanismo.	156, 265	Eslava.	259

	Págs.		Págs.
Estatuas.	93	Kautski.	158
Estudiantes.	171	Krausistas.	33
Extranjeros.	181	Labores femeninas.	77
Ética.	195	Liberales.	208
Fabricantes.	118	Libertad.	142
Filosofía.	209	Luis de Levis (Fr.)	155
Flor de amores.	214	Lohengrin.	215
Fontenelle.	232	Lujo.	223
Fotografados.	146	Luna (La).	24
Grande.	195	Madre.	128
Ganadería.	146	Madre de familia.	79
Giner.	36	Masterlinck.	242
Globo aerostático.	225	Magnaud.	203
Gloria.	141, 145	Mal.	72
Golfos.	14, 53	Manresa (Bases de).	158
Grosaría.	169, 242	Máquinas.	267
Guardabarrera.	262	Maridos brutales.	245
Guerra.	74	Marte.	143
Héroes.	154, 276	Marruecos.	278
Heroínas.	53	Máscaras.	217
Hijos.	183	Matrimonio.	135, 248
Historia (Verdad de la).	42	Maudsley.	100
Hogar.	151	Meco (Cuento de).	250
Hombre.	181, 149	Mendes (Catulo).	41
Huelgas.	114	Metasísica.	209
Huerto de Epicteto.	235	Michelet.	247
Humanidad.	131, 149	Mineros.	114, 122
Humoristas.	236	Miseria.	53, 167
Hurto.	14, 202	Modernismo.	38
Huss (Juan).	239	Modernistas.	45
Ignorancia.	97	Monjes.	82
Impuesto.	166	Montaigne.	235
Incapaces.	96	Moral.	150, 195, 273
Incluseras.	66	Moret.	85
Industrialismo.	118, 157	Muerte.	68, 242
Inquisición.	239	Mujer.	77, 89, 205, 248
Inteligencia. (Discurso contra la).	96	Mujer pobre.	123
Intruso.	242	Música.	81
Invierno.	151	Nacimiento.	29
Jaurés.	157	Nelsmo artístico.	45
Jornaleros.	118	Ninos.	56, 162, 217
Jóvenes.	93	Nuevas costumbres.	171
Juventud.	102, 252	Obreros.	123
Kalidasa.	216	Odio.	108
		Olvido.	49

	Págs.		Págs.
Ontología.	216	Sevicia.	245
Óptica.	25	Silencio.	82
Oriente.	239	Sirvientes.	255
Pasado.	132, 229	Socialismo.	156
Patriotismo.	265	Sociedad futura.	19
Payaso.	176	Soledad.	231
Periodistas.	105	Solfeo.	259
Poesía.	40	Solteras.	222
Prefacio.	7	Spencer.	110
Prestación personal.	166	Stael.	147
Príncipes.	64, 179	Sueño de Nini.	269
Profesores.	34	Tabaco.	273
Progreso.	11	Tarjetas.	110
Propiedad.	16, 202	Tatarabuena (La).	9
Prostitutas.	89	Teatro.	228
Psiquis (El mito de).	214	Telescopio.	24
Ramón y Cajal.	285	Tiranía.	193
Reacción.	205	Titiriteros.	138
Regionalismo.	159	Usureros.	125
Reinas.	191	Vaccaro.	168
Remordimiento.	155	Vejez.	71
Resignación.	76	Versos nuevos.	45
Responsables.	250	Veteranos de Africa.	153
Revolución del 69.	85	Viajes.	231, 262
Ristori.	132	Viejos.	93
Sacerdotes.	205	Virgen.	125, 129
Sancho Panza.	249	Virtuosas.	255
Santa Teresa.	41	Vizcaya.	158
Señoritas.	162	Withoyne.	176
Separatismo.	156	Zambrano.	286



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

OBRAS PUBLICADAS

- Ernesto HÆCKEL.**—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con grabados.—Dos tomos en 4.º
- P. LANFREY.**—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por J. Ferrándiz.—Un tomo en 4.º
- A. RENDA.**—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º
- J. FOLA IGÚRBIDE.**—*Revelaciones científicas que comprenden a todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.º
- David-Federico STRAUSS.**—*Nueva vida de Jesús.*—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º
- P. J. PROUDHON.**—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.º
- José INGENIEROS.**—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica).—Un tomo en 4.º
- José INGENIEROS.**—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.º
- Luis BÜCHNER.**—*La vida psíquica de las bestias.*—Un tomo en 4.º
- Augusto DIDE.**—*El fin de las religiones.*—Un tomo en 4.º
- Rafael ALTAMIRA.**—*España en América.*—Un tomo en 4.º

